

ANDRÉS RIVAROLA PUNTIGLIANO * RAMIRO PODETTI * FRANCISCO SÁNCHEZ (Compiladores)

ALBERTO METHOL FERRÉ

Y EL PENSAMIENTO GLOBAL LATINOAMERICANO



Ediciones Universidad
Salamanca

ALBERTO METHOL FERRÉ
Y EL PENSAMIENTO GLOBAL
LATINOAMERICANO

ANDRÉS RIVAROLA PUNTIGLIANO
RAMIRO PODETTI
FRANCISCO SÁNCHEZ (Compiladores)

ALBERTO METHOL FERRÉ
Y EL PENSAMIENTO GLOBAL
LATINOAMERICANO



Ediciones Universidad
Salamanca

ET CAETERA, 89

© Ediciones Universidad de Salamanca
y los autores

1ª edición: junio, 2025

ISBN: 978-84-1091-103-1 (PDF)

ISBN: 978-84-1091-104-8 (POD)

DOI: <https://doi.org/10.14210/0EC0089>

Ediciones Universidad de Salamanca
Plaza San Benito s/n
E-37002 Salamanca (España)
<http://www.eusal.es>
eusal@usal.es

Hecho en UE-Made in EU

Maquetación y realización:

Cícero, S.L.U.

Tel.: +34 923 12 32 26

37007 Salamanca (España)

Impresión y encuadernación:

Nueva Graficesa S.L.

Teléfono: 923 26 01 11

Salamanca (España)



Usted es libre de: Compartir – copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato
Ediciones Universidad de Salamanca no revocará mientras cumpla con los términos:

i Reconocimiento – Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciador o lo recibe por el uso que hace.

€ NoComercial – No puede utilizar el material para una finalidad comercial.

= SinObraDerivada – Si remezcla, transforma o crea a partir del material, no puede difundir el material modificado.

Ediciones Universidad de Salamanca es miembro de la UNE
Unión de Editoriales Universitarias Españolas www.une.es

Obra sometida a proceso de evaluación mediante sistema de doble ciego



Catalogación de editor en ONIX accesible en <https://www.dilve.es/>

Índice

NOTA EDITORIAL.....	9
SEMBLANZA BIOGRÁFICA DE ALBERTO METHOL FERRÉ.....	11
AGRADECIMIENTOS	13
PRÓLOGO (ENRIQUE V. IGLESIAS)	15
METHOL FERRÉ Y LA GEOPOLÍTICA (ANDRÉS RIVAROLA PUNTILGLIANO).....	17
METHOL FERRÉ Y LA HISTORIA (J. RAMIRO PODETTI)	27
ANTOLOGÍA DE TEXTOS DE ALBERTO METHOL FERRÉ	43
PARTE I. HISTORIA Y GEOPOLÍTICA	45
I.I. ¿POR QUÉ GEOPOLÍTICA?	47
I.II. VULGARIDAD Y URGENCIA DE LA HISTORIA UNIVERSAL	63
I.III. LAS TRES ÉPOCAS DE LA GLOBALIZACIÓN	81
PARTE II. LA GUERRA FRÍA Y EL CONTEXTO GEOPOLÍTICO	89
II.I. TERCEROS INCLUIDOS Y EXCLUIDOS.....	91
II.II. GEOPOLÍTICA: UN MUNDO POST YALTA.....	93
II.III. EUROPA LLEGARÁ HASTA VLADIVOSTOCK. MURIÓ LA URSS Y EL MÁS PERJUDICADO ES EUA.....	101
II.IV. LOS CATÓLICOS Y LA CULTURA OCCIDENTAL.....	105
PARTE III. AMÉRICA LATINA EN UN MUNDO GLOBAL.....	113
III.I. LATINOAMÉRICA EN UN MUNDO DIVIDIDO	115
III.II. LAS TRES EBULLICIONES TOTALIZADORAS DE AMÉRICA LATINA.....	117
III.III. BAJO EL SIGNO DE BOLÍVAR	121
III.IV. AMÉRICA LATINA EN LA ERA DE LOS ESTADOS CONTINENTALES.....	125
PARTE IV. LA RESPUESTA REGIONALISTA.....	133
IV. I. AMÉRICA DEL SUR: DE LOS ESTADOS-CIUDAD AL ESTADO CONTINENTAL INDUSTRIAL.....	135

IV.II. EL MERCOSUR: UN ACONTECIMIENTO FUNDAMENTAL PARA AMÉRICA LATINA.....	147
IV. III. GEOPOLÍTICA DEL MERCOSUR.....	165
IV. IV. EL MERCOSUR EN ALTAMAR.....	181
IV.V. LA INTEGRACIÓN DE AMÉRICA EN EL PENSAMIENTO DE PERÓN.....	189
ÍNDICE ONOMÁSTICO.....	205

NOTA EDITORIAL

Los propósitos de la antología están considerados en los estudios preliminares de Andrés Rivarola y Ramiro Podetti. La selección de escritos procuró reflejar distintos momentos de producción del autor, pero el orden en que se presenta no es cronológico sino temático, de modo que conviene tomar en cuenta las fechas de elaboración en cada caso.

La versión ofrecida de cada texto ha tenido un trabajo de edición, que incluyó revisiones en la redacción y puntuación, inclusión de referencias bibliográficas cuando faltan y el agregado de numerosas notas aclaratorias, que atienden en especial al público español, pero son de interés general para una mejor lectura. En todos los casos está indicado el código de referencia del texto en el Archivo Alberto Methol Ferré.

SEMBLANZA BIOGRÁFICA

Alberto Methol Ferré (1929-2009) fue un pensador que ha dejado una obra multifacética, en la que combinó historia, filosofía y geopolítica. Autor de dos clásicos del ensayo uruguayo, *La crisis del Uruguay y el Imperio británico* (Buenos Aires, 1959) y *El Uruguay como problema* (Montevideo, 1967), a partir de su conversión al catolicismo trabajó también sobre historia y actualidad de la Iglesia en América Latina, en obras como *Las corrientes religiosas en el Uruguay* (Montevideo, 1969), *Puebla: proceso y tensiones* (1979), *Il Risorgimento Cattolico Latinoamericano* (Bologna, 1983), *La Iglesia en la historia de Latinoamérica* (1987). Si bien estos libros expresan tempranamente su interés en encuadrar cualquier asunto en una perspectiva global, ésta va a expresarse más ampliamente en *Los Estados Continentales y el Mercosur* (Montevideo, 2013, aunque su elaboración data de 1999), *Perón y la alianza argentino-brasileña* (Córdoba, Arg., 2000) y *La América Latina del siglo XXI* (Buenos Aires, 2006).

En su juventud adhirió al Partido Nacional, más tarde participó en la fundación del Frente Amplio y retornó al Partido de su juventud en la década de 1990. Tuvo a su cargo distintas responsabilidades en el Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM), con sede en Bogotá, durante casi veinticinco años y fue asesor del Pontificio Consejo para los Laicos del Vaticano. Integró el Consejo de Redacción de la revista *Vispera*, fundó y dirigió la revista *Nexo* y colaboró en otras revistas de América y Europa. Ejerció la docencia en el Instituto Artigas del Servicio Exterior, el Centro Latinoamericano de Economía Humana, la Universidad Católica del Uruguay y la Universidad de Montevideo, donde se encuentra su Biblioteca y Archivo.

AGRADECIMIENTOS

A José Manuel Quijano por la autorización para incluir dos artículos publicados en *Cuadernos de Marcha*.

A Daniel Mazzone por la autorización para incluir una entrevista publicada en *El Estante*.

A la familia de Alberto Methol Ferré, en particular a Marcos Methol Sastre, por su apoyo y colaboración con esta antología.

Al Centro de Documentación y Estudios de Iberoamérica, de la Universidad de Montevideo, donde se conserva el Archivo y Biblioteca de Alberto Methol Ferré, por todas las consultas evacuadas para el análisis y selección de los materiales.

Al Cr. Enrique Iglesias, por su deferencia al escribir el prólogo.

A Verónica Miranda Lakatos por su colaboración en la edición del texto.

A Ediciones de la Universidad de Salamanca, por acoger la publicación.

PRÓLOGO

ENRIQUE V. IGLESIAS

QUIERO FELICITAR a Ediciones de la Universidad de Salamanca por esta interesante publicación, que recoge diversos textos de Alberto Methol Ferré y aportes de destacadas personalidades al conocimiento de su pensamiento. Tuve el privilegio de haber conocido y cultivado una buena amistad con él, que se alimentó en todo momento con su rico pensamiento y en inolvidables encuentros con amigos comunes.

Methol era un gran latinoamericanista, una persona de una profunda cultura y un gran conocimiento de la historia y un profundo cristiano. Sus comentarios lo enriquecían con pausas de deliciosa tartamudez. Sus convicciones lo acercaron a una cálida amistad con el actual Papa Francisco, antes Jorge Bergoglio, con el que tuvo numerosos encuentros, que ambos apreciaban y cultivaban con regularidad. Con él compartía una visión humanista de la realidad latinoamericana, y con esos valores sostenían la necesidad de unir a la región económica y políticamente.

Ciertamente, los hechos han demostrado la dificultad de avanzar en esos ambiciosos objetivos, pero sus debates les permitieron conocer la complejidad de las estructuras políticas de la sociedad latinoamericana y más tarde las políticas globalizadoras de las grandes potencias mundiales. La debilidad de los partidos políticos nacionales hacía mucho más difícil alcanzar la necesaria y deseada unidad latinoamericana.

Las múltiples publicaciones del pensamiento de Methol dan cuenta de su fe cristiana, apostando a un mundo unificado en torno a valores compartidos. Muchas de las ideas y los temas abordados en aquellos diálogos han influido en los ricos mensajes del Papa Bergoglio, quien siempre tuvo recuerdos muy sentidos de su amigo y de su pensamiento.

Tuve ocasión de discutir largamente con Methol los informes preparatorios para la Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Puebla, en 1979,

a la que asistió el Papa, hoy san Juan Pablo II. El documento aprobado en aquel Sínodo contó con muchos aportes de las ideas de Methol, lo que no le impidió mantener una visión amplia y a veces distante sobre algunos de los temas debatidos en aquel encuentro. Recuerdo muy bien el brillo y la pasión de su juicio. Me decía repetidamente sobre la Conferencia: «Habría mayoría de gente conservadora, pero también habrá mayoría de gente inteligente. Saldrá un buen documento».

Methol en sus análisis, nos recuerda reiteradamente su visión propia del panamericanismo. Veía en la unidad regional política una efectiva cooperación económica y una forma de navegar en los procesos de cambio que surgían en las relaciones internacionales y de la incorporación creciente de las nuevas tecnologías. Methol apostaba y creía en una internacionalización vigorosa de las relaciones económicas latinoamericanas en un mundo donde nuevas potencias económicas y tecnológicas estaban redefiniendo las relaciones internacionales y creando nuevos desafíos y oportunidades a la inserción internacional de América Latina.

Estamos entrando en una era de incertidumbre política, social y económica en el mundo. Methol creía en la importancia de sostener los valores que caracterizan a la comunidad latinoamericana. Seguramente, extrapolarlo sus ideas latinoamericanistas, Methol privilegiaría hoy, y más que nunca, la unidad latinoamericana para navegar en estos tiempos de cambio político en las relaciones internacionales. Esa era su gran convicción. Lamentablemente la realidad actual nos muestra un silencio profundo de la región, en un mundo con grandes conflictos y grandes desafíos. Igualmente, habría procesado los impresionantes avances de las tecnologías actuales que nos enfrentan a revisar no sólo las formas de producir y de consumir, sino igualmente a la forma de vivir en sociedad, en paz y compromiso con el respeto a los valores y creencias de las personas.

Las ideas fundadoras del pensamiento de Methol, con su compromiso con los valores cristianos, tendrían mucho que aportar al papel de una América Latina unida, en la actual coyuntura internacional. Y seguramente también esa vocación latinoamericanista y su compromiso humanista serían guías fértiles para pronunciarse y abogar sobre una Región más presente y activa en el mundo, al tiempo que abogaría por una mayor integración económica, política y social entre los países latinoamericanos. Objetivos por cierto nada fáciles en el mundo de hoy, pero imprescindibles para integrarnos con personalidad propia en el mundo.

La lectura de los artículos recogidos en este libro permite conocer y profundizar en la riqueza del pensamiento de Methol. Pero también nos ayuda a imaginar cómo esas ideas podrían ayudarnos para navegar en las nuevas realidades. Un mundo de grandes potencialidades económicas impulsadas por las nuevas tecnologías. Pero también profundizando en los desafíos de las actuales relaciones internacionales, y de la nueva geografía política del mundo.

METHOL FERRÉ Y LA GEOPOLÍTICA

ANDRÉS RIVAROLA PUNTIGLIANO

SEGÚN IMMANUEL WALLERSTEIN (1991, p. 216) «el universalismo es un regalo de los poderosos a los débiles». La visión global ha sido así, vista como patrimonio de pensadores provenientes de grandes potencias, de países que son o han sido imperios, donde sus intelectuales y estadistas han estado cotidianamente confrontados al desafío de elaborar geopolíticas, modelos organizativos y culturales, que tengan un carácter global. Desde la posición de comando en una gran potencia, esto no es una opción, sino un modo existencial para mantener una posición de liderazgo. El mundo pasa así a ser «su mundo», asumido como algo natural y obvio, en la formulación de su pensamiento global y local.

Pero hay, sin embargo, muchas excepciones a esta regla, por el hecho de que ningún Estado ha nacido como gran potencia. Todos, sin excepción, han tenido que forjarse el camino desde la periferia hacia el centro, y de ahí hacia su proyección de crecimiento en el mundo que intentan dominar. En los Estados que han hecho ese camino, han surgido pensadores, grupos de pensadores, e incluso escuelas de pensamiento, desde las cuales se han esgrimido herramientas analíticas que contribuyen a esa proyección global. Esto es parte de procesos que pueden transcurrir en distintos tiempos, y muchas veces, incluso, en componentes que no tienen una clara conciencia de los objetivos. Lo que sí hay, es una necesidad de proyección universal, rompiendo con la marginación localista y excluyente, a veces autoimpuesta, que domina en los espacios periféricos. En la búsqueda de romper esas limitaciones, encontramos un pensamiento crítico que busca liberación y trascendencia en algo universal.

América Latina ha tenido pensadores y escuelas de pensamiento que han explorado y acumulado conocimiento en búsqueda de proyecciones globales. Alberto Methol Ferré es uno de los más fascinantes ejemplos de esto. Sin duda, es un referente en lo que respecta al pensamiento geopolítico, a la «historia global», así como

al conocimiento de las sociedades latinoamericanas y su conexión al sistema global. Por cierto, que en América Latina ha habido muchos pensadores y políticos con mirada hacia el mundo. En algunos casos, emulando modelos universalistas de países que han transitado exitosamente el camino hacia el centro del poder mundial. En otros, levantando perspectivas críticas con respecto a injusticias y prepotencias por parte de las grandes potencias, y las consecuencias negativas en la posición periférica. En el pensamiento de Alberto Methol Ferré, hay algo de todo esto, pero con dimensiones que lo hacen innovador.

Si bien América Latina ocupa un lugar especial en sus estudios, el mundo es su punto de partida y su destino. Al igual que grandes pensadores provenientes de los centros de poder mundial, lo universal es el aire natural que respiran sus análisis. Es donde se nutre su visión de lo local, buscando las características propias, pero siempre dentro de un conjunto que es el «sistema global», el mundo. Lo local es ciertamente influenciado por los vaivenes y cambios del sistema, pero también genera fuerza propia para cambiarlo. Ahí encontramos, por supuesto, al Uruguay que lo vio nacer, así como la visión de su «nación latinoamericana», y de un «estado continental sudamericano». Pero nunca como un fin en sí mismo, sino como adaptación geopolítica a un sistema global con dos características sobresalientes: jerarquías de poder y constante cambio. Una interpretación de la visión de Methol Ferré, es que el objetivo de la inserción global debe hacerse con un aporte propio, que contribuya a la construcción de una «ecúmene global» (ver texto de Ramiro Podetti sobre este concepto), en búsqueda de una «casa común», con dimensión universal, pero respetando la diversidad de lo particular.

Un importante aporte de Methol Ferré a estos temas, está en sus análisis desde la perspectiva geopolítica, con dimensión histórico-global. Se inspira aquí en la visión del alemán Friedrich Ratzel, y su trabajo sobre la relación entre civilización y espacio, lo que denominaba antropogeografía. En su reflexión sobre civilizaciones, Ratzel observaba el constante movimiento de pueblos, y las formas de organización que se producen. En esto, veía líneas de continuidad y transformación en las sociedades humanas. Por ejemplo, en el progresivo y dramático avance de la tecnología, produciendo un aumento de la conexión global a nivel comercial y cultural. Esto empuja a constantes procesos de transformación, manifestado a través de la integración y fragmentación de Estados. Algunos Estados y naciones desaparecen, pero la tendencia es a lo que Ratzel llamara la «ley de expansión de horizontes geográficos» (Ratzel, 1969). A partir de este planteo Methol desarrolla su concepción de los «Estados continentales», como las unidades geopolíticas centrales del siglo XXI (Methol Ferré, 2013).

Pero Methol no se queda en la perspectiva clásica de la geopolítica, la adapta a sus vertientes de pensamiento y a una fuerte conexión con su región, América Latina. Además, conecta la geopolítica a otras dimensiones, como ser la económi-

ca, desde la cual relaciona la situación periférica latinoamericana con la necesidad del «desarrollo», como una clave para superación de la subordinación. También profundiza en las dimensiones nacionales de la geopolítica. Por ejemplo, en lo que respecta a la «cuestión nacional», como «problema» o desafío a la hora de buscar nuevos formatos geopolíticos para una adaptación a los cambios en el sistema global. Todo esto, Methol lo hace a través de una perspectiva histórico-global con un enfoque desde la dimensión territorial, que es donde encontramos la conexión a la geopolítica.

LA GEOPOLÍTICA EN LA VISIÓN GLOBAL DE METHOL FERRÉ

Además de la inspiración de Methol en Ratzel hay que mencionar la sintonía con el politólogo sueco Rudolf Kjellén, que es quien crea el concepto «geopolítica», del cual Methol será un gran difusor. La referencia a la geopolítica en Kjellén, alude más específicamente a la dimensión del Estado, como forma superior de organización humana sobre un espacio territorial. Un Estado es, en este sentido, visto como una «unidad geopolítica» en un sistema compuesto por otras unidades. En este sistema el Estado busca consolidar el control sobre un espacio territorial a modo de encontrar mayor autonomía y jerarquía.

Visto desde una perspectiva histórica, Methol Ferré plantea un esquema de evolución de unidades geopolíticas (Estados) dominantes en un sistema, que después de la incorporación de América a los imperios Ibéricos, se va haciendo global. El origen de este proceso está en sistemas dominados por imperios basados en ciudades-Estado. Con el advenimiento de la modernización pasamos al surgimiento de los Estados-nacionales, que reciben un gran impulso durante el siglo XIX, en lo que Karl Polanyi (1975) llamara, la «gran transformación». Methol Ferré incorpora en su esquema de análisis geopolítico, una dimensión económica e identifica, en este período, al «Estado-nacional industrial» como la unidad geopolítica central del sistema global. Le toca a Gran Bretaña tomar primero este papel, que es después superado por los nuevos cambios del sistema. Se impone así un nuevo formato de «unidad geopolítica», el «Estado-continental» que estará representado por la irrupción de los Estados Unidos de América y la Unión Soviética (Rusia) como unidades centrales del sistema. Pero, para lograr una posición central, no es suficiente la «gran dimensión» del «Estado continental». Se requiere también un avanzado nivel tecnológico y económico, que Methol identificará como el «Estado continental industrial». Este lugar lo ocupará primero, Estados Unidos de América, y hoy en día está siendo disputado por la República Popular China.

El control de los recursos naturales es un elemento central para la proyección de las unidades geopolíticas. Pero con la irrupción de la industrialización y la «irrupción de las masas», se torna aún más importante el control de los mercados de

consumo masivo. Vale decir, donde se venden los productos elaborados que son la base del crecimiento industrial, hoy en día íntimamente ligado a la llamada sociedad de la información. Hay aquí un complejo entretreído de cadenas de valor globales, que va desde la elaboración de los productos primarios hasta el consumo final. Un Estado que quiera fortalecer su base autonómica ante las jerarquías del sistema, precisa identificar las partes más relevantes de este entretreído, buscando controlarlas lo más posible, o compensar efectos negativos en caso que no lo pueda hacer. Esto demanda una mayor proyección territorial en búsqueda de consolidar espacios de control, en lo que David Harvey ha calificado como la «fijación espacial» (Harvey, 1985), que se da a través de «contenedores de poder» (Arrighi & Silver, 1999). Dadas las características del sistema, el «continentalismo» y su proyección geopolítica en el «Estado continental» es el formato dominante que Methol ve hacia el siglo XXI.

En la visión de Methol Ferré, cada Estado periférico con ambición de dejar de serlo, debería aspirar a transformarse en una unidad geopolítica con esta característica. Es importante destacar en esto, que no se puede entender la mirada geopolítica latinoamericana de Methol, si no se entiende la conexión global. Eso no significa que Methol no fuera consciente de que no es lo mismo pensar al mundo desde la periferia que desde el centro. Sí lo era, y de ahí su fuerte inspiración en la geopolítica clásica de Ratzel y Kjellén, provenientes también de unidades geopolíticas periféricas a Gran Bretaña, el primer Estado-nacional industrial. De esta forma, y aplicando una mirada histórica, Methol podía ver que no había una constante en la posición periférica. Podía también entender cómo los Estados débiles lograban compensar su debilidad en el sistema mundial, a modo de superar lo que Kjellén llamara el «modelo colonial». Vale decir, la posición de exportador de materias primas e importador de productos industriales de valor agregado (Kjellen, 1916, p. 132).

Methol aplica también esto en su mirada global desde la periferia latinoamericana, buscando una salida a la posición subordinada en la cual se encontraba América Latina. Nuevamente, nos topamos con la cuestión del «problema nacional» mencionada anteriormente. Esta se basa en la inviabilidad de un Estado-nación para superar, como «unidad geopolítica», una posición subordinada en el sistema global. En la misma línea que la geopolítica de Kjellén, Methol encuentra en la economía política una vertiente a ser conectada con la geopolítica, a modo de explorar caminos para superar o compensar las debilidades del Estado periférico. En este sentido, Methol se alinea con los planteos desarrollistas y estructuralistas provenientes de la CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) y otros lados (Rosenthal, 2004). Desde esta vertiente de pensamiento y acción se remarcaba la necesidad de superar la dependencia en exportación de materias primas, fomentando la industrialización, lo que estaba conectado a la integración

regional y al fortalecimiento de mercados domésticos (Rodríguez, 2006). Al igual que los estructuralistas de la CEPAL, Methol era fervoroso adherente de la integración regional, como una plataforma autonómica de primera prioridad.

Por cierto, que la geopolítica no era una perspectiva, ni siquiera un concepto, usado por los estructuralistas latinoamericanos. En esto las inspiraciones regionales de Methol vienen, por ejemplo, del pensamiento y acción del líder argentino Juan Domingo Perón. Éste tiene una fuerte influencia en Methol, por ejemplo, en lo que respecta a la visión geopolítica de un «estado continental sudamericano». Es también en Perón que encontraremos la influencia en la formulación de una geopolítica de la integración en conexión con la dimensión económica. Vemos esto en el planteo de Perón, en que

«la unidad comienza por la unión y ésta por la unificación de un núcleo básico de glutinación. El futuro mediato e inmediato, en un mundo altamente influenciado por el factor económico, impone la contemplación preferencial de este factor. Ninguna nación o grupo de naciones puede enfrentar la tarea que un tal destino impone sin unidad económica» (Perón, 1951, p. 115).

Pero Methol Ferré va más allá de Perón, profundizando en el acervo geopolítico latinoamericano, con sus vertientes de la América hispanoparlante y Brasil, cuyos aportes al pensamiento geopolítico regional son de gran importancia (Rivarola Puntigliano, 2022). Es quizás aquí donde, con mayor precisión, podemos ver una sinergia entre la geopolítica y la vertiente política y nacional del «estructuralismo» latinoamericano, conocida también como «desarrollismo». Un aporte de Methol Ferré está en la profundización de esta sinergia, agregando una perspectiva histórico-global. En este marco hay que ver su mirada continentalista, proponiendo a América del Sur como unidad geopolítica. Siempre dentro de una dimensión nacional latinoamericana (2013), relacionada con la adaptación del Estado a una posición lo más autonómica posible, en el sistema global. Vamos aquí a otra dimensión de su geopolítica en lo que respecta a su planteo regionalista. Methol era consciente de que la proyección global debía estar profundamente conectada al conocimiento del ser nacional, desde lo local, algo que también requería de una adaptación de los modelos nacionales existentes.

LA CUESTIÓN NACIONAL EN LA DIMENSIÓN GEOPOLÍTICA REGIONAL Y GLOBAL

Como pensador desde América Latina, Methol tenía un objetivo para su espacio territorial, el ser sujeto, y no objeto de la historia. Era muy consciente de la complejidad de tal objetivo, que implica superar la condición periférica y subordinada. También era consciente de las limitaciones de las perspectivas que planteaba,

incluso la geopolítica. De ahí que buscara constantemente inspiraciones y sinergias en distintos campos de pensamiento. Además de ver la necesidad de conectar la geopolítica a la política económica desarrollista, veía la limitación de centrar el análisis del Estado y/o el mercado, en desconexión con la dimensión nacional.

Este punto era, de igual manera, una preocupación de Kjellén, que veía la «cuestión nacional» como una de las dimensiones centrales a ser conectadas con la geopolítica. Un tema central era el fortalecimiento del Estado como «unidad geopolítica» y de ahí la necesidad de crear lazos de lealtad entre el Estado y la población que habita el territorio que se intenta controlar. Estos lazos son siempre contruados, y requieren de mitos, sistemas de educación, valores comunes y otros elementos que generen cohesión. Sin ella, los lazos de solidaridad entre grupos dispares se debilitan, lo cual aumenta la vulnerabilidad del Estado y puede generar su fragmentación. Esta perspectiva acerca la obra de Methol a lo que hoy en día se conoce como «geopolítica crítica». Vale decir, a una perspectiva más constructivista de la geopolítica, donde la relación con la «idea nacional» se analiza en un terreno discursivo e ideológico (Ó Tuathil, 1998), siempre, como algo «imaginado» (Anderson, 2006). A esto, Methol le agrega una perspectiva histórico-global, y territorial.

Un centro del planteo de Methol Ferré, en este sentido, es la comprensión profunda de la necesidad de adaptarse y conectarse al mundo, pero sin perderse, sin dejar de ver con profundidad lo que uno es (2002). La identidad y valores comunes son elementos que unen a una sociedad a la hora de enfrentar el desafiante camino para modificar su posición subordinada en el sistema global. El estado que se proyecte (nuevo o renovado) tiene que tener una fuerte conexión con el pueblo que lo habita. En su fundamentación de un proyecto continental latinoamericano, Methol Ferré recurre al concepto de «pueblos-continente», usado por el economista chileno, Felipe Herrera (Methol Ferré, 2013, p. 42). Methol centraba así su atención en la importancia de la noción de «pueblo» como una plataforma nacional en la proyección de un Estado de «gran espacio» (continental). Algo parecido a lo que el sociólogo brasileño, Octavio Ianni (1988, p. 17), llamara «nacionalismo de quinta frontera», que se da cuando la nación transborda su frontera, en búsqueda de un nuevo espacio territorial; imaginario o no.

Como en todas las dimensiones de la sociedad, hay muchas variantes de nacionalismo. El que proyecta Methol está relacionado con la búsqueda de elementos propios de una sociedad, que generen sentimientos de lealtad y solidaridad. La clave está en encontrar políticas adaptadas a la realidad propia, con un lenguaje que llegue a los sentimientos de las mayorías, generando compromiso popular. En términos geopolíticos, la idea nacional debiera conectarse a la «geopolítica del desarrollo» que es, también la «geopolítica de los débiles». (Tunander, 2008). Methol Ferré era un promotor de la integración latinoamericana, donde un Estado

sudamericano aparecía como la unidad continental geopolítica posible. Pero sabía que un Estado sin idea nacional es inviable a largo plazo. De ahí que la unidad geopolítica sudamericana o cualquiera que pretendiera proyectarse en la región, debía tener relación con una idea «macro-nacional», en el formato de quinta frontera, que es donde encontramos al latinoamericanismo, conectado a la idea de la *Patria Grande* (M. Ferré & Metalli, 2006).

Desde que Methol lanzara sus proyecciones ha habido un fuerte cambio sistémico con la irrupción de nuevos «Estados continentales industriales» como India y China, desde donde surgen nuevas propuestas de dimensionamientos para Estados de gran escala, más allá de la noción de Estado-nacional. Por ejemplo, en la concepción china de un «Estado-civilización» (Xia, 2014). Consciente del constante e intenso dinamismo en el sistema global, desde muy temprano, Methol veía la relevancia de la dimensión «civilizacional», lo que tocaba su análisis sobre la «cuestión nacional». Entendía que no era posible sustentar la base de un Estado autonómico, si al mismo tiempo no se produce una redefinición de la «cuestión nacional», ligada al proceso de transformación del Estado hacia la unidad geopolítica que se quiere proyectar. De ahí que viera al «Uruguay como problema» (2015), una calificación que se podría usar para la mayoría de los Estados del mundo¹.

Dada la constante transformación del sistema global todas las unidades geopolíticas se confrontan a limitaciones y debilidades que requieren adaptación de su «unidad geopolítica». En lo que respecta a la dimensión «nacional» o «civilizacional», todos, centro o periferia, deben partir de la pregunta de «quiénes somos», en la relación entre Estado y pueblo². Seguido por la pregunta de ¿quién queremos ser? Este es, por ejemplo, el debate que se da hoy en Estados Unidos, con respecto a su pérdida de poder geopolítico global, que los lleva a una nueva búsqueda de redefinición nacional. Tres elementos de ésta son las preguntas «quiénes somos», «cuál es nuestro lugar en el mundo» y la necesidad de un redimensionamiento de la unidad geopolítica óptima para controlar un «gran espacio» territorial (Ver (Huntington, 2002; Kaplan, 2013). Por cierto, que las mismas preguntas y temas están en consideración con respecto a China y sus orientaciones estratégicas (Wang, 2019). La condición de que quien no se reinventa se debilita, o desaparece, es común para todas las unidades geopolíticas.

Sin embargo, Methol tenía muy claro que el problema de adaptación a los vaivenes del sistema es mayor para los países periféricos, con grandes limitaciones

¹ Es posible que Methol se inspirara, para titular su trabajo, en el libro de Pedro Laín Entralgo (1949) *España como problema*. El título ha tenido fortuna, porque se han publicado un *O Brasil como problema* (Ribeiro, 1995) y un *La Argentina como problema* (Altamirano & Gorelik, 2019).

² Ver las preguntas realizadas por Samuel Huntington (2004), con respecto a Estados Unidos.

para cambiarlo o para acudir exitosamente al camino de la violencia. Viendo el tema con perspectiva histórica, nada dice que no se pueda. En este sentido, el pensamiento global de Methol está muy en línea con lo que hoy en día se denomina, «historia global» (ver abajo texto de Ramiro Podetti, para una profundización de este punto). Con énfasis en las perspectivas histórico-globales, se eliminan determinismos con respecto a potencias dominantes o sistemas económicos. Dentro del proceso de creación de un sistema global se puede, por ejemplo, observar cómo las cadenas de valor muestran distintas y cambiantes formas de jerarquía, de composición, y espacios de control geopolítico (Pomeranz & Topik, 2018). La dimensión nacional juega también un papel clave en estos cambios. Desde una perspectiva histórica podemos observar cómo, quienes Arnold Toynbee (1988, p. 56) llamara «proletariados externos» o «internos», pasaron a posiciones de centro. De la misma forma, los pueblos del continente americano (incluido los de América Latina), han ocupado por momentos la posición de parte subalterna de imperios, así como también han sido agentes de globalización y modernidad (Brown, 2015; Kamen, 2003).

Agregando a lo antedicho, Methol Ferré rechazaba el victimismo, la parroquialidad de lo localista (la «patria chica», o las búsquedas de desconexión al mundo. Su mirada estaba puesta en superar nihilismos e identidades de pueblos vencidos, tomando fuerza desde el pasado, con visión estratégica hacia la *terra incognita* del futuro. En el pensamiento de Methol, las visiones se construyen desde el firme cimiento en la búsqueda de lo propio; de lo local en estrecha conexión a la lo global. En el caso de los latinoamericanos, su llamado era a una profunda introspección histórica, sin ocultar o avergonzarse de identidades. Aprendiendo de lo malo, pero siempre, rescatando lo mejor de lo bueno. El objetivo es la reinención, con la mira en constituir un pueblo como base de una unidad geopolítica que pueda ser autónoma en el sistema global. Siempre, recordándonos que vale la pena animarse a soñar, pero sin olvidar quiénes somos. Evitar la amnesia del propio origen periférico es fundamental, en caso de lograr ser parte del centro, para no repetir excesos de potencias anteriores, y acercarse al verdadero objetivo civilizatorio e integracionista; una verdadera «casa común».

BIBLIOGRAFÍA

- ARRIGHI, G. and SILVER, B. J. (1999). *Chaos and Governance in the Modern World System*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- ANDERSON, B. (2006). *Imagined communities: reflections on the origin and spread of nationalism*. London: Verso.
- BRAUDEL, F. (1957). *Civilization and Capitalism. The Perspective of the World*, Vol III. New York: Harper & Row Publishers.

- BROWN, M. (2015). The global history of Latin America. *Journal of Global History*, 10, 3, pp. 365-386.
- HARVEY, D. (1985). The Geopolitics of Capitalism. In: D. Gregory and J. Urry (eds.). *Social Relations and Spatial Structures*. London: MacMillan, pp. 128-163.
- HERRERA, F. (1967). *El nacionalismo latinoamericano*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- HUNTINGTON, S. P. (2004). *Who are we? The Challenges to America». National Identity*. New York, London: Simon & Schuster Paperbacks.
- HUNTINGTON, S. P. (2002). *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*. London: Simon & Schuster.
- IANNI, O. (1988). A Questão Nacional na América Latina. *Estudos Avançados*, São Paulo, 2, 1, pp. 17-18.
- KAMEN, H. (2003). *Empire. How Spain Became a World Power, 1492-1763*. London: Penguin Books.
- KAPLAN, R. D. (2013) [2012]. *The Revenge of Geography. What the Map Tells us About Coming Conflicts and the Battle Against Fate*. Random House: New York.
- KJELLÉN, R. (1916). *Staten som Lifsförm*. Politiska Handböcker III, Stockholm: Hugo Gebers Förlag.
- METHOL FERRÉ, A. & A. Metalli. (2006). *La América Latina del Siglo XXI*. Buenos Aires: Edhasa.
- METHOL FERRÉ, A. (2013). *Los Estados Continentales y el Mercosur*. Montevideo: Casa Editorial Hum.
- METHOL FERRÉ, A. (2001). MERCOSUR o Muerte. *Cuadernos de Marcha*, Julio-Agosto.
- METHOL FERRÉ, A. (2002). Del Arielismo al Mercosur. En: L. Zea y H. Taboada (comps.). *Arielismo y Globalización*. México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia.
- METHOL FERRÉ, A. (1987). *La Iglesia en la Historia de Latinoamérica. Desde la Postguerra a Nuestros Días*. Buenos Aires: Nexos.
- METHOL FERRÉ, A. (1971). *Geopolítica de la Cuenca del Plata. El Uruguay Como Problema*. Buenos Aires: A. Peña Lillo.
- OLIVÉ, I.; NUNO RODRIGUEZ, L.; GRACIA, M.; SEABRA, P. (2022). *España y Portugal en la Globalización. 500 años de la Primera Circunnavegación*. Madrid: Real Instituto Elcano, Centro de Estudios Internacionais do ISCTE-Instituto Universitário de Lisboa.
- Ó TUATHIL, G. (1998). Thinking Critically About Geopolitics. En: Geraóid Ó Tuathil & Simon Dalby (comp.). *The Geopolitics Reader*. London: Routledge.
- POLANYI, K. (1957). *The Great Transformation. The Political and Economic Origins of our Time*. Boston: Bacon Press.
- POMERANZ, K. and Topik, S. (eds.) (2018) [1999]. *The World that Trade Created. Society, Culture, and the World Economy, 1400 to the Present*. New York: M.E. Sharp.
- RATZEL, F. (1969). The Laws of the Spatial Growth of States. En: R. E. Kasperson and J. V. Minghi. *The Structure of Political Geography*. Chicago: Aldine Publishing Company.
- RIVAROLA PUNTIGLIANO, A. (2022). Geopolítica de la Integración: una perspectiva Latinoamericana. *Tramas y Redes, Revista del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)*, 1, Diciembre, pp. 49-68.

- RODRÍGUEZ, O. (2006). *El estructuralismo latinoamericano. México: Siglo XXI y Naciones Unidas*.
- ROSENTHAL, G. (2004). CEPAL/ECLAC: A Commitment to a Latin American Way toward Development. En: Y. Berthelot, Y. (ed.). *Unity and Diversity in Development Ideas. Perspectives from the UN Regional Commissions*. Blomington, Indiana: Indiana University Press.
- TOYNBEE, A. (1988) [1972]. *A Study of History*. The One-Volume Edition. London: Oxford University Press.
- TUNANDER, O. (2008). Geopolitics of the North: Geopolitik of the Weak A Post-Cold War Return to Rudolf Kjellén. *Cooperation and Conflict*, 43(2), pp. 164-184.
- WALLERSTEIN, I. (1991). *Geopolitics and geo-culture: essays on the changing world-system*. Cambridge: Cambridge University Press.
- WANG, G. (2019). *China Reconnects. Joining a Deep-rooted Past to a New World Order*. London: World Scientific Publishing.
- GUANG, Xia (2014). China as a «Civilization-State»: A Historical and Comparative Interpretation. *Procedia-Social and Behavioral Sciences*, 140, pp. 43-47.

METHOL FERRÉ Y LA HISTORIA

J. RAMIRO PODETTI

METHOL FERRÉ FUE ante todo un historiador. Esta afirmación va a ser discutida en las páginas que siguen, pero su conclusión, aunque matizada, será ésa. Precizando que su orientación fue, por un lado, «pensar la historia globalmente, pensar la globalización históricamente»³, y por otro, hacerlo en modo transdisciplinario. Justamente uno de los motivos para publicar esta antología fue revisar su producción, entre las décadas de 1950 y la primera de este siglo, desde la perspectiva del reciente paradigma de la historia global. La semblanza que sigue pretende mostrar cómo se fue gestando su enfoque, en ciertos puntos coincidente con ese paradigma.

Alberto Methol Ferré tuvo una iniciación política relevante para lo que serían posteriormente sus intereses intelectuales, y sobre todo para el enfoque con que los desarrollaría. Fue en las juventudes del Partido Nacional de Uruguay, dentro del sector herrerista, orientado por el principal líder de ese partido en el siglo xx, Luis Alberto de Herrera⁴. Iniciación marcada por la Segunda Guerra Mundial, por la confrontación entre aliadófilos y neutralistas, y por intensos debates sobre política

³ La frase es el título de un capítulo del libro de Diego Olstein *Thinking History Globally* (2014), pero es una buena aproximación al enfoque de Methol Ferré sobre los estudios históricos.

⁴ Durante el siglo y medio que va desde fines de la década de 1830 hasta la década de 1970, la política uruguaya tuvo dos partidos políticos protagonistas: el Partido Colorado y el Partido Nacional (o Blanco); sus principales líderes, en la primera mitad del siglo xx, fueron respectivamente, José Batlle y Ordóñez y Luis Alberto de Herrera. Con posterioridad a esa fecha, ambos partidos comparten el protagonismo en el sistema político uruguayo con una tercera fuerza, el Frente Amplio, en la que confluyeron el Partido Socialista, la Democracia Cristiana, el Partido Comunista y el Movimiento de Participación Popular, además de otras fuerzas menores. Luis Alberto de Herrera (1873-1959) fue un político intelectual, que acompañó su liderazgo con una labor de investigación histórica que quedó plasmada en más de una decena de libros.

internacional. Siempre recordaría su asistencia, desde las gradas del parlamento, en 1944, a la interpelación a los ministros de Defensa y de Relaciones Exteriores, sostenida por el senador herrerista Eduardo Víctor Haedo, contra la concesión a Estados Unidos de una base aeronaval en Uruguay. Tenía entonces quince años.

Y su primera manifestación pública, muy poco después, estuvo vinculada al surgimiento de la Tercera Posición, en resistencia al alineamiento en alguno de los dos bloques en los que se estaba partiendo el mundo de la posguerra. Fue en ocasión de un manifiesto contra el «Plan Truman», del que el semanario *Marcha* se hizo eco (N° 392, 15 de agosto de 1947), y al que sumó su firma. Los debates en torno a la Tercera Posición fueron significativos en Uruguay. El tercerismo tuvo dos voces principales; una de ellas fue la de Luis Alberto de Herrera, uno de los mentores de Methol Ferré, y la otra la de Carlos Quijano⁵, con el que tuvo a lo largo de los años un diálogo cordial, coincidente y discrepante según los asuntos (Ardao, 1997; Real de Azúa, 1997).

La firma de un tratado militar entre Uruguay y Estados Unidos, en 1952, llevó a Methol a redactar una declaración, que firmaron también varios de sus amigos; el motivo era que «cierta prensa sostenía que la Iglesia católica estaba indisolublemente ligada a la cultura occidental y por ende a su «defensa». La conclusión última de tales premisas era que los católicos debían apoyar el acuerdo militar» (Methol Ferré 1955). Methol niega allí que la cultura occidental sea «cristiana» sin más, y marca la independencia de la Iglesia con respecto a cualquier civilización, pero sobre todo denuncia «la falaz disyuntiva de Oriente u Occidente, libertad o dictadura –antítesis baratas– cuando el conflicto real es mucho más grave». «Vivimos», continúa Methol, «en la coactiva bipolaridad de dos bloques únicos, producto de falta de imaginación histórica e incapacidad de producir nuevas posibilidades, en medio de un maniqueísmo infantil de oposiciones simples de bien y mal, luz y sombra» (Ídem). Uno de los firmantes de la declaración –más tarde principal líder de la democracia cristiana en Uruguay, Juan Pablo Terra– sostuvo días después que la declaración «no funda ni pretende fundar una tercera posición político internacional» (Terra, 1952). El mismo día respondió Methol: «Dice bien el Arq. Terra que «no podemos renunciar, sin traiciones, a estar parcialmente en concordia y parcialmente en rebeldía, contra Oriente y contra Occidente». Es el mismo espíritu del documento. ¿Qué es eso, Arq. Terra, sino «tercera posición»?

⁵ Carlos Quijano (1900-1984) fue un abogado con estudios de posgrado en Economía, discípulo de José Enrique Rodó, militante y diputado en las filas del Partido Nacional, del que luego se alejó, pero trascendió fundamentalmente a través de su labor periodística en el semanario *Marcha*, por él fundado y dirigido, entre 1939 y 1974, año en que fue clausurado por la dictadura cívico-militar uruguaya (1973-1985). *Marcha* cumplió un papel relevante en la formación de la opinión pública uruguaya, y es una buena plataforma para el estudio y la comprensión del Uruguay del siglo xx.

Entendida, es evidente, no como abstención (que podría ser una de sus vías) sino como posición de fondo» (Methol Ferré, 1952).

La Tercera Posición le proveyó a Methol su primer marco de referencia mundial, y fue uno de sus caminos hacia un pensar global. La Tercera Posición se transmutó luego en «Tercer Mundo», a partir de la Conferencia de Bandung en 1955, pero el fin de la Guerra Fría le quitó fuerza y significación, más allá de esporádicas y circunstanciales apelaciones a la «Tercera Vía». Los actuales indicios sobre la posibilidad de una Segunda Guerra Fría (Gaston, 2022), y las voces en disidencia frente a un nuevo mundo bipolar (Macron, 2023; Rao, 2023), anuncian un debate significativo en torno a si la nueva configuración del poder global ha de ser bipolar o multipolar. También por eso el estudio de un pensador del «tercer mundo occidental»⁶, para aludir de algún modo a esa singular periferia de Occidente que es América Latina, puede cobrar interés.

Esta apertura juvenil hacia el «Uruguay internacional» —para emplear el título de una obra clásica de Luis Alberto de Herrera— no se desplegó, como era de esperar en un joven estudiante de Derecho, en una perspectiva jurídica. Resulta llamativo, porque en esos mismos años nacía la llamada Escuela de Montevideo de Derecho Internacional Público, a partir de la figura del internacionalista Eduardo Jiménez de Aréchaga y sus discípulos (Arbuet, 2021)⁷.

Su perspectiva fue otra, y tuvo una conformación múltiple y diversa. Se desplegó a través de la historia, la filosofía, la teología (inducida por su conversión al catolicismo en 1948), la geopolítica y los estudios sobre la cultura y las culturas. Ésas son las cinco perspectivas principales, enumeradas sin discriminar importancia entre ellas. Hay otras, principalmente la sociología y la economía. Si esta enumeración se trasladara a un diagrama, permitiría apreciar mejor sus cruces. Por ejemplo, el uso frecuente en Methol del término «geocultura», que cruza a la geopolítica con la antropología cultural; o su reconocimiento al método histórico-cultural, que cruza historia y antropología cultural; o su dedicación a la teología de la cultura (tal vez su aporte mayor a la teología católica posconciliar), que cruza teología y antropología cultural.

⁶ La expresión puede relacionarse con la tesis del historiador francés Alain Rouquié en su obra *Amérique Latine, introduction à l'Extrême Occident* (1987), y con la del historiador italiano Marcello Carmagnani, *L'altro Occidente. L'America latina dall'invasione europea al nuovo millennio* (2003).

⁷ La obra que se considera fundante de la Escuela de Montevideo de Derecho Internacional Público es *Derecho constitucional de las Naciones Unidas*, publicada por Jiménez de Aréchaga (1958), pero su autor fue Profesor Agregado de Derecho Internacional Público en la Universidad de la República (Uruguay) desde 1947, y su titular desde 1949, los años de Methol como estudiante de Derecho.

¿Cómo llamar a la intersección de todas estas perspectivas? En algunas oportunidades, definió su campo intelectual como «filosofía de la historia»⁸. Pero la filosofía de la historia a veces se confunde, en sus argumentos, con la historia universal. «Nada más vulgar que la historia universal y la referencia a ella de nuestros actos. Pero esa vulgaridad casi estridente alberga los más callados enigmas, todos los secretos del hombre y para el hombre. En su inmediatez vulgar y evidente encierra bajo siete sellos el sentido de todo lo tenebroso, de toda maravilla, y todo el misterio del ser y destino humano» (Methol Ferré, 1967b). Su interés y su propósito, una nueva y abarcadora hermenéutica de y para nuestro tiempo, finalmente la descubre en la historia universal, que se convierte así en la clave de bóveda de cualquier esfuerzo de comprensión de la persona humana y su mundo.

Está claro que aquí se refiere a la «historia universal» como «historia contemporánea», como en el juicio «la historia universal masiva de nuestros días engulle como tromba las naciones», o en este otro: «Pareciera que aún el gigante de la historia universal se despereza, que no está a su nivel y buscará su propia estatura, y que está emergiendo, haciendo saltar los cauces de los riachuelos provincianos, pero como impulsado y trabado a la vez, forcejeando entre naciones aspirantes a elevar su particularidad a imperio mundial y naciones en pos de su liberación y reagrupamiento protector». Y las razones de la importancia de comprender la historia universal están a la vista; con una renovada actualidad, sostiene que el mundo se fragmenta, desde los sistemas de vida a las ideas y creencias, y sólo queda «la unanimidad mundial del miedo. El miedo a la Bomba y sus megatonos, que simboliza y hace palpar la inminencia posible del fin absoluto de la historia y del hombre» (Methol Ferré, 1967b).

¿Esta confusión entre historia universal e historia contemporánea es un descuido de la escritura, o un resultado no buscado de su hábito de saltar por sobre las disciplinas y subdisciplinas que ordenan el pensar? En su desarrollo intelectual hubo varios momentos especialmente fecundos, pero pocos como su tropiezo con el filósofo francés Gaston Fessard, y en particular con *De l'actualité historique* (1960). Desde entonces empleó con mucha frecuencia el concepto «actualidad histórica», donde historia universal e historia contemporánea se entrecruzan. Convencido del valor iluminador de la paradoja —a la que lo condujo su muy temprana lectura de Gilbert K. Chesterton, uno de los responsables, además, de su conversión a la fe católica—, la empleó con frecuencia. En este caso, la paradoja de una «actualidad

⁸ En una carta al filósofo italiano Augusto del Noce sostendría que «quizá la filosofía sea mi principal amor intelectual», pero «el ángulo mío principal es desde la filosofía de la historia»; y bosquejando sus propósitos, señalaba la urgencia de «rehacer, a la altura de nuestro tiempo, a Agustín y a Vico». La carta está íntegramente transcrita en Borghesi (2018, pp. 208-210). Methol llamaba a Agustín de Hipona «teólogo de fronteras» (1987)

histórica» resumía su pertinaz y militante insistencia en que la «actualidad» solo se comprende desde la historia, y la historia es siempre historia del presente. En las palabras del filósofo francés, «Mi pensamiento ha girado constantemente en torno a un problema central, buscando sin cesar discernirlo cada vez más, al explorarlo sucesivamente bajo un aspecto diferente. *Lo histórico* puede designar a ese centro, con tal que por ese término se entienda menos el pasado perdido para siempre que aquel que continúa imponiéndose a quien quiere comprender la seriedad de su existencia, para alumbrar su porvenir y las decisiones que le impone cada día» (Fessard, 1960, p. 10). Para Fessard, es necesario dotar a la «actualidad», materia aparente sólo de los analistas y los periodistas, del mismo interés filosófico que posee lo histórico, porque además lo constituye. Al reunir ambos términos, «actualidad» e «historia», «recargan» su significación en una totalidad de sentido.

El argumento es claro: una «actualidad» que no fuera «histórica» es inconcebible. Todo acto humano libre es historizante: de sí mismo y del mundo. De modo que si una actualidad no se percibe ni se asume como «histórica» es porque se ha convertido en una falsa «naturaleza»; es decir, en un acontecer del que soy ajeno, que acontece sin mi intervención, y por lo tanto yo mismo carezco donde ejercer mi libertad, que queda flotando en el vacío. Más de un teórico de la comunicación moderna estaría dispuesto a conceder que la vida del «ciudadano» moderno se da con frecuencia en esas condiciones. Por supuesto, visto desde la especial perspectiva de un sudamericano de mediados del siglo xx, como Methol Ferré, este acontecer más «natural» que «histórico» se experimenta doblemente: por la distancia con una lectura hermenéutica de la realidad que sufre el «ciudadano» moderno —cuanto más «moderno» y cuanto más sumergido en las condiciones de la modernidad, peor— y por el modo que adquiere esa distancia en un país periférico. Un Methol «fessardiano» pudo por eso parafrasear a Benedetto Croce, sosteniendo que «no hay otra historia que la contemporánea». Es decir, volviendo a la intersección de los saberes a los que se dedicó, si aceptáramos que es la filosofía de la historia, valdría también llamarla historia universal o, finalmente, historia contemporánea.

Pero antes de tropezar con Gaston Fessard, lo había hecho con Oswald Spengler y Arnold Toynbee, que estimularon su interés por las explicaciones abarcadoras. La historia no puede caer en la «hipertrofia de la búsqueda documental», no puede «reducir su observación al microscopio», «perdiendo de vista las totalidades, las significaciones universales, el sentido de los procesos» (Methol Ferré 1958). De Toynbee, además de emplear algunas de sus categorías —*estímulo-respuesta, estados parroquiales, estado-ciudad, interregno, proletariado externo, zelotismo, herodianismo*, entre otras— asumió la cuestión metodológica del *intelligible field* de los estudios históricos. La reflexión con la que Toynbee introdujo el asunto bien podría considerarse también el punto de partida de Methol: así como durante el siglo xix y primeras décadas del xx, la visión de los historiadores «fue captada y limitada por

la idea de nacionalidad, así, en la nueva época en que hemos entrado, hallarán probablemente su campo inteligible de estudio en algún paisaje donde no restrinjan el horizonte a los límites de una sola nacionalidad, y adaptarán su método de trabajo actual a operaciones mentales de mayor escala» (Toynbee 1948, 16). El concepto de «campo inteligible» de estudios históricos tuvo para Toynbee su «test case» en Gran Bretaña, sobre la que quería elaborar una nueva historia: la cantidad de fenómenos que dieron forma a su historia moderna, pero de los cuales es solo una parte, lo remitían obligadamente al «field» que une todas las partes. Toynbee desplegó entonces su argumento, que incluyó la definición de los límites del «field» en el espacio y en el tiempo. Pero finalmente, el campo inteligible para comprender la historia de Gran Bretaña es la Sociedad Occidental. O sea, la unidad inteligible actual en historia serían las civilizaciones; termina en el mismo punto que Spengler, dando impulso a una línea de pensamiento que llega al momento actual, por ejemplo, en la obra de gran impacto *The Clash of Civilizations* de Samuel Huntington (2002). La historia es la historia de las civilizaciones; fuera de ellas solo existe el «estado de naturaleza» hobbesiano.

Pero Methol buscaba una perspectiva global de la historia. Uno de sus caminos para ir más allá de Toynbee fue Alfred Weber, en *Kulturgeschichte als Kultursoziologie*, que leyó en la traducción de Luis Recasens Siches, publicada por el Fondo de Cultura Económica de México en 1941 (se conserva en su biblioteca, cubierta de anotaciones). Alfred Weber, a quien seguramente leyó antes que a Toynbee, lo empujó a ver en la sociología de la cultura una hermenéutica de la historia –del mismo modo que a dos sociólogos que fueron interlocutores preferentes de sus ideas: el chileno Pedro Morandé (2019) y el brasileño Helio Jaguaribe– pero sobre todo le devolvía un camino hacia la unidad del proceso histórico.

Más allá de las coincidencias y divergencias entre Spengler, Toynbee y Alfred Weber, su lectura lo encaminó hacia la perspectiva histórico-cultural. Incorporó el concepto de «círculo cultural» (*Kulturkreis*), con las variantes y especificidades desarrolladas por el antropólogo de la Escuela de Viena Wilhelm Schmidt. En el esquema que propuso en 1985, distinguió ocho círculos culturales –a los que nombra «bloques geoculturales»– en el mundo, pero también le dio al concepto un sentido más restringido, cuando sostuvo que la conformación histórica europea se hizo a partir de la interrelación de cuatro círculos culturales: el latino, el germánico, el eslavo y el anglosajón (Methol Ferré 1985b).

Otra referencia importante fue Pía Laviosa, por el papel determinante que adjudica a las interacciones entre las culturas, y el consecuente rechazo a la tesis de la impermeabilidad. La importancia del concepto de «sustrato» para la inteligencia y comprensión de una cultura, ampliamente empleado por Methol, podría ser una señal de su lectura de Laviosa, cuyas obras *Origen y difusión de la civilización* (1942) y *Origen y destino de la cultura occidental. Una solución monogénica comparada de*

la historia universal, tildó de «admirables» (Methol 1977). Aquí las grandes intuiciones de Spengler y las eruditas argumentaciones de Toynbee han sido sustituidas por la labor paciente de la arqueóloga y prehistoriadora (paleontóloga): el estudio minucioso de las estratigrafías da al concepto de «sustrato» una base empírica. Pero la importancia de Laviosa no es sólo su base empírica, sino la de proporcionar, a partir de sus investigaciones, una lógica general del desenvolvimiento histórico.

En este itinerario⁹ en pos de una comprensión global tuvo un papel importante el concepto de «ecúmene», que aparece ya en un texto clave de Methol, «Vulgaridad y urgencia de la historia universal», en 1967. Pero en su maduración fueron importantes los estudios sobre la religiosidad popular, con los que se familiarizó a partir de su integración en 1974 al Equipo Teológico-Pastoral del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) y su muy activa participación, como consultor laico, en la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Puebla (1979). Wilhelm Schmidt ya le había mostrado la fecundidad de la historia de las religiones y su aporte a la inteligibilidad histórica, pese a tratarse de un campo de estudio con frecuencia relegado. Las múltiples y variadas formas de la piedad popular pusieron a la Teología en una posición análoga a la de la Antropología (en su relación con la observación y estudio de actos, ritos, costumbres, creencias y comportamientos populares). «Es como una gran oportunidad de ser portavoz de las savias más profundas del pueblo cristiano, y a la vez evitar que estas se sequen, se empobrezcan marginadas. Pues, finalmente, si se secan las raíces populares, las élites se resecan inevitablemente, giran en vacíos puramente verbalistas, se condenan a un acartonamiento del alma, por más revoltosas que se vuelvan para cubrir su propia nadería» (Methol Ferré 1977).

El estudio de la religiosidad popular contribuyó a discernir y valorar los componentes indígenas y afroamericanos en la cultura popular, y a comprender las múltiples y variadas formas de mestizaje y transculturación en América Latina.

⁹ Al itinerario le faltan muchos autores, que en algunos casos fueron tan importantes como los señalados. Su consideración haría por supuesto más consistente la explicación que se pretende brindar, pero sería imposible presentarlos dentro de los límites de un artículo. Baste señalar algunos, como Christopher Dawson, Fernand Braudel, Pierre Chaunu, Aloys Dempf, Erich Przywara. En sus últimos años, estuvo muy enfocado en la historia contemporánea y trabajó de modo especial a Zbigniew Brzezinski, Samuel Huntington, Francis Fukuyama y Helio Jaguaribe. Estos cuatro autores fueron, por ejemplo, materia de un seminario para graduados en la Universidad de Montevideo (2004). Tomando como eje los dos tomos del *Estudio crítico de la Historia* de Helio Jaguaribe (2001), se analizó la sociología de la historia como método, y se contrastó el concepto de Jaguaribe «civilización occidental tardía» con los libros *Out of Control. Global Turmoil on the Eve of the 21st Century* de Brzezinski (1993), *El fin de la historia y el último hombre* de Fukuyama (1992) y *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial* de Huntington (1996). También en sus últimos años recibió la inspiración e influencia de Augusto del Noce.

También representa una fuerza que puede jugar un papel en la crisis de la cultura contemporánea: «Pues si las vigencias unidimensionales de las sociedades industriales contemporáneas parecen encaminarse hacia la destrucción mundial de todas las formas de religiosidad popular, a su vez éstas encierran virtualmente una fuerza poderosa para la crítica de esa sociedad industrial y sus vigencias. Todo el desasosiego actual contra las formas institucionalizadas de la razón instrumental, de algún modo nos remite también a ese recinto difuso, multiforme, que se expresa de modo privilegiado en la religiosidad popular» (Methol Ferré 1977).

El estudio de la religiosidad popular le confirmó las tesis de Schmidt y Laviosa acerca del papel de los intercambios entre círculos culturales diferentes. Esta línea de investigación interesó especialmente a Methol, y lo condujo a familiarizarse con los clásicos de la Antropología del siglo xx. En ese camino fue que empezó a emplear el concepto de «ecúmene», que solía escribir con mayúscula. Lo definió en estos términos: «Varios pueblos afines integran una cultura. Varias culturas en encuentro, en interpenetración, integran una Ecúmene. La Ecúmene es un ámbito donde se congregan, penetran, transforman recíprocamente varias altas culturas». Por eso es un ámbito de tensiones y conflictos, que en sí mismos exigen o conducen a un desenlace, a una nueva síntesis. «La Ecúmene», sostiene Methol, «es una exigencia concreta de nueva universalidad, por integración de cuerpos culturales diversos, por nueva síntesis profunda que sepa asumir y transfigurar el conjunto conflictivo en una nueva unidad abarcadora» (Methol Ferré 1985a). De esta manera, lo más relevante de la historia no es la historia de las civilizaciones, sino más bien la historia de los intercambios entre civilizaciones diferentes.

En su perspectiva, solo han existido, empleando este sentido del término estrictamente, solo dos ecúmenes: la ecúmene antigua o ecúmene del Mediterráneo, que puso en diálogo a culturas africanas, asiáticas y europeas, y la de los Océanos, que se inicia con la navegación oceánica en el siglo xvi y en cuyo desenlace estamos. La afirmación implica que las culturas del Asia Oriental nunca constituyeron una «ecúmene» propiamente dicha. También emplea, a veces, los términos «ecúmene antigua» y «ecúmene global», que son los mismos que usó Alfred Kroeber en un texto clave, en cuanto al uso del término «ecúmene» en antropología e historia cultural¹⁰. Otra fuente relevante de las ideas de Methol, el geógrafo alemán Friedrich Ratzel, fue quien recuperó el término griego «oikumene», al que dedicó una

¹⁰ Methol menciona varias veces a Kroeber, aunque se refiere a «Culture: a critical review of concepts and definitions», un artículo que publicó junto con Clyde Kluckhohn en 1952, y que Methol trabajó en una traducción italiana (*Il concetto di cultura*, Bolonia: Il Mulino, 1972). El texto en el que Kroeber empleó el concepto de «ecúmene» es «The Ancient Oikoumene as an Historic Culture Aggregate» (*The Journal of the Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland*, 75, 1/2, 1945)

sección íntegra de su *Antropogeografía*¹¹, pero el sentido en que lo emplea Methol es el de Kroeber (sobre la significación e importancia de la antropogeografía en Ratzel ver «Methol Ferré y la geopolítica», de Andrés Rivarola, en este mismo volumen).

Las ideas de Kroeber, y en especial su concepto de «ecúmene mundial» han sido reutilizados por el antropólogo sueco Ulf Hannerz (1996). Sus análisis acerca de la interacción global/local (Hannerz, 1996; Saldívar, 2016) pueden proporcionar una clave para comprender algunos de los presupuestos del modo de pensar de Methol, desde la periferia uruguaya y sudamericana. Es decir, pensar la historia globalmente no quiere decir tanto hacer una historia mundial, cuanto pensar toda historia, por pequeña que sea, en perspectiva global. El punto es, para Methol, que el *intelligible field* toybeaniano, el mínimo campo inteligible, es ahora el mundo.

Ahora bien, en esta búsqueda del campo de inteligibilidad de la historia, ¿qué pesó más, la perspectiva histórico-cultural o la geopolítica? Como en todos los cruces entre las disciplinas o perspectivas que realiza Methol, es difícil señalar precedencias o importancias relativas. El «inteligible field» se le reveló a Toynbee a través de una exploración temporal y una exploración espacial. Methol asumió con convicción insistente las dificultades y debilidades de la historia cuando se le sustrae el espacio: «No hay historia sino espacializándose, aunque ello no impida, por supuesto, que haya gente que cuenta la historia con una gran desatención de sus espacios. Pero la historia no es tiempo, sino espacio-tiempo» (2013, p. 110). La historia se «espacializa» sin cesar, así como los espacios se «historizan» (Methol Ferré 1977). Al modo en que la física del siglo xx se vio en la necesidad de postular una cuarta dimensión, el espaciotiempo, las exigencias de alcanzar y dominar el campo de la inteligibilidad histórica requieren una perspectiva unificada espacio-temporal: «El hombre es un ente temporal y espacial, no se puede pensar nada del hombre sin pensar los espacios. Es tiempo y espacio entrelazados siempre, y el que no entiende la lógica de los espacios no entiende tampoco la lógica de los tiempos» (Methol Ferré 2007). La comprensión de la persona, del sí mismo, así como la comprensión social y política de una sociedad determinada, requiere de autoconciencia temporal, lo cual es bastante fácil de entender; pero también requiere de autoconciencia espacial: «Los que no saben dónde *están*, lo aprenden pronto de mala manera. La geopolítica integra la prudencia política» (Methol Ferré 1977).

En su camino hacia la inteligibilidad «espacial», la geopolítica se convirtió en herramienta necesaria. Empieza a aparecer con frecuencia en sus columnas para el

¹¹ La primera de la segunda parte, «Un esbozo de la conformación geográfica de la humanidad», donde sostiene que el concepto de ecúmene es «una idea fundamental, de la que debe partir siempre la consideración de la evolución de la vida sobre la tierra» (Ver Ratzel 1891, 3). A explicar y desarrollar este concepto dedica casi 150 páginas (pp. 3-144).

diario herrerista *El Debate* (Methol Ferré 1957a; 1957b), aunque empleada para el análisis de la actualidad política. Es el instrumento de discernimiento, la proveedora de criterios objetivos, sin la cual se genera «el salto habitual de la política al lirismo. Una disolución permanente de nuestras políticas en literatura, y de la peor especie» (Methol Ferré 1957b). De acuerdo con su propio testimonio, fue en 1957 cuando se propuso, junto con el ensayista argentino Arturo Jauretche, escribir un libro de geopolítica rioplatense (Methol Ferré, 2015, p. 39). Pero el primer uso sistemático de argumentos geopolíticos se observa en *La crisis del Uruguay y el Imperio británico* (1959); de hecho, el punto de partida de su análisis en esa obra es el contexto geopolítico uruguayo en el Atlántico Sur. *El Uruguay como problema* (1967a), el gran ejercicio de comprensión de su país, parte de que esa comprensión solo es posible trascendiendo al Uruguay: por un lado, hacia la región del Plata y hacia Sudamérica, y por otro hacia la historia moderna de España y Portugal, ya que Uruguay fue frontera de los dos imperios en América. Las dos dimensiones de ese «trascender», entonces, son la geopolítica y la historia. De hecho, Methol propone al lector una «sinóptica excursión geopolítica» en su segundo capítulo, «Génesis internacional del Uruguay», y lo que ofrece es una geopolítica histórica (o una historia geopolítica).

Este entrelazamiento de espacio e historia tuvo su mejor despliegue conceptual en su trabajo sobre los Estados continentales¹², y se hizo una presencia constante de sus reflexiones en los últimos años: «Quien no forma parte de un Estado-continente terminará, y más que nunca en un mundo globalizado, al margen de la historia¹³, constreñido a expresarse en términos de lamento, furia o silencio» (Methol Ferré, 2004). Está presente también en sus numerosos trabajos sobre historia de la Iglesia (Methol Ferré 2017), donde criticará los análisis abstractos: es necesario «fechar» y «localizar» a la Iglesia para discernir plenamente el sentido de sus acciones. Es decir, para comprender un hecho es necesario «espacio-temporalizarlo», y la historia es la herramienta de espacio-temporalización.

Se han presentado muy someramente las cinco perspectivas principales en las que se desarrolló el pensamiento de Methol Ferré. Cabría agregar otras. Tal vez la más importante sean los estudios sobre la revolución industrial y la sociedad industrial. Su interés iba más allá de los significados económicos y sociales del fenómeno.

¹² Para esta obra, Methol trabajó desde clásicos como Friedrich Ratzel, Friedrich List, Alexander Hamilton, Alejandro de Humboldt o Halford McKinder, hasta Kenichi Ohmae, Peter Drucker, Henry Kissinger, Samuel Huntington, Zbigniew Brzezinski, Francis Fukuyama, José Comblin, Hans Khon, Eric Hobsbawm o James Kurth, pasando por Alfred Mahan, Carl Schmitt, Juan Perón, Ernest Gellner o Carlton Hayes.

¹³ El Presidente de Francia Emmanuel Macron se ha expresado recientemente de un modo muy similar: «Sin autonomía estratégica, Europa se arriesga a "salir" de la historia» (Macron, 2023).

En primer lugar, clave geopolítica, cuál fue el impacto que sobre la constitución de la ecúmene mundial tuvo la aparición de sociedades industriales. Aparecen aquí referencias regulares a David Ricardo y a Henri de Saint-Simon, como los primeros pensadores de la economía industrial (el primero) y de la sociedad industrial (el segundo). En segundo lugar, si bien el tema de la revolución industrial ya está presente en *La crisis del Uruguay y el Imperio Británico* y por supuesto también en *El Uruguay como problema*, tiene un tratamiento en profundidad en *La dialéctica hombre-naturaleza* (1965), donde lo asume como categoría de comprensión histórica, en un interesante diálogo y contrapunto entre santo Tomás y Hegel (Podetti 2009; 2013). La idea de que el tránsito de las sociedades agrarias a la sociedad industrial debe ser estudiado también, y finalmente, desde la Filosofía de la Historia está presente asimismo en el artículo «Vulgaridad y urgencia de la historia universal» (Methol Ferré, 1967b).

Entender a la historia como «espacialización» y «temporalización», o más estrictamente, como «espacio-temporalización», nos aproxima, como otras ideas de Methol, a uno de los interrogantes del paradigma de la *Global History*: si hemos logrado extraer, finalmente, al «intelligible field» histórico de los estrechos marcos del Estado-nación, y hemos también desechado, más allá de inercias remanentes, al marco más amplio de las civilizaciones, ¿en qué lugar se sitúa un historiador hoy? ¿Desde dónde es posible alcanzar una perspectiva que abarque toda la ecúmene global? Es más, ¿es posible realmente una perspectiva «ecuménica»? Un intento de respuesta ha recurrido a un concepto proveniente de la *Conceptual History*, «capa temporal» (*Zeitschichten*) de R. Koselleck, proponiendo el concepto de «capas espaciales» (*Raumschichten*) (Schulz-Forberg, 2013). ¿Cómo se resuelve este interrogante en Methol? Para él, una perspectiva «ecuménica» de la historia es posible y existe, pero está más allá de la historia, y por eso finalmente la historia culmina o deriva en teología de la historia. De allí que la teología sea uno de los saberes que integraron su campo transdisciplinario.

Ahora bien, la «historia global» no es una pretensión completamente nueva, por supuesto. Methol atribuyó al *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones* de Voltaire (1756) haber inaugurado «la perspectiva geocultural en función de la Ecúmene planetaria» (Methol Ferré 1985a). Por supuesto, la perspectiva de Voltaire ni siquiera es europea, sino francesa, de modo que está muy distante de cualquier pretensión «ecuménica». Y aun pasando por alto ese hecho, de los 197 capítulos del *Essai*, 157 están dedicados a Europa. No obstante, puede considerarse parte, entre muchas otras, de un camino y una pretensión. Camino y pretensión que comenzaron con la navegación oceánica y la primera etapa de la expansión europea. Casi dos siglos antes que Voltaire, el historiador español Jerónimo Román publicó *Repúblicas del Mundo* (1595), un intento de descripción comparada de la «cosa pública», en donde además de las repúblicas europeas y americanas, se in-

cluye a la república de los Turcos, y a las de Túnez, Fez, Etiopía, la de los Tártaros y la de China.

Volviendo al interrogante señalado más arriba, las pretensiones de la *Global History*, en los términos en que se plantea a partir de la década de 1990, se mantienen por ahora en la ruptura de los paradigmas de la historia nacional, propiciando las perspectivas transnacionales, transregionales y transcontinentales. Pero la labor del historiador debe seguir ligada a bases empíricas, a la laboriosa pero emocionante lectura de fuentes primarias, porque de lo contrario corre el riesgo de convertirse, como ha dicho Sanjay Subrahmanyam, en una «historia global de la nada», o, asumiendo íntegramente la exigencia que implica su nombre, imaginar que existe un punto de vista «extraterrestre» (Subrahmanyam, 2013). Más bien se trataría del intento de superar el condicionamiento mental «nacional», o, en un sentido más referido al peso de los modelos occidentales de conocimiento, de «provincializar Europa» (Chakrabarty, 2008).

Para Methol, el historiador vive en la tensión del «concepto universal, modelo, abstracción, y la inefable, evanescente realidad multiforme de lo individual», y «la comprensión histórica exige el simultáneo y oscilante esfuerzo de aunar el encadenamiento temporal, cronológico, viviente, y la lógica de los modelos sociales. Unificar narración y tipología, relato y concepto, esa es la tarea delicada y difícil del pensar histórico» (Methol Ferré, 1965). Esta bipolaridad de la comprensión histórica determina dos grandes riesgos: por un lado, está el «peligro hegeliano», que «devora lo individual, irrepitable, original, en el seno gris de la racionalidad de un modelo», y que «suscita el sano espanto de los auténticos historiadores, que por lo común confunden esta tentación con la filosofía de la historia». El otro riesgo es el «peligro empirista», «donde todo se pulveriza en individualidades, deshuesando toda estructura, dejando que lo contingente arrolle toda necesidad. La anécdota consume la categoría, es más, se eleva a categoría. Un conglomerado de anécdotas, de perspectivas yuxtapuestas, sin ligazón interna, desgrana la totalidad histórica en un océano infinito sin categorías, sin conceptos universales que la vertebran» (Ídem).

Resumiendo, la labor intelectual de Methol Ferré se caracterizó por un esfuerzo persistente en crear nuevos marcos para la comprensión política e histórica, y por un enfoque genuinamente transdisciplinario, más allá de los riesgos que esto supone para el rigor y para la comunicación ordenada de los conocimientos¹⁴.

¹⁴ No sería posible abordar aquí todos los alcances, implicancias y significados que para la vida y obra de Methol Ferré tuvo la fe católica, que llevarían a ampliar sustantivamente la definición de su labor intelectual. Ver al respecto (R. Podetti, 2019)

Los trabajos reunidos para esta antología son apenas una muestra de su pensar, por lo tanto, así deben ser tomados. Los estudios sobre su pensamiento están en pleno desarrollo, pero aún son insuficientes para hacer una ponderación de sus aportes, una síntesis de sus principales conceptos e ideas, y una crítica que permita continuarlos.

BIBLIOGRAFÍA

- ARBUET, H. (2021). *La Escuela de Montevideo de Derecho Internacional Público*. Montevideo: Fundación de Cultura Universitaria.
- ARDAO, A. (1997). Sobre el tercerismo en Uruguay. En Real de Azúa, ob. cit.
- BORGHESI, M. (2018). *Bergoglio, una biografía intelectual. Dialéctica y mística*. Madrid: Encuentro.
- CHAKRABARTY, D. (2008). *Al margen de Europa. Pensamiento poscolonial y diferencia histórica*. Barcelona: Tusquets Editores.
- FESSARD, G. (1960). *De l'actualité historique*. Paris: Desclée de Browver, 2 vols.
- GASTON, E. (2022). The Russia-Ukraine Crisis Has Removed All Doubt. We're in a New Cold War. *World Politics Review*, 22 de febrero.
- GONZÁLEZ, M. y J. G. Lagos (2013). Methol: la religión como geopolítica, la geopolítica como religión. *Revista Lento*, 5.
- HANNERZ, U. (1996). The Global Ecumene as a Landscape of Modernity. En: *Transnational Connections. Culture, people, places*. London-New York: Routledge, pp. 44-55.
- JAGUARIBE, H. (2001). *Un estudio crítico de la Historia*. México: Fondo de Cultura Económica, dos tomos.
- McNAMARA, R. E. (2021). Diversidad y espacialidad. Sobre el concepto de *estrato* en Deleuze y Guattari. *Páginas de Filosofía*, XXII, 25, pp. 71-99.
- MACRON, E. (2023). L'autonomie stratégique doit être le combat de l'Europe. *Les Echos*, 9 de abril.
- METHOL FERRÉ, A. (1952). Carta a César Aguiar. *El Bien Público*, 12 de agosto de 1952. Archivo Methol Ferré, 3.1.C7.CA1.5.
- METHOL FERRÉ, A. (1955) [1952]. Los católicos y la cultura occidental. *Nexo*, I, 2, septiembre-octubre, pp. 30-38. Archivo Methol Ferré, 2.1.1.1.C1.CA2.1.
- METHOL FERRÉ, A. (1957a). Latinoamérica en un mundo dividido. *El Debate*, 24 de septiembre. Archivo Methol Ferré, 2.1.1.1.C1.CA2.4.
- METHOL FERRÉ, A. (1957b). La política de la nada. *El Debate*, 1 de octubre. Archivo Methol Ferré, 2.1.C1.CA2.6.
- METHOL FERRÉ, A. (1958). Estudio preliminar. En: Stewart Vargas, G. *Oribe y su significación frente a Rozas y Rivera*. Buenos Aires: Pellegrini Impresores. Archivo Methol Ferré, 2.1.1.1.C1.CA3.3.
- METHOL FERRÉ, A. (1965). *La dialéctica hombre-naturaleza*. Montevideo: Instituto de Estudios para América Latina (IEPAL). Archivo Methol Ferré, 2.1.1.1.C1.CA5.1.
- METHOL FERRÉ, A. (1967a). *El Uruguay como problema. En la Cuenca del Plata, entre Argentina y Brasil*. Montevideo: Diálogo.

- METHOL FERRÉ, A. (1967b). Vulgaridad y urgencia de la historia universal. *Víspera*, I, 2, agosto. Archivo Methol Ferré, 2.1.1.1.C1.CA5.2.
- METHOL FERRÉ, A. (1977) Marco histórico de la religiosidad popular. En VV.AA. *Iglesia y Religiosidad Popular en América Latina*. Bogotá: CELAM, pp. 45-68. Archivo Methol Ferré, 2.1.1.1.C2.CA6.4.
- METHOL FERRÉ, A. (1985a). Pueblo Nuevo en la Ecúmene. *Nexo*, 5, pp. 74-80.
- METHOL FERRÉ, A. (1985b). Novedad de Schoenstatt en América. *Nexo* 6.
- METHOL FERRÉ, A. (2004). De la separación a la Integración. De Alberdi a Perón y el Nuevo ABC. Conferencia en el Congreso Internacional «Desde el Mercosur hacia la Patria Grande», La Plata: Colegio de Abogados de la Provincia de Buenos Aires, abril. Archivo Methol Ferré, 2.2.3.C5.CA7.8.
- METHOL FERRÉ, A. (2007). Conferencia en el Foro «La gira del Presidente G. Bush por América Latina». Montevideo: Universidad de la República, 5 de marzo. Archivo Methol Ferré, 2.2.3.C5.CA9.2.
- METHOL FERRÉ, A. (2013). *Los Estados continentales y el Mercosur*. Montevideo: Hum.
- METHOL FERRÉ, A. (2015) [1967]. *El Uruguay como problema*. 5ª edición, Montevideo: Hum.
- METHOL FERRÉ, A. (2017) *Reflexiones sobre la historia de la Iglesia*. Selección y edición de J. Ramiro Podetti. Montevideo: Universidad de Montevideo.
- MORAGA, J. (2012). Hannerz y Appadurai: la transnacionalidad ¿anda suelta? *Revista de Ciencias Sociales* (CI), 28, pp. 227-249.
- MORANDÉ, P. (2019). La sociología de la cultura como hermenéutica de la historia. *Cuadernos Humanitas* 36, 26 de julio.
- OLSTEIN, D. (2014). *Thinking History Globally*. London: Palgrave Macmillan.
- PODETTI, J. R. (2009). Alberto Methol Ferré y la geopolítica sudamericana. *Cuadernos del CLAEH*, 99, 32.
- PODETTI, J. R. (2013). La confusión contemporánea en torno al Estado-nación. En: Methol Ferré (2013). *Los Estados Continentales...*, ob. cit., pp. 21-36.
- PODETTI, J. R. (2019). Iglesia y mundo en Alberto Methol Ferré. En Caetano, G. y D. Hernández coords. *Reflexiones sobre geopolítica y región*. Montevideo: Planeta, pp. 247-262.
- RAO, N. (2023). The Upside of Rivalry. India's Great-Power Opportunity. *Foreign Affairs*, 102, 3, mayo-junio.
- RATZEL, F. (1891). *Anthropogeographie. Zwiter Teil. Die Geographische Verbreitung des Menschen*. Stuttgart: Verlag Von J. Engelhorn.
- REAL DE AZÚA, C. (1997) *Tercera posición, nacionalismo revolucionario y tercer mundo, una teoría de sus supuestos*. Apéndice con textos de Arturo Ardao y Aldo Solari. Montevideo: Cámara de Representantes del Uruguay.
- ROMÁN, J. (1595). *Repúblicas del Mundo*. Salamanca: Juan Fernández.
- SALDÍVAR, J. M. (2016). Reseña de Ulf Hannerz. *Conexiones transnacionales. Cultura, gente, lugares* (Madrid: Ediciones Cátedra, 1998).
- SCHULZ-FORBERG, H. (2013). The Spatial and Temporal Layers of Global History: A Reflection on Global Conceptual History through Expanding Reinhart Koselleck's *Zeitschichten* into Global Spaces. *Historical Social Research* 38, 3, pp. 40-58.
- SUBRAHMANYAM, S. (2013). Aux origines de l'histoire globale. Paris: Collège de France.

- TERRA, J. P. (1952). Carta a César Aguiar. *El Bien Público*, Montevideo, 12 de agosto. Archivo Methol Ferré, AMF.3.1.C7.CA1.5.
- TOYNBEE, A. (1948) The field of historical study. En: *The Study of History*. Vol. I. London: Oxford University Press, pp. 17-50. El fragmento citado está tomado de la traducción española de Jaime Perriau (Buenos Aires: Emecé, 1951)

ANTOLOGÍA DE TEXTOS
DE ALBERTO METHOL FERRÉ



PARTE I.
HISTORIA Y GEOPOLÍTICA

I. I. ¿POR QUÉ GEOPOLÍTICA?¹

¿POR QUÉ GEOPOLÍTICA? Hace ya muchos años Josué de Castro decía: «palabra tan comprometida, tan alterada en su significado esencial, tan contaminada y tan execrada: *geopolítica*. Pero, degradada por la dialéctica nazi, la palabra *geopolítica* continúa manteniendo su jerarquía científica y necesita ser rehabilitada en su sentido real»².

Su sentido es sencillo, elemental. Las cosas obvias, de tan evidentes ni se las ve. Si la política es la relación del hombre con el hombre tomado en su conjunto, es siempre relación *localizada* en espacios concretos. El hombre es animal terrestre y político, por lo que hace naturalmente geopolítica, aunque sea de modo ingenuo, no explícito. No hay historia sino en espacios, *espacializándose*. Lo que no impide que haya gentes que cuentan la historia con una gran desatención de los espacios. Pero la historia no es tiempo, sino espacio-tiempo. Los tiempos solos, o los espacios solos, son muy abstractos. Tanto, que la geopolítica es obviamente anterior a

¹ Bajo este título se reúnen dos artículos aparecidos en la revista *Nexo*: Methol Ferré, A (1984). «¿Por qué Geopolítica?» *Nexo*, I, 3, pp. 4-5; e Ídem (1984) «Una sinopsis». *op. cit.*, pp. 39-45. Disponible en: http://metholferre.com/wp-content/uploads/2023/06/nexo-_03_C.pdf. (Consultado: 01/03/2024). Forman parte del tema central al que está dedicado el número, titulado «Patria Grande y Geopolíticas», que incluye también una antología de textos, elaborada por el geopolítico uruguayo Bernardo Quagliotti de Bellis, el artículo «Dinámicas en el Cono Sur», del mismo autor, y el artículo «Geopolítica de la solidaridad» del escritor y pensador uruguayo Luis Horacio Vignolo. La revista *Nexo* fue fundada y dirigida por Alberto Methol Ferré; publicó diecinueve ediciones entre 1983 y 1989. El programa y propósitos de esta revista están explicados en «Bajo el signo de Bolívar», publicado en este mismo volumen. No debe confundirse con la revista del mismo nombre, publicada en Montevideo entre 1955 y 1958, de la que también participó en su creación.

² Ver Castro, J. de (2019). *Geopolítica del hambre. Ensayo sobre los problemas de la alimentación y la población del mundo*. Remedios de Escalada: Universidad Nacional de Lanús, p. XVI. Los libros *Geografia da fome: pão ou aço* (1946) y *Geopolítica da fome* (1951) le dieron proyección mundial al médico, sanitarista, geógrafo y militante brasileño Josué de Castro (1908-1973). Todas las notas pertenecen a los editores, salvo aquéllas que llevan la sigla AMF, que provienen de los originales de Alberto Methol Ferré.

la geografía. La geografía es una abstracción muy posterior, que separa la tierra de la política.

El espacio humano está siempre cualificado políticamente. No hay Estado sin territorialidad. El espacio sólo es neutro en tanto no dominado por el hombre, apenas dominado se *politiza*. Las luchas y conflictos humanos implican, siempre, conflictos y desplazamientos espaciales. En todas las dimensiones, desde la casa, pasando por la fábrica, hasta el Estado. De tal modo que, sin pretensión de precisión científica, sólo para una noción, para entrar en tema, recordemos –entre las muchas– algunas definiciones de *geopolítica*. Arthur Dix dice: «es la ciencia que estudia la morada y esfera de poderío de los Estados. Su campo de observación es la superficie de la Tierra, contemplada como lugar de actividad de las sociedades humanas y escenarios donde se desarrolla la vida de los pueblos organizados en Estados. Se ocupa, por consiguiente, de las relaciones de las colectividades en el espacio que habitan y el área de tráfico»³. Otras son más sencillas; así, nada menos que la del «doctor Fausto» de la geopolítica, Karl Haushofer: «Geopolítica es la ciencia de la vinculación geográfica de los acontecimientos políticos»⁴. Un análisis geográfico de la política y un análisis político de la geografía.

Pero esto es demasiado general. Nos importa más concretamente ¿por qué geopolítica en América Latina? ¿Puede haber una geopolítica latinoamericana? ¿Puede interesar? ¿No habrá sólo geopolíticas argentinas, brasileñas, peruanas, chilenas, etc.? ¿Pueden tener un impulso y una referencia unitaria, latinoamericana? Digamos sólo como primera aproximación: puesto que no hay pueblo en plenitud sin autoconciencia política de su tierra, la cultura latinoamericana, el pueblo latinoamericano –compuesto de todas nuestras patrias– requiere para su autoconciencia gestar también su conciencia geopolítica. Dejar de sentir sólo sus fragmentos, y también totalizarse. Unirse. Y la unidad, como realización práctica, comienza en la cabeza, en la inteligencia.

Tomemos un caso de preocupación geopolítica en América Latina. Se trata de algunas citas significativas del Servicio de Educación Popular (SEP), una organización de trabajadores cristianos latinoamericanos⁵, extraídas de unos *Apuntes*

³ Ver Dix, A. (1929). *Geografía política*. Barcelona: Labor, p. 19. El original alemán es: *Politische Geographie der Gegenwart*, 1922.

⁴ Pueden encontrarse en Haushofer varias definiciones de geopolítica, pero la cita se ajusta bien a una de ellas. Ver: Cuéllar, R. (2012). Geopolítica. Origen y evolución del concepto. *Revista de Relaciones Internacionales de la UNAM*, 113, mayo-agosto, pp. 59-80.

⁵ El Servicio de Educación Popular fue una creación del Movimiento Obrero de Acción Católica. El MOAC fue fundado en Córdoba, Argentina, en 1960, con el propósito de aglutinar movimientos cristianos de trabajadores de América del Sur. El SEP, su área educativa, desarrolló actividades en Montevideo hasta que fue disuelto en 1977 por el régimen militar, detenidos varios de integrantes

de 1975: «La geopolítica ha sido definida por mucha gente y ha sido despreciada también por mucha gente. Entre los que han despreciado la geopolítica, nos hemos contado los trabajadores, y en general las poblaciones de los países pobres, porque la geopolítica ha sido planteada, estudiada y manejada por los que tradicionalmente han dominado al mundo. Pero que esta ciencia haya sido manejada por los que han dominado tradicionalmente, no habilita a desconocerla y dejarla de lado. Porque simplemente existe, y si existe e influye en nuestra vida es preciso conocerla, saber cuál es su incidencia y en qué medida se la puede utilizar. Y en caso que no se quiera utilizarla, en qué medida se la puede neutralizar».

Los *Apuntes* del SEP prosiguen diciendo que, mientras los dominadores geopolíticos tienen una visión global de los países latinoamericanos, nosotros mismos carecemos de una visión global. Porque ellos nos totalizan, nos controlan eficazmente. Y entonces, para liberar a América Latina hay que conocerla, tener una perspectiva de ella no abstracta, sino concreta, «aterrizada». Este interés geopolítico de sectores de trabajadores latinoamericanos tiene escasos antecedentes. Pero adentrémonos más en ¿por qué geopolítica en América Latina?

La geopolítica siempre me ha interesado. Pero no es un asunto personal, es cuestión ligada a procesos objetivos de la historia latinoamericana. Por eso, me siento autorizado a tomar el hilo de mi experiencia para señalar de modo más vívido, menos esquemático y distante, algunos caracteres de la situación geopolítica latinoamericana.

En 1972 introducimos perspectivas geopolíticas en el Departamento de Laicos del CELAM⁶, cuyo presidente era entonces el obispo paraguayo Mons. Ramón Bogarín y su secretario ejecutivo el Ing. Luis Meyer. Principalmente desde una reunión en Asunción, en mayo de aquel año, en la que participaron, entre otros, José Aguilera (dirigente obrero chileno del Movimiento Obrero de Acción Católica, uno de los fundadores del SEP, junto con el uruguayo Carlos Durán y el brasileño Tibor Sulik) y Luis Horacio Vignolo. La introducción de la geopolítica en el Departamento de Laicos del CELAM tenía dos motivos muy claros. Uno de necesidad interna, otro de presión externa.

y secuestrada su documentación. Methol Ferré ofreció conferencias y seminarios en el SEP, donde también fueron profesores, entre otros, Luis Horacio Vignolo, Washington Reyes Abadie y Jorge Abelardo Ramos. Los *Apuntes* a que hace referencia el texto fueron un documento interno del SEP, que solía hacer ediciones domésticas de clases y conferencias. (Datos proporcionados por el Prof. Elbio López Raffo, quien fue directivo del SEP entre 1972 y 1977).

⁶ El Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) es un organismo de coordinación de los obispos latinoamericanos, con sede en Bogotá.

La necesidad interna era bien comprensible. La escala de la misión del Departamento de Laicos exigía una mirada articulada de América Latina, que era su campo de acción. Un campo de acción tan inmenso, que para evitar un andar errático debía ponerse un orden, indicar proporciones, diferenciar lo principal de lo secundario. En una palabra, no nos alcanzaba enunciar a América Latina como un «bulto». Eso no servía, no daba ninguna orientación. Las meras generalidades eran un naufragio. Por ejemplo, la «dependencia» de Brasil no es igual que la de Honduras, ni equivalentes sus procesos, significados y proyecciones. Había que comparar, situar, relacionar, no de modo estático sino dinámico. Había concentraciones urbanas industriales y gigantescas extensiones vacías, con muy diversas problemáticas apostólicas. Había que seleccionar los lugares estratégicos, economizar los esfuerzos y encontrar los modos de mejor comunicación, etc. Todo debía ser unificado en un solo cuadro. América Latina no podía ser para nosotros un objetivo declamatorio, la habitual retórica de la invocación. Diría Augusto Comte, había que alcanzar una anatomía y una fisiología del cuerpo histórico latinoamericano. Por eso la geopolítica se convirtió en una necesidad. Si no totalizábamos de modo diferenciado y dinámico a América Latina, no podríamos actuar de modo sensato. Para no caer en lo indiferenciado, el Departamento de Laicos del CELAM debió —entre otras cosas— hacerse geopolítico, desde una perspectiva eclesial latinoamericana.

Por esas exigencias, redescubrimos entonces a Mario Travassos, muy borrado entre los hispanoamericanos, pero no por cierto en Brasil. O, mejor dicho, en el Ejército de Brasil; pues por aquellos años no hubo intelectual brasileño al que me encontrara que no le preguntara por Mario Travassos, que nos había facilitado el diseño básico de América del Sur, y ninguno lo conocía. Lo que muestra la verdad de aquel aserto que solía repetir Darcy Ribeiro: «El drama actual del desarrollo de América Latina reside en gran medida en el divorcio entre sus élites intelectuales fundamentales... Hasta que no haya convergencia entre las élites, no habrá vigor para la independencia de América Latina».

Queda claro que el mirador latinoamericano del CELAM nos exigió un pensar geopolítico. Sólo el mirar geopolítico nos salvaba de lo amorfo. Esto, en lo que respecta al motivo de la necesidad interna. En cuanto al otro motivo, el de la presión externa, tenía nombre propio: se llamaba Brasil. En efecto, podría decirse que la geopolítica, en América Latina, es ante todo Brasil, viene de Brasil. Viene de Brasil como práctica y como especulación. Al iniciarse los años 70 era un hecho el «milagro» de la industrialización brasileña, su formidable expansión interna, en la asociación de un Estado autoritario militar y grandes corporaciones. El gigantesco cuerpo brasileño vibraba en todas las direcciones. Desde el centro de América del Sur llegaba a todos sus vecinos. Las líneas divisorias se volvían fronteras vivientes. Recuerdo que entonces, luego de una recorrida por América del Sur, exclamé en

una entrevista: «Las *bandeiras* asoman en todas las fronteras»⁷. Por supuesto, *bandeiras* modernas. Entre los materiales que se examinaron en aquella reunión de Asunción hubo un trabajo del ensayista chileno Alejandro Magnet titulado: Brasil: gran potencia del año 2000.

La dinámica brasileña comenzó a despertar a América del Sur desde adentro. Antes los imperios venían de afuera, no hacía falta una radiografía interior de América Latina. Ahora, por fin, la industrialización nos *interiorizaba*, y el revulsivo no podía ser sino producto de la mayor posibilidad latinoamericana, Brasil. Por eso, la geopolítica como atmósfera latinoamericana tiene poco más de quince años. Me atrevería hasta a fechar: 1967. Allí Golbery de Couto e Silva —que venía publicando artículos geopolíticos desde 1955— los reúne en un libro: *Geopolítica del Brasil*. Esta es la obra que precipita la nueva atmósfera. Y la primera reacción no podía venir sino de una frontera sensible, el Uruguay. El fenómeno fue inmediatamente registrado por un recordado y querido amigo, Vivián Trías, que publicó enseguida, en el mismo año, *Imperialismo y geopolítica en América Latina*⁸. Una respuesta a la pretensión del «sub-imperialismo» brasileño de Golbery de Couto e Silva. También los brasileños cuestionaban tal pretensión, el más notorio fue el riograndense Paulo Schilling.

Esta preocupación rioplatense ante la marcha de Brasil tiene otro antecedente próximo, el ensayo *Ejército y Política*⁹, del ensayista y pensador argentino Arturo Jauretche. Impresionado por la fundación de Brasilia, y toda la significación que encerraba retirar la capital de la costa atlántica carioca para llevarla hacia el interior, el ensayo contrasta la coherencia de la geopolítica brasileña frente a la geopolítica argentina¹⁰. Esa publicación de Jauretche era su parte, en una obra sobre cuestiones geopolíticas latinoamericanas que proyectamos escribir juntos en 1956.

Mi inquietud en estas cosas provenía de algunos años antes. En 1955, en otra revista *Nexo*, no latinoamericana sino uruguaya, que publicamos con Roberto Ares Pons y Washington Reyes Abadie, tenía yo una obsesión: qué significaba el fin de la inserción del Uruguay, y del Río de la Plata, en el Imperio Británico. Pensaba que el Uruguay, por ser frontera, había tenido históricamente dos posibilidades:

⁷ Disponible en Archivo Methol Ferré 2.1.1.1.C2.CA4.5.

⁸ Ver Trías, V. (1969). *Imperialismo y geopolítica en América Latina*. Buenos Aires: Jorge Álvarez.

⁹ Ver Jauretche, A. (1958). *Ejército y política*. Buenos Aires: Peña Lillo.

¹⁰ Hay una respuesta argentina a Travassos (atendiendo a su obra *Projeção Continental do Brasil*, de 1938): Isola, E. R., y A. C. Berra (1950). *Introducción a la geopolítica argentina. Las influencias geopolíticas en la formación de nuestro Estado*. Buenos Aires: Círculo Militar, Biblioteca del Oficial vol. 390. Y las perspectivas de Friedrich Ratzel y Alfred Mahan ingresaron en Argentina a través del almirante Segundo Storni, en dos conferencias que pronunció en 1916 y que se publicarían posteriormente con el título *Intereses argentinos en el mar*.

Banda Oriental (solución argentina) o Provincia Cisplatina (solución brasileña). Había resultado, sin embargo, la anulación de esas dos posibilidades, inherentes a la condición de frontera, y había nacido el Uruguay como neutralización. Es decir, la solución no provino de la tierra, sino del mar (Inglaterra). Pero entonces, en la posguerra, sobrevino la retirada inglesa. ¿Qué hacer?

Pensé entonces que no cabía otro camino que *latinoamericanizarnos*: ser a la vez Banda Oriental y Provincia Cisplatina. Ser nexos y no cuña. Tal el diseño. Y fue sólo en 1967 que publiqué mi parte, dentro de aquella obra que habíamos proyectado con Arturo Jauretche: *El Uruguay como problema*. Aquí la cuestión, la cuestión uruguaya, y del resto de la región, es exactamente la inversa de Brasil. No es la expansión, sino los límites que presenta todo intento de desarrollo puramente uruguayo. Es la inviabilidad de nuestros países si no se latinoamericanizan. Por eso me importó la geopolítica, para entender cómo reinsertar mi propia patria en el árbol latinoamericano de ramas tronchadas. Y el Uruguay se me volvió símbolo de la falta de destino de todos los países latinoamericanos –salvo Brasil– si persisten en políticas anacrónicas de campanario. De tal modo, para mí América Latina es, a la vez, una experiencia y una exigencia, nacional y eclesial.

Todo lleva a la recuperación de Simón Bolívar, José de San Martín, Lucas Alamán y tantos otros, de la generación frustrada de la primera independencia. Luego de ellos se perdió la visión totalizadora, y quedaron los fragmentos dispersos. Sólo en nuestro siglo vuelve el latinoamericanismo. Primero con los poetas y literatos modernistas de la Generación del 900. El que acuñó la designación *Patria Grande* fue el argentino Manuel Ugarte. Había algunas ideas geopolíticas sueltas. Pero la articulación comienza por dos caminos, independientes uno del otro, hacia fines de la década de 1920 (Methol Ferré, 1959). Por un lado, el peruano Víctor Raúl Haya de la Torre, con su espacio-tiempo indoamericano¹¹, donde diferencia la di-

¹¹ La tesis o teoría del «espacio-tiempo histórico» puede leerse, en su fundamentación y desarrollo, en: Haya de la Torre, V. (1961): *Aprismo y filosofía*. Lima: Ediciones Pueblo, 207 pp. Especialmente los capítulos «Espacio-tiempo histórico» (pp. 39-62) y «Espacio-tiempo histórico americano» (pp. 105-154). El primero, antes de ser recogido en ese volumen, fue publicado en *Cuadernos Americanos* (3, 4, mayo-junio de 1945); el segundo, fue parte de Haya de la Torre, V. (1957). *Toynbee frente a los panoramas de la historia: espacio-tiempo histórico americano*. Buenos Aires: Compañía Editora y Distribuidora del Plata, 233 pp. Las primeras formulaciones de la tesis fueron publicadas en la revista *Claridad* (Buenos Aires) en 1936, y en la revista *Hoy* (Santiago de Chile) en 1937. En el primer artículo, partiendo de Hegel, Marx y Oswald Spengler, Haya revisa a Halford Mackinder, Rudolf Kjellén, Friedrich Ratzel y Karl Haushofer, y finalmente marca sus diferencias con la interpretación que el historiador y politólogo William Fletcher, investigador y catedrático de la Universidad de Yale, había propuesto, sobre la teoría, en «Aprismo Today. An Explanation and a Critique» (*Inter-American Quarterly* 3, octubre de 1941). En el segundo, Haya confronta con Arnold Toynbee, desarrollando su argumento con base en la *Filosofía de la Historia* de Hegel, la *Filosofía de las formas simbólicas* de

námica de cuatro sectores básicos: (1) México, Centroamérica y el Caribe; (2) los países andinos o bolivarianos; (3) Chile y los países del Plata; (4) Brasil. Por otro lado, Mario Travassos¹², que diferencia también cuatro regiones esenciales. (1) México, Centroamérica y el Caribe; las otras tres en América del Sur: (2) los países del espinazo andino, y hacia el Atlántico, las dos grandes cuencas, (3) la del Amazonas y (4) la del Río de la Plata. Es decir, no es una división por países, pues varios participan en más de una región. El que participa de las tres regiones sudamericanas y, de hecho, es la intersección de las tres, es Bolivia, el turbulento corazón de América del Sur. Desde aquí comenzó a nacer la geopolítica en América Latina. Nos proponemos aquí una primera introducción.

UNA SINOPSIS

«América Latina» comienza por evocar una nebulosa sentimental. Eso está bien. Es el sentir primigenio, casi corporal, de una Patria. Sólo desde un profundo sentimiento existencial podemos y debemos pensarla. De esa materia prima sustentadora, oscura, hay que alcanzar la arquitectura de sus formas, de sus dinámicas y tensiones interiores. Que el sentimiento fructifique en inteligencia arquitectónica.

Las geopolíticas quieren ser una razón de claridad, de percepción de formas en movimiento en nuestras tierras latinoamericanas. Se entiende, de formas políticas, sociales, no fijas sino problemáticas, ya que todavía estamos «colonizando» las tierras interiores. Apenas hemos salido de las costas. Lo que Estados Unidos realizó con su marcha al Oeste, uniendo Atlántico y Pacífico, en el siglo XIX, es todavía tarea por realizar en América del Sur. Ciertamente, los obstáculos geográficos son incomparablemente más difíciles, lo que nos deja con una cierta «invertebración» interna.

LOS GEOPOLÍTICOS IMPERIALES

Los panoramas de la Tierra se ven desde las alturas. Por eso el águila ha sido símbolo tradicional del poder. Tiene una mirada abarcadora del conjunto. Pero

Ernst Cassirer, la *Introducción a la Filosofía de la Historia* de Raymond Aron, y culmina con la Teoría de la Relatividad, que conoció inicialmente a través de Ortega y Gasset y luego de la lectura de Einstein, con quien mantuvo además una extensa comunicación en la Universidad de Princeton en 1947. Sobre la historia de la teoría puede verse: Klaiber, J. SJ (1997). Haya de la Torre: su teoría del Espacio-Tiempo Histórico. En: Córdova, H. (ed.) (2017). *Espacio: teoría y praxis*. Lima: Centro de Investigación de Geografía Aplicada, Pontificia Universidad Católica, pp. 325-335.

¹² Las obras que proyectaron a Mario Travassos fueron *Projeção Continental do Brasil* (Sao Paulo: Companhia Editora Nacional, 1935) e *Introdução à Geografia das Comunicações Brasileiras* (Rio de Janeiro: Livraria José Olympio, 1942).

las alturas no son las mismas, tienen distintos ángulos y por supuesto no implican siempre los mismos contenidos. Si hacemos provisoria abstracción de esos contenidos (cultura, valores, ciencia y técnica, etc.), sigue siendo verdad aquella máxima de Napoleón «La política de todas las potencias está en su geografía». Geopolítica es perspectiva global de la historia en la dinámica de los espacios. Por eso, la geopolítica es más propia de las grandes potencias, está ligada a la proyección de los imperios en la Tierra.

La geopolítica, sin embargo, no se reduce a los imperios. Toda política es geopolítica. De corto o largo alcance. Lo común es que las zonas dependientes tengan geopolíticas de corto alcance, o mejor, reciban pasivamente las geopolíticas metropolitanas. La paradoja está, empero, en que sólo puede haber salida de la dependencia en la medida en que se logra una mirada propia de largo alcance. Esto implica un saber de las geopolíticas que configuran el mundo actual; apenas desde el siglo pasado la Tierra forma un solo sistema político. Hoy, nadie puede pensarse a sí mismo sin ubicarse en relación a la Ecúmene. Quienes más han pensado el conjunto de la Tierra son las grandes potencias. Por eso, para poder vernos, nos es indispensable atravesar sus pensamientos. Por la mediación del saber de las geopolíticas imperiales se podrá generar una geopolítica de la liberación y de la solidaridad latinoamericanas, como parte del conjunto de la historia contemporánea.

AMÉRICA LATINA Y FRANCIA

En rigor, la geopolítica como pensamiento político que pretende abarcar orgánicamente el conjunto de la Tierra, puede darse por iniciada en Alemania, Inglaterra y Estados Unidos en los años de tránsito del siglo XIX al siglo XX. Francia ya no concurría en el primer plano de las grandes potencias, aunque tenía un vasto imperio, porque estaba retrasada en su desarrollo industrial. La Alemania de Bismarck había desplazado, en la Europa occidental continental, a la Francia de Napoleón III en su candidatura a potencia mundial, capaz de llegar a la altura de Inglaterra. Quizá por ello Francia quedó sin geopolíticos de importancia, aunque tuvo grandes de la geografía humana, como Vidal de la Blache.

Sin embargo, en la Francia de Napoleón III hubo un proto-geopolítico, eminente, el sansimoniano Michel Chevalier. Éste percibió, desde su paso por Estados Unidos en la década de 1830, que Francia sólo podía alcanzar a ser potencia mundial si hacía pie en los dos extremos «densos» del mundo, Europa Occidental y el Extremo Oriente, y que para eso era necesaria la apertura de los canales de Suez y Panamá. Pero ¿cómo podría Francia sostenerse en Panamá? Sólo con el apoyo de las «repúblicas latinas» de América del Sur, en especial con el antemural de México como contención ante Estados Unidos. El fracaso de la aventura francesa de Maximiliano en México selló la pérdida de Panamá por los franceses y su desplazamien-

to definitivo por Estados Unidos. Sin embargo, el panlatinismo de Francia, que se sentía heredera de España y Portugal, nos dejó finalmente el nombre de América Latina, acuñado por aquel gran luchador de la causa de la Unión Latinoamericana que fue el católico colombiano José María Torres Caicedo. La obra del historiador de las ideas y filósofo uruguayo Arturo Ardao *Génesis de la idea y el nombre de América Latina*¹³ ha esclarecido definitivamente esta cuestión.

Así, el intento frustrado de geopolítica francesa nos dejó el nombre. Y hoy, acotemos, aquella primera bandera de la Unión Latinoamericana que levantara Torres Caicedo acaba de ser retomada literalmente por el primer Congreso de Trabajadores por la Unión de América Latina reunido en Caracas en octubre de 1983, propulsado por la Central Latinoamericana de Trabajadores (CLAT). La historia sigue su curso. De aquellos grupos de élite, en los que figuraba Juan Bautista Alberdi, quizá nuestro primer geopolítico continental, ahora el movimiento por la Unión Latinoamericana se hace movimiento de trabajadores.

ESTADOS UNIDOS

En la última década del siglo XIX Estados Unidos había terminado ya su marcha hacia el Oeste, completando su extensión continental desde el Atlántico al Pacífico. De tal modo, Frederick Jackson Turner trazaba el despliegue geopolítico de la frontera, en la epopeya del Oeste¹⁴. Recapitulaba el pasado. Pero el *cowboy* se encontraba ya con el mar y debía volverse *marine*. Así pasamos de Frederick Turner al almirante Alfred Thayer Mahan, cuyo punto de partida era «Quien domina el mar, domina el mundo».

El mar no era neutro. El mar era inglés. Tenía un dueño político. Por eso la obra de Mahan es una amplia meditación de cómo Inglaterra alcanzó el dominio de los mares. Allí reencontró que en el siglo XVII el inglés John Evelyn había pensado «Quien domina el mar, domina el comercio del mundo; quien domina el comercio del mundo, domina las riquezas del mundo: quien tiene las riquezas del mundo, gobierna al mundo». Los ingleses festejaron la obra de Mahan, donde estaba sistematizada lo que había sido la geopolítica empírica, paulatina, pragmática, de Inglaterra. Claro, Mahan lo hacía con el designio de sustituir a Inglaterra. En palabras del jurista y filósofo político alemán Carl Schmitt: «En una disertación de julio de 1904, Mahan reflexionó sobre las posibilidades de que Estados Unidos e Inglaterra se unieran de nuevo. Lo decisivo, a su juicio, era la necesidad de mantener el

¹³ Ver Ardao, A. (2019). *Génesis de la idea y el nombre de América Latina*. México: UNAM.

¹⁴ Ver Turner, F. J. (1893). *The Significance of the Frontier in American History*. Washington: Annual Report of the American Historical Association.

dominio anglosajón en el mar. Pero eso pudo alcanzarse desde una base insular, e Inglaterra se ha hecho demasiado pequeña, a consecuencia de los últimos adelantos; ya no es una base insular adecuada a los nuevos tiempos. Hay que ir entonces a la unión angloamericana. El carácter insular de Estados Unidos debe conseguir que el dominio de los mares pueda ser reservado y ejercido en adelante sobre bases más amplias. América es la Gran Isla desde la que debe ser perpetuada la conquista inglesa de los mares y continuada en gran escala la hegemonía marítima que los angloamericanos ejercen en el mundo»¹⁵.

También en 1890 se iniciaba la Unión Panamericana. Las perspectivas de Mahan están detrás de la política de Teodoro Roosevelt del «Gran Garrote», de la guerra de Cuba y Puerto Rico, del «*I took Panamá!*» para unir los dos océanos. En aquellos años del 900, cuando América Latina se conmovía por el avance del nuevo Imperio, y José Enrique Rodó escribía el *Ariel*, el mexicano Carlos Pereyra hacía el lúcido recuento del ascenso de Estados Unidos a potencia mundial, señalando su culminación en el almirante Mahan¹⁶. Pero la geopolítica de Mahan no era suficiente. Le faltaba la óptica histórica continental, terrestre. Y quien la marcó fue el inglés, Sir Halford Mackinder. Desde la red mundial del imperio británico, pudo formular la perspectiva geopolítica unificada de toda la Tierra. Desde entonces, todas las visiones geopolíticas, necesariamente, pasan por Mackinder. Quizá nunca una conferencia ha sido tan densa, tan sintética y tan influyente. Es la sobriedad de los grandes pensamientos¹⁷.

El iniciador de la geopolítica alemana fue sin duda Federico Ratzel, que vio en Estados Unidos, en pleno empuje industrial con sus dimensiones continentales, el despliegue del «espacio vital». La revolución industrial exige «espacio vital» y ya anuda los espacios de modo más íntimo que los antiguos Imperios agrarios, de fácil disgregación. Después de Bismarck, la aspiración a potencia mundial de Alemania la llevaba inexorablemente a chocar en dos frentes: al Oeste, Inglaterra; al Este, Rusia. Terminará luego de la segunda guerra mundial dividida por esos dos frentes. Podía optar por la alianza con uno de los dos. Así, el mayor difusor de la geopolítica alemana, Karl Von Haushofer, más que discípulo de Ratzel lo será de Mackinder. Buscaba la alianza alemana con Rusia y Japón y los «pueblos de color» contra la dominación anglosajona, en la que incluía a Francia. Decía Haushofer: «quien controla Europa del Este, controla el *heartland*, y quien domina el *heartland*, domina el mundo». Por eso su apogeo efímero fue el pacto germano-soviético

¹⁵ Ver Schmitt, C. (1952). *Tierra y Mar*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos, p. 106.

¹⁶ Ver Pereira, C. (1969) Las seis razones del almirante Mahan. En: *El mito de Monroe*. Buenos Aires: Jorge Álvarez, pp. 170-173. La edición original es de 1908.

¹⁷ Se ha omitido aquí la presentación de las ideas de Mackinder, más sistemáticamente expuestas en el texto «Las tres épocas de la globalización», en este mismo volumen.

de 1939. Y fue encarcelado por Hitler. Así, Haushofer ha sido víctima de una fama que no corresponde enteramente a la realidad, aunque fue notoria su amistad con Rudolf Hess.

Finalmente, llegamos al mundo de la posguerra mundial, con la bipolaridad de Estados Unidos y la Unión Soviética. El holandés formado en Estados Unidos (y naturalizado estadounidense) Nicolás Spykman (1893-1943) es ya la reflexión de Mahan recreada a través de Mackinder. Entiende que la zona verdaderamente estratégica es el «cinturón», el borde de las altas culturas de la Isla Mundial. Sobre ese «cinturón» se apoyó la política norteamericana de la posguerra, en las formulaciones de George Kennan de la «contención» y del «cerco» a la Unión Soviética. Esta, por su parte, desde el gran desplazamiento hacia el «heartland» de las industrias, se ha movido naturalmente en las coordenadas de Mackinder. Pero, para romper el «cerco» necesita hacerse al mar. Por eso la Unión Soviética, encontró recién su Mahan en el almirante Serguéi Gorshkov (1910-1988), apóstol de su expansión naval.

GEOPOLÍTICA LATINOAMERICANA

ORÍGENES

La actual difusión de la geopolítica en América Latina tiene relación intrínseca con los nuevos retos: la industrialización y la integración. La geopolítica contemporánea, como vimos, tiene sus iniciadores en Halford Mackinder, Alfred Mahan y Friedrich Ratzel. Está ligada a la formación de un solo sistema político cerrado en toda la Tierra. Así, toda política requiere ahora de perspectivas planetarias y si puede organizarlas sistemáticamente, eso es mejor que opiniones sueltas y fragmentarias, que serían índices de no estar a la altura de las circunstancias. Esta planetarización política implica de suyo otro hecho fundamental: el desarrollo de la Revolución Industrial.

De hecho, la geopolítica nació en las grandes potencias industriales. Es que sólo ellas podían elevarse a perspectivas globales sobre el mundo, sólo ellas las necesitaban en su práctica cotidiana. En cambio, las zonas dependientes, los pequeños países, más pasivos que activos, reciben y se inscriben en las geopolíticas de los poderes centrales y no pueden gestar la suya propia. Una acción propia sobre el mundo les resulta puramente literaria, en el sentido de lejana. Claro, las situaciones admiten muchas gradaciones. En este sentido, el proceso latinoamericano es muy expresivo.

Durante el tiempo de los Imperios constituyentes de lo que hoy es América Latina, el español y el portugués, hubo geopolíticas «latinoamericanas» de aquellos, muy conscientes de sí mismas, de admirables perspectivas globales, aunque Rudolf Kjellén no hubiera inventado aún el nombre «geopolítica». En la Independencia, Bolívar, San Martín y Lucas Alamán, fueron herederos naturales de esa amplitud

de miras políticas en la que se educaron. Pero la disgregación del área hispánica en una veintena de repúblicas descompuso y redujo a nada esa herencia. En cambio, Brasil mantuvo la unidad, y así la continuidad de las vastas perspectivas geopolíticas que lo fueron configurando. Mantuvo la herencia.

Como acotación lateral, no olvidemos que el gran Alejandro de Humbolt, «segundo descubridor de América hispana», tan admirado por Bolívar, es el abuelo directo de la geopolítica alemana, a través de su discípulo Ritter, maestro de Ratzel.

La atomización de América Latina, su «desarrollo hacia afuera» durante el siglo XIX y parte del siglo XX, la arrastró primero a la órbita de la geopolítica inglesa, luego norteamericana. Cada uno de los Estados latinoamericanos se comunicaba con la metrópolis, pero no había vínculos entre sí. Hubo un extrañamiento recíproco general.

Como señalamos más arriba, ese extrañamiento comenzó a romperse con la generación del 900, la primera generación propiamente latinoamericana desde los tiempos de la Independencia. Allí volvieron a vincularse nicaragüenses, venezolanos, uruguayos, argentinos, bolivianos, etc. y vuelven a plantearse la cuestión de la unidad latinoamericana. También señalamos cómo, a mi juicio el más grande historiador católico latinoamericano del siglo XX, el mexicano Carlos Pereyra, fue perfectamente lúcido con respecto a la ligazón íntima entre la industrialización y la geopolítica de Mahan. Todo este conjunto de preocupaciones de la generación modernista fue la que generó la primera geopolítica iberoamericana, escrita por un diplomático español, Carlos Badía Malagrida, en 1919. No es sorprendente que la primera visión geopolítica global iberoamericana se hiciera desde España, desde Europa. En efecto, la generación modernista tomó plena conciencia de su «unidad perdida» en Europa y no aquí. Sólo desde su reunión con su antiguo centro pudo percibir la dispersión de los arrabales. En cambio, en América Latina, el desarrollo hacia «afuera» impedía esa visión intuitiva interna. Si los árboles no dejaban ver el bosque, el bosque podía divisarse desde la atalaya de la antigua metrópolis. Tampoco es sorprendente que su primer formulador haya sido un español, formado en el pensamiento de Ratzel, y contertulio de los modernistas en Madrid, pues conservaba la imagen unitaria del Imperio en América, anterior a la fragmentación. Pudo entonces formular una primera visión geopolítica de la estructura latinoamericana.

Pero donde más fruto tendría esta obra de Malagrida, sería en Brasil. Una geopolítica global latinoamericana resultaba todavía demasiado abstracta, remota, para nuestras repúblicas dispersas. Era algo alejado de las prácticas reales, y la unidad se volvía nostalgia declamativa. Literatura de precursores. En cambio, Brasil, en su vasta extensión central sudamericana, lindaba con casi todos los países de América del Sur, cosa que no ocurría a los demás. Cuando comenzó a hacerse necesario pensar el desarrollo brasileño en su totalidad, pensar a Brasil requería también pensar a su vecindad. Y la vecindad concreta de Brasil, es toda América

del Sur, el gran cuerpo de América Latina. De ahí que fuera un notable brasileño, como mencionamos más arriba, el capitán Mario Travassos, por la década de 1930, que escribiera la magnífica *Proyección continental de Brasil*. Pero Travassos no sólo recogía a Malagrida, sino a toda su tradición nacional brasileña, las visiones de José Bonifacio (precursor de la idea de Brasilia), de sus grandes ingenieros de ferrocarriles y navegación, en esa marcha de «interiorización» hacia los vastos espacios vacíos, cuyo gran pionero, el general Cándido Mariano Rondón, consolidara la obra diplomática fronteriza del Barón de Río Branco. Así, Mario Travassos estaba en condiciones óptimas de tematizar de modo sistemático la geopolítica brasileña. En él tomó plena organicidad global la «marcha hacia el Oeste» proclamada durante el gobierno de Vargas, en los comienzos de la democratización y la industrialización. La tradición geopolítica brasileña tiene, pues, una larga historia y se asienta directamente en sus raíces nacionales. Se prosigue así en un siempre renovado encadenamiento, en los generales Everardo Backheuser y el brigadier Lisias Rodríguez. No tuvo que esperar, para una sólida tradición intelectual en su Ejército (única en relación a los otros Ejércitos latinoamericanos) a la fundación muy posterior de la *Sorbonne*¹⁸. De tal modo Golbery de Couto e Silva se limita sólo a recoger esta herencia y a repensarla en las condiciones mundiales de la guerra fría. Todo este proceso interno explica por qué la geopolítica brasileña es mucho más madura que la de otros países latinoamericanos.

Todos los otros países de América del Sur tienen vecindad muy limitada con sus hermanos, y por ello cuando sintieron la necesidad de repensar el conjunto como cuestión vital, sus ópticas han tenido dificultad de trascender lo fragmentario y local. Pero el fin de la etapa del desarrollo hacia afuera, los impulsos generales de la industrialización, que exigen la constitución de grandes mercados internos, los impulsa inexorablemente hacia el regionalismo, hacia América Latina como conjunto ya necesario, y no puramente literario o nostalgia histórica de los orígenes. Ahora es cuestión de vida o muerte. Surgen así todos los problemas de la integración, que desde la década de 1960 se vuelven, de más en más, acuciantes. Pero la integración no se hace en una América Latina amorfa política y espacialmente, al modo de los enfoques abstractos de la CEPAL, sino en un sistema dinámico de Estados en relación.

RUINA DEL «ESTADO PARROQUIAL»

La industrialización, el freno a ésta por asfixia de mercados internos limitados, el consiguiente impulso hacia la integración señala el nacimiento generalizado de la

¹⁸ Nombre con que se conoce a un grupo de altos mandos del Ejército Brasileño, ligado a la Escuela Superior de Guerra.

geopolítica en América Latina. La geopolítica en América Latina implica la vuelta al conocimiento de sus procesos interiores. Ella se vuelve necesidad política interna de primer orden. Por eso no puede reducirse a la importación de visiones de la guerra fría desde centros metropolitanos. Hay una necesidad propia de América Latina, que le vuelve exigencia vital mirarse geopolíticamente. Ha terminado en América la era de los «Estados Parroquiales», en el lenguaje de Arnold Toynbee, y por ende, el fin de la era de las ideologías sin espacio, propias de la etapa del desarrollo hacia afuera y la limitada industrialización por sustitución de importaciones que no salía de los ámbitos parroquiales, donde cada Estado creía ser una unidad separada del resto de América Latina.

Es oportuno hacer referencia a la tesis de Seyom Brown¹⁹. La misma se refiere a la crisis de dos estructuras: las coaliciones de la guerra fría y el sistema de Nación-Estado. Nos estamos ocupando ahora de la que él llama crisis de la Nación-Estado, en su peculiar inflexión latinoamericana. En Europa se trata literalmente de esa crisis, y ella se debate en el pasaje a una unidad de nivel continental, para formar un nuevo tipo de nación europea. En eso está, y si no lo logra, poco peso tendrá en las decisiones históricas venideras a pesar de su gran poder industrial. En América Latina, este asunto es parcialmente diferente, pues la nueva unidad continental sería igual que la realización de su antiguo origen nacional quebrantado. Podría hablarse de una cuestión nacional irresuelta de América Latina, sin cuya resolución no habrá auténtico poder nacional. Salvo para Brasil, que es el único que reúne en sí mismo las condiciones continentales mínimas para tener protagonismo histórico, para los otros países latinoamericanos esa inviabilidad se presenta, a la larga, como incontrastable. Como variaciones sobre la dependencia, como persistencia sin bases reales para ser protagonistas de su destino, en toda una gama, es claro, de gradaciones. Tendrán otro destino, en el que otros se apropiarán de su destino, y no habrá más remedio que aceptarlo como propio. Será entonces, otra historia. Cosa que por lo demás en la historia ha pasado y pasará infinitas veces.

En el mundo actual, quien no se industrializa a fondo, pasa a los márgenes de la historia. El Tercer Mundo lucha por esa industrialización, pero ésta requiere condiciones de despegue mínimas que casi ninguno de sus países cumple. Sólo grandes naciones-continente (EEUU, URSS, China hoy, una Europa unida, quizás en un futuro India, quizá entre nosotros, si todo sigue como está, sólo Brasil) pueden pasar a la interdependencia sin dependencia. De tal modo, querer la persistencia de nuestros estados parroquiales y a la vez la independencia, es algo así como pedir

¹⁹ Brown, S. (1975). *Nuevas tensiones en la política mundial: crisis y replanteo de la geopolítica clásica*. Buenos Aires: Edisar.

la cuadratura del círculo. Y el que quiere los fines, quiere los medios. Si no, sólo pierde el tiempo en imaginaciones superfluas.

Y no habrá real vigencia, mínima, de los derechos humanos en América Latina, si no se procesa a la vez la industrialización y la integración, con toda la revolución cultural que esto supone. Los pequeños países (no en sentido espacial abstracto) de América Latina, si no rompen con la estrechez de sus mercados internos, no podrán industrializarse y seguir un ritmo de progreso y desarrollo integral. En tanto que los compartimentos estancos de los estados parroquiales prosigan, no veo posibilidad para que las grandes presiones sociales puedan ser respondidas con un mínimo de justicia. Esta exige hoy rendimientos industriales adecuados. Si no es así, los derechos humanos se volverán, de más en más, mitológicos, extremadamente parciales y limitados. Pues la crisis estructural de los actuales estados parroquiales es tan radical, que proseguir en semejantes estructuras es elegir un estado de crisis permanente. La inseguridad ha alimentado las doctrinas de la seguridad, pero como ellas a su vez no son resolución última del problema, en tanto se mantengan las estructuras actuales, es previsible una noria de seguridades e inseguridades, sin salida por plazos demasiado largos. No hay ya fórmulas liberal-democráticas de realización efectiva en Estados encerrados en semejantes contradicciones. Porque ni las vigencias liberal-democráticas ni las Fuerzas Armadas podrán resolver nada, si su objetivo es la realización del estado parroquial, que es lo que está sustancialmente en crisis. Mientras se perpetúen nuestros estados parroquiales, habrá muy escasas y esporádicas oportunidades concretas de desarrollo, justicia social y libertad.

PODER NACIONAL Y DERECHOS HUMANOS

Un poder nacional es un ser complejo, relacional, que se compone de una comunidad de personas, donde las oposiciones no están dominadas por la contradicción: se compone de técnica, ciencia, cultura, religión, economía, filosofía, artes, etc. La nación no es un sujeto, una hipóstasis, sino un peculiar sistema histórico de relaciones, por lo que el Poder Nacional es resultante del vigor, de la constelación de diversos poderes valiosos que lo configuran. Puede tener una resultante general positiva o negativa en su relación con otros Estados y naciones. Que los miembros de una nación deseen el «poder nacional», me parece normal, pues si no lo quisieran, sencillamente eligen desaparecer en la historia. Y querer un poder nacional es querer siempre la realización de determinados valores y poderes, que por sí solos no serían el poder nacional, pero que constituyen el poder nacional. Es decir, para querer el poder nacional hay que querer otros poderes (valores), sin los cuales no habría poder nacional. Querer sólo el poder nacional es idolatría. Lleva en sí la contradicción de los ídolos, de los falsos dioses.

No sé qué derechos humanos quedarán en pie en el Tercer Mundo, sin poder nacional. Un estado de postración nacional, un estado de dependencia nacional, un estado de atraso nacional, destruye los derechos humanos, y convierte en privilegio o mistificación a los derechos individuales. No podemos afirmar los derechos humanos, inmersos en la comunidad de naciones, si no planteamos simultáneamente las cuestiones nacionales, que son también cuestiones sociales. Derechos humanos y situación nacional son inseparables en lo concreto de la historia.

Es peligroso en América Latina fijar al poder nacional o a la seguridad nacional en la idolatría del Leviatán. No se pueden separar los derechos humanos de la cuestión nacional latinoamericana. En una nación dependiente y subdesarrollada, los derechos humanos quedan devastados. Aquí, nacionalismo y derechos humanos no pueden separarse, pues de lo contrario caemos en derechos individuales efectivos para una minoría privilegiada.

La historia es efectivamente una lucha de poderes (que implican siempre determinados valores), una dialéctica diversificada, multiforme, de amigo-enemigo, donde el amor al enemigo es la crítica del enemigo, desde la amistad que hay en el enemigo, para destruirlo como enemigo y salvarlo como amigo. ¡Y en uno mismo habita el enemigo! Esta dialéctica está en la médula del Evangelio. Toda otra actitud, aún bajo rostros espiritualistas o idealistas, conduce al maniqueísmo. Con desastrosas consecuencias pastorales y políticas.

I. II. VULGARIDAD Y URGENCIA DE LA HISTORIA UNIVERSAL²⁰

LA HISTORIA ES EL LUGAR propio de lo inminente: lugar terrible. La historia en su inextricable totalización personal y universal se hace siempre bajo el peso y ligereza –amenazante, esperanzado: refugio y riesgo– de la inminencia. En la historia vivimos no la verdad, sino la inminencia de la verdad; no el bien sino la confianza del bien, y ese intervalo que siempre recorreremos sin atravesar, ese *hiatus* o grieta de la inminencia, que nos constituye como no constituidos, aloja toda angustia e incredulidad y pone a la vez toda exigencia de realización. La inminencia nos abre el tiempo para la acción, negación, pretensión y esperanza. La inminencia es la historia como camino, o mejor como caminar. Sólo por el caminar mismo sabemos de la inminencia –resorte del caminar– y nos podemos preguntar por el camino. La inminencia nos pone en camino, nos hace camino y caminantes –*homo viator*–, nos empuja al frenesí y nos aferra al descanso. Toda idolatría es descanso. La inminencia es la herida desde la que nos brota y sangra la vida. Y la historia el lugar en que Dios es sólo inminencia, y por ello también primicia de alegría, cabriola de humor, pendiente de miseria y poder de blasfemia.

La identidad paradójica de la historia es su inminencia, es esa unidad móvil de camino y caminante. La historia en camino de hacerse es esa inquieta perplejidad de algo y alguien caminado por caminar aún, un ya sido por ser, un hecho ya por hacerse todavía. Multitud puesta en el ser por ser aún, la historia nos prepara de paso en paso, de violencia en violencia, de sorpresa en sorpresa: ¿Para ser o para nada? La inminencia rompe todo lo ilusoriamente conclusivo y constituye a la historia –atroz desamparo de lo inminente– como dinámica de apertura, pregunta, reconocimiento, decisión y fe. Y cada decisión comienza una nueva odisea, un camino en penumbra ávido de aurora. Desde siempre el hombre ha meditado el camino, ha aventurado caminos. Todo saber lo es de los caminos, y busca la ley

²⁰ Publicado en *Víspera*, I, 2, agosto de 1967, pp. 20-31. Archivo Methol Ferré, 2.1.1.1.C1.CA5.2.

íntima de los caminos. El despilfarro, la munificencia de caminos, siempre sobrepasando sus atrofias y callejones cortados, que nos muestra el mero transcurrir histórico, convoca necesariamente la reflexión por la singularidad del camino.

¿Cómo auscultar el camino en los caminos? ¿Hay camino o sólo caminos? La historia universal, la vida cotidiana, que entrecruza todos los caminos y señales ¿es sólo la unificación del entrecruce? ¿Deja la muchedumbre de caminos a solas? ¿Es sólo el lugar de conflagración de los accidentes? ¿O hay una desconocida y potente marea que persuade silenciosamente todos los caminos? ¿Un hilo tenue y fortísimo, piadoso –valor, sentido– que salve la asfixia laberíntica del confluir desencontrado de los caminos? ¿Hay una meta de los caminos, una dirección unificadora del laberinto, desembocadura de todos los caminos? Todos ¿son una ruta? Visualizamos el primer y último dilema de la filosofía de la historia, en que todo está implicado: ¿colección o comunidad? En sus límites extremos y absolutos. Infierno es colección y Cielo comunidad, y entre ellos y hacia ellos se mueve el hombre en la Tierra. En esos límites, o la libertad se degrada en la exterioridad del azar o el azar se eleva a la intimidad de la libertad. La historia como colección de caminos sería colusión por esencia irresoluta o irresoluble; en tanto que como comunidad sería convergencia que abraza y transfigura lo suelto, enemigo y dispar. Acaso la meta penetre todos los caminos y su infinitud de propósitos. La meta, inminencia necesaria y oscura atracción ¿no desespera y alienta todos los caminos? ¿No habrá una meta motivo de todas las metas? Pero debemos fijar más concretamente el ámbito de nuestras preguntas, volver a los datos propios de nuestra actualidad, pues a través de su rodeo apreciaremos mejor el perfil de las dificultades y promesas. Abiertos a nuestra circunstancia ¿cuál es la cruz de sus caminos? ¿Qué nos delata hoy la historia respecto a los indicadores de camino?

INDICIOS ACTUALES DEL CAMINO HISTÓRICO Y SU REFLEXIÓN

El hecho abrumador es que ya la Patria Grande del hombre es la Tierra. La historia de los pueblos trasciende –por acción y pasión– inexorablemente sus particularidades, en gigantesca y dramática concurrencia de oposiciones, y se ha unificado a escala planetaria. *De facto*, y no sólo *de jure*. Antes, la Humanidad sólo aparecía una a la mirada recóndita de teólogos y filósofos, pues para la existencia cotidiana común era remota y escuálida abstracción, hipótesis o principio, y no vivencia real y concreta. Pero la estirpe humana, desde su dispersión en la niebla prehistórica, tras seculares reclusiones y extrañamientos que generaban una tajante división del hombre con el hombre, en que la extranjería o «barbarie» devoraba casi la semejanza, se eleva sobre equivocidades y asiste al poderoso despliegue masivo de la historia universal. Ahí está, a la vista de todos, envolviendo, irrumpiendo con su fragor y conflictos en la familiaridad de cada momento. La penumbra esfumada y añeja de

la historia universal se plasma y ostenta torrencialmente sobre el trajín diario, camina y perora con nosotros, contra nosotros, entre nosotros, y la canción popular repite por doquier que el mundo es uno solo y no tiene más fronteras.

Así, la reflexión por la historia universal deja los claustros y cenáculos y se trasmuta en cuestión inmediata de todos y cada uno. Nadie ignora su inmersión y participación en la historia universal. No hay excusa para lo obvio, y cada actitud y decisión nuestra –aún la más ínfima– la implica e involucra, está comprometida con sus preguntas.

No es ya asunto demasiado «alto», puesto que todos estamos de hecho a la altura de la historia universal. La Ecúmene es una fatalidad en toda opción. Alcanza a todos y está al alcance de todos. Nada más vulgar que la historia universal y la referencia a ella de nuestros actos. Pero esa vulgaridad casi estridente alberga los más callados enigmas, todos los secretos del hombre y para el hombre. En su inmediatez vulgar y evidente encierra bajo siete sellos el sentido de todo lo tenebroso, de toda maravilla, y todo el misterio del ser y destino humano.

La historia universal masiva de nuestros días engulle como tromba las naciones. No distingue costumbres venerables de modas, ni vejez de valor con la lozanía de su permanencia. No reconoce unánimes jerarquías posibles de valor. Los *Beatles* pueden creer por entusiasmo ser más populares que Cristo. La cercanía caótica de todos multiplica las velocidades, acrecienta las mezclas y tensiones, entrevera niveles de profundidad con *slogans* propagandísticos y confunde las vigencias. Un pesimista vate rioplatense calificaba al siglo de «cambalache». Explosiones remotas amplifican sus ecos y aturden los cuatro puntos cardinales, exigiendo tomas de posición. Así, las tragedias de nuestro tiempo son mundiales, y ante ellas la inocencia o el repliegue un lujo estéril y utópico.

Pareciera que aún el gigante de la historia universal se despereza, que no está a su nivel y buscará su propia estatura, y que está emergiendo, haciendo saltar los cauces de los riachuelos provincianos, pero como impulsado y trabado a la vez, forcejeando entre naciones aspirantes a elevar su particularidad a imperio mundial y naciones en pos de su liberación y reagrupamiento protector. Sistemas de vida, sistemas sociales, creencias, ideas, gustos, dividen los campos de muchas maneras. Sólo hay como la unanimidad mundial del miedo. El miedo a la Bomba y sus megatonos, que simboliza y hace palpar la inminencia posible del fin absoluto de la historia y del hombre: eso también está allí, a la vista de todos.

El tema enigmático y siempre rechazado a trastienda de la vida cotidiana, es decir: la escatología, los días y cosas últimos, el término de la historia, cuestión apocalíptica de donde caen al hombre «todas las tormentas», ha retornado a nosotros con toda su inaudita majestad. Ya no hay coartada. La muerte de cada hombre no puede separarse de la muerte de la Humanidad. La supervivencia de fama y obra,

es tan caduca como el hombre mismo y como la especie misma. La Bomba no deja el margen de olvido de una postergación de unos cuantos millones de años que la ciencia puede prever para la extinción de la Humanidad, cuando el Sol se apague y la Tierra se enfríe, y quede inanimado rotando en los espacios helados. Ese fin, de tan distante, facilitaba al hombre la ilusión de que no era fin, y podía confiar su inmortalidad a una hipóstasis de la Humanidad. Ya no es esa la situación contemporánea, ni lo será en el futuro. Si la melancolía de Valery por el ocaso de Europa le hacía vislumbrar que «las civilizaciones son mortales», hoy la evidencia es más grave y radical: sabemos que la Humanidad es mortal, que eso es ya una inminencia, que no lo es menos que la muerte individual de cada uno y que puede coincidir de hecho con la muerte individual de cada uno. En esencia, no hay diferencia entre la muerte individual y colectiva. En cada hombre muere la Humanidad entera. En cada caminante, termina el camino. Esa perenne verdad paradójica, de todos conocida, pero de todos resistida, hoy nos es concretamente incontrastable.

Si la primera guerra mundial dejó claro el saber que las civilizaciones son mortales, la segunda guerra mundial nos dejó frente a la Humanidad mortal, hecho ante el cual el primero se desvanece como majadería ¡qué minúscula queda la preocupación por la «decadencia de Occidente» ante la suspensión de todos los caminos!

Pero además no es un fin cualquiera, un corte azaroso del camino. No es cuestión de un ciego accidente cósmico, que relevaría al hombre de responsabilidad. Todo lo contrario, el progreso indefinido de la ciencia humana pone al hombre en capacidad concreta de dictar su propio fin. Ya no es posible suponer exclusivamente que la empresa humana se pueda interrumpir desde afuera, por un acontecer extraño, sino que manifiesta, con intensidad nunca igualada, que el destino del hombre y del espíritu en la historia, está en manos del hombre, aún para su catástrofe. ¿Quién se atrevería entonces a asegurar el caminar sin fin, el Progreso Indefinido, como destino del hombre? Durante siglos, millones de humanos perecieron por falta de energía utilizable para su sobrevivencia. Hoy, paradójicamente, a ese hecho pavoroso de la escasez energética mal distribuida frente a una demografía ascendente, se agrega el peligro derivado del exceso de liberación de energía, producto del hombre y a disposición del hombre. Ni por falta ni por abundancia, ni por debilidad o poder, escapa el hombre a su radical contingencia, que sólo cambia de fisonomía. La historia universal nos envuelve así de tal manera con su peso, que ante ella y por ella, nadie puede ser inocente ni alegar ignorancia invencible; todos somos responsables, en la medida que corresponda, y por ende posibles culpables.

La reflexión común, vulgar, espontánea, pone temáticamente, de un modo u otro, la historia universal. Pero eso equivale necesaria y simultáneamente a «co-poner», aún de modo virtual, atemático, la filosofía de la historia. Claro que, si el hombre es por esencia caminante y la historia su caminar, todo lo que el hombre piensa y hace son avenidas del camino. De algún modo, todo pensar dice de la

historia. Así, filosofía y ciencia, economía y sociología; ética, política y religión, no son más que comprensiones de tales o cuales perspectivas y proyectos de camino. Pero es la filosofía la que pretende totalizar, con los ojos de la razón, desde los supuestos más universales, el camino y su sentido. Inteligir la historia universal, o alguno de sus fragmentos –de la forma que fuere, con la modestia o ambición que fuere– es reconocer, suponer, postular, afirmar, una filosofía de la historia. Nada es pensable sino desde principios o valores últimos, presentes, actual o potencialmente, a nuestra conciencia²¹.

Si la historia universal es lo «dado» a todos, entonces lo pensado acerca de ella, lo decidido en y con ella, en cuanto reflexivamente consecuente y global, se designa por sí mismo filosofía de la historia. Si la filosofía de la historia es el verdadero nombre de la reflexión acerca de la historia, de su co-significado, si ella es una tarea común a todos, irreprimible como la historia misma ¿le será por ello posible desarrollarse sistemáticamente, alcanzar conclusiones firmes o remontar a los principios? Su necesidad, la de totalización de la conducta humana, ¿tendrá como premio el éxito o el desaliento? La historia universal pone la necesidad de la filosofía de la historia, pero ha convertido ya en mera historia a muchas filosofías de la historia. Innumerables teorías del camino se vuelven polvareda del caminar.

En su propio movimiento, pareciera que la historia universal ha hecho trizas a grandiosas filosofías de la historia, enclaustradas y satisfechas en una inmanencia en que la humanidad se postula el Sujeto absoluto de un actuar histórico divinizado, al estilo de Benedetto Croce, Giovanni Gentile, y tantos otros. Pues hoy nos damos de bruces con la radical contingencia de ese Sujeto absoluto, en cuyo sedante regazo nos movíamos. La Bomba contribuye a poner a la luz la vanidad de muchas filosofías. Además, las hecatombes mundiales y el sufrimiento irrecatable que arrastran consigo, han disuelto presuntuosas síntesis del idealismo (y su reverso, el positivismo) ya en nihilismos existenciales de diversa índole, consternados por la presencia opaca e irreductible del fracaso, la caída, la muerte; ya en el nihilismo aséptico y confortable del positivismo lógico, que se instala en la paz neutra de la sintaxis y sus reglas. La brutalidad fáctica omnipresente, en su vulgaridad despierta a

²¹ J. H. Nota escribe: «El historiador trabaja necesariamente con una concepción de la historia, del hombre, de la verdad, de la objetividad; en otros términos, él pone un *a priori* que lo conduce y da una dirección a su pensamiento histórico» (Actas XI Congreso Internacional de Filosofía. Bruselas, 1953, Vol. III, p. 14). Esto comprende al hombre cualquiera, que a lo sumo será un historiador «en rústica». La Filosofía de la Historia está implícita en todo obrar histórico humano, teórico y práctico, y nada más pernicioso para la inteligencia que esquivar el lúcido planteo de sus principios o *a priori*, pues queda inclinada en la siempre amenazante pendiente de lo invertebrado. Esta necesidad la expresa agudamente, en su literalidad absurda, la paradoja del historiador marxista holandés Jan Romein: «El mérito de un historiador reside no en lo que él vale en tanto historiador, sino más bien en lo que vale como no-historiador». (AMF)

la buena conciencia de filosofías de la historia en las que todo finalmente se salva, concilia y resuelve en la ley interior e impersonal de la inmanencia misma, como totalidad en proceso que se cierra sobre sí misma. La verdad de su cerrazón sólo puede ser muerte y ausencia de sentido.

Desde esta nueva situación contemporánea, que no hace sino más patente e insoslayable lo latente trágico de toda situación humana posible, el argentino Víctor Massuh²² constata el desfonde de la filosofía de la historia, que se deroga en un doble resquebrajamiento: por un lado, la reaparición actual y pujante, ayer nomás insólita, de la teología de la historia, y por otro, la proliferación avasalladora de la sociología –ya enemigas entre sí, ya aliadas– han destronado a la filosofía de la historia. ¿Qué tiene de común esa disyunción extremosa que extermina a la filosofía de la historia? Pareciera que lo común fuera caracterizable por una desconfianza de la razón de su alcance ontológico y capacidad auténtica para lo universal. Pareciera denotar una crisis de la razón²³.

El signo observable de nuestros días, dice Massuh, es la filosofía de la historia desplazada por la sociología y la teología. Pero es un signo que no deja de hospedar un enjambre de ambigüedades. En un extremo, el sociologismo, erigido en principio y juez, no es más que la imagen desvaída, el yermo empirismo, en que sobrevive solapadamente la filosofía de la historia como pura inmanencia. El sociologismo actual es –en su dimensión radical– mera decadencia (degradación, caída de grado) de la filosofía inmanente de la historia en positivismo pedante y académico. En su pretensión racional de verificación concreta, el sociologismo padece de una irrealidad fundamental, a pesar de su aparatosidad matemática, que debería hacerle envidiar la vocación de concretar de su progenitor especulativo. Claro que la especulación robusta, en cuanto sólo puede descansar en los fundamentos, ahuyenta mediocres empirismos de segunda mano que se ahogan en lo descriptivo. Las más de las veces nos tenemos que ver con sociologías que no son sino miseria de la especulación, a la que desprecian y de la que querrían poder desembarazarse. No es cierto pues que la sociología haya sustituido a la filosofía de la historia, sino que la prolonga exangüe, con virulencia de epidemia. No hay sociología capaz de au-

²² Massuh, V. (1963). *Sentido y fin de la Historia*. Buenos Aires: Eudeba, p. 6 y ss. Se trata de un breve libro que bosqueja lo que el autor entiende son las posiciones de Löwith, Berdiaev, Von Balthasar, Buber, Bultmann, Niebhuur y Piepper. (AMF)

²³ «Si numerosos pensadores cristianos, en efecto, no encuentran frente a las filosofías de la historia ateas que dominan nuestra época, otra respuesta que un *pasaje inmediato* a la teología, si piensan que la revelación cristiana ha vuelto vana o falsa a la filosofía de la historia, es sin duda porque sucumbiendo a un prejuicio muy extendido, han cesado de percibir el carácter metafísico de la política y consienten, así sea inconscientemente, a un divorcio entre las decisiones relativas a la historia mundana y el sentido de la existencia de la fe». Jean-Yves Jolif O.P., en su crónica «Saint Thomas, le Père Fessard et l'histoire», *Lumière et Vie*, XLIX, 1960, p. 142. (AMF)

tofundamentarse, y por ello, subalternada, requiere ser justificada en sus categorías por la filosofía de la historia, o más aún por la ontología.

En cuanto al otro extremo, tampoco verificamos la observación de Massuh en su escueta significación. ¿La teología es enemiga de la filosofía? ¿En qué sentido? ¿A qué nivel? Es un hecho el actual retroceso de la filosofía de la historia, pero ¿puede bastar para decretar su quiebra? Massuh se basa en un malentendido o petición de principio, puesto que parte de la identificación de filosofía de la historia con filosofía de la inmanencia. Pero esto no es verificable, ni histórica ni teóricamente. Los ejemplos sobran y no puede cerrarse *a priori* la posibilidad de una filosofía de la historia de suyo abierta a la trascendencia, y donde la razón desde sí misma pueda disponerse a la inteligencia de la fe. Como anotación, digamos que el propio Massuh en su obra termina negando la teología de la historia en cuanto consentimiento y entendimiento de la Palabra de Dios, revelada en la historia, y elabora por lo contrario una teología natural. ¿Y qué es eso sino filosofía? Comenzar por negar y terminar afirmando lo que se niega no es una congruencia. Teología no dice necesariamente más allá de la filosofía. Teología la hay de la razón, y la hay desde más allá de la razón, en la razón de la fe. Dos formas de teología radicalmente distintas, que no es lícito confundir. En tanto Massuh queda centrado en una teología natural, hace sólo filosofía de la historia, aunque no filosofía inmanentista. Pero dejemos de lado esta cuestión y tómese como disquisición al sólo título de visualizar mejor los datos y problemas de nuestra circunstancia histórica.

Sin embargo, esta perspectiva general es aún incompleta, pues no es verdaderamente mundial. Hay sí como una retirada de la filosofía de la historia, formalmente considerada, pero ésta no es universal. Es sólo, y literalmente, la mitad de la verdad, ya que una gran parte de nuestro planeta ha tomado como guía una muy precisa filosofía de la historia: el marxismo. Se trata aquí de una filosofía de la inmanencia, cuya ontología fundamental es el materialismo dialéctico y cuya filosofía de la historia es el materialismo histórico. Una ontología y filosofía de la historia que unifica orgánicamente economía y política, antropología y sociología. Que es filosofía tanto como sociología, economía y política. Esta unidad le proporciona un poder detonante, ligado a un mesianismo terrestre, a una especie de teología invertida y secularizada que aspira a la cabal realización práctica de la *Civitas Dei* en la inmanencia. La Ciudad de Dios pone al hombre más allá del dominio de la contradicción, es sociedad en plenitud de justicia y amistad, y se constituye así en imantación, fuerza de toda fuerza, sentido de todo sentido, y esto ocurre aún bajo figuras que la encubren y a la vez delatan. Pero prescindamos de este aspecto religioso. Claro es que el propio marxismo tiene por rasgo oscilar entre ciencia y filosofía, sin delimitar bien sus campos, y hasta se sirve de esa imprecisión para criticar a las otras filosofías como poco científicas y al cientificismo como poco filosófico. A su vez, los científicos ven al marxismo como incurablemente metafísico

y ontológico, así como los filósofos lo detectan como metafísica incurablemente lastrada de ciencismo. Ciencia positiva y filosofía, unificadas por el marxismo, desgarran a éste —a la vez que le proporcionan fuerza— en una bipolaridad no resuelta, y lo hacen inclinar, ora hacia un idealismo dialéctico, ora hacia un mecanicismo vulgar. Filosofía «y» ciencismo recae en filosofía «o» ciencismo. En la inestabilidad de su confusión. De todos modos, el marxismo se nos aparece como la más potente filosofía inmanentista de la historia, y con tal vocación y esfuerzo sintético, que no tiene paralelo contemporáneo. Es una respuesta global, que más allá de sus defectos se presenta como una exigencia que no puede afrontar ni la teología sola, ni la ontología sola, ni la sociología sola, ni la economía sola, sino que requiere y pone a la luz la índole misma de toda auténtica respuesta: que debe ser total, unificadora, sintética, y advierte que tal vocación no se puede escamotear ni frustrar en vano. Respuestas o críticas parciales, por más exactas que fueren, no pueden trascender al marxismo como realidad global, y es lógico que sea así. A una integridad sólo le hace justicia otra integridad. Aunque integridad no dice necesariamente monolitismo, que es su arterioesclerosis. La integridad convoca de suyo una trascendencia creadora, y por ello es las antípodas de lo monolítico.

Ya se puede resumir el esquema de nuestra situación intelectual, de las teorías del camino que se nos proponen. Esta segunda mitad del siglo xx nos muestra a la Filosofía de la Historia como uncida al carro de otros; asumida, devorada o despedida sin levante. La bipolaridad imperante podría formularse en su máxima tensión por la doble tendencia a una teología de más en más bíblica, supranatural, y a un naturalismo de más en más marxistizante. Y estos dos polos, de más en más, imantan o repelen un mar de sargazos, un vasto, impreciso, incontable, ubicuo centro constituido por las ciencias sociales —en su más extensa acepción e incluyendo los ámbitos humanos que suponen— en la medida que, al no hacer conciencia refleja y metódica de sus *a priori* ontológicos determinantes, no se saben a sí mismas «segundas»: pueden creerse «primeras» y decaer en la blandura invasora y grotesca del sociologismo en alguna de sus múltiples formas o acentos (geográfico, económico, técnico, estadístico, etc.). Y aquí se llega a lo más candente de nuestro tiempo, se pone el dedo en la llaga. Frente a los innumerables modos de sociologismo, el marxismo tiene la superioridad de saberse, claramente, filosofía de la inmanencia total. Que cada uno sepa lo que es, es condición necesaria para una relación auténtica. Pero, teología y marxismo ¿no configuran el abismo insalvable y excluyente de los extremos? ¿Oposición de contradicción o de contrariedad? ¿Habrá sólo guerra a muerte entre ellos? ¿En qué sentido? ¿Bajo qué aspectos? Teología y marxismo tienen en común ser a la vez «crítica del Cielo» y «crítica de la Tierra». ¿Cómo plantear un diálogo real, tal como pide por él nuestro tiempo? Pareciera que la dirección del diálogo estuviera dada por la índole propia de los opuestos. Diálogo verdadero es comenzar por lo más radical del otro, y por ello si el marxismo no

replantea su crítica del cielo a la altura de la teología contemporánea, y la teología su crítica de la tierra a la luz del marxismo, no habrá diálogo posible. La verdad de los opuestos exige que los dos entrecrucen, en dirección inversa, una nueva «crítica del cielo» y una nueva «crítica de la tierra». Quizá la crítica de la Tierra requiera al Cielo, para poder constituirse como crítica de la Tierra. Quizá la Tierra en soledad deje inane y superflua a toda crítica que no se asiente en el Cielo. Quizá la crítica del Cielo que no se reasuma como crítica de la Tierra, se niegue a sí misma y niegue al Cielo²⁴. Pero además un diálogo supone que entre el Cielo y la Tierra no sólo hay salto, apuesta o gracia, sino que en su distancia infinita caben mediaciones realizables por el hombre. Y aquí la razón, esencial capacidad de mediación ¿tendrá un rol en todo esto? ¿La filosofía de la historia podrá decir también su palabra?

La historia universal masiva nos pone de cara al destino humano, a sus caminos. Toda la historia es crisis, pero hay lapsos en que su carácter crítico parece arremansarse y reposar en establecimientos acatados y vividos como normalidad por la mayor parte de una sociedad. Sin embargo, la crisis larvada que implica el flujo mismo de la historia irrumpe siempre otra vez en la conciencia al menor descuido de los hábitos e instituciones. Las crisis cambian de forma, ya que ellas mismas son historia, y la puesta en cuestión mundial de los hábitos de todas y cada sociedad, el problema de los valores de ese fluir en que se genera y corrompe la vida, nos pone al nivel de una crisis generalizada, tanto como la unificación misma de la Tierra y el acontecimiento posible de la Humanidad muerta nos instalan en una normalidad crítica que impregna la vida cotidiana. Sólo hoy la Humanidad, alcanzando su propia identidad, tiene correlativamente a disposición su suicidio. Pasamos de la probabilidad efectiva del suicidio de un hombre al del hombre en su conjunto, y así resuenan otra vez las profecías del apocalipsis, de los días últimos, y el fin de la historia con su ígnea y gélida presencia transita de lo remoto a lo próximo. Esto no modifica sustantivamente las arcaicas preguntas, que sólo reaparecen con nuevo relieve. La Humanidad en su impulso, recogida en sí, inicia el asalto a los espacios siderales cuando la Tierra amenaza de estallido y topa, una vez más triunfadora de la naturaleza, con el misterio del Fin y del Sentido. Pero simultáneamente la historia universal masiva se dilata sobre su propio pasado y nos replantea nuevamente el oscuro enigma de los Comienzos y la filogénesis de cosas, hombres y culturas. Pareciera que fin y origen van siempre, fraternalmente, de la mano. Es que la iden-

²⁴ En esta dirección valen las magníficas palabras finales de Alfred N. Whitehead en *Proceso y Realidad*: «Lo que se hace en el mundo se transforma en realidad del cielo, y la realidad de los cielos pasa de nuevo al mundo. Por esta relación recíproca, el amor del mundo pasa a ser amor en los cielos, y desborda de nuevo hacia el mundo. Por ese sentido, Dios es el gran compañero, el sufridor que comprende». ¿Y qué es esto sino la realidad profunda de la Iglesia? (AMF)

tividad última de toda crisis del hombre es la cuestión del comienzo, del fin y de su sentido, en una única textura significativa.

Todos los pasados nacionales se refieren a nacimientos en el río ramificante de la historia universal. Esta no permite ramas sueltas, autonomías monádicas. No es tampoco un continuo, sino que su propia continuidad está gestada a través de rupturas, recomienzos, novedades. Acercarse a los comienzos es penetrar en un tiempo grávido de frescas promesas, pero que se da como lo ya comenzado y marchito. Hace apenas dos o tres siglos que el pasado se nos viene abriendo en su hondura inquietante. El caminar moderno reanuda y explora las viejas sendas olvidadas. Así el europeo, primer protagonista fáctico de la historia universal del hombre, ante la variedad infinita de pueblos primitivos ágrafos y ruinas elocuentes de altas culturas sumergidas, que en su dinamismo imperial descubría en extensión y profundidad temporal, osciló en su capacidad de comparación entre lo uno y lo múltiple, y se erigió en norma unificadora de toda historia, reduciendo su totalidad a mero antecedente, o quedó deleitado y parálítico en la forma original de cada cultura develada. A un primer monismo centrípeto y presuntuoso del europeo, que se veía a sí mismo como eje y cima del camino, sucedió un pluralismo centrífugo de las culturas independientes y la morfología equívoca reemplazó al proceso unívoco. Al egocentrismo, el pluricentrismo. Hoy, la acumulación de información y la investigación han progresado tanto que permiten rescatar en los pueblos del pasado, en confluencia de arqueología y etnología, forma y proceso, estructura, función y distribución, y facilitan un cierto equilibrio pendular al pensar histórico que a través de la diferencia reencuentra la unidad, y muestra la historia como radicalmente analógica y analogante. Pero la historia universal no sólo nos abre de par en par la bullente y ubérrima exuberancia de la analogía, identidad de la diferencia y diferencia de la identidad que constituye toda dialéctica y sus formas de oposición, sino que nos remite, provistos de nuevos instrumentos de medición temporal objetivos, a historiar y fijar las edades de las cosas.

Una de las novedades más vulgares e importantes de nuestra historia universal masiva es la antes inconcebible capacidad cronológica objetiva, efectivamente realizable por el hombre. El hombre historiador es primariamente cronologizador, y toda realidad móvil resulta cronologizable. No hay historia sin transformación, sin el irrevocable e irreversible aparecer y perecer, ni tiempo sin movimiento, como define con exactitud Aristóteles: tiempo es la medida del movimiento según el antes y el después. El tiempo es un fluir que implica de sí magnitud, sin caer en confusión espacial como algunos creen, y ha sido el avance de la astronomía y la reciente física atómica —ej. el carbono radioactivo con su isótopo C.14— lo que ha provisto al hombre de instrumentos de medida temporal tan precisos y seguros, que el tiempo como número ha penetrado la más recóndita movilidad macro y microcósmica, y nos hace seriar y fechar las formas emergentes en su orden de sucesión con justeza

creciente. La estrecha alianza de cualidad y cantidad posibilita la ordenación de lo caminado y la elaboración de la prospectiva probable de las flechas del caminar. Así, la historia universal masiva en su vulgaridad nos es dada a todo lo largo y lo ancho como evolución. Historia universal y evolución se connotan de algún modo. Pero la idea misma de evolución de más en más generalizada, es hallazgo y acuñación impensable sin el perfeccionamiento instrumental objetivo, sin el afinamiento de los relojes de los siglos XVII y XIX. Incluso la posterior extensión cósmica de la evolución está esencialmente ligada a la capacidad cronométrica del hombre que temporaliza objetivamente al movimiento. Excavando en las cosas con buenos relojes, ponemos de manifiesto su tiempo comprimido, y el viejo inmovilismo se revela como mero defecto de cronómetros. Aquello que los antiguos, por insuficiente instrumental, no percibían en movimiento y no podían cronologizar, lo consideraron consecuentemente esfera inmóvil, como el firmamento. Sólo reconocían la antigüedad de los movientes en tanto pasibles de algún modo del número de tiempo que eran entonces capaces objetivamente de contar, y sus medios eran extremadamente precarios por su astronomía incipiente o por duraciones representativas de genealogías dinásticas poco rigurosas. Los antiguos no sabían de tanta antigüedad como los modernos, que además son más precisos en antigüedades que los antiguos. Nuestras magnitudes temporales dejan deleznable y diminutas las antiguas. El movimiento generalizado no ha dejado ninguna esfera inmóvil en el cosmos —como creían los antiguos e incluso los modernos hasta hace poco, con el espacio y tiempo absolutos— puesto que de más en más somos más aptos para cronologizar de algún modo todo movimiento, siempre en términos relativos.

Esto importa en razón de la crisis que en el siglo pasado hizo saltar seculares representaciones cronológicas, en especial vinculadas al Génesis bíblico, y que dio lugar a los más burdos y persistentes equívocos de tirtios y troyanos al punto que causan asombro, generándose las más falaces antinomias como las de Evolución y Creación. No son por cierto conflictos y superación de calendarios vetustos lo que dará respuesta, positiva o negativa, a la magna cuestión de la Creación. Ninguna cronología muerde la cuestión misma del Génesis, ni vulnera en su esencia sus mitos. Lo que ahora interesa es simplemente señalar cómo la historia universal masiva que nos envuelve ostenta un unánime rostro evolutivo, y que ese es un dato que toda filosofía de la historia deberá elucidar y justificar. La evolución también nos es una evidencia masiva, que exige la pregunta por sus condiciones ontológicas de posibilidad, y vive su propia inflexión al pensar sobre los Comienzos. La evolución nos pone de nuevo en pos de los comienzos, y quizá la regresión evolutiva nos proyecte a los fines, apuntando la hechizada circularidad de fines y comienzos. Nacimiento y fin nos son siempre inminentes, y a la vida su rodar.

Conviene sin embargo dar un paso más, para una más particularizada noción de nuestra circunstancia y de sus requerimientos, para una auténtica filosofía de

la historia. Así, rozaremos la temática diluvial del desarrollo, que es como decir la evolución bajo la decisión humana. A la vieja historia sin historicidad, de ciclos y repeticiones arquetípicas, se le opone cada vez más, a pesar de retrocesos parciales, la vivencia de la historia como progreso o desarrollo. Pero no debemos dejar que la idea de «desarrollo» se fosilice, y es indispensable proceder a su deshielo, condición previa en todo planteo.

Camino y caminante reciben, según hombres y épocas, calificativos y valoraciones distintos de modo preferente. Un ejemplo de fácil evidencia: el caminar como «peregrinaje» o el caminar como «desarrollo». Los términos tienen una resonancia y evocan inmediatamente un contexto casi nada equivalente. Hoy no es moneda corriente, no es moneda apreciada, el «ser peregrino»; sí en cambio el «ser desarrollado» (de la personalidad, de la sociedad). Estas palabras albergan significados y proponen tareas al caminar que se nos aparecen separadas, remotas, aunque a una mirada brevemente más atenta no necesariamente incomunicables. Puede que se impliquen, que se recubran y sólo para el hombre peregrino la aventura del desarrollo tenga sentido; o no, y se repelan mutuamente, como es creencia difundida.

Lo notorio en nuestra sociedad, en la historia universal masiva de nuestros días, es que sólo una minoría se cree peregrina y casi todos sí se creen desarrollistas. Me refiero principalmente, se entiende, a los sectores que más inciden o saben de la historia contemporánea, y no a la innumerable muchedumbre que la padece. Así, no sólo hay visiones y planes de caminos múltiples, sino también excluyentes, enemigos en su convivencia. Esto es una banalidad, pero si hay que pensar algo es de buen sentido arrancar desde las banalidades y precaverse de no saltarlas, incluso para extirparlas, si fuera justo.

Perogrullada es recordar que el camino ha sido y es vivido e interpretado como vía de valores contradictorios: de santidad, nirvana, voluntad de poder, mito de Sísifo, construcción de una sociedad justa, señorío de la naturaleza, acontecer lúdico, etc. Que el acento de esos modos del caminar es ya social, ya individual. Y que a la vez las relaciones entre camino y caminante son harto complejas, y oscilan entre los polos de libertad y destino: el camino como determinante –biológico, económico, providencial– del caminante, o de éste como autodeterminador de aquel. Sin ideas claras y distintas, en el mayor grado posible, sobre todo esto, sin criterios ordenados para orientarse en el entramado de las situaciones concretas, no hay política racional, coherente, es decir, arte del camino común de los hombres.

El tan mentado Desarrollo es una teoría y práctica del camino. Una de las formas de valorar y proponerse el camino que hoy tiene mayor vigencia, a tal punto que permite la más aceptada escala divisoria del planeta, es el de naciones desarrolladas y subdesarrolladas. Es un marco de referencia normal de las apreciaciones sobre diversas situaciones históricas, así como antiguamente la discriminación podía ser entre países cristianos y paganos, católicos y protestantes, etc. Pero a la vez

pugna con otros criterios contemporáneos, a los que pretende suplantar o diluir, como los de naciones imperialistas y coloniales, o naciones capitalistas y socialistas, etc. O sea, es una medida de valor reconocida, pero ambigua, sujeta a variantes de importancia, e incluso totalmente cuestionada por otras, que la señalan como mistificación. La lucha de hombres y filosofías se traduce también en guerra de palabras.

Sin embargo, tantas gentes están impregnadas pacíficamente de la idea de *desarrollo*, que les parece una evidencia natural desde la que se parte, y nunca una interpretación a conquistar, depurar y justificar, como una opción política, social y filosófica, entre otras. Su habitualidad ofusca su opacidad, su nula patencia como dato bruto, primero, indiscutible, si no es a partir de determinadas concepciones del hombre y del mundo. Pasando a un extremo: para un budista, el *desarrollo* es muy otro, y el actual sería como el más reciente juego de abalorios del velo de Maya. No se trata pues de agregar, o reforzar, con nuevos motivos, el desarrollo ingenuamente supuesto, sino de justificarlo, promoverlo o anularlo desde su raíz.

Podría sostenerse legítimamente que las vías del *Yang* y el *Ying* de Lao-Tsé, concordantes con el andar indescifrable del cosmos en su plasticidad rítmica, «formas que caminan sobre el abismo», o los Ejercicios Espirituales de San Ignacio, son también teorías y prácticas del desarrollo, pero no es ésta la acepción ahora tópica²⁵. Empero, nos es forzoso no perder de vista su parentesco, sus tangencias o intersecciones, so pena de incurable superficialidad en la insistencia o dimisión de la razón a su intrínseca exigencia de unidad.

¿Cómo se comunican o se separan los sentidos polivalentes del desarrollo? ¿Qué equívocos y analogías guarda este frondoso concepto? ¿Cómo se organiza? Sólo el prolegómeno sistemático de una filosofía de la historia avenida con la realidad y la razón desbrozará las rutas. Orden y razón son hermanos, a pesar de la usurpación reiterada que efectúan caricaturas de orden que son escándalos de la razón, del juicio y la justicia. Sin ellos, los fuegos fatuos y epidérmicos del eclecticismo continuarán estragando toda inteligencia católica de la realidad. Sin principios, y

²⁵ En *La dialectique des exercices spirituels de Saint Ignace de Loyola* (Aubier, 1956), Gaston Fesard reflexiona sobre los momentos y la significación del itinerario de esa «dialéctica vivida», y descubre una verdadera fenomenología del espíritu, centrada en la actualidad histórica y la libre decisión por la cual se constituye la realidad humana, tanto social como individual: la libertad en la historia. De tal modo, la serie de las cuatro semanas revela y prefigura la estructura fundamental del ambular histórico del hombre y su sentido, de forma distinta pero comparable a las tradicionales Tres Vías de la vida espiritual (purgativa, iluminativa, unitiva). Véase aquí una potente sugestión de los lazos familiares, así fueran lejanos, con el Desarrollo como conocer operativo de la historia. ¿Cómo se complican? Una respuesta radical, que los apriete hasta reencontrar la unidad de su génesis, y no mera yuxtaposición, es absolutamente necesaria. (AMF)

mediación adecuada entre hechos y principios, la historia se disuelve en un conglomerado irracional, y toda acción en pereza de pensamiento, facilidad de sentimiento y mala fe. Pues la fe ilumina la razón, pero no la sustituye ni la deja de lado. Es más, sin razón la propia fe pierde su asiento para siempre. Si la razón y su vocación universal de comprensión y explicación fuera superflua, también la fe. Todo irracionalismo, aún religioso, es contrario a la fe. Y hoy, la racionalidad cojitranca del Desarrollismo amenaza con una nueva versión de la enemistad contra la razón, y por ende contra la fe. Pues ambas son para descubrir y revelar la verdad y su unidad, no para ocultarla.

¿Qué se entiende por Desarrollo? Ante todo, el pasaje de la Sociedad Agropecuaria a la Sociedad Industrial. Ese es el hecho dominante y avasallador en el último siglo y medio, transmitiéndose hasta el último rincón del planeta. La alianza de técnica y ciencia pone al hombre en capacidad de disponer de una productividad tal, que las viejas escaseces ya dejan de ser un fenómeno natural para serlo social. Las sociedades de escasez vislumbran efectivamente sociedades de abundancia.

Y el reciente Concilio Ecuménico Vaticano II nos indica la primera respuesta global de la Iglesia a las nuevas condiciones y exigencias de la Sociedad Industrial, y su ruptura definitiva con los ingentes lastres que le suponía haber transitado casi dos milenios en sociedades urbano-agrarias. Toda una serie de formas sociales y climas mentales salta en pedazos para siempre. La dinámica y las transformaciones propias de la sociedad industrial visualizan una experiencia concreta del progreso, ya un tanto descargado de connotaciones metafísicas, y neutralizado y hasta anemizado por la versión más tecnócrata del Desarrollo. El secular mundo agropecuario, pausado, resignado, cíclico, con la vivencia del eterno retorno estacional, y de que «nada nuevo hay bajo el sol», trababa el mensaje comunitario, universal y escatológico del cristianismo, al que se le hacía difícil su expansión, salvo para pequeñas comunidades o experiencias individuales.

La historicidad que pone a la luz la sociedad industrial, por el contrario, impulsa sus potencias profundas y ecuménicas a la Humanidad entera. Del acento tradicional se pasa al profético. Del *corsi e recorsi* de Vico, del tradicionalismo de Joseph de Maistre y Donoso Cortés, sumergido en pautas agrarias, al evolucionismo exultante de Teilhard de Chardin, en que todo se pone en movimiento hacia el Alfa y el Omega: la sociedad se hace sociogénesis, la antropología antropogénesis, y el cosmos, cosmogénesis. No afirmo, por cierto, que estos autores mencionados a título de ejemplo sean plenamente representativos de la mentalidad de la Iglesia en sus diversas etapas: sólo nos basta su elocuencia. Hay muchas más cosas en el cielo y la tierra que las que entran en un ejemplo. Pues la tensión entre *institución* y *acontecimiento* rebasa en mucho la de los mundos agrarios e industriales, aunque los modos específicos en que hoy se plantean evoquen esa tirantez.

La ideología del desarrollismo, expresión de un ímpetu modernizador, se caracteriza también por el escamoteo, a través de su alambicado lenguaje, de las estructuras de violencia en la sociedad. Es demasiado habitual, para no ser sospechosa, la recaída del desarrollismo en una imagen rosa del progreso, en que los parámetros y cuantificaciones encubren una satisfecha mala conciencia y fuga ante el horror y terror inherente a lo histórico, ante la desnudez del significado y los mecanismos de la explotación del hombre por el hombre. Es que el mal pone en peligro a quien lo denuncia o simplemente lo ve. Los bienes del mal alimentan toda complicidad, y ese parece ser el destino de los nuevos consejeros del Príncipe. La percepción del mal operante en la historia, la responsabilidad por la privación de ser del prójimo, la culpa, parece desvanecerse en un juego abstracto y combinatorio de «factores». El gran pecado del Desarrollismo parece ser escapar al pecado en la historia. Desvanece así la esencia moral de toda institución y sus relaciones, para luego pretender subsanar esa previa «desmoralización» de la realidad humana y sus objetivaciones, con una monótona e insufrible casuística moral descarnada. Es la recaída en la separación idealista de «ser» y «deber». Al igual que los declamadores que rasgan vestiduras y nada entienden, degrada en moralismo la eticidad concreta que es la historia.

Esquivar el signo de contradicción entre los hombres, disipar el pecado, es también evacuar la Cruz. ¿Qué puede ser un Desarrollo evasivo de la crucifixión de la historia, sino mistificación? Pues atender la intimidad del Desarrollo es descubrir a la historia como escándalo. Y escándalo quiere decir: las piedras en el camino, aquello con lo que tropezamos y nos hace caer, o nos desvía, nos aparta del fin, aborta nuestro nacimiento. Nadie puede osar hablar de la paz sin penetrar en la guerra. Toda la vida humana, social, es ámbito de contrariedades, dialéctica de posesión y privación, relación y contradicción. Vida social es guerra, madre de todas las cosas, como el amor. Toda la historia, sus logros y fracasos, lleva inscrita en su frente: peligro de muerte, como el amor. Tal el escándalo supremo, el aguijón de la muerte como motor omnipresente de la vida, en la raíz de lo mejor y lo peor. Porque muere, el hombre oprime; porque muere, el hombre se rebela; porque muere, hay terror, avaricia, esperanza. Guerra, amor y muerte, trilogía inseparable para nosotros, atraviesan y mueven la historia en un abrazo tan fuerte, que el uno intercambia de continuo sus rostros con los otros. La ambigüedad humana para el bien y el mal configura las instituciones, pero siempre bajo el rostro del bien, pues el mal de suyo no tiene ninguno. Siempre algún bien contra el bien, que es la vocación universal del animal racional como ser político. Si toda vida es social, la justicia y el pecado también. Y por ende las instituciones, impregnadas de pecaminosidad, pueden conducir a los hombres al mal, a la privación de ser. Así, negar la lucha de clases, intra-institucional, la guerra del hombre contra el hombre objetivada en formas y mecanismos sociales, equivale a exiliar de la historia al pecado y recluirlo

en el individuo a solas, lo que es pecado propio de las clases dominantes. Luchar contra el pecado, es analizar y rehacer las instituciones, los hábitos y su dinámica. Toda revolución institucional es revolución moral. Y por ello la política es plenitud de quehacer moral, trato con el prójimo de acuerdo a la exigencia universal de la razón, contra toda pasión de particularidad. Por eso, nos dice Jolif, «Santo Tomás, reflexionando sobre la naturaleza de lo político, lo hace aparecer como una génesis del hombre»²⁶.

No hemos apuntado más que algunos hechos, de extrema vulgaridad, que denotan la urgencia de una filosofía de la historia, que es como decir, de una comprensión metafísica básica para una política auténticamente racional. Ya hemos visto que la tentación actual de los cristianos es yuxtaponer a una visión empirista, desmoralizada y desontologizadora de lo real, las categorías bíblicas. Se quieren anudar dos positivismos muy distintos, y radicalmente incompatibles. De tal modo, el fecundo retorno a las fuentes bíblicas puede esterilizarse si ignora y sustituye a la razón y a la estructura metafísico-ética de la historia concreta. Se da el salto mortal de una pura positividad histórica a una pura positividad teológica, desconociendo la índole y mediación metafísica de la realidad misma, y por ende de toda política. Se pretende conjugar la dramática teología bíblica con el mundo higienizado de tecnócratas y sociometrías. Puede anticiparse un producto híbrido y de escasa viabilidad.

Sólo el objetivismo dramático de una verdadera filosofía de la historia, tarea de la razón para iluminar el entrelazamiento de las dialécticas terribles –del hombre con el hombre, con la naturaleza y con Dios– en la historia política, se convierte en radical apertura metafísica, mostrando la dirección de la historia a través de sus recurrencias y azar. Seguramente el hombre no es inmediatamente racional, sino tensión hacia la Razón –por ello hay también historias de la razón– y así podremos descubrir, apenas se ahonde, que «la esfera política es la mediación del hombre hacia un Universal que no puede ser sino transhistórico»²⁷.

Pero es necesario reiterar finalmente que, si hay que abrir un diálogo, es decir, una crítica a filosofías de nuestro tiempo, tapiadas al cristianismo, no es suficiente invocar la fe religiosa para poner en claro los errores cometidos por ellas, ni apoyarse en la Escritura para rectificarlas. Es tarea de lo que nos es común con nuestros

²⁶ Jolif, J.-Y., art. cit. pág. 144. Se recomienda sobre el punto el magistral estudio del mismo autor: «Le sujet pratique selon Saint Thomas D'Aquin» en: *La crise de la raison dans la pensée contemporaine*. Paris: Centre National de la Recherche Scientifique, Recherches de Philosophie Vol. VI, Desclée de Brouwer. (AMF)

²⁷ *Ibidem*, pág. 145. (AMF)

contemporáneos de la edad industrial: la razón. A la postre, sólo la razón puede discutir con la razón, y prepararse para recibir el Verbo.

La razón desemboca en el Abismo, y allí cesa de interpelar a Dios, para oír. En la perfección de la fe, sabrá de Cristo, *Camino, Verdad y Vida*. Amor que no vino a traer la paz sino la guerra. Y el vía crucis de la razón humana no habrá terminado sino renacido. Pero sabremos de lo mejor, del imán de la historia, que nos hace soportar el mal, el sufrimiento, el hastío, aceptar la alegría y el deber de luchar por la justicia hasta la muerte. ¿Por qué entonces hay ser más bien que nada? Para que haya personas y comunidad de personas. Sabemos así que la historia universal y cada uno de nosotros, no tiene su fin en la muerte sino en la Vida, y que su precio es llevar la dignidad de hijos de Dios.

El hombre y su meta. El hombre y su génesis. El hombre y su sentido. Hecho y posibilidad, pasado y futuro, mito y profecía. El hombre, señor, esclavo, amigo. Guerra y paz, amor y muerte. Constelación indisoluble que comprende al presente finito del hombre en la naturaleza, en el movimiento, en el tiempo, es decir, en la historia. Una vez más, y volverán siempre jóvenes, las perpetuas interrogaciones que reponen a nuestra mirada y a su modo propio la historia universal masiva de nuestros días. Preguntas del caminante por el camino. Hemos caracterizado someramente sus formas de presencia más universalmente dadas, que configuran como el subsuelo elemental de todo pensar actual, y simultáneamente las tendencias opuestas predominantes, que escinden ese pensar contemporáneo de los caminos y que parecieran problematizar la constitución misma de la filosofía de la historia. Para nosotros, la historia como Desarrollo, Escándalo y Juicio, es un reto que debe recoger la razón. No hemos dicho cómo, pues eso sería ya entrar de lleno en la filosofía de la historia, y sólo nos hemos propuesto ahora anunciarla, sin pasar el umbral. Sólo se trata de ratificar que la vulgaridad de la historia universal urge al amor incisivo y despierto de la inteligencia.

I. III. LAS TRES ÉPOCAS DE LA GLOBALIZACIÓN²⁸

LA ÉPOCA COLOMBINA (1492-1900)

AL ABRIRSE EL SIGLO XX, el geógrafo inglés Halford Mackinder señaló, en una memorable conferencia de enero 1904, «El pivote geográfico de la historia»²⁹, que la exploración geográfica estaba virtualmente terminada. Era el fin de una gran época histórica, de cuatro siglos, a la que llamó la «época colombina»: la era de la conformación unificada del mundo, abierta por Castilla y Portugal con la navegación oceánica. El siglo XX, sostenía Mackinder, demandaba otros caminos a la Geografía: caminos geopolíticos, geoculturales, geoeconómicos; la Geografía descriptiva ya no alcanzaba.

La primera fase de la globalización, la era colombina, había llevado a Europa, durante siglos encerrada en una relativamente pequeña región, a su expansión mundial: «De aquí en adelante, en la era poscolombina, nuevamente nos hallaremos con un sistema político cerrado, pero la esfera de acción del mismo será el

²⁸ Cap. 5 de Methol Ferré, A. (2013). *Los Estados Continentales y el Mercosur*. Montevideo: Hum (109-119). En el capítulo 3 de ese libro, el autor formula un esquema de la evolución de los estados nacionales modernos, distinguiendo tres tipos: (1) el *estado-nación* originario, consistente en la unificación territorial superadora de las estructuras señoriales (siglos XVI y XVII), cuyo prototipo fue España. (2) El *estado nacional industrial*, que transforma la economía de estados ya unificados, de economías productoras de materias primas a economías industriales (siglos XVIII y XIX), cuyo prototipo fue Inglaterra. Y (3) el *estado continental industrial*, que incorpora la extensión continental como una condición necesaria para el desarrollo industrial a gran escala (siglo XX) y cuyo prototipo es EUA. Lo que impulsa esta evolución es el *principio del umbral*, o escala mínima necesaria para la sustentabilidad de un Estado. Se han suprimido algunas páginas sobre nociones generales de geopolítica, porque reiteran las que están expuestas en «¿Por qué geopolítica?», en este mismo volumen.

²⁹ Mackinder, H. (1975). El pivote geográfico de la historia. En *Antología Geopolítica*. Buenos Aires: Pleamar. Hay otra versión en español disponible en: <https://revistas.ucm.es/index.php/GEOP/article/view/36331>. (Consultado: 01/03/2024).

mundo entero. Todas las explosiones de fuerzas sociales que se produzcan, en vez de disiparse en un circuito circunvecino, de espacio desconocido... serán fielmente reflejadas desde los más lejanos rincones del globo, y debido a ello, los elementos débiles del organismo político y económico del mundo serán destrozados»³⁰.

De ahí, para Mackinder, que en adelante la lucha entre las grandes y medianas potencias se trasladaría de la expansión territorial a la eficiencia. Y agregaba: «Considero, en consecuencia, que en la década actual nos encontramos por primera vez en condiciones de intentar la determinación, más o menos completa, de la correlación que existe entre las más amplias generalizaciones geográficas e históricas. Por primera vez podemos percibir algo de las verdaderas proporciones que tienen los acontecimientos y las características cuando se muestran en el escenario de todo el mundo». (p. 66)

La visión de Mackinder es de máxima simplicidad: la Tierra se divide entre lo que él denomina la «Isla Mundial» (Asia, Europa y África) rodeada por los océanos y dos «Islas Continentales»: América y Australia (además de otras islas menores). Hasta comienzos del siglo xx, la historia universal había transcurrido esencialmente en la Isla Mundial. Esta tiene una configuración definida: todas las grandes culturas la bordean en un arco, que va desde Europa y el Mediterráneo, pasa por lo que hoy es Irak e Irán, la India y se cierra en China.

Estas cuatro regiones coinciden, *grosso modo*, con cuatro grandes religiones universales: cristianismo, islamismo, brahmanismo y budismo. Ese cinturón de altas culturas agrario-urbanas ha sido controlable desde un centro, que Mackinder llama el «Heartland», que se ubica en las estepas de lo que actualmente es la Rusia asiática. Desde allí se dispararon con gran movilidad los pueblos jinetes sobre las altas culturas del borde o márgenes, durante siglos. Desde ese centro se podía acceder con facilidad a cualquier punto de las cuatro regiones.

Pero este proceso, característico de la Isla Mundial, fue cerrado por la movilidad de la navegación oceánica, que inaugura la era colombina, como rápido proceso de unificación mundial. Por tierra el hombre se había dispersado durante miles de años, en tanto que el dominio del Océano, en el siglo xvi, le abrió la intercomunicación total en trayectos de días o semanas. El barco tenía más movilidad ecuménica que el caballo. «La revolución comenzada por los grandes marinos de la generación colombina dotó a Europa de la movilidad de poder más amplia que se conoce, si se exceptúa la movilidad de las alas» (p. 76). En los primeros años del siglo xx, Mackinder ya contemplaba la emergencia del poder aéreo (que sería más

³⁰ Op. cit., p. 66. Los números entre paréntesis en las citas siguientes corresponden a esta edición.

tarde perfeccionado por los misiles intercontinentales y culminaría en los sistemas de defensa espacial).

El proceso de unificación mundial –en el que nace América Latina– fue la constitución de grandes potencias marítimas en Europa Occidental (Portugal y Castilla, Holanda, Inglaterra y Francia). La era colombina es la era de los grandes imperios marítimos coloniales, dispersos en la Ecúmene. Imperios de gran heterogeneidad en su constitución. Es también el surgimiento de las «nuevas Europas», en Estados Unidos y Canadá, en una América Latina más mestiza, en Australia y Nueva Zelanda, y en la escindida Sudáfrica. Estas son las creaciones más homogéneas de los imperios talasocráticos mundiales. Pero en su conjunto, los imperios coloniales se caracterizaron por su dominación sobre pueblos y culturas no vecinas, sino lejanas, y muy heterogéneas culturalmente con respecto al centro metropolitano europeo, por otra parte, relativamente pequeño.

Los dos últimos grandes imperios coloniales fueron el inglés y el francés, que se descomposieron casi en nuestros días, entre 1945 y 1970. Los portugueses, que abrieron la cuenta, la cerraron con Angola y dentro de poco con Macao. La expansión colonial, iniciada de modo mercantilista por las potencias europeas, se prosiguió con la revolución industrial. Inglaterra y Francia hicieron vastos imperios coloniales, que culminaron al término de la primera guerra mundial. Frente al grupo de los tres estados-nación industriales del momento (Inglaterra, Francia y EUA) Alemania, Italia y Japón, que habían llegado tarde al reparto, también pretendieron esa expansión. La perdieron. Esta segunda etapa del colonialismo de estados-nación industriales (frente a la anterior mercantilista) se expresaba en la creencia que para expandir los mercados para la industria se requería la colonización. El famoso político y educador de la III República en Francia, Jules Ferry, decía: «La política colonial es hija de la política industrial». Se trataba del aprovisionamiento de materias primas y de la colocación de manufacturas, en definitiva, de reserva de mercados. Y sigue Jules Ferry: «El predominio económico sigue al predominio político». «Se trata del porvenir de cincuenta o cien años... Será la herencia de nuestros hijos»³¹.

EL MUNDO SE CONVIERTE EN UN SISTEMA ÚNICO (1900-1991)

Desde 1900 el mundo es un solo sistema. Es la segunda fase de la globalización. En adelante hay definitivamente una sola historia, donde todo repercute en todo. De tal modo, lo que importa en primer lugar es determinar las fases principales del único sistema mundial en proceso, del que todos somos parte. Y donde ninguna

³¹ Citado por Maurice Baumont (1949). *L'essor industriel et l'impérialisme colonial*. París: PUF, p. 60. (AMF)

nación puede comprenderse a sí misma sin ubicarse en el horizonte de la situación específica del sistema mundial, en cada momento de su desarrollo. Esta es la originalidad que inaugura el siglo xx, que puede hablar así de guerras «mundiales».

Se cerró la era de los imperios marítimos coloniales, que terminaron en la reciente «descolonización», para ser suplantados por los estados continentales modernos. La era final de los imperios marítimos coloniales se superpuso con la irrupción de los estados continentales; sólo luego de la segunda guerra mundial, con la afirmación de la bipolaridad determinante de EUA y la URSS, termina de concluir la era talasocrática y sus potencias, desde entonces en medianía.

Esta situación híbrida del siglo xx caracteriza íntimamente a los imperios británico y francés, tanto como, al revés, a la Unión Soviética. Pues los imperios heterogéneos como el británico y el francés intentaron evolucionar hacia la homogeneidad del estado continental –sin lograrlo–, en tanto que el estado continental soviético, al desintegrarse en 1991, mostraba la sobrevivencia de la heterogeneidad del viejo imperio zarista. Y desde ambos extremos, vino el surgimiento contemporáneo de innumerables estados-nación, de los que casi ninguno alcanza el umbral, ni siquiera del estado-nación industrial. El siglo xx se abrió entonces con el primer estado continental moderno. Sin embargo, tanto el inglés Mackinder como luego el alemán Haushofer no percibieron este magno acontecimiento, prisioneros de una historia que tenía su eje, desde siempre, en la Isla Mundial.

El poder del nuevo estado continental se hizo evidente en la primera guerra mundial, en la que Estados Unidos apenas se movió y la decidió. Solo que volvió rápidamente a su aislacionismo y dejó a los europeos la ilusión que seguían siendo el centro político del mundo. En la segunda guerra mundial, la ecúmene entera supo la realidad.

Desde 1945 a 1989-91, la historia mundial fue regida abiertamente por el conflicto de las dos potencias continentales, Estados Unidos y la Unión Soviética. Sin embargo, la idea de la nueva centralidad histórica del estado continental no ingresó en las ciencias políticas. Solo se hablaba vagamente de «superpotencias», sin explicar los nuevos significados y los nuevos umbrales históricos que irrumpían irreversiblemente. La idea de la «era de los estados continentales» quedó arrumbada en los trastos viejos de la geopolítica alemana y los ensueños cartográficos de Karl Haushofer. Los conflictos de democracia liberal versus marxismo, o de mercado versus planificación total, en vez de enmarcarse en los estados continentales, borran u oscurecían a los estados continentales. Todo quedó en el marco difuso del «estado-nación».

Y así es que, en la actualidad, nada se explica sin la idea del estado-nación. Pero con la sola idea del estado-nación tampoco nada se entiende. Una idea que sirve para todo termina no sirviendo para nada. De ahí el batiburrillo confuso de voces: algunas que consideran muerto al estado-nación, en tanto que otras lo salvan. El

más antiguo precepto escolástico aconseja: distinguir para unir. La segunda época de la globalización, cuando ya el mundo es un solo sistema, fue principalmente la época del enfrentamiento bipolar EUA-URSS, donde bajo el rostro de una confrontación mundial se dirimió en realidad una vasta guerra civil de Occidente, nacida en el seno de sus estados continentales industriales. Esa guerra civil propia de la civilización occidental, hegemónica desde el siglo XVI, se cierra en la primera contienda de dos estados continentales, y la segunda época de la globalización significó la última etapa del protagonismo exclusivo de Occidente en la ecúmene.

Con el derrumbe de la URSS en 1989-91 queda en pie un solo estado continental, EUA. ¿Qué rasgos tiene entonces la tercera época que se abre en nuestros días? ¿Qué rasgos principales tiene esta nueva fase de la globalización?

LA TERCERA ÉPOCA DE LA GLOBALIZACIÓN

Estamos en la apertura de la tercera época de la globalización. Esta tercera fase que se despliega ahora, en el post 1989 y en la entrada del siglo XXI, tiene todavía inmensas indeterminaciones en su nuevo escenario, que está en formación. ¿Qué pasa con los Estados en esta tercera época de la globalización? Sin duda, los intentos de comprensión más interesantes acerca de la nueva situación vienen de Estados Unidos. Nada más lógico: es la potencia mundial principal y está involucrada en todo, recibe las más variadas y complejas incitaciones, está exigida de tener la mirada mundial más penetrante, y gravísimo le sería no tenerla, no renovar incesantemente sus perspectivas ecuménicas.

En lo que nos importa, el más adecuado para introducirnos en las novedades de esta tercera época de la globalización es Samuel Huntington³². Nos referimos a su obra *El choque de las civilizaciones y la reconfiguración del nuevo orden mundial*. Para Huntington estamos en el tiempo de los «estados nucleares civilizatorios», en un mundo multipolar y multicivilizatorio.

¿Qué significa esto? Significa, ante todo, que el proceso mundial de protagonismo único de la civilización occidental ha terminado³³. Que el resto de las ci-

³² Samuel Huntington (1997). *El choque de las civilizaciones y la reconfiguración del nuevo orden mundial*. Buenos Aires: Paidós. Los números entre paréntesis en las citas siguientes corresponden a esta edición.

³³ «Con el fin de la Guerra Fría, la política internacional abandonó su fase occidental y su eje pasó a ser la interacción entre la civilización occidental y las no occidentales, y entre civilizaciones no occidentales. En la política de las civilizaciones, los pueblos y gobiernos de civilizaciones no occidentales ya no son *objetos* de la historia, como blancos del colonialismo occidental, sino que se unen a Occidente como *autores* y *modeladores* de la historia». Huntington, S. (1993). *The clash of civilizations?* *Foreign Affairs*, 72, 3, p. 2.

vilizaciones que Occidente ha dominado, en una u otra forma, o han terminado destruidas, por ser culturas que no podían dar un salto de adaptación tan grande, o se han occidentalizado lo suficiente como para dinamizar nuevamente sus propias culturas originarias. Esto último ocurre principalmente con las altas culturas del Oriente: Japón, China, el Sudeste Asiático, la India, que en distintos modos y grados están en esa dinámica. La revolución tecnológica, que reciben y asimilan de Occidente, moviliza nuevamente sus propias dinámicas culturales, de modo por cierto novedoso.

Vemos entonces a los grandes círculos histórico-culturales de toda la ecúmene en las más hondas agitaciones. También el vasto y creciente mundo musulmán está atravesado por ellas, en pos de la reafirmación de sí mismo en una modernización propia.

¿Qué papel puede tener aquí el estado? Para Huntington los estados significativos, es decir, con capacidad real de protagonismo histórico, no son más los estados-nación tradicionales, sino algo más amplio: los estados *nucleares* o centrales de cada civilización. Huntington sintetiza la clave de su pensamiento, que nos parece valedera, de este modo: «Por primera vez en la historia, la política global es a la vez multipolar y multicivilizacional; la modernización económica y social no está produciendo ni una civilización universal en sentido significativo, ni la occidentalización de las sociedades no occidentales [...] El equilibrio de poder entre civilizaciones está cambiando [...] Está surgiendo un orden mundial basado en la civilización; las sociedades que comparten afinidades culturales cooperan entre sí; los esfuerzos de hacer pasar sociedades de una civilización a otra resultan infructuosos; y los países se agrupan en torno a estados dirigentes o centrales de sus civilizaciones». (p. 20)

Hay nueve o diez grandes círculos histórico-culturales en el mundo. Aunque nos disgusta usar palabras tan manoseadas como Oriente y Occidente, al puro efecto de la economía en la exposición, apelamos a esa convención provisoriamente. No es éste el lugar para un examen específico de la cuestión. Y podríamos acordar con Huntington en la existencia de un Occidente dividido en cuatro bloques culturales principales: Europa Occidental, Rusia, Estados Unidos-Canadá y América Latina (aquí curiosamente Huntington deja a América Latina en el aire, no sabe dónde ubicarla, contra toda evidencia).

Por otro lado, puede establecerse un Oriente con cuatro variantes: China, India, Japón y el Sudeste Asiático, con un gigantesco mundo intermedio, que penetra en ambas direcciones: el musulmán, a su vez con distintas variantes.

Para Huntington, cada círculo cultural tiende a tener su estado central civilizatorio. El gran círculo histórico-cultural es como la nación más vasta posible alcanzable, sin perder identidad. Europa Occidental, tiende a formar su estado nuclear o central civilizatorio con la Unión Europea. Si no lo logra, su estado central civilizatorio serán los Estados Unidos. Rusia tiende a ser el estado central

del círculo cultural eslavo-ortodoxo. Las culturas china, japonesa e hindú tienen su propio estado central. El inmenso mundo del Islam no tiene –aunque lo buscan– ningún estado nuclear o central. El mundo africano quizá alcance a formar estados centrales en Nigeria y Sudáfrica, pero no los tiene aún.

¿Y América Latina? No tiene ningún estado central. Para Huntington, América Latina está dividida en dos áreas principales: Brasil, que yo denomino área luso-mestiza, e Hispanoamérica, que denomino hispano-mestiza. Esta división impediría que pudiera ser estado central un Estado que perteneciera solo a una de las dos áreas. Dice Huntington: «El tamaño, recursos, población, potencial militar y económico de Brasil lo califican para ser líder de Latinoamérica, y cabe pensar que pueda llegar a serlo. Sin embargo, Brasil es a Latinoamérica lo que Irán al Islam. Aunque por lo demás está perfectamente calificado para ser estado-núcleo, las diferencias sub-civilizatorias (religiosas, en el caso de Irán; lingüísticas, en el de Brasil) hacen difícil que pueda asumir ese papel. Así, Latinoamérica tiene varios estados, Brasil, México y Argentina, que cooperan en el liderazgo y compiten por él. La situación latinoamericana se complica, además, por el hecho de que México ha intentado redefinirse, dejando su identidad latinoamericana por otra norteamericana, y Chile y otros estados podrían seguirlo. Al final, la civilización latinoamericana podría fundirse en una civilización occidental con tres puntas, de la que se convertiría en variante». (p. 160)

El pensamiento político de Huntington, en conexión con su relación entre estado y círculo histórico-cultural (que sería el espacio homogéneo «nacional» llevado a su mayor amplitud posible) tiene un implícito excesivo, un implícito que no llega nunca a la luz y que debilita su propio planteamiento. Nada peor teóricamente que manejarse con implícitos demasiado importantes. Ese fantasma que merodea a Huntington se llama estado continental. Solo los estados continentales pueden ser estados centrales o nucleares civilizatorios. El no enfrentarlo directamente, deja fluctuante a todo su pensamiento. No puede ser estado central cualquier estado-nación. Las candidaturas no son indeterminadas. Deben ser el «más allá» de los tipos tradicionales de estado-nación, en lo más avanzado posible de la sociedad tecnológica actual, y eso es lo que muestra, desde hace ya un siglo, el paradigma del estado continental norteamericano. Huntington nos recuerda que Henry Kissinger señala: «El sistema internacional del siglo XXI contendrá al menos seis grandes potencias –Estados Unidos, Europa, China, Japón, Rusia y probablemente India– así como toda una pléyade de países de menor tamaño y más pequeños»³⁴. Así se refiere, salvo Japón, a cinco estados continentales.

Quienes aspiran a un protagonismo histórico, no tienen otra vía que la participación en la construcción de un estado continental, que sea de su círculo civilizado-

³⁴ Kissinger, H. (1996) *La Diplomacia*. México: FCE, p. 18. (AMF)

rio, como el ámbito «nacional» mayor posible. Todos los ejemplos de Huntington respecto al estado nuclear de una civilización suponen al estado continental. Incluso cuando se refiere a Japón, que es un estado-nación industrial de extraordinaria homogeneidad y capacidad, y no un estado continental, Huntington lo ve finalmente desgarrado, en el futuro, entre la atracción de China y de Estados Unidos, que sí son estados continentales.

En resumen, si la segunda época de la globalización fue el surgimiento del estado continental moderno, y la lucha de los dos primeros estados continentales fue la última fase de la hegemonía mundial de Occidente, la tercera época en la que entramos, en el siglo XXI, es la del nuevo papel de los estados continentales como estados centrales de los grandes círculos civilizatorios existentes. Esos estados nucleares serán los constructores básicos del nuevo orden internacional, en la progresiva gestación de una civilización mundial, preparación del estado mundial, resolución final del proceso de globalización. No, por supuesto, del fin de la historia.

Así, para Huntington –y compartimos esto– cada gran círculo civilizatorio cumple ahora el papel que cumplieron hace dos o tres siglos las «naciones», generando cada una su estado. Desde el siglo XX, los grandes círculos civilizatorios generan o necesitan su estado central o nuclear. Vienen a representar el mismo proceso, a un nivel más vasto. Esta es la nueva situación a la que se aboca el mundo, y por ende América Latina. Esto no significa que cada círculo histórico-cultural alcance a construir su estado continental o central. La historia, que es éxito y fracaso, lo dirá. Los círculos que no lo alcancen, serán más dependientes de otros, se volverán menos coherentes y creativos. Se encaminarán a ser «otros». El siglo XXI está convocado a establecer un nuevo concierto de estados continentales modernos, plural, para el gobierno de la globalización.

¿América Latina aunará energías como para poder participar en el nuevo concierto de potencias? ¿Qué puede ser en América Latina la construcción de un estado nuclear o continental? ¿Es posible? El rasgo de estos años noventa es haber puesto sobre el tapete esta cuestión. Nuestra historia contemporánea muestra el camino para tal empresa: el Mercado Común del Sur (Mercosur). El Mercosur ha abierto –más allá de toda crisis u obstáculo– un camino irreversible. No porque tenga seguro el éxito, sino porque define un camino posible hacia un estado nuclear o continental en América Latina, aunque sea solo en América del Sur o incluso en el Cono Sur.

PARTE II.
LA GUERRA FRÍA
Y EL CONTEXTO GEOPOLÍTICO

II. I. TERCEROS INCLUIDOS Y EXCLUIDOS¹

TODOS SABEMOS que el mundo de hoy está bajo la égida de dos grandes superpotencias, EUA y URSS. Dos mundos, dos sistemas, que sin embargo han alcanzado su apogeo simultáneamente. Dos adversarios, que comparten una especie de inevitable diarquía mundial. Obligados a una entente discorde, o a una discordia que no destruya la entente, oscilantes entre la guerra fría y la coexistencia pacífica, conjugando ambas en distintos niveles y momentos. Oscilación inevitable, que no puede romper su límite: la guerra caliente, que es sencillamente el apocalipsis atómico. Así, la URSS y EUA han formado un sistema paradójico, sutil: procuran ambos a la vez que «el que no está con el uno está con el otro». Es el sistema del *tercero incluido*. Es el modo de integrar el sistema de hegemonía dual compartida. La ruptura de esa primacía diárquica nos pone inevitablemente en el umbral de la guerra caliente, del apocalipsis. Así, los dos se empujan, pero están tan ligados, que la caída de uno puede ser catastrófica para el otro, y en consecuencia para todos. El sistema de la diarquía trabaja sin cesar para exorcizar a todo tercero. Es el sistema del *tercero excluido*.

Pero el sistema del tercero incluido de la diarquía debe mimetizarse continuamente, y aparentar que los que actúan son terceros y no ellos mismos. La acción directa de las dos hegemonías, de modo abierto, es una carta final. Es una última instancia. Los dos necesitan, ante todo, actuar a través de terceros que no sean terceros. Los dos grandes poderes no soportan ningún auténtico tercero, porque eso sería redefinir todo el sistema mundial actual, con todos los peligros que eso tiene. El inmenso riesgo que lleva es que cuantos más protagonistas por sí haya, menos manejable y controlable se hace la situación para la diarquía. En un sistema diárquico, el que paga los platos rotos es siempre un tercero. Y tan inexorable parece esto, que muchos sienten como que todos los demás (los terceros, que no son la diarquía) están, en última instancia, atrapados sin salida. Y, sin embargo, algún tercero es hoy la sal de la tierra, por el tercero pasa la posibilidad de movimiento y novedad en esta historia.

¹ Publicado en *Nexo*, I, 2, 1984, pp. 6-7.

TERCERA POSICIÓN

En principio, tercero hoy es todo aquel que no es la diarquía hegemónica. Por eso hay muchos terceros. La mayoría del mundo. No hay un solo tercero. Hay muchos, y la mayor parte son, relativamente a la estructura hegemónica de la diarquía, débiles. Claro, hay muchos grados de debilidad y fortaleza. Todo lo que existe, tiene un cierto grado de poder (entendido en el sentido más amplio, de capacidad de determinarse y determinar a otros). Quien no tiene ningún poder, no existe, es nada. Ciertamente, hay muchos tipos de poder, tantos como tipos de valor. Hay poderes políticos, religiosos, científicos, artísticos, etc. y todos tienen lógicas que no son reductibles las unas a las otras. Si los terceros existen, es que implican también variadas formas de poder y valor, no idénticos a los dos modos hegemónicos de poder y valor de la diarquía. Porque también la diarquía tiene terceros dentro de sí: todos los que cuestionan o no representan el *statu quo*. Puede haber mejores y peores terceros.

Nosotros somos terceros en relación con la diarquía. No somos, ni queremos ser, de Washington o de Moscú, acatar la diarquía. Retomamos el «Ni Washington ni Moscú», que resonó, ante todo en América Latina, desde 1947, cuando comenzó la Guerra Fría de los antes aliados. Pero definirse tercero en relación sólo a la diarquía, es una definición negativa. El tercero es, para sí mismo, primero. Desde nosotros mismos, somos primeros, no terceros. Para nosotros lo primero es la nación inconclusa de América Latina, la Patria Grande. Somos nacionalistas latinoamericanos. Queremos superar la división que hace impotentes a nuestras patrias, luchar en todos los ámbitos por la unidad de América Latina. «Ni Washington ni Moscú», significa para nosotros sencillamente «América Latina» primero. Somos terceristas, porque para nosotros somos primeros. Ya en el primer número, *Nexo* citaba a Manuel Belgrano, uno de los hombres de la independencia de América Latina, que expresaba: «No se trata de cambiar de amo, sino de dejar de ser perro».

Inmensa tarea. Tenemos la seguridad de expresar un gran anhelo, corrientes profundas en nuestros pueblos. Nos sentimos también capaces de ir perfilando, de más en más, los contenidos que convergen para dar a nuestro tercerismo, que es «primero», su rostro. Lo haremos número a número de *Nexo*, abordando los problemas candentes, uno a uno. Sin dilación ni precipitación. En una política de la cultura, de largo plazo, pero alimentándose en el acontecer de cada día. Para nosotros, luchar contra la dependencia, contra la injusticia, contra los imperialismos, por la liberación, empieza por una exigencia: pensar bien, pensar en serio, porque se nos va la vida si no pensamos bien. Por eso somos revista de militancia y diálogo. La fe es una virtud de la inteligencia, movida por la esperanza y el amor de nuestros pueblos.

Tarea de *Nexo* será contribuir a pasar del *tercero* al *primero* que debemos ser, desde nuestra propia historia latinoamericana.

II. II. GEOPOLÍTICA: UN MUNDO POST YALTA²

¿CUÁL ES EL SIGNO de los años 80? Diría que nunca he visto un año tan importante como 1989 desde 1945, otro de esos años en los que parece concentrarse la historia en forma excepcional. El año 1945 puso las bases de todo el mundo contemporáneo: la bipolaridad Estados Unidos-URSS a nivel mundial, se funda la ONU, poco antes aparecen el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional y todas las instituciones básicas que regulan el mundo contemporáneo. Pero la bipolaridad fundada en Yalta, luego de casi medio siglo, en este año 89, se descompone ante nuestros ojos asombrados, acostumbrados a vivir bajo el signo de la bipolaridad³. Por supuesto, el fin de la bipolaridad de Yalta implica el fin de todas las terceras posiciones, porque las terceras posiciones están en función de la bipolaridad dominante.

¿Qué ha pasado con esa bipolaridad? Sin enumerar hechos que las caracterizan, quiero solo señalar algunas líneas del cambio de marco para la comprensión del acontecimiento. Este cambio es que la URSS ha reconocido que no puede sostener la bipolaridad, que ha sido superada por el otro polo. Estados Unidos es el centro del otro polo, pero en él se agruparon Europa Occidental, Japón, y en cierto sentido, también la Iglesia. Manteniendo su identidad, su personalidad, la Iglesia tuvo una alianza, mayor o menor, con los integrantes del polo occidental, en función de que el polo soviético era el primer Estado que se proclamaba ateo, y cuyo objetivo fundamental era la superación de la religión en la historia. Eso obligó fatalmente a la Iglesia a estar en el polo opuesto. Todo eso hoy está roto, carece ya de sentido. Aún no hay un marco nuevo, hay tendencias hacia la formación de un marco nuevo. En mi opinión, en la dirección de estas tendencias la URSS va a cumplir un papel decisivo.

² Publicado en el *Anuario Esquiú* 48, Buenos Aires, 1990. Archivo Methol Ferré 2.1.1.1.C4.CA1.5.

³ Es significativo que Methol Ferré afirme el fin de la bipolaridad EUA-URSS en 1989, dos años antes de la disolución de la Unión Soviética.

La URSS deja de ser el polo competitivo de EUA y tiene tres posibilidades: a) Se alía o subalterna a EUA para promover su propio desarrollo, cosa no pensable porque implica una capitulación absoluta. b) Decide unir su destino a Japón, lo que parece más difícil porque los centros de poder de Rusia no pertenecen al mundo de China o Corea; pertenecen a otro círculo cultural. c) Decide aliarse con Europa Occidental. Me parece que toda la política de Gorbachov –en el momento en que Europa Occidental se apresta a conformar su unidad, desde la pequeña Europa del Mercado Común, hija de la competencia entre USA y la URSS– plantea el desafío al continente de convertirse en la Gran Europa, de la que hablaba De Gaulle⁴, y a la que se refirió Juan Pablo II hablando de la Europa de Benito, Cirilo y Metodio⁵.

La marcha del acontecer actual señala la firme decisión de la URSS hacia una alianza con Europa Occidental, una alianza tradicional. No olvidemos que la modernización rusa fue hecha por Alemania: el régimen zarista, como superación del despotismo asiático de Iván el Terrible, tomó como modelo el Estado prusiano. Desde Pedro y Catalina, la nobleza tenía más sangre alemana que rusa. El segundo intento de modernización, con Lenin, también es la opción por un socialismo de origen alemán, de Marx y Engels. Hubo una gran discusión en el Comité Central en el año 17 sobre si se hacía la revolución; la mayoría opinaba que no, porque no se podía hacer una revolución en un país agrario, sin industrias. A Lenin le decían: «vamos a caer en un nuevo despotismo». Pero Lenin negaba ese riesgo alegando que la revolución del proletariado alemán y la Alemania industrial iban a ahorrarle el despotismo a Rusia y la iban a modernizar. Esa interpretación estratégica de Lenin no se confirmó, y Rusia quedó encerrada en el despotismo asiático moderno del estalinismo. Y hoy nuevamente Rusia, estancada en su industria, necesita salir de esa situación y acude al lugar donde ha ido siempre, a Alemania. Y Alemania, por su parte, reinicia su marcha al Este. Hay un nuevo pacto ruso-germano en ciernes. Que los alemanes occidentales aclamaran a Gorbachov es un hecho inédito en más de un siglo. Es una gran victoria de Alemania, que tiene la posibilidad de convertirse en el centro de la Gran Europa, que es la gran ambición histórica de la geopolítica alemana. Y esta vez la Revolución Francesa, con Mitterrand, va a ben-

⁴ «C'est l'Europe, depuis l'Atlantique jusqu'à l'Oural, c'est toute l'Europe, qui décidera du destin du monde». De Gaulle, Ch. (1975). Allocution prononcée à l'Université de Strasbourg, 22 novembre 1959. *Discours et messages*, t. I. Paris: Plon.

⁵ Uniendo las figuras de Benito de Nursia (480-547), que jugó un papel decisivo en la consolidación del cristianismo en la Europa Occidental, con las de Cirilo y Metodio (siglo IX), que llevaron el cristianismo a los pueblos eslavos. Sostuvo entonces el primer Papa eslavo: «De hecho, Europa, considerada geográficamente y en su conjunto, es de algún modo el fruto de la acción de dos corrientes de tradición cristiana, a las que hay que añadir dos formas de cultura diversas, pero al mismo tiempo profundamente complementarias» (Carta Apostólica *Egregiae Virtutis*, 31 de diciembre de 1980), haciendo referencia a Europa occidental y Europa oriental.

decir a los antiguos bolcheviques y a los antiguos nazis para darle respetabilidad a la alianza.

Estamos ante esa posibilidad, ante el surgimiento de una potencia fundada en Alemania, Rusia y Francia, donde Rusia no va a ser el centro sino el principal socio. Es la primera vez que puede surgir una potencia más grande que Estados Unidos. La otra posibilidad es la industrialización de China por Japón, que puede concretarse por intermedio de los coreanos que serían sólo una máscara de Japón. Ante esa amenaza cierta de la Gran Europa con Rusia, los Estados Unidos están acelerando ya las contramedidas. Están acelerando la unión con Canadá. En el '92 Canadá pasará a integrar un mercado común con los Estados Unidos, y además ya se ve próxima la incorporación de Canadá a la OEA, al sistema interamericano.

Ya en 1938 el doctor Luis Alberto de Herrera defendía la incorporación de Canadá al sistema interamericano. No sucedió porque Canadá formaba parte del imperio inglés; hoy es ya una dependencia extraoficial de los Estados Unidos y ahora sí Canadá puede ingresar en la OEA.

Me parece clara la posibilidad de que Estados Unidos intente formar un sólo gran mercado regional en toda América. Me parece que esa posibilidad está en el horizonte más candente de nuestra historia. Con lo que crece la posibilidad de que nos convirtamos en un gigantesco Puerto Rico, porque ese mercado estará bajo una hegemonía norteamericana. En pocos años, además, Puerto Rico va a ser el primer país latinoamericano, hispanoparlante, donde los católicos serán minoría; en pocos años el protestantismo será la mayoría. Esta es la perspectiva.

Y todo esto es parte de una tendencia geopolítica que nos pone en una situación totalmente distinta. Creo que la que viene será una década en la que se va a definir en qué forma se orienta el mundo post Yalta. Con su viaje al Vaticano del final de este año⁶, Gorbachov está señalando una tendencia. También cuando reconoce la autonomía polaca o empieza a reconocer a la Iglesia ucraniana uniata. Por primera vez los católicos ucranianos se están manifestando en Kiev pidiendo la libertad religiosa. Si es la primera vez en setenta años es porque Gorbachov está abriendo caminos. Yo entiendo que a Gorbachov la Iglesia Ortodoxa Rusa no sólo le puede servir como un elemento de orden, en medio del deshielo del aparato político, sino que su jerarquía le servirá de puente con Roma dentro de la política de la gran alianza con Europa Occidental.

Estamos ya en el post-Yalta, en la incertidumbre de lo que vendrá. Digo post-Yalta porque aún no se puede definir positivamente: sólo podemos decir que

⁶ La visita de Gorbachov al Vaticano y su histórica entrevista con Juan Pablo II se realizó el 1° de diciembre de 1989.

no es más la bipolaridad. Esta es la nueva configuración mundial, con dos o tres grandes potencias insertas en un realineamiento totalmente distinto al anterior. Aquí se ha barajado y se dan las cartas de nuevo.

¿Y América Latina? ¿Cómo repercute esta nueva situación hacia el fin del siglo en el continente, en las vísperas del V centenario y de la nueva evangelización, que podríamos llamar la tercera fundación de Latinoamérica? Hay que señalar algunos puntos centrales, íntimamente vinculados entre sí, teniendo en cuenta que América Latina está viviendo hoy indirectamente todos los efectos del reacomodamiento mundial.

Uno en el fin del mito de la Revolución, que no es el fin de las revoluciones en la historia. Sólo el Apocalipsis es el fin de las revoluciones. Estamos ante el fin del mito inmanentista de la revolución como sustitución de la Iglesia, y de la realización del nuevo cielo y la nueva tierra en la historia. Una forma de este mito ha terminado. Quizás aparezcan en otra forma en otro siglo, pero este ciclo ha terminado.

Esto nos permite ahondar en las características conflictivas, ambiguas, de los países latinos de América; en los problemas que nos suscitó la Ilustración y la Revolución Francesa, que es la primera gran concentración, aun en sus contradicciones, de la Ilustración. Su más intensa síntesis, que señala también la fractura con la Iglesia. Revolución que, en el curso del siglo XIX, se va convirtiendo sólo en el preámbulo de la gran revolución, la utopía como pensamiento y más aún. Pero ante lo que estamos no es el fin de la utopía de Jean-Paul Sartre escribiendo en el *Café de la Paix*, es mucho más hondo y serio el asunto. El fin del mito de las revoluciones me parece que se encarna en la visita de Gorbachov a Juan Pablo II; Gorbachov vendría a ser el Canossa⁷ del mito de las revoluciones.

LA REVOLUCIÓN RELIGIOSA

¿Y esto en qué circunstancia eclesial aparece? ¿Dónde se ubican las resoluciones de las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano de Puebla (1979) y de Santo Domingo (1992)? Creo que se ubican dentro de la revolución religiosa que se desencadenó en la Iglesia desde el Concilio Vaticano II. Es un proceso vivo; estamos en medio de la más enorme revolución que se ha conocido, al menos en la Iglesia del Occidente. Hasta la jerarquía ortodoxa califica al último concilio cómo el más grande de Occidente.

⁷ Alusión a la visita del emperador Enrique IV al Papa Gregorio VII, implorando su absolución, en el castillo de Canossa, en enero de 1077, conocida como «la humillación de Canossa».

¿En qué sentido hablo de revolución religiosa? Porque en los últimos dos siglos parecía que Iglesia y revolución eran incompatibles. Pero hay un itinerario singular de las palabras: ya no se siente más la incompatibilidad. Creo que finalmente llegamos a algo que siempre supimos: llegamos al punto en que percibimos que la única revolución permanente de la historia es Jesucristo. Esa revolución insuperable del Evangelio es la última de todas las revoluciones posibles, la novedad insuperable. No es una novedad psicológica o de comunión de personas, sino que es la inauguración de una vida nueva. Una vida ontológicamente nueva, una vida teándrica. Es la inauguración, por donación de Dios, de la participación en una vida ontológicamente nueva, que inaugura una nueva fase de la historia.

En el proceso de revoluciones y eclipses en la Iglesia, creo que la otra gran revolución religiosa aconteció en la apertura de la Ecúmene mundial. Fueron dos en realidad: la reforma católica y la reforma protestante. La reforma católica fue extraordinaria y es la madre de la América Latina católica. Nuestra Iglesia es hija del concilio de Trento. Pero la reforma de Trento –la Iglesia de la gran cultura del barroco– no logró absorber la Protesta. Tuvo una deficiencia, no respondió a todos los retos de la época y media Europa quedó afuera. Tampoco la Protesta supo digerir la catolicidad. Los dos fracasos desembocaron en la Ilustración, que es una nueva línea histórica, ya secularizante.

La originalidad de la revolución religiosa del Concilio Vaticano II es una puesta al día en relación a desafíos inconclusos; hubo cosas de la modernidad que la Iglesia no supo responder bien. La novedad del Concilio es que asume lo incompleto de Trento y del Vaticano I; no su negación sino la asunción de su carácter incompleto. Desde la *Lumen Gentium*⁸ asume y transfigura a la Reforma protestante, e incluso al cisma de la ortodoxia griega, y desde la *Gaudium et Spes*⁹ asume y trasciende la Ilustración secular. Ésta es la gran revolución religiosa del Concilio. Para Edgar Quinet, uno de los pensadores más religiosos –también de los más anticatólicos– y más influyentes del siglo XIX, ninguna revolución política y social es realmente profunda si no implica también una revolución religiosa. Su preocupación era que la Revolución Francesa no había tenido aún su correspondiente revolución religiosa. La Revolución Francesa, como síntesis mayor de la Ilustración, según decíamos más arriba, se encadena, a través de la revolución de 1848 –de la que participó Quinet– con las revoluciones liberales democráticas, socialistas y colectivistas de nuestro tiempo. En la Revolución Francesa se inicia la historia contemporánea, y un conjunto de valores que el Concilio quiere «enlazar de nuevo con su fuerza

⁸ Una de las cuatro constituciones que promulgó el Concilio Vaticano II, el 21 de noviembre de 1964. Las constituciones son documentos eclesiásticos de especial trascendencia.

⁹ Otra de las constituciones del Concilio Vaticano II, promulgada el 7 de diciembre de 1965.

divina». Me parece que el proceso de las revoluciones modernas encuentra su correspondiente revolución religiosa, por primera vez, en el Concilio Vaticano II y en los papas Juan XXIII, Pablo VI y Juan Pablo II. El proceso se ha cerrado. La relativa tardanza de correspondencia a las revoluciones antirreligiosas –pero de contenido religioso– del secularismo, esa bipolaridad, acaba de cerrarse.

Por ejemplo, la contestación interna de la Iglesia. Desde hace veinte años ha habido una cantidad de laicos y curas que pensaban que el marxismo era la locomotora de la historia; que había que subirse a ese tren porque la historia iba por allí, y que había que salvar la trascendencia en ese tren. Pero ese ferrocarril ha descarrilado totalmente, lo que significa que toda contestación difusamente cristiano-marxista –no hubo ningún cristiano marxista en serio– ha perdido sus fundamentos. Toda la lucha que hubo alrededor de la Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Puebla se ha desfondado este año, absolutamente. El tipo de conflicto que enfrentamos eclesialmente todos estos años va a ir perdiendo importancia en forma vertiginosa.

¿A DÓNDE VAN LAS ÓRDENES?

Otras de las perspectivas en el mundo post-Yalta, para la Iglesia, es que va a compartir el destino contradictorio de ámbitos en lucha entre sí. Eso ha sido así en toda su historia, pero el ciclo de Yalta lo atenuó por las características ateas de uno de los polos. Me parece que ahora la Iglesia se va a escindir internamente para compartir el destino de ámbitos diferentes.

Pero lo que seguirá en pie en la Ecúmene mundial unificada es la división entre el mundo rico y el mundo pobre. En el momento en que el mito de las revoluciones deja de ser el movilizador, se le abre a la Iglesia –creo que es una de las intuiciones fundamentales de Juan Pablo II– la gran chance de ser, no cómo mimesis del marxismo o a rastras del marxismo, la gran voz de los pueblos pobres del mundo. Es una chance que no había tenido nunca.

Pero el hecho de que la Iglesia, por primera vez, está más allá de la Reforma y de la Ilustración, ha creado un dislocamiento estructural muy hondo. Por eso el Papa camina por el mundo, porque no cuenta con los instrumentos mundiales de las órdenes religiosas en el modo con que contaban los Papas anteriores. En cierto sentido, Roma ha perdido el papel mundial que tenía la Compañía de Jesús, por ejemplo, que ponía el ritmo de todas las otras órdenes. Estas no han encontrado su funcionalidad en la revolución postconciliar que implica la colegialidad episcopal, por ejemplo. Por primera vez el episcopado empieza a gobernar la Iglesia con el Papa. Los obispos, hasta no hace mucho, eran suplidos por las órdenes, fundamentalmente por los jesuitas. Cuando el padre Pedro Arrupe, general de los jesuitas,

festejaba en el Concilio la colegialidad episcopal, esto le parecía bien abstractamente; no se daba cuenta que iba a perder todas las funciones que tenía. La Compañía de Jesús quedó en el aire, y los jesuitas andan ahora cómo una rueda loca que no se sabe hacia dónde se encamina. Y arrastran a todas las órdenes.

Por eso, lo singular es que el gran instrumento mundial del Papa, las órdenes, es hoy el lugar de mayor contestación al Papa. El «corte» con el Papa hace que el mundo de las órdenes tienda, *de facto*, a la protestantización. Es una posibilidad, una tendencia de carácter grave, a mi entender.

La revolución religiosa implica una cantidad de cambios estructurales tan grande que los obispos, antiguos munícipes, se ven obligados a integrar las Conferencias Episcopales sin tener aún la mentalidad nacional. Son más un congreso de munícipes que una conferencia nacional. Hay que ser conscientes de ese desajuste interno, para ver en qué forma se reajusta y se permite que las órdenes reencuentren una funcionalidad nueva, y que el episcopado acelere su adecuación a las nuevas funciones que le corresponden, desde la diócesis hasta el Sínodo de Obispos, en el gobierno de la Iglesia. Recién lo están aprendiendo.

Esta traba a la marcha de la revolución la ha suplido el Papa con una maravillosa comunicación directa con el pueblo, porque su «oficialidad», por A o por B, está desconcertada y no acostumbrada a los nuevos roles. Este dislocamiento es lo que ha impedido que la Iglesia arrancara como conjunto. Me parece que ésta es una de las tareas fundamentales hacia Santo Domingo, y 1992.

II. III. EUROPA LLEGARÁ HASTA VLADIVOSTOCK. MURIÓ LA URSS Y EL MÁS PERJUDICADO ES EUA¹⁰

AHORA GORBACHOV ES EL PRESIDENTE DE LA NADA

CON LA DESCOMPOSICIÓN de la Unión Soviética, surge el nacimiento de la gran Europa, y trae en consecuencia un desfavorecimiento de la estrategia internacional de Estados Unidos y el beneplácito de la Comunidad Europea¹¹.

Los cambios en el tablero político económico y social que las determinaciones, tanto de las Repúblicas Bálticas como las del propio Presidente soviético Mijail Gorbachov, han generado, llevará a retomar esquemas del antiguo mapa euroasiático, aunque eso no significa que la historia vuelva atrás; la historia nunca vuelve, sino que avanza como los hechos mismos.

Desde Prusia y Polonia hasta Rusia ha habido una tensión histórica manifestada en múltiples y diferentes vicisitudes, que podrían considerarse también como un resumen de la historia rusa. Unos de los polos de esa tensión, Rusia, la antigua Moscovia, estuvo en el pasado sometida a la hegemonía de los mongoles y los tár-

¹⁰ Publicado en *La Mañana*, Montevideo, 28 de agosto de 1991. Archivo Methol Ferré 2.1.1.1.C4.CA2.5. Se trata de una entrevista, pero el diario no consignó el entrevistador ni intercaló las preguntas, sino que transcribió entrecomilladas algunas de las respuestas de Methol Ferré. Para esta edición se han quitado las comillas. Las ideas expuestas en esta nota están estrechamente relacionadas con las del artículo «Geopolítica: un mundo post Yalta», escrito en 1989, y que forma parte de este volumen.

¹¹ La entrevista se realizó unos días después de que la Unión Soviética reconociera la independencia de los países bálticos, el 19 de agosto de 1991. El día siguiente estaba convocado el evento para la rúbrica del Nuevo Tratado de la Unión, que firmarían todas las repúblicas soviéticas menos las bálticas, pero no llegó a concretarse por el intento de golpe de estado contra Mijail Gorbachov, al que se alude más adelante.

taros, que extendían sus territorios desde el Oriente, mientras que el otro polo fue el reino de Polonia, que abarcaba a Ucrania y a los que hoy son los países bálticos.

Desde esta perspectiva, el Pacto de Yalta representó el máximo avance ruso sobre Europa Occidental, incluyendo hasta parte de Alemania. El derrumbe de la URSS cambia las polaridades de un modo que hasta parecería más fácil la reconstrucción de la antigua unidad polaco-ucraniana que la reunificación o resurgimiento de la propia Rusia. O sea, la oscilación histórica del Este europeo invierte la marcha del péndulo de los tiempos, y todo pareciera indicar que el otrora polo sumergido de la región tomará cuerpo ante el derrumbe de Rusia.

¿QUIÉN SE BENEFICIA?

Creo que la descomposición de la URSS favorecerá las ambiciones de Europa Occidental. Y pienso que perjudicará a Estados Unidos, porque perderá una visión global internacional de los hechos que suceden en esa parte de Eurasia. Los próximos pasos de la unificación europea, y su expansión hacia la Gran Europa, podrán considerarse ahora como un escalón de ese crecimiento, no como una meta, tal como hasta hace algún tiempo se podía pensar. La Comunidad Europea podrá imaginar ahora un Mercado Común de Portugal a Vladivostok, hasta el Océano Pacífico. Europa no terminará en los Urales.

En cierto sentido, el poder soviético, para Estados Unidos, era el gran poder para tener a la Europa Occidental controlada. Con la desarticulación de la URSS, Europa controlará también a los países bálticos. Y la alianza entre Francia y Alemania –los centros de poder de la Europa contemporánea– también se verá perjudicada, de no modificar sus polos y estrategias. Porque había un Este que los comprimía, y ya no existe más.

Y los países desarrollados de la Europa Occidental no deberán realizar grandes inversiones en esos países ex satélites de la URSS, porque el desarrollo en las naciones bálticas ha sido sostenido, a diferencia de la propia Rusia.

UNA NUEVA UNIÓN

El futuro de los países bálticos será el de una nueva Unión de naciones que nada tendrá que ver con la antigua URSS, sino que se conformará sobre bases sumamente diferentes, una suerte de Federación. La vieja Unión Soviética era el manto del antiguo zarismo, un zarismo rojo, que los ahora países independientes no piensan volver a transitar.

La intentona golpista abortada en pocas horas, en lugar de enlentecer los procesos libertarios a través del terror, lo que hizo fue acelerarlos¹². Una vez producidos los hechos de 1989, permitidos por Gorbachov, ellos naturalmente revirtieron sobre toda Rusia, determinando, entre otras cosas, los pronunciamientos de las naciones bálticas. Gorbachov ahora no representa a nadie; luego del golpe, él no es presidente de nada. La descomposición de la URSS se transforma en el nacimiento de la Gran Europa; es la victoria de Europa Occidental.

¹² Alude al intento de golpe de Estado iniciado el 19 de agosto de 1991, que alcanzó a deponer a Gorbachov, pero que éste pudo revertir y volver al gobierno tres días después.

II. IV. LOS CATÓLICOS Y LA CULTURA OCCIDENTAL¹³

NOTA PRELIMINAR

EN OCASIÓN DE LAS POLÉMICAS que levantó el Tratado militar uruguayo-nor-teamericano¹⁴ en los meses de julio y agosto de 1952, cierta prensa sostenía que la Iglesia Católica estaba indisolublemente ligada a la cultura occidental y por ende a su «defensa». La conclusión última de tales premisas era que los católicos debían apoyar el acuerdo militar.

Con la entera solidaridad de varios amigos (Jorge Soliño, Juan Pablo Terra, Dante Ronco, José P. Aramburú, Eloy Gorostidi, Eduardo y Gonzalo Navarrete, y Germán Villar Eatsman) y como respuesta a tan groseros e intencionados equívocos, redacté esta exposición de lo que era opinión de ese grupo ante el problema planteado. El escrito circuló a mimeógrafo entre algunas personas y no tuvo la ventura de ver la luz en ninguna publicación nacional. Por diferentes y hasta encontradas motivaciones nadie tuvo interés en su difusión. Sólo me cabe agradecer a Albert Béguin¹⁵, director de *Esprit*, por su comprensión, su estímulo y el habernos ofrecido hospitalidad en su prestigiosa revista. Pero creí demasiado exótico que esto (dada su circunstancia) apareciera traducido a varios miles de kilómetros de Montevideo. Optamos por el silencio.

Como este pseudo-manifiesto, por su índole, no se agota con el acontecimiento que le dio lugar, y conserva su total actualidad, me pareció oportuno, ya que podía

¹³ Publicado en *Nexo*, I, 2, setiembre-octubre de 1955, pp. 30-38. Archivo Methol Ferré, 2.1.1.1.C1. CA2.1. Como surge de la lectura, el original de este texto es de 1952 y la nota preliminar de 1955.

¹⁴ Se refiere al «Convenio de Asistencia Militar entre el Uruguay y los Estados Unidos de América», suscrito en Montevideo el 30 de junio de 1952.

¹⁵ Albert Béguin (1901-1957) fue crítico literario y sucedió al filósofo Emmanuel Mounier en la dirección de la revista católica francesa *Esprit*. Existe correspondencia entre Béguin y Methol en el Archivo Methol Ferré, CEDEI, Universidad de Montevideo.

hacerlo, proceder a su publicación. Quizás porque pocos que escriben soportan el recomendable heroísmo de lo inédito.

No comparto puntualmente todo lo que entonces afirmaba. No creo que haya errores, sino más bien un endurecimiento polémico en algunos planteos. El tema, en su raíz, es el de la dialéctica de la trascendencia y la encarnación, de lo divino y lo humano. Y en esa doble exigencia, parece que acentúo demasiado la primera. O mejor: nunca hay peligro de acentuar la trascendencia (¿estaría bueno eso de extralimitarse con la trascendencia!), sino el de una cierta propensión a tratarla con rigidez, como a un «factor», y separarla así en exceso de lo que es su más preciosa y contraria modalidad: la encarnación.

Y, sin embargo, también, nunca se distinguirá bastante en la historia la gracia de Dios de nuestra concupiscencia. Toda sensibilidad religiosa sabe, en el fondo de su corazón, que «Dios es inocente». Ha sido nuestro encubrir culpas en su Inocencia lo que ha provocado la rebelión del hombre moderno, que, en el fondo de su corazón, dice «Dios es culpable», y hace condición de toda salud la negación de la trascendencia.

INTRODUCCIÓN

Ante la confusión que hoy impera acerca del sentido y la orientación de la acción de los católicos en la situación presente, los abajo firmantes quieren exponer lo que entienden es de ineludible responsabilidad personal, fijando su posición en la forma más clara posible. Y como tal confusión es, en gran parte, resultado del proselitismo de sectores sociales e ideológicos que sienten amenazada su existencia, y que procuran enrolar bajo sus ambiguas banderas el mayor número de fuerzas, con el fin puramente pragmático de defenderse a sí mismos, pero que son ajenos por esencia y vocación al catolicismo, se hace imprescindible realizar el esfuerzo para distinguir lo que necesita distinción y unir lo que necesita unidad.

Para una mejor comprensión de nuestra actitud es primordial dejar asentados desde el comienzo los principios claves desde los que consideraremos luego, con la serenidad y prudencia requeridas, la situación actual y sus problemas; específicamente, los de la cultura occidental.

LA IGLESIA CATÓLICA Y LAS CIVILIZACIONES

El advenimiento fundamental de la historia no es ninguna revolución secular —llámese francesa, fascista o comunista— sino la Encarnación de Cristo, centro y plenitud de los tiempos. Sólo en y por Cristo el hombre y el mundo son restaurados y toda ideología que pretenda otra cosa queda en los márgenes de la historia

esencial, es decir, participa de ella indirectamente, en tanto que no puede escapar a los designios providenciales de Dios. En tal sentido aún el ateísmo y las idolatrías son colaboradores instrumentales de la Providencia dentro de la estructura escatológica, finalista, de la historia. La Encarnación difundida y comunicada es la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo, presencia visible y sacramental de lo eterno en el tiempo, que perpetúa, universalizada y según el espíritu, la antigua misión de Israel. La Iglesia tiene su fuente en lo trascendente, no en puros valores históricos inmanentes.

Ahora bien, si la Iglesia por esencia es sobrenatural y las civilizaciones son naturales, en el sentido que dependen intrínsecamente del espacio y del tiempo, es evidente que no puede sino existir diversidad de civilizaciones cristianas, ninguna de las cuales expresa la vida en su plenitud, al serles inherentes el límite. Lo mismo ocurre con las civilizaciones no cristianas. Pues sólo en Dios coincide en perfecta identidad la actualidad y la esencia. En puridad, la única «civilización cristiana» absoluta es el Reino de Dios, el cual es ya la Iglesia en estado «peregrino, militante, crucificado» y que tendrá pleno acabamiento en la Parusía.

Todo el misterio de la Iglesia es un más allá de la historia, presente y coexistente con la historia misma. El dato fundamental es que la historia está en el cristianismo y no lo inverso, pues, se ha dicho con justeza, la historia sacra es una cuarta dimensión, pero una dimensión constituyente de la historia.

Se ve entonces que las diferentes civilizaciones cristianas son aproximaciones relativas e impuras que exigen trascenderse a sí mismas, y a las que no se les niega valor, sino valor absoluto. Históricamente considerados, ni el cristianismo primitivo, ni Bizancio, ni la Edad Media occidental, ni el siglo de oro español (Barroco) o el período clásico francés del siglo XVII, son todo el cristianismo realizado o realizable. Diríamos que las civilizaciones cristianas son la refracción más o menos desfigurada de la vida de la Iglesia. Pues sólo ella es la mediación adecuada entre el tiempo y la eternidad. Corolario de esto es que, en sentido estricto, la teocracia en la historia es un error, una impaciencia humana, que confunde peligrosamente lo temporal con lo espiritual.

De todo lo expuesto se desprende que la Iglesia no depende sino accidentalmente del destino, vida y muerte de las distintas civilizaciones. Es verdad que la Iglesia se inserta en los más heterogéneos ámbitos culturales, políticos, sociales y económicos, para cumplir su misión; vive en esas estructuras, sean cuales fueren, en su necesaria dimensión humana, pero con una esencial capacidad de desprendimiento de esas mismas estructuras sujetas a la caducidad.

Son sí momentos históricos dramáticos los de tránsito, en los que es imprescindible irse separando de las viejas formas para enraizar en las nuevas, y es allí donde la angustia por el destino de una determinada cultura puede ser síntoma de debili-

dad de fe y esperanza. La Iglesia salva a los hombres, no a las culturas, y si también hace esto es por añadidura. Cada época deja su huella en la Iglesia, socialmente considerada, y por ello son explicables humanas desorientaciones o vacilaciones, provocadas ya por una inercia material que es desfallecimiento, ya por lo inverso, por una lógica prudencia de espíritu. Cuando los cambios y rupturas se precipitan, la nueva adaptación ante lo inédito es difícil y riesgosa, pero no menos imperativa ya que «el que pone la mano en el arado y vuelve la vista atrás no es apto para el Reino de Dios» (Lucas 10:62).

Supeditar lo esencial a la permanencia de lo accesorio es una inversión de valores. Eternizar un momento de la historia es por ende idolatría; en nuestro caso sería contaminación con uno de los últimos modos del pensamiento naturalista moderno: el culturalismo. Se plantea aquí nuestro problema –sentada en forma más que esquemática la significación del catolicismo– que es interrogarse sobre nuestra relación con la hoy llamada cultura «occidental» y todas las conexiones que connota tal mención.

LA CULTURA OCCIDENTAL Y NOSOTROS

La civilización occidental, ¿es cristiana? La respuesta no puede ser sino negativa, a pesar de existir aún grandes grupos sociales que permanecen adheridos al catolicismo. Por lo contrario, sus vigencias rectoras se han ido estructurando desde la Reforma en polémica contra la Iglesia, en la negación dialéctica progresiva de los valores espirituales y trascendentes del catolicismo, en una línea naturalista cada vez más acentuada hasta proclamar la muerte de Dios y reducir la religión a superstición o mera creencia subjetiva.

La gran experiencia que es la Edad Moderna, en la que muchas veces el espíritu no está ausente, es la de las ideas cristianas «vueltas locas» y secularizadas, descendidas de su orden original y constituyente. Es la experiencia de un hombre de origen cristiano que ha amputado la trascendencia que lo sostiene en el ser y ha proclamado su radical autonomía, desprendiéndose de toda normatividad objetiva superior, reflejado esto en las múltiples teorías contractualistas de la sociedad.

La vocación del hombre moderno, que es el burgués, entendido no como simple clase social sino como tipo cultural, ha sido primordialmente el mundo, en una acción horizontal práctica, orientada al dominio de la naturaleza, pero exclusiva, cerrada sobre sí misma, sin verticalidad. Y por ello atea. Es innegable, por otra parte, que ha realizado conquistas irrenunciables en diversos planos, que encuentran empero su auténtica justificación en el cristianismo, y no en sus respectivos vivires desconectados que bordean el sin sentido.

La civilización burguesa, en especial en sus últimas etapas, ha negado a Dios y escindido lo sobrenatural y lo natural, en una especie de averroísmo continuado. Ha puesto su esperanza en la fecundidad del dinero, en la productividad de lo abstracto como tal, adquiriendo bienes por sí mismos. Ha elevado los medios a categoría de fines, afectando indiferencia ante la verdad, que es la que verdaderamente nos hace libres, remplazándola cada vez más por el concepto de lo útil. Generalmente agnóstica o deísta, perdido el sentido de la creación y la encarnación, representa una de las formas más irreligiosas que se han dado en la historia. Ha evacuado de ésta al espíritu y al milagro, cerrando una inmanencia cada vez más vacía, que produce actualmente esas experiencias de asfixia en el último pensamiento filosófico y literario. El nihilismo es su más perfecto acabamiento.

En sus modos más groseros, pero de amplia vigencia colectiva, el individualismo burgués, observa Maritain, «ha sido prácticamente ateo y decorativamente cristiano. Demasiado escéptico para iniciar persecución alguna, fuera del caso en que se interponía algún interés material, nunca desafió la religión; la tenía como inventada por los sacerdotes y que poco a poco sería arrinconada por la razón y se servía de ella como de una fuerza policial que guarda la propiedad, o como un banco en el cual cada uno podía, mientras se enriquecía aquí abajo, irse asegurando contra cualquier riesgo posible en el más allá»¹⁶. Como la categoría esencial del burgués es la del tener o haber y no la del ser, su crítica a la religión ha sido en realidad polémica contra su propia imagen traspuesta a su tipo de religiosidad, caricatura del verdadero. Creyó que la fe es un modo de propiedad, que se tiene como a una cosa, cuando no se trata de un tener sino de un acto espiritual que afecta, penetra y sobreleva el ser mismo de la persona. No está demás señalar que no pocos cristianos están contaminados con tal mentalidad. Si el burgués sólo cree en el mundo de las cosas visibles y no ama lo eterno ¿qué puede entender sino su propia manía de apropiación y seguridad?

Este tipo de civilización, la moderna, es la que hoy halla su existencia puesta en cuestión. El hecho central es que estamos en presencia de la agonía, en el epílogo del mundo burgués desgarrado por sus contradicciones y con cierta mala conciencia de la validez de sus razones. Estamos en presencia, además, de la insurrección de los pueblos coloniales y de las clases sociales inferiores que reclaman justicia ante la explotación del capitalismo liberal, y que han sido víctimas de las ideologías modernas, porque tales ideólogos, en lo concreto, han reducido al hombre a categoría de mercadería intercambiable y mero factor económico de producción, ya sea bajo la empresa privada capitalista, ya bajo el poder estatal.

¹⁶ Maritain, J. (1947). *La persona y el bien común*. Buenos Aires: Club de Lectores, cap. 5, «Las personas y las filosofías materialistas».

Y se pretende entonces escamotear el conflicto real, reduciéndolo a la falaz disyuntiva de Oriente u Occidente, libertad o dictadura –antítesis baratas– cuando tal conflicto real es mucho más grave. Es la crisis metafísica, social, económica y religiosa del propio Occidente, que se ve frente, tanto en lo interior como en lo exterior, a su propio resultado y caricatura: el marxismo.

El marxismo, monstruoso compuesto de reivindicación justa y negación del espíritu, participa en su substancia de la actitud naturalista e inmanentista de la burguesía liberal, y la prolonga hasta sus últimas consecuencias. Las analogías al respecto son innumerables, baste a modo de ilustración, indicar el vínculo patente entre la concepción del tercer estadio positivista y el estilo de la futura sociedad sin clases, o el uso de aspectos del darwinismo, caballito de batalla burgués, en su vocación de semejarse más a los monos que a Dios. Cabe aquí puntualizar que en tal sentido el biologismo nazi fue más consecuente que quienes, contradictoriamente, hablan de la libertad del espíritu y no creen en él, pretendiendo que no se diferencia esencialmente de la materia. ¡Vaya modo de fundar la dignidad del hombre!

Así, cuando vivimos en la coactiva bipolaridad de dos bloques únicos, producto de falta de imaginación histórica e incapacidad de producir nuevas posibilidades, en medio de un maniqueísmo infantil de oposiciones simples de bien y mal, luz y sombra, etc., es imprescindible ver que tal planteo está más acá, y no más allá, del cristianismo. Se mueve siempre en la pura inmanencia de la historia, de una historia sin Dios.

Ante todo esto, ¿qué hacer? Lo principal es que, si nos vemos comprometidos en la historia y en las oposiciones que las circunstancias plantean, no se puede optar sino por los valores mismos por los cuales somos responsables. Ser cristianos no es fuga ante la historia, sino su más total aceptación; es no renunciar nunca a encarnar los valores, sean cuales fueran los regímenes políticos y sociales. En un sentido se puede afirmar que no existe ni existirá ningún régimen en la historia absolutamente impermeable al cristianismo, así como también, que todo régimen, sea cual fuere, es obstáculo a la acabada realización del cristianismo.

No nos horroriza entonces, salvo en lo que tiene de desoladora tragedia humana, el fin de la civilización occidental moderna, que no es una civilización cristiana, que no es el fin de la historia, ni del hombre, ni de la Iglesia, contra la que las puertas del infierno no prevalecerán.

No ignoramos todas nuestras culpas en lo que hoy acaece, pero no estamos dispuestos a confundir lo temporal con lo espiritual, pretendiendo que lo accesorio y aún lo ajeno salve lo esencial, e insistir en el viejo error de hacer política ante todo.

¿Cómo querer comprometer nuestra fe con algo contingente ya en tren de morir? Es necesario preparar el espíritu para nuevas formas históricas, pues la democracia liberal pasará, como por otra parte han pasado todos los regímenes

políticos. Paradójicamente, para mantener lo que hoy tiene de valioso hay que dejarla morir. Se puede comprender que quienes han depositado toda su fe en ella, por obturación de la trascendencia, desesperen y se resistan. Pero no es posible aceptarlo en quienes no están en tal situación y dicen ser fieles a valores trascendentes. El mínimo exigible es que precisen sus diferencias y no usen a Dios, que es el peor ateísmo, en defender otra cosa que a esos valores.

Querer que no caduquen las formas históricas es la más total abjuración de la historia como tal. Es degradar lo eterno en el tiempo y olvidar que la historia es el lugar de la decepción, donde Dios se burla de las idolatrías que no consienten con la ley de muerte inherente a todo lo finito. Es perder a la vez la historia y lo eterno.

Para terminar, queremos indicar que no creemos en revoluciones parciales. Ante la situación presente del hombre se hace imperativa una transformación económica, social y religiosa integral. Quien pretenda hacerla sólo económica continuará moviéndose dentro del ámbito del espíritu burgués en un estéril reformismo, el peor de los reaccionarismos.

La estructuración de un humanismo integral es la tarea más urgente, aunque difícil y lenta. En ese sentido Cristo es la revolución permanente y es plegándonos a sus exigencias como será posible, dentro de las circunstancias históricas, instaurar una ciudad temporal en que la persona deje de vivir alienada en las cosas.

Nuestra opción no quiere ser penúltima. Por ello estamos lejos de la parodia que el conflicto presente es el conflicto esencial. Y frente a la nueva Babel de las ideologías, cuyo lema es «el hombre se salva a sí mismo» cabe recordar: «Deja a los muertos enterrar sus muertos; tú ve a anunciar el Reino de Dios» (Lucas 9:60). Lo demás se dará y hará por añadidura.

PARTE III.
AMÉRICA LATINA EN UN MUNDO GLOBAL

III. I. LATINOAMÉRICA EN UN MUNDO DIVIDIDO¹

LA POSTGUERRA HA ENCONTRADO al mundo no solo en dos bloques ideológicos sino también en dos grandes mercados. No hay, como en la era de expansión del liberalismo económico, un solo mercado mundial. Esto ha generado una multitud de fenómenos complejos y radicalmente nuevos.

No existe solamente una periferia, un extenso frente virtual de guerra, una zona de fricción relativa a la estrategia militar, sino también una zona de confluencia y encuentro de lucha económica. Esa zona difusa de fricciones económicas es más sutil, más imprecisa, más impalpable que la ubicación de las meras fronteras políticas.

Sin embargo, en razón a su intensidad, esas fluctuaciones, esa región de encuentros, tiene algunos puntos neurálgicos como el Medio Oriente. Forman una parte de los llamados países «dependientes». Hay, es cierto, dos tipos de países dependientes. Los que tienen su eje en Rusia y los que lo tienen en Estados Unidos y Europa Occidental. Los grandes centros de poder de ambos sistemas están constituidos en función del gran desarrollo de sus industrias pesadas, es decir, de la mayor concentración de capital hoy imaginable. Y la industria pesada es el símbolo, el centro del poder del siglo xx.

Los países dependientes, en relación con esos dos grandes centros, no han llegado a madurar por sí mismos económicamente y se encuentran trancados para el montaje de la plena elaboración de su materia prima. Es el caso, tanto de las «democracias populares» como de los países asiáticos y latinoamericanos.

Y es en esas zonas dependientes donde se están produciendo las grandes convulsiones sociales, económicas y nacionales de la postguerra. En ellas se ha refugiado la tragedia. Porque hay un hecho de claridad meridiana. La segunda guerra mundial no ha producido convulsiones, modificaciones de estructura apreciables ni en Estados Unidos y Europa ni en Rusia. El drama se ha diluido paulatinamente en

¹ Publicado en *El Debate*, 24 de septiembre de 1957. Archivo Methol Ferré, 2.1.1.1.C1.CA2.4.

prosperidad. No ha habido en ellos grandes movimientos de masa, revoluciones, violencias estridentes. En cambio, todas las tensiones, las protestas multitudinarias, los golpes de Estado, las guerras localizadas, tienen hoy por asiento esa periferia, el área de los países dependientes.

La razón de esto no radica exclusivamente, como podría ingenuamente suponerse, en la competencia de las grandes potencias. Por el contrario, tiene sus causas propias. Los distintos conflictos que estallan de continuo en los países subdesarrollados no se deben ante todo a la actividad subversiva de uno u otro de los bandos en pugna.

La razón fundamental está en la disparidad del desarrollo económico de los distintos países. En que el ritmo de la historia no ha sido uno solo, sino variable, múltiple. Y que, en poco tiempo, el mundo se ha unificado, haciendo convivir contradicciones innumerables, tiempos y culturas distintas, tipos de producción de diferente nivel. Esto genera las tremendas perturbaciones de las zonas técnica y productivamente atrasadas. El conjunto de países que están un poco en la «tierra de nadie» de la Guerra Fría, por su situación geopolítica, tienen gran capacidad de maniobra. Pueden especular y sacar fruto de la pugna de las dos grandes potencias. Aunque ello implique caminar por el filo de la navaja.

La situación de Latinoamérica es profundamente diferente. Aunque afín a los países asiáticos por su condición subdesarrollada, primordialmente por su incapacidad actual de acumulación propia de capital para asentar el desenvolvimiento industrial en todos los órdenes, no está en condiciones objetivas de realizar su propia conferencia de Bandung². No tenemos gran latitud de maniobra política ni económica. Nuestras posibilidades reales son diferentes a las de los países asiáticos. Y a ellas debemos ajustarnos con el pensamiento puesto en el mejor desarrollo nacional posible.

Las utopías, las puras buenas intenciones, las pretensiones desproporcionadas, no conducen más que a la detención angustiosa de nuestro desarrollo. Lo posible es lo más cercano de lo necesario, aunque no se confunda con él. Y la tremenda situación económica del país obliga a un replanteo general de nuestra economía. Sus bases deben ser realistas. No deben cerrar el porvenir. Y el planteo de la reforma constitucional³, en una de sus dimensiones, es un paso fundamental en la toma de conciencia de nuestra situación económica y nuestra íntima relación con los problemas generales de Latinoamérica.

² La Conferencia de Bandung (Indonesia, abril de 1955) reunió a treinta países de África y Asia creando una instancia de cooperación que desembocaría más tarde en la fundación del Movimiento de Países No Alineados.

³ Para la fecha de publicación del artículo, estaban en marcha dos proyectos de reforma constitucional que no obtendrían su ratificación plebiscitaria en 1958. Cabe señalar que en la reforma constitucional de 1967 se incorporaría al capítulo IV la cláusula «La República procurará la integración social y económica de los Estados Latinoamericanos, especialmente en lo que se refiere a la defensa común de sus productos y materias primas. Asimismo, propenderá a la efectiva complementación de sus servicios públicos».

III. II. LAS TRES EBULLICIONES TOTALIZADORAS DE AMÉRICA LATINA⁴

AMÉRICA LATINA TUVO tres grandes ebulliciones «totalizantes» que la configuraron y la están configurando. Digo «totalizantes» porque en sus inmensos espacios, en este medio milenio último, de golpe, casi sorpresivamente, toda ella entró en ebullición sólo tres veces. ¿Podríamos contar las ebulliciones generales de Europa? Muchas más. Pero espacialmente, Europa es mucho más pequeña y concentrada. Ahora estamos en plena tercera «ebullición» general latinoamericana. Nuestras dos ebulliciones generales anteriores duraron pocas décadas. Luego les siguió una larga calma, durante la cual esa ebullición se fue disgregando, digiriendo, agotándose y recreándose lentamente como para la nueva sucesiva ebullición general, mucho tiempo después. Ahora, esta tercera «ebullición» tiene caracteres muy distintos a las anteriores. Acerquémonos un poco.

PRIMERA EBULLICIÓN GENERAL: EL NACIMIENTO DE AMÉRICA LATINA

Tras una etapa preparatoria en las Antillas, de 1520 a 1560 aproximadamente, es la conquista y colonización de lo que comenzará a ser un pueblo nuevo, mestizo, en la historia: América Latina. Todas sus partes entran en relación, en conflagración, luego de milenios de dispersión, de comunicaciones fragmentarias. En pocas décadas se funda la red de villas y ciudades esencial de América Latina, que incluye

⁴ Publicado en *Cuadernos de Marcha*, Tercera época, año XVI, 173, julio-agosto de 2001, pp. 40-43, Archivo Methol Ferré 2.1.1.1.C5.CA5.6. Se trata de una edición en homenaje a Mercedes Quijano y Carlos Vargas, editores de la revista, que fallecieron en un accidente automovilístico en 2001. Methol Ferré incluyó estas líneas al comienzo del artículo: «Se trata de un breve mural de despedida, para que los árboles no tapen demasiado el bosque, sin el cual no hay orientación». La despedida era naturalmente de Mercedes Quijano y Carlos Vargas, y el «mural» el modo de definir el enfoque de su artículo, de pretensión global en su alcance.

casi todas las que serán sus capitales. Antes de este ciclo (1520-1560) sólo se habían configurado dos imperios, el Azteca y el Inca, que al estar hechos «a pie» quedaron muy lejos de agitar el conjunto de lo que sería luego América Latina. Se ignoraron. Los dos imperios –como movimiento de concentración– duraron apenas un siglo, y fueron arrancados de cuajo por la vorágine totalizante de la conquista y la colonización, que tuvieron la velocidad combinada, inédita, del barco oceánico y los caballos.

Esa ebullición general, la primera «latinoamericana» fue a la vez el primer fruto del comienzo de la globalización, encabezada desde Europa por Castilla y Portugal, en los tiempos de la «Alianza Peninsular»⁵. Luego seguirán, a partir de sus tres núcleos, México (con América Central y las Antillas), Perú y Brasil (las partes castellana y portuguesa de América del Sur), casi 250 años de estabilización dispersa, comunicándose más con los centros metropolitanos que entre sí. América Latina (ibérica, o hispánica en su sentido original) fue dividiéndose por paulatina complejización, y madurando un nuevo y vasto círculo histórico-cultural. Mestizaje hijo de la Cristiandad latina, en su último gran despliegue barroco, y primero americano. Es la primera ebullición fundadora de América Latina. Todo se junta con todo, y luego se va particularizando.

SEGUNDA EBULLICIÓN GENERAL: LA INDEPENDENCIA DE AMÉRICA LATINA

Siempre hay signos preparatorios. Pero la ebullición estalla desde 1808 y se prolonga hasta 1830. La dilatada América española entra toda ella en efervescencia, se vuelve a interpenetrar con intensidad inusitada en todos sus fragmentos, y Bolívar busca culminarla con un gran Congreso, que fracasa. En la medida en que se independiza, América Latina va separándose en múltiples «estados-ciudad», que encabezan espacios insólitos para cualquier europeo. Estados-ciudad como de una Grecia primitiva gigante. Estados parroquiales, diría Toynbee. Ni siquiera una «nación de repúblicas confederadas», como quiso Bolívar. Sólo Brasil, entonces mucho más pequeño y menos dilatado que la América española, mantuvo la unidad ¿quién podría controlar la Amazonia entonces, que descoyunta toda América del Sur?

El espectáculo final de la segunda efervescencia hizo exclamar a Bolívar: «¡Hemos perdido todo, menos la independencia!». Es decir, hemos perdido las condiciones de la independencia. América Latina fue formada por barcos y jinetes. Entreveros. Lo que volvió desmesurada a América Latina para los latinoamericanos,

⁵ Sobre el concepto «alianza peninsular», su historia y su importancia para el Imperio español, tanto en el orden metropolitano como en el espacio americano, puede consultarse el artículo «El Mercosur, un acontecimiento fundamental para América Latina», en este mismo volumen.

que no pudieron controlar sus espacios. Nuestros marinos no eran criollos, sino irlandeses, ingleses y norteamericanos. Los barcos eran ingleses. Y nos volvimos periferia de la Revolución Industrial inglesa del siglo XIX. Cada estado parroquial perdió contacto con su vecindad, salvo en los casos de dos o tres conflictos vecinales graves, pero localizados. Cada país se fue volviendo un «en sí» (hoy de 170 a 180 años): su afirmación era la exclusión del vecino y la inclusión con los centros metropolitanos transoceánicos. Primero ingleses y franceses, luego norteamericanos.

TERCERA EBULLICIÓN GENERAL: DESDE EL MERCOSUR

Desde comienzos del siglo XX, los medios de transporte y comunicación latinoamericanos empiezan su paulatino acrecentamiento e intensificación. Por mar, tierra y aire. Aunque todavía en la Cumbre de Brasilia del 2000, donde los países de América del Sur (Comunidad Andina y Mercosur) proyectan su unión, se hace énfasis en la necesidad urgente de ampliar las conexiones mutuas de infraestructuras. Ello debido a la nueva ebullición general, que exige multiplicar las intercomunicaciones de personas, bienes y servicios.

La globalización avanza, pero la cercanía vecinal y latinoamericana también. Está naciendo definitivamente la «política sudamericana» (que sólo hubo en fugaz momento de la Independencia). La política sudamericana, novedad de nuestros días, vino para quedarse definitivamente, nos guste o no. A nosotros o a las grandes potencias. Es ya irreversible. Esta es la diferencia con las dos ebulliciones generales anteriores.

La tercera ebullición general ha venido para quedarse y volverse —en relativamente poco tiempo más a escala histórica— normalidad. Desde la década del '90 en adelante, la ebullición general ya es y será normalidad. No hay más regreso a los «en sí» imaginarios de las patrias chicas. La conjugación latinoamericana de América del Sur ya es irreversible, es destino.

¿Cómo contribuiremos a acuñar ese destino? ¿Cuál será su signo? Una ojeada a sus preparaciones y eclosión. Es en el siglo XX. Este se abre con la ebullición general de los intelectuales, su «latinoamericanización». La generación del 900 repone en el horizonte a la «Patria Grande», retoma la herencia de Bolívar, San Martín, Artigas. Luego serán los estudiantes universitarios. Luego los imperativos industrializadores —camino hacia adentro— de los nacional populismos. Estos, todavía por separado, se sintetizan en tres consignas: democratización, industrialización (ciencia y tecnología), e integración. La primera no es sin la segunda; la segunda no será plena, eficaz, sin la tercera. En la tercera, es la vencida. En eso estamos. Por eso, Carlos Quijano decía entonces que al latinoamericanismo no se llega por el «latinoamericanismo abstracto», sino a través de las «regionalizaciones» concretas.

Y vino la primera oleada regionalista en los años 60, simbolizada en Raúl Prebisch y Felipe Herrera, en la Alianza Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC),

posteriormente ALADI, y el Mercado Común Centroamericano, ambos fundados en 1960 y el Pacto Andino de 1969. Luego el reflujó. En 1985 se inicia la segunda oleada con el ensamble de Brasil y Argentina. América Latina hacía así su cortocircuito fundamental: la alianza de Argentina y Brasil. Ya la habían intentado Juan Perón, Getulio Vargas y Carlos Ibáñez (1951-1954)⁶.

Ese es el camino principal y decisivo para América del Sur: «el núcleo básico de aglutinación», al decir de Perón. Es como la alianza de Francia y Alemania para Europa. Ese es el cortocircuito que pone todo en ebullición. Por eso el Mercosur es decisivo para la unión de los pueblos de América del Sur. No es una regionalización entre otras; es la regionalización fundante de América del Sur, y por tanto invencible, aunque por eso mismo amenazada siempre de muerte.

Nadie más podrá apagar esta ebullición. Todo otro camino, que no sostenga o se enlace con esta avenida principal, es enemigo de nuestros pueblos. Son tiros al aire, apuestas erráticas, antinacionales. Esto lo iremos aprendiendo rápidamente todos, unos y otros. Hoy América Latina tiende a separar sus dos regiones básicas. México, América Central y las Antillas caminan en o hacia el TLCAN. Es seguramente irreversible, salvo depresión mundial. En tanto que la gran isla de América del Sur, lo más importante de América Latina, su escenario fundamental, se vuelve inexorablemente el centro de ebullición de sí misma.

El Mercosur es su avenida principal. Es la gran batalla de estos años, a todos los niveles. Anuncian y quieren muchos su muerte y desaparición. Y les renace al otro día, porque se asienta en lo principal de América del Sur. ¿Cuál es su opuesto? ¿Cuál es la verdad de las otras propuestas que lo excluyen y pretenden ser alternativas (no complementos)? Su opuesto, su contrario, tiene un nombre ejemplar: el destino de Puerto Rico.

¿Cuál es el destino de las «patrias chicas» solas? O múltiples y pequeños Puerto Rico, o un gigantesco Puerto Rico latinoamericano, utopía histórica imposible. No otro es el contenido del fantasma del TLCAN. Y si ésta llegara a ser, sería multiplicador, a pesar suyo, de la ebullición latinoamericana. Sería la vía más larga y compleja. Impredicible. Podría hasta «portorriquizar» a los mismos norteamericanos, por más murallas eléctricas que levantarán. ¡La historia y sus ebulliciones no se manejan fácilmente! Las «patrias chicas» se salvan en la Patria Grande latinoamericana de la Unión Sudamericana, por la difícil y necesaria avenida principal del Mercosur. Por fe cristiana y convicción, sabemos que la Vida puede más que la Muerte. Es la gran apuesta, lo que vale la pena.

Así me quiero despedir, sin despedirme, de Mercedes y Carlos, de *Cuadernos de Marcha*.

⁶ Sobre esta última, ver «La integración de América en el pensamiento de Perón», en este mismo volumen.

III. III. BAJO EL SIGNO DE BOLÍVAR⁷

NEXO ES UNA REVISTA al servicio de la cultura latinoamericana. Esto supone una premisa fundamental: la existencia histórica de la cultura latinoamericana en proceso. Supone la unidad en la variedad de un vasto complejo humano que se extiende desde México hasta la Antártida. Para nosotros América Latina no es un comodín retórico. No es ni nostalgia ni utopía. Es, sí, una misión, una tarea y un destino. En cada uno de nuestros pueblos hay un solo gran pueblo en formación. Lo que Rodó llamó Magna Patria⁸. Lo que Manuel Ugarte llamaba Patria Grande⁹. Lo que el documento final de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano¹⁰ llama Gran Patria Latinoamericana. Que conjuga y da vigor a todas las patrias componentes. Salvación de las patrias componentes. Eso es lo que queremos servir. Por eso nos sentimos en continuidad y prosecución de los grandes libertadores, Simón Bolívar, José de San Martín, José Artigas, Antonio Nariño, Lucas Alamán y tantos otros. Tareas inconclusas que, en las nuevas condiciones históricas, hay que recrear y realizar.

Se ha dicho que el año 2000 nos encontrará unidos o dominados¹¹. La unidad no es ya para nosotros ilusión o sueño, es necesidad imperiosa de todos y cada uno de nuestros países y pueblos. La catastrófica dependencia que exhibe hoy nuestra

⁷ Publicado en *Nexo*, I, 1, 1984, p. 4. Ofrece una breve descripción de los propósitos de la revista, y representa por lo tanto una síntesis de algunas de las ideas y preocupaciones de Methol Ferré en los años en que está empezando el actual ciclo democrático en América Latina.

⁸ Rodó, J. E. (1967). Magna Patria. En *Obras Completas*, 2a ed., p. 627.

⁹ Ugarte, M. (1924). *La Patria Grande*. Madrid: Editora Internacional.

¹⁰ CELAM (1979). *La evangelización en el presente y en el futuro de América Latina: Conferencia General del Episcopado Latinoamericano III*. Montevideo: Paulinas.

¹¹ La frase pertenece a Juan Domingo Perón. Ver: Perón, J. D. (2020). Unidos o Dominados (Discurso pronunciado el 11 de noviembre de 1953 en la Escuela Nacional de Guerra). *Geopolítica(s): revista de estudios sobre espacio y poder*, 11, 1, pp. 173-183. Ediciones Complutense, Clásicos geopolíticos. Sobre este discurso y las vicisitudes de sus ediciones, ver «La integración de América Latina en el pensamiento de Perón», en este mismo volumen.

fabulosa deuda externa pone a la orden del día la acción y convergencia latinoamericanas. La unidad latinoamericana, que está indisolublemente ligada a nuestro desarrollo y liberación, atañe a todas las dimensiones de nuestra realidad. Tiene implicaciones políticas, económicas, sociales, financieras, intelectuales, artísticas, científicas, religiosas. Toma los más diversos aspectos de la totalidad de la cultura. De alguna manera, todo aspecto remite a los otros, a la totalidad. Toda acción requiere un marco de referencia, que sea guía y criterio de las opciones. Ciertamente, ese marco de referencia no puede reducirse a fórmulas estereotipadas, a recetas detallistas. Es un sentido global del proceso, que permite emprender justamente las tareas de apariencia fragmentaria. Lo universal se realiza a través de las particularidades más imprevistas. El sentido global del proceso es claro, sus particularidades pueden ser confusas, ambiguas, exigentes de discriminación incesante. La unidad de América Latina tiene sentido porque es una necesidad para la democratización social, económica, política, cultural. Para romper las dependencias con las estructuras de dominación internas y externas, para impulsar la participación, las libertades, la quiebra de formas sociales opresivas. Para echar las bases de una nueva civilización, asentada en lo más viviente y profundo de nuestros pueblos. Para una meta, puede haber variados caminos.

Nexo se inscribe en ese gran movimiento de unidad y libertad de los pueblos latinoamericanos. Lo hace desde un ángulo: la política de la cultura. Desde esa perspectiva se plantea su tarea. Decir política de la cultura equivale a decir política de la inteligencia. Sin inteligencia no habrá ni unidad, ni desarrollo, ni liberación. En la debilidad actual, la inteligencia es un deber para los latinoamericanos. Una inteligencia que no se consuma en inmediateces, y sepa guiar su acción cotidiana por el largo plazo, con perseverancia, paciencia, firmeza y esperanza. Una política de la inteligencia es una empresa colectiva, exigente de verdad y renuente a toda declamación. A esa necesaria empresa colectiva quisiera *Nexo* ser una contribución.

Nexo es una revista de inspiración cristiana, católica. Participa en lo que creemos un resurgimiento religioso latinoamericano que comienza a desplegarse desde el Concilio Vaticano II y que entre nosotros toma sus primeras figuras en las Conferencias Generales del Episcopado en Medellín (1968) y Puebla (1979). Desde los tiempos del nacimiento de América Latina, en el siglo XVI, en el extraordinario período que corre desde el célebre sermón de fray Antón de Montesinos contra la opresión de los indios, hasta los Concilios III de Lima y México inspirados por el obispo santo Toribio de Mogrovejo, quizá la Iglesia latinoamericana no ha vivido –y vive– tensiones más dinámicas y creadoras como las de estos últimos veinte años. Por eso hablamos de «resurgimiento», en muy otras condiciones históricas. Sentimos, sin embargo, que no es más que un comienzo. Que nuestro deber es ir penetrando más profundamente los caminos abiertos. Esto requiere firmeza y generosidad, en y por Cristo y su Iglesia, en la tarea de evangelizar la cultura la-

tinoamericana, cuyas raíces fueron plantadas en la evangelización constituyente, pero que hoy nos exige apertura e inventiva a la altura de los desafíos de nuestro tiempo. Se ha escrito que las líneas esenciales de la Conferencia General del Episcopado en Puebla pueden compendiarse así: «Evangelización de la cultura, desde la opción preferencial por los pobres, para la liberación, por y para la comunión y participación». Esta apretada síntesis programática es lo que se irá desplegando en mil particularidades, según el ritmo y los vericuetos de la historia concreta. Tal el sentido de nuestra vocación.

Nexo será a la vez militante y dialogal. Dos extremos que difícilmente marchan acompañados. Pero que son condición de toda auténtica fecundidad. Son una exigencia ineludible. Afirmación y crítica, examen de conciencia de sí y de la situación. No queremos ni militancia autosuficiente, ni diálogo ecléctico, invertebrado. Una militancia exigente requiere el diálogo, la disputa que purifica y agudiza la comprensión, sin la cual no se entiende la realidad, no se leen los signos de los tiempos. Los monologantes corren siempre hacia su perdición. Y *Nexo* quiere ser una lectura adecuada de los signos de los tiempos. Sin la disciplina de la objeción no hay inteligencia. *Nexo* está abierto así a la impugnación. Son mejores los críticos a la luz, que los murmurantes en sombras. Y todo esto porque una revista como *Nexo* sólo tiene sentido en espíritu de verdad y libertad. En ese espíritu podremos cometer errores y rectificarnos. Por otra parte, los pensamientos adversos pueden ser un alimento indispensable. Sin la mediación del adversario, la propia verdad no se hace abarcadora. «Sólo se redime lo que se asume», afirma el documento final de la Conferencia de Puebla, citando a san Irineo. Preciosa regla. Sin ella, no hay auténtica política de la cultura.

Demás está decir que *Nexo*, en su línea afirmativa, está abierta a la contribución y colaboración de hermanos separados y de no creyentes. Y esto no es accidente, sino dimensión esencial.

III. IV. AMÉRICA LATINA EN LA ERA DE LOS ESTADOS CONTINENTALES¹²

*E*l *estante* ha incursionado más de una vez en el territorio de la indagación histórica latinoamericana. Con esa vocación entrevistamos al pensador Alberto Methol Ferré, un intelectual de la estirpe de José Enrique Rodó y Octavio Paz, cuyo pensamiento busca incidir en la realidad regional. La originalidad del planteo de Methol parte de asegurar la esterilidad de la proyección de un micro país como Uruguay y la necesidad de trabajar por el éxito del Mercosur; desde su punto de vista, el germen de un «Estado continental confederado» de América del Sur, nueva versión de la Liga Federal artiguista¹³, que está en las bases de nuestro país, y sólo a partir del cual América Latina podrá integrarse al concierto de naciones que decidirán el itinerario mundial en el siglo XXI.

P: *Cuando usted habla de que América Latina debe marchar hacia un Estado continental, ¿cómo se lo imagina? ¿Y en qué plazos debe operarse para ser eficaz?*

El Estado-nación industrial se diferencia de los antiguos imperios agrarios en que éstos podían albergar en su seno una gran heterogeneidad lingüística y cultural. Cada aldea podía tener su variante cultural y sus economías de subsistencia, con muy poco excedente económico; se iban diferenciando de otras aldeas que estaban enfrente, pero a veces separadas por una montaña que las situaba muy lejos. Aquellos imperios estaban formados por miles de mini culturas. En cambio, la gestación de la *nación* está íntimamente vinculada a la sociedad industrial. Esta necesita unidad lingüística, unificar su mercado para sustituir a los múltiples pequeños

¹² Entrevista de Daniel Mazzone. Publicado en *El estante*, 5, 46, agosto-septiembre de 1999, pp. 12-16.

¹³ La Liga Federal o Liga de los Pueblos Libres fue la confederación de las provincias argentinas de Córdoba, Corrientes, Entre Ríos, Provincia Oriental, Santa Fe y los pueblos de Misiones, todas antiguas integrantes del Virreinato del Río de la Plata durante el dominio español. Estuvo liderada José Gervasio Artigas, de la Provincia Oriental, a quien se le confirió el título de Protector de los Pueblos Libres.

mercaditos. El proceso de industrialización es homogeneizador y móvil, con una innovación incesante. El mercado se transforma en una medida de eficiencia, pero esa eficiencia supone patrones de homogeneidad mínima y la liquidación de los folclorismos aldeanos exclusivos. La nación industrial del siglo XIX, con Inglaterra y Francia como paradigmas, seguidos luego, en la segunda mitad, por Alemania, Italia y Japón, se vio confrontada, a fines de siglo, con un nuevo tipo de Estado: el Estado continental. Con la aparición en la escena de Estados Unidos.

P.: *¿A qué llama Estado continental?*

Es un Estado intrínsecamente similar al Estado nación industrial, con las exigencias de homogeneidad que implica de suyo la industrialización y la movilidad social e intelectual, pero que implica una gran diferencia cuantitativa, a tal punto que se transforma en diferencia cualitativa; porque si Estados Unidos tenía, a fin del siglo XIX, una superficie equivalente a quince veces la de Francia, no era un Estado nación igual que Francia; no sólo por la mera extensión, sino por la dimensión de sus vías férreas, por su desarrollo siderúrgico, la expansión de sus ciudades, etc. A su vez, recibía un torrente inmigratorio gigantesco, de suecos, italianos, eslavos, etc., que la nación acogía y uniformizaba, incorporando usos, palabras, etc., en una «olla común» que lo unificaba todo con una base anglosajona.

En Estados Unidos todo ocurrió a una escala mucho más alta; hay un salto gigantesco respecto de los Estados nación. Eso hace que el fundador de la geopolítica alemana, Friedrich Ratzel, considerara que se había terminado una época y que había surgido la «era de los Estados continentales». Ratzel visitó Estados Unidos en 1880, en plena revolución industrial alemana, donde ve que todo es de una escala mucho más amplia; sin necesidad de un imperio mundial, sólo con la expansión continental interna, su desarrollo industrial se acompaña con la llegada de una inmigración adulta —casi un millón de personas por año—, que realimentaba la expansión industrial y consolidaba la ocupación de su inmenso territorio. Por el contrario, cuando en Argentina, por ejemplo, se intenta la industrialización, es cuando se termina la inmigración; quedaron grandes espacios vacíos. Ratzel escribe, a fines de siglo, una geografía política¹⁴, donde sostiene que en la historia hay una ley de los espacios crecientes y que la industrialización es irreversible.

P.: *¿Qué dice esa ley?*

Sostiene que la revolución agraria unificó vastos territorios, superando la dispersión inicial de los recolectores y cazadores, que se desplazaban a pie buscando comida, dispersándose en pequeños núcleos por la ecúmene mundial, en forma muy lenta. Con la revolución agraria comienza la diferenciación de las funciones,

¹⁴ Ratzel, F. (1897). *Politische Geographie*. München-Leipzig: R. Oldenbourg.

a la luz de un creciente excedente económico, entre burócratas, artesanos, sacerdotes, etc. Aparece la ciudad, la burocracia, el ejército; los imperios agrarios cobran dimensiones enormes. El imperio turco, el chino, la India, varios en Europa, etc. Pero los imperios agrarios se basaban en aldeas relativamente autosuficientes, por eso se podían fragmentar con facilidad y recomponerse en otra forma, mientras que la revolución industrial no solamente era expansiva en espacios, también iba multiplicando –y a la vez integrando– los oficios y las empresas, en una división cada vez mayor del trabajo. Eran especializaciones múltiples pero complementarias, lo que hacía que la expansión industrial fuera un entramado irreversible, que no podía recaer en la autarquía relativa de miles de aldeas. La sociedad agraria ya expresaba la tendencia de los espacios crecientes, pero con la revolución urbana industrial se acelera. Ratzel ve la aceleración en Estados Unidos, cuando irrumpen a fines de siglo en Filipinas, en Cuba, en Puerto Rico y ocupan Hawái. Ratzel ve que se trata de un poder incontrastable, y en 1902 escribe un artículo¹⁵ ya anunciado en su *Geografía política*, donde sostiene que los Estados nación estaban obsoletos, que Europa generaba un Estado continental o estaba perdida. Europa tardó cincuenta años en reaccionar: recién en la década del cincuenta empezó a gestar lo que es hoy la Unión Europea, con dos guerras mundiales producidas por Estados descerebrados, ya anacrónicos, pero que aún no sabían que lo eran.

Simultáneamente, y con la misma experiencia de la irrupción del nuevo paradigma norteamericano, surgió la generación latinoamericana del 900. Con el uruguayo José Enrique Rodó, el argentino Manuel Ugarte, el venezolano Rufino Blanco Fombona, el peruano Francisco García Calderón, etc., que hacen renacer el ideal bolivariano de la «Patria grande», de la unificación de América Latina, si quería ser algo en la nueva historia.

P.: *¿Alguien leyó a Ratzel aquí en América?*

Sí. Juan Domingo Perón. Él habla de los Estados nación, de los Estados continentales y de la mundialización.

P.: *¿En qué obra?*

En todos lados.

Methol se para, va hasta la pequeña biblioteca –unos centenares de libros que utiliza a diario, ya que la biblioteca principal la tiene en el piso de arriba– y vuelve con un libro de Perón, *Unidos o dominados*, del que lee un texto que lleva por título «Confederaciones continentales», escrito en diciembre de 1951 (se trata de un artículo que le hizo enviar a Getulio Vargas, el presidente de Brasil): «varios estudiosos

¹⁵ Ratzel, F. (1901). *Der Lebensraum: eine biogeographische Studie*. Tübingen: H. Laupp.

del siglo XIX ya habían predicho que, al siglo de formación de las nacionalidades, como se llamó a ése, debía seguir el de las confederaciones continentales»¹⁶.

Este es el pensamiento de Ratzel, que murió en 1904, expresado en *El espacio vital* que acabo de mencionar. La idea fue tomada posteriormente por Hitler para su propia teoría nazi, y hace que Ratzel se convierta en un autor no citable. Aunque, desde luego, Ratzel no tenía nada de nazi. Los hijos de Ratzel son innumerables, desde Henry Kissinger hasta Perón. Lo que pasa es que Perón se formó en un ejército que había tomado como modelo al ejército alemán –eso se decide en 1905 o 1906–, así como Chile, mientras Brasil tomó como modelo al ejército francés, igual que Uruguay.

En aquella época, Ratzel había dicho también que sólo Rusia, que había comenzado su industrialización hacia 1890, y estaba levemente más industrializada que Francia, era el único Estado que, si lograba acelerar su industrialización, sería capaz de enfrentar a Estados Unidos. Lenin y Stalin procuraron una industrialización forzosa, sin el mercado, sino con la centralización estatal. Esencialmente se cumplió el vaticinio de Ratzel, de que el siglo XX abría la era de los Estados continentales. El final de la primera guerra mundial le dio a la Europa de las naciones la ilusión de que seguía siendo el centro del mundo porque los Estados Unidos volvieron al aislacionismo. Pero era nada más que ilusión, porque los Estados europeos estaban obsoletos, como se puso de manifiesto en la segunda guerra mundial.

La lucha ideológica, entre el liberalismo democrático capitalista de mercado, versus el marxismo centralista estatal de planificación, se mantuvo, porque estaba sostenida por los dos mayores Estados continentales modernos. Esta realidad se ocultó en una pura lucha ideológica, que además era importante, pero duró cincuenta años porque se trataba de la lucha entre dos estados continentales. Ese esquema de golpe se hace polvo, junto con la URSS, y queda un solo Estado continental moderno unificado que es Estados Unidos. Kissinger, en su obra *La diplomacia*¹⁷, afirma que se puede pensar que en la situación actual Estados Unidos tiene la fuerza como para ser hegemónico, pero no para determinar el orden mundial por sí solo. El nuevo orden mundial sólo puede ser administrado por un «concierto de potencias». Para que Estados Unidos pudiera imponer un orden humanitario en los Balcanes, infringió todas las reglas de la ONU, es decir, rompió el orden

¹⁶ El artículo «Confederaciones continentales» apareció en el diario argentino *Democracia*, el 20 de diciembre de 1951, bajo la firma de «Descartes», seudónimo que empleaba Perón para sus columnas habituales en ese diario. Fue recogido posteriormente en el volumen *Política y estrategia*, publicado en Buenos Aires en 1952 sin sello editorial. Hay más amplias referencias a este artículo en «La integración de América en el pensamiento de Perón», en este mismo volumen.

¹⁷ Kissinger, H. (1994). *Diplomacy*. New York: Simon & Schuster.

mundial. Uno de los hacedores del orden mundial al mismo tiempo lo rompe. Eso es desorden. Es un costo inmenso de credibilidad.

Kissinger sostiene que se necesitan cinco o seis Estados para administrar el nuevo mundo globalizado. Y señala los cinco posibles Estados que se van a tener que estructurar en los primeros veinte años del siglo XXI: Estados Unidos, Europa (si logra constituirse en un Estado unificado), Rusia (si se rehace, tiene recursos para ser una potencia), China, que está a punto de convertirse en un Estado continental moderno (quizá le falten diez o quince años), posiblemente la India. Son cinco Estados continentales. Esto entra en el concepto de Ratzel, absolutamente. Y Kissinger agrega un sobreviviente de los Estados nación, que es Japón¹⁸. Pienso que Japón no puede soportar ese peso y va a terminar como socio de otro.

Y acá desemboca lo que pienso: el Mercosur como mercado común implica de suyo un «Estado confederal», incluso con algún elemento de federación. Europa ya tiene algunos elementos de federación, como un solo Banco Central, una moneda común, etc. Si el Mercosur, que está en el nivel de la unión aduanera, intenta acercarse a formar un mercado común, quiere decir que es un Estado confederado. En este momento estamos en la ambigüedad del pasaje de la suma de Estados a un Estado confederado con soberanía restringida; pero, en la medida en que tenga éxito, habrá cada vez más elementos federales, lo que implica una macroeconomía común y finalmente moneda, Banco Central, etc. Ese es el camino economicista que al Mercosur lo lleva hacia la lógica más amplia del Estado continental. Salvo que fracase, y si fracasa, quedamos aislados como Uruguay, Brasil, etc., y quedamos en el coro de la historia por otro siglo.

La alianza argentino-brasileña es la alianza más poderosa de América del Sur y América del Sur es lo más poderoso de América Latina. Si hay posibilidad de generar un protagonista que salga del coro en América Latina, eso sólo puede ocurrir en América del Sur y, dentro de América del Sur, con dos Estados aliados que por lo menos sean uno representativo del rostro luso-mestizo-brasileño, que es la mitad de América del Sur –Brasil– y el otro que debe ser el más poderoso país hispanoparlante, porque de lo contrario no sería representativo –si fuera Ecuador, o Uruguay o Bolivia no habría alianza, sino simple dependencia–. Es alianza porque Argentina es el más importante de América del Sur. Brasil sólo se puede aliar con nosotros, es decir, con la vecindad hispanoparlante, con Uruguay, Argentina, Chile, Bolivia,

¹⁸ «El sistema internacional del siglo XXI quedará señalado por una aparente contradicción: por una parte, fragmentación; por la otra, creciente globalización. En las relaciones entre Estados, el nuevo orden se parecerá más al sistema de Estados europeos de los siglos XVIII y XIX que a las rígidas pautas de la Guerra Fría. Habrá al menos seis grandes potencias: los Estados Unidos, Europa, China, Japón, Rusia y probablemente la India, así como toda una pléyade de países de mediano tamaño y más pequeños». Kissinger, op. cit., p. 23.

Paraguay, Perú, Ecuador, Colombia. No puede tener ningún otro aliado más sin salirse del continente y de la región. Se alía con nosotros o queda solo. Y nosotros nos unimos a Brasil, iguales, o quedamos desunidos, impotentes.

P.: *Cuando usted habla de Estado continental, ¿se refiere a toda América del Sur?*

No. Un Estado continental puede ser el Cono Sur-Brasil, Argentina, Uruguay, Paraguay, Bolivia, Chile, y podría incluir a Perú. En primer lugar, porque incluye a Brasil, Argentina y Chile para ser un Estado continental bioceánico, y en segundo lugar porque Argentina sumada a Chile forma el centro de poder hispano mestizo más importante, ya que Argentina es el camino para que Brasil sea bioceánico a través de Chile. En cuanto a Uruguay, Paraguay y Bolivia, somos la frontera necesaria, entre Brasil y el resto. Hay una zona clave en América Latina, que es la red urbana que va de Brasilia a Santiago de Chile, pasando por el triángulo brasileño que va de Río de Janeiro a Belo Horizonte y San Pablo, atravesando la frontera formada por Montevideo, Asunción, Santa Cruz de la Sierra, el triángulo argentino formado por Rosario, Buenos Aires y Córdoba, y la otra punta, Santiago de Chile. Por supuesto, hay muchas otras ciudades, pero esa especie de rombo es la máxima concentración de capital humano, la máxima red de mercados, de universidades e institutos de investigación. Es el único lugar desde el cual América Latina puede generar un desarrollo autosostenido. Es obvio que Uruguay solo con sus universidades no puede, porque al hacer todo con tan poca plata no puede acceder a ninguna investigación de punta, pero sí inmerso en una red en que se repartan las funciones. Mientras que Brasil y Argentina, solos y aislados entre sí, despilfarran sus recursos en divulgación, pero no en investigación; entonces, esa red se puede transformar en una cosa de mayor entidad. Por supuesto que puede llevar veinte años, en el armado de políticas convergentes, pero están las bases para una plataforma urbana y de capital humano sin igual en América Latina. O el despegue se hace en esta zona o no se hace, y esto implica que el Mercosur se realiza si logra llegar a ser un mercado común; o sea, un Estado confederado y un germen de Estado nación, lo que llamo la «Liga Federal», para mantenemos en la tradición de nuestra propia historia. Bolívar afirma, en su *Carta de Jamaica* de 1815, que la América española se va a dividir en catorce, quince, diecisiete Estados. ¿Por qué? Porque no teníamos un centro de poder intrínseco metropolitano, un centro aglutinador.

P.: *Porque Brasil no era lo que es hoy.*

No. Y además porque Brasil es la mitad cultural de América Latina, y necesita estar aliado con el poder hispanoparlante más importante: por eso ni Argentina sola unifica todo, ni Brasil tampoco. Brasil imperialista no, porque no se trata de sustituir un imperio por otro. Brasil está condenado a una política de la fraternidad, y si no la hace, pierde. La medida de cómo se porta Brasil ante América Latina entera es cómo trata a Argentina, que es el mayor poder aliado. Si la trata imperial-

mente, quiere decir que está pensando en otra cosa y se trataría de un imperialismo sustitutivo.

P: *¿Cuáles son las condiciones para avanzar en esa dirección? ¿La clase política promedio de América Latina tiene esta idea en la cabeza?*

Prefiere no confesárselo, porque sabe que cuando un barrio se ha constituido, le gusta ser barrio para siempre, y entonces Paraguay quiere ser siempre Paraguay y Uruguay lo mismo y Argentina: quieren ser siempre lo mismo, pero en la historia nunca hay lo mismo, porque eso es la muerte. Para poder ser modernos, a la altura de la nueva época, con un cierto rol de protagonismo, el Mercosur debe desarrollarse, ahondarse, convertirse en un Estado confederado con elementos federales. Y eso en los próximos veinte años.

P: *¿Sólo veinte años?*

Es que la historia es así, es rápida en los momentos cruciales. Uno sabe que la historia avanza en singulares concentraciones de acontecimientos: pasan uno o dos siglos en que apenas hay cambios y de golpe, como ocurre en la colonización española, con Cortés en México, en cuarenta años –1520 a 1560– se fundan todas las capitales de América. Sólo Brasilia y Montevideo se fundan fuera de esa ola. Y el núcleo de la independencia de América se gesta desde 1808 hasta 1826, son menos de veinte años. Por eso esta tarea la hacemos en veinte años o no la hacemos. O hay energía transformadora o no la hay.

P: *Sin embargo, parecería que las cosas van demasiado lentas...*

Esto va con una gran rapidez. Uruguay ha comprado en los últimos años 180.000 autos y ha sido por el Mercosur. Eso será una dilapidación, pero es un hecho. Nos hemos estabilizado por el Mercosur; si no, estábamos en medio del caos. La inestabilidad anterior se debía a que habíamos perdido Europa y no habíamos encontrado un mercado sustitutivo del europeo. Estados Unidos era competitivo con nosotros y lo sigue siendo; hoy acaba de anunciar subsidios para sus productos agrarios, competitivos con los nuestros. De modo que el único gran mercado que nos es accesible de inmediato, a mínimo costo, es el de Brasil. Y Brasil a su vez puede tener un nivel alimenticio para su pueblo asegurado con una facilidad extraordinaria y con una gran economía desde su propia lógica, ganando la colaboración de los sectores más modernos posibles de América del Sur. Porque la parte hispanoparlante de Chile, Argentina, sectores de Paraguay, sectores más pequeños de Bolivia, Uruguay, etc., son el núcleo más consistente de lengua española en América del Sur. Si en Brasil hay, sobre 160 millones de personas, 60 millones que ya estén aptos para un mundo moderno, nosotros, que somos menos, somos sin embargo unos 30 millones en el bloque hispanoparlante del Mercosur y sus socios. Brasil se ganaría, sin invertir un centavo, la colaboración de una masa gigantesca que le agrega un 50% más a lo que de modernidad posee de por sí. Ahora Uru-

guay genera psicólogos, sociólogos, etc., roles que sobran en la sociedad, porque no tenemos mercados aptos para múltiples competencias mucho más complejas...

P: *Tampoco tenemos un plan maestro...*

Es que no lo podemos tener con un micro país... Para mí este impulso tiene veinte años más para lograr algo. Todo esto está haciendo que los empresarios brasileños descubran su vecindad, que los empresarios uruguayos empiecen a pensar en Porto Alegre, San Pablo, etc., que antes era imposible. Hay un aprendizaje acelerado, pero tenemos que avanzar mucho más.

P: *El puente Colonia Buenos Aires acelera este proceso...*

Por supuesto, porque acelera el cortocircuito entre los dos núcleos fundamentales del Cono Sur, que son San Pablo y Buenos Aires, y es el único modo de abraileñar a Buenos Aires y de hispano-americanizar a San Pablo, de hacerlos a ambos sudamericanos.

P: *¿Qué enemigos tiene este proyecto?*

Yo pienso que Estados Unidos no necesariamente tiene por qué oponerse a este proyecto, ya que un Mercosur en pleno éxito, en veinte años más, en conexión con ellos y con la Unión Europea, sería el Estado continental de menor poder, en comparación a los otros existentes en el siglo xx. Eso está claro. Digamos que apenas tendría una capacidad protagónica en el concierto de potencias. Hoy, el Mercosur andando al máximo sus exportaciones no llega a equiparar a las exportaciones de Italia o de Francia. Es decir que falta mucho todavía. Pero potencialmente somos mucho más.

P: *Usted ya ha hablado de la necesidad de un proteccionismo limitado.*

Sí, un proteccionismo cuyo objetivo no es la autarquía, sino alcanzar el mercado libre. En sectores viables, en plazos relativamente cortos. Eso sería un crecimiento interno factible. No para hacer por ejemplo ingenios azucareros en Uruguay, sino comprarle el azúcar a Brasil mientras le vendemos productos lácteos. Se trata de un proteccionismo para generar industrias que sean competitivas en el mercado mundial; es el mismo proteccionismo por el que pasaron Inglaterra, Estados Unidos, Francia; no hay ninguno que no haya pasado por esa etapa. Ahora, suponer que Uruguay solo pueda proteger una industria no tiene sentido. Uruguay no puede enfrentar solo al mundo. Sólo en la vecindad latinoamericana del Cono Sur o de América del Sur.

PARTE IV.
LA RESPUESTA REGIONALISTA

IV. I. AMÉRICA DEL SUR: DE LOS ESTADOS-CIUDAD AL ESTADO CONTINENTAL INDUSTRIAL¹

V OY A RETOMAR algunas ideas que pienso no han sido desarrolladas suficientemente en la Argentina. Me refiero a las ideas con las que Perón solía aludir a tres etapas históricas que consideraba fundamentales, para cuyo discernimiento empleaba los conceptos de «estados-nación», «estados continentales» y finalmente el horizonte último, un «estado mundial». Ése era para Perón el marco básico de los siglos xx, xxi y quizás del xxii. El sostenía que estábamos en el pasaje de los estados-nación a los estados continentales, y que ese hecho era lo más determinante de la política mundial contemporánea; que luego vendría el pasaje de los estados continentales al estado mundial. Entonces, reflexionando sobre este acontecer, decía aquello de «el año 2000 nos va a encontrar unidos –o sea, con un estado continental– o dominados», porque en su pensamiento estaba que aquellas naciones que no logran conformar un «estado continental» iban a desaparecer como centros de autonomía. Pienso que la historia hoy muestra que estamos efectivamente en ese pasaje, de las «naciones» de América del Sur al estado continental de América del Sur. Voy a intentar explicarlo en forma rápida y esquemática.

¿Cómo y cuál es la realidad, hoy, de los estados-nación? Está el órgano mundial de las Naciones Unidas, y la idea del estado-nación es la unidad que se usó para constituirlo. Hay actualmente 194 estados-nación en las Naciones Unidas. Dentro de esos 194 están China, Uruguay, Paraguay, Estados Unidos, están las islas de Jamaica o Madagascar... Es decir, hay la multiplicidad más variada de dimensiones y situaciones, para las que se usa el mismo concepto de «estado-nación». Pero evidentemente si yo digo «Hay 194 estados-nación en el mundo actual», digo algo

¹ Conferencia organizada por el *Foro San Martín para la integración de nuestra América* y realizada en el Centro de Estudios Hernández Arregui, Buenos Aires, el 12 de julio de 2002. El Foro San Martín fue un espacio de debate creado en Argentina por Humberto Podetti y Alejandro Pandra, con motivo de la crisis de 2001/2002. Archivo Methol Ferré 2.1.1.1.C5.CA6.7.

que no ayuda a entender cómo realmente funciona el mundo contemporáneo, porque estoy aplicando el mismo nombre a «elefantes», «gorriones» y «moscas», a una diversidad de situaciones tan heterogénea que el nombre resulta completamente equívoco. Decir que los Estados Unidos es una nación, decir que la isla de Santo Domingo son dos naciones, hace que la idea de «nación» se vuelva casi inusable para interpretar ningún acontecimiento de la actualidad. Entonces es indispensable hacer un discernimiento mínimo de ciertos tipos básicos de naciones.

LOS DISTINTOS TIPOS DE ESTADO-NACIÓN

En esos varios tipos de naciones podemos discernir, por ejemplo, cuáles fueron los estados-nación que se convirtieron en ejemplares en el mundo. ¿Cuáles son? Fue en el centro mundial europeo, en el momento en que Europa era el centro unificador del mundo, y que comenzaba la revolución industrial, que apareció el primer estado-nación arquetípico: Gran Bretaña. Al iniciarse el siglo XIX, o sea en el momento de las luchas por la Independencia, emergía el primer gran estado-nación industrial del mundo, que iba a ser el poder hegemónico y paradigma de la modernidad. El segundo estado que se convierte en estado-nación industrial, en la primera mitad del siglo XIX, es Francia. Inglaterra y Francia se convirtieron en los modelos del estado-nación industrial emergente. Por eso el primer gran economista de la sociedad industrial va a ser un inglés, David Ricardo, con su célebre obra *Principios de Economía Política* de 1817 —en plena lucha de la emancipación hispanoamericana—, y la primera reflexión orgánica sobre una sociedad industrial va a ser de un francés, Claudio de Saint-Simon, en su obra *El sistema industrial* de 1821. Ricardo y Saint-Simon, entonces, son el comienzo de un nuevo tipo de pensamiento, sobre un nuevo tipo de sociedad emergente en el mundo. Un nuevo tipo de sociedad que establece, a su vez, un nuevo tipo de protagonismo en el mundo: tanto, que los estados que no alcanzaran ese rango de estados-nación industriales se convertirían, con el tiempo, en el coro de la historia, los comentaristas de la historia, los receptores de una historia hecha por otros. Para ser protagonistas en la historia había que ser al estilo de la sociedad inglesa y luego la francesa.

Durante la segunda mitad del siglo XIX se da la gran lucha alemana e italiana por la «unidad nacional». Para generar un gran estado industrial, el canciller alemán Otto von Bismarck va a culminar la unidad alemana, que había sido iniciada por el *Zollverein*, la unión aduanera entre los micro estados alemanes. Esa unidad permite el gran salto industrial de Alemania, que al término de la era de Bismarck se ha convertido en la primera sociedad industrial de Europa, mayor que la inglesa. Y en Italia, en forma menor, los industriales del norte, de Milán, de Turín, del Piamonte, generan la unidad italiana para ampliar su mercado y poder irrumpir en la lógica de los estados que podían llegar a ser protagonistas de la historia. Luego

viene, a fines del siglo XIX e inicios del siglo XX, un quinto estado, esta vez en Asia. Es la irrupción novedosa de Japón, que inicia el primer gran estado-nación industrial en Asia, un acontecimiento insólito en la época.

Hay, pues, cinco grandes estados-nación industriales que irrumpen en el siglo XIX. Estos cinco estados forman parte hoy del G-7. O sea, entre los siete países más ricos del mundo en la actualidad están, no por casualidad, los cinco que entraron al nivel de estado-nación industrial en el siglo XIX: Inglaterra, Francia, Alemania, Italia y Japón. Que son quienes dieron el primer modelo de «estado-nación».

Pero en ese mismo siglo va a ir emergiendo un nuevo estado, al margen del centro mundial del poder. Ese estado al margen del centro es un estado de dimensión insólita, lograda a través de una extraordinaria capacidad expansiva, que durante el siglo XIX se extiende sin cesar hacia el oeste: los Estados Unidos. Con esa expansión, y con la victoria del norte industrial sobre el sur esclavista y agrario, a partir de 1865, se empieza a engendrar un nuevo y gigantesco estado-nación industrial. Que llega de océano a océano, porque ocupa gran parte de México: Texas, Nuevo México, Arizona, California. Es decir, un estado-nación industrial que agrega algo que los anteriores no tenían: la escala continental.

Y aparece el primer teórico de esta nueva modalidad del «estado-nación industrial», Federico Ratzel. Un geógrafo alemán, fundador de la geopolítica. A Ratzel lo envían a Estados Unidos en la década de 1870, o sea en el inicio de su despegue industrial, y fruto de sus observaciones escribe, en 1880, *Los Estados Unidos de Norteamérica*. Ratzel refleja allí sus experiencias: se ha sentido allí como Lilibut en el país de los Gigantes. Por ejemplo, él admiraba la eficacia de los ferrocarriles alemanes, y se encuentra que los Estados Unidos están atravesados por líneas transcontinentales que van del océano Atlántico al océano Pacífico; con unas locomotoras que eran dos o tres veces más potentes que las locomotoras alemanas, porque para atravesar el continente entero en forma rentable la locomotora tenía que arrastrar muchos más vagones. Es decir, él ve todo lo europeo, pero en proporciones gigantescas, y es impactado hondamente por esta realidad.

Piensen que Estados Unidos culmina el ciclo interno de su industrialización al completar su marcha hacia el oeste, alrededor de 1890. Y ha podido cumplir su expansión a escala continental, cerrando la etapa de colonización interna, sin incomodar a ninguna potencia, ya que todas estaban por entonces en Europa (y una en Asia). La única víctima había sido México. Entonces ese nuevo actor, en las márgenes del antiguo centro de poder mundial, une internamente los dos océanos y comienza, con el almirante Alfred Mahan, con Teodoro Roosevelt, a otorgarle prioridad al océano. De manera que los *cowboys* de la épica colonizadora interna se empiezan a transformar en *marines*; o sea, a tener preocupaciones mundiales. Porque tomar relación con el océano es tomar relación con el mundo. «Pensar el océano» es «pensar el mundo», porque casi las tres cuartas partes de la tierra son

la masa marítima oceánica. Los primeros que expresan ese cambio, Alfred Mahan, Teodoro Roosevelt, Henry Cabot Lodge y otros, son llamados –porque es el término que se populariza en la época– los «imperialistas». Porque miraban el mundo por primera vez; eran los viejos pioneros del oeste, los antiguos *yankees* de la guerra civil, que ahora se ponían a mirar al conjunto del mundo; antes no había ocurrido; antes era el asunto del *Far West*, una marcha interna. Ahora empieza la externa.

Y ésta es la razón del conflicto con España de 1898, sobre el que enseguida vamos a volver, por el control de Cuba y Filipinas; es también la razón de la creación de Panamá, para la construcción del canal. Porque de ese modo Estados Unidos superó el problema de la comunicación marítima de sus dos litorales. El canal de Panamá le permitió una comunicación inmediata de sus flotas y la posibilidad de tener la máxima presencia tanto en uno como en otro océano. Por ello también sobrevino la anexión, en el mismo año de la Guerra de Cuba, 1898, de Hawaii. Hawaii había sido invitada a la primera Conferencia Interamericana de 1889, cuando era independiente, pero en el año 1898 fue anexada como estación del camino a Oriente y a las Filipinas, que va a ser su base estratégica entre el sudeste asiático, China y Japón, en el corazón del Extremo Oriente.

Todo este proceso llama finalmente la atención en Europa, y Federico Ratzel escribe sobre el nuevo fenómeno. Que no es solo la aparición de Estados Unidos como potencia emergente, sino de una nueva visión de las relaciones internacionales, de los equilibrios del poder mundial, de la geopolítica mundial. En esencia, Ratzel dijo: la era de los estados-nación industriales, que ha sido el siglo XIX, ha sido derogada; de ahora en adelante, el siglo XX, va a ser la era de los estados continentales industriales. Y de allí tomó Perón esa idea, que paradójicamente ningún argentino se ocupó en saber de dónde venía y por qué. Era un rótulo, pero no pensamiento, para la mayoría de sus propios compatriotas. Entonces Ratzel llega a la conclusión de que Europa va a quedar atrás, porque Alemania no puede enfrentar a Estados Unidos, Inglaterra tampoco, Francia tampoco. De estados paradigma, se vuelven, en comparación, pequeños países. Estados Unidos implica varias Alemanias, Francias, Inglaterra. Ninguno podía competir con la escala de los Estados Unidos, todos van a convertirse, inexorablemente, en secundarios. Y Ratzel pensó entonces que el poder de Europa se terminaba. Lo dijo en 1904, y advirtió: si Europa no se une, y forma un nuevo estado continental, no va a tener más protagonismo en la historia.

Pero el geógrafo alemán se interrogaba todavía más: ¿Quién podrá en el futuro hacerle frente a este poder de nueva escala que abre la era de los estados continentales? Si Europa se une y forma una «unión europea», tal vez pueda, pensó Ratzel, pero para ello deberá crear ese nuevo tipo de nación-continente. Y percibió también que podía aparecer otro competidor: Rusia. Rusia había comenzado, en la década de 1890, su despegue industrial, en algunas zonas básicas. Se mantenía

igualmente como un gigantesco mundo campesino, pero al comenzar la Primera Guerra Mundial el producto industrial de Rusia era levemente mayor que el de Francia. Eso no se percibía con facilidad debido al gigantesco mundo campesino que envolvía esos núcleos industriales, y por ello parecía mucho más atrasada de lo que estaba. Y Ratzel concluyó que si Rusia lograba mantener una industrialización acelerada, y unificaba las múltiples etnias que integraban el Imperio, entonces podría constituirse en un poder continental capaz de enfrentar a los Estados Unidos. Como se comprende, cuando Ratzel argumentó esto, anunció en realidad la lógica de la historia del siglo xx que hemos vivido todos nosotros. La anunció al comenzar el siglo. Los Estados Unidos, que para Ratzel eran ya el poder máximo, pero virtual aún, a principios del siglo xx, iban a lograr fructificar esa virtualidad de primer estado continental industrial, recién en la Segunda Guerra Mundial, a la vez que la Unión Soviética hacía otro tanto. Y ambos fueron durante casi cincuenta años los protagonistas del poder mundial emergente de la Segunda Guerra, tal como lo había previsto Ratzel a principios del siglo.

LA GENERACIÓN LATINOAMERICANA DE 1900

Ahora bien, en el 1900, en el mismo momento en que Ratzel vislumbra el carácter de Estados Unidos como potencia emergente de nuevo tipo, aparece en América Latina la primera generación que empieza a repensar la unidad continental. Es la generación de José Enrique Rodó, de Manuel Ugarte, de Rufino Blanco Fombona, de Francisco García Calderón, de José Vasconcelos, de Carlos Arturo Torres. Estos intelectuales latinoamericanos del 1900, sin la percepción orgánica y sistemática de Federico Ratzel, intuyeron sin embargo algo muy parecido. O sea, advirtieron la emergencia del poder de los Estados Unidos, que se hace visible con la guerra de Cuba de 1898, y también lo entendieron como un nuevo paradigma del poder, frente al cual contrastaba la fragmentación del antiguo Imperio Español en América en múltiples países, medianos, pequeños y pequeñísimos. De allí surge el ideal de esa generación, de una «Patria Grande» unificada. Sin la nitidez y la armazón intelectual de Ratzel, los latinoamericanos del 1900 sienten y perciben lo mismo: que las patrias chicas del sur no iban a ser nada si no se unían, si no eran capaces de constituir los «Estados Unidos del Sur». Y ésa es la tarea que propone esa generación, en que por primera vez se repone –contemporáneamente a Ratzel– una política continental latinoamericana, para superar lo que para ellos era la pequeñez e insignificancia de las repúblicas hispanoamericanas.

El primero que escribe de estas cosas es José Enrique Rodó, con su pequeño libro *Ariel*, que aparece en 1900. Rodó en el *Ariel* habla como el profesor universitario que le dice a sus estudiantes: cada generación necesita acuñar un mensaje nuevo, responder a una nueva necesidad de la historia, y yo quiero ayudarlos a pensar

qué idea nueva pueden aportar ustedes a la historia. Esa idea, que era su obsesión ya de años antes, es la unidad moral e intelectual de América Latina. Y les advierte a esos muchachos, que son el público imaginario de su libro: si no vamos hacia la unidad de América Latina, no vamos a salir del polvo de la historia; vamos a no ser, definitivamente. Es decir, les señaló a los jóvenes nada más que un horizonte nuevo, porque ellos no conocían América Latina. Todos habían nacido y vivido en el conocimiento de la historia del Uruguay solo, la historia del Paraguay solo, de la Argentina sola, etc.

Porque la «Hispanoamérica unida» se había interrumpido desde 1826, con el fracaso de Bolívar en confederar el conjunto de las repúblicas emergentes y fundar lo que él llamaba una Nación de Repúblicas Confederadas. Entonces esta reposición de la tarea unificadora se inicia en Montevideo, por inspiración de Rodó, con la realización, en 1908, del Primer Congreso Estudiantil Latinoamericano. Llegan estudiantes del Perú, de Chile, de la Argentina, de Brasil, del Paraguay, y es el comienzo de la organización de las juventudes latinoamericanas, promovido por Rodó. Él sólo podía persuadir a los que no eran adultos. Porque los adultos vivían, pensaban y actuaban en otro mundo: el mundo agro-minero-exportador de países íntimamente conectados con Europa, pero totalmente desvinculados entre sí. Países que carecían de vínculos económicos importantes, de gran escala; en realidad, recién los empezaron a tener a fondo hace quince años. Todos se habían afirmado haciéndose extraños del vecino; más importante que conocer al vecino era diferenciarse de él. El vecino era entonces, como suele ocurrir en estos casos, el «malo» o el «idiota». Y como eran países tan similares, fue necesario inventar un conjunto de enemistades vecinales, como en las peores aldeas.

Este proceso que estoy describiendo se dio inicialmente entre el año 1900, en que aparece el *Ariel*, y el estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914. El argentino Manuel Ugarte es el primero que ofrece una síntesis, histórica y política, del conjunto de América Latina, en el libro *El porvenir de la América Española*, publicado en 1910. Hasta entonces, en pleno siglo xx, no había ninguna visión de conjunto de América Latina. Era la primera vez que alguien se ocupaba de pensar el conjunto. Al año siguiente, 1911, apareció *La evolución política y social de Hispanoamérica*, del venezolano Rufino Blanco Fombona. Blanco Fombona le pidió además a Rodó que escribiera un *Simón Bolívar*; y Rodó, por esas cosas exóticas, ya que ni la acción ni la influencia de Bolívar llegaron nunca al Uruguay, había hecho composiciones sobre Bolívar desde los once o doce años. Y Rodó hizo entonces su *Bolívar, el unificador del sur*, en 1912. El mismo año de 1912 se publica *Las democracias latinas de América* del peruano Francisco García Calderón, y al año siguiente *La creación de un continente*, dos obras en las que el tema de la unidad va adquiriendo mayores precisiones; a punto tal que García Calderón termina insinuando que quizás el destino unificado de Sudamérica esté en la emergencia nueva

de Argentina y Brasil. En vísperas de la Primera Guerra Mundial, la generación del 900 había alcanzado la primera visión totalizadora de América Latina.

En abril de 1918 Manuel Ugarte es el único orador en el acto inaugural de la primera gran organización estudiantil, la Federación Universitaria Argentina, la FUA. Dos o tres meses después estalla la Reforma Universitaria en la ciudad de Córdoba (Arg.), que le brinda nueva dinámica al proceso iniciado con el *Ariel*, dando cauces institucionales al movimiento juvenil universitario latinoamericano. El estudiantado es, entonces, el primer heredero del latinoamericanismo.

DEMOCRATIZACIÓN, INDUSTRIALIZACIÓN, INTEGRACIÓN

Pero la corriente se extendió más allá de las juventudes, hacia el mundo político. La bandera de la unificación es tomada en primer lugar, dentro del mundo político, por el peruano Víctor Raúl Haya de la Torre, que crea, en 1924, la *Alianza Popular Revolucionaria Americana*, el APRA; un partido que por primera vez se define y asume como un partido continental, no solo peruano. Haya de la Torre elaboró además la primera teorización general sobre la situación común a todos los países hispanoamericanos, y los caminos para resolverla. Fue el primero en señalar las limitaciones de las viejas repúblicas oligárquicas y la necesidad de su superación.

Para entender esto es necesario recordar que las naciones hispanoamericanas son ante todo un conjunto de repúblicas hijas de la descomposición del Imperio español. El Imperio español fue un imperio pre-industrial; con manufacturas, sí, pero en absoluto una sociedad industrial maquinista. Lo que quedó del Imperio español en América fueron, entonces, un conjunto de «estados-ciudad», al modo antiguo. Las repúblicas hispanoamericanas fueron ciudades-estado que dominaron un *hinterland*, un territorio circunvecino, aunque de dimensiones enormes si se comparan con las de las ciudades-estado antiguas. Sociedades agrarias —o mineras— pero todas preindustriales, con inmensos espacios contiguos, inimaginables para los europeos, pero casi vacíos. Compuestas por hombres libres —los comerciantes, los terratenientes y los artesanos— y múltiples «ilotas» —gauchos, indios, negros— que no tenían derecho al voto en ningún lado.

Cuando en 1900 Rodó escribió el *Ariel*, en Argentina Juan Agustín García escribía *La ciudad indiana*, la primera obra importante sobre las ciudades americanas durante la época hispana. Cuando se lee esa obra, se advierte que Juan Agustín García, al analizar la «ciudad indiana», lo único que hace es trasladar todas las categorías de análisis de Fustel de Coulanges. De Coulanges fue un gran pensador francés que treinta años antes había escrito una obra memorable, *La ciudad antigua*, donde narra el surgimiento de la *polis* en Grecia y de la *civitas* en Italia, es decir, de la ciudad mediterránea.

Las repúblicas hispanoamericanas eran, pues, estados-ciudad del tipo antiguo, que controlaban espacios gigantescos dedicados a una economía agro-minero-exportadora. Ninguna economía industrial, cualquier parecido con una sociedad industrial en Hispanoamérica sería una casualidad. Por eso llamo al Centenario de la Argentina, en el año 1910, «el canto del cisne de la ciudad antigua». Era una ciudad anacrónica en sus bases, enormemente rica, sí, pero una riqueza que carecía de toda potencialidad porque todos los inventos eran de otros. Los inventos de la modernidad eran de otros, no se exportaba ninguna cosa con valor agregado. Con una gigantesca renta agraria o minera, compraron objetos de la modernidad, tuvieron una mímica de la modernidad, pero se quedaron en la mímica, sin intentar el camino de la sociedad industrial.

Frente a esta realidad aparece gente que se propuso convertir la mímica en realidad. Herederos de los del 1900, pero llevando los ideales a la realidad, surgieron tres consignas básicas, con las que intento sintetizar lo que a falta de mejor nombre denomino los «movimientos nacionales y populares». A mi juicio, el pensamiento más importante que surgió en América Latina desde sí misma, generado por políticos como Víctor Raúl Haya de la Torre en el Perú, Getulio Vargas en Brasil, Lázaro Cárdenas en México, Juan Perón en Argentina, Carlos Ibáñez del Campo en Chile, Rómulo Betancourt en Venezuela, Jorge Eliécer Gaitán en Colombia.

Entonces comienza la lucha por democratizar, que es la primera consigna de estos movimientos, frente a las viejas oligarquías. Pero para democratizar había que industrializar, porque las sociedades agrarias no dan ocupación y empleo ni a las grandes masas campesinas que empezaron la migración a las ciudades, ni al alud inmigratorio que expulsa Europa. Aparece así la segunda bandera que tienen en común estos movimientos: la industrialización. Pero para industrializar había un obstáculo insalvable: el pequeño tamaño de los mercados en esta América Latina fragmentada. La Argentina que Perón lucha para industrializar entre 1945 y 1955, tenía diecisiete millones de habitantes. Y Ratzel había dicho en el 1900: la Alemania de sesenta millones ya resulta pequeña... Entonces, ¿cómo se podían construir sociedades industriales sin una magnitud adecuada del mercado? Se trataba entonces de crear un mercado de escala, y ahí aparece el tema de la integración, que es la tercera consigna de estos movimientos.

Entonces, para democratizar había que industrializar, o sea ciencia y tecnología, y para eso había que integrar. Esos temas centrales son comunes a estos movimientos, todavía nacientes, y que constituyen, en las décadas de 1930 y 1940, la primera ola «democratizadora-industrializadora», hecha todavía en los «países-parroquia». Porque, aunque desean la integración, aún viven en sus realidades de pequeña escala, e industrializan sustituyendo importaciones. Esto fue necesario, inevitable, pero a la vez la sustitución de importaciones se volvió un obstáculo a superar para la integración. Los micro proteccionismos iban a dificultar el entendimiento con

los países vecinos, y por último se iban a convertir en el gran freno de los intentos integradores de las décadas de 1950 y 1960.

Recapitulando, las naciones hispanoamericanas eran en realidad, hacia 1900, polis oligárquicas, en el sentido de estados conformados en base a ciudades que usufructuaban una renta agro-minera-exportadora, extraída de una economía extensiva y extractiva asentada en grandes espacios semivacíos. Fue así hasta la gran crisis mundial de 1929. No hubo antes ningún país con industrialización suficiente como para que incidiera en la vida del país. Ahí empieza el esfuerzo por la generación de la sociedad industrial. Que en el plano técnico va a ser impulsado, después de la Segunda Guerra Mundial, con la creación de la Comisión Económica para América latina (CEPAL), dependiente de las Naciones Unidas, bajo la inspiración del economista argentino Raúl Prebisch. Ahora bien, Perón representó, dentro de estos movimientos democratizadores e industrializadores, un nuevo paso, distinto a lo ya adelantado por Lázaro Cárdenas en México o Getulio Vargas en Brasil desde la década de 1930². Porque Perón, en 1951, busca la alianza de Argentina y Brasil, pensando que la unión debe comenzar con un núcleo básico de aglutinación. Él decía, exactamente –permítanme que lo cite textualmente, de un librito sobre Perón que publiqué hace dos años–: «La unidad comienza por la unión, y ésta por la unificación de un núcleo básico de aglutinación». Para él, la alianza argentino-brasileña era ese núcleo básico de aglutinación de América del Sur. O sea, da un salto con relación a todo el latinoamericanismo anterior: señala el camino principal. Rodó había dicho: en el horizonte está la Patria Grande; pero no dejó táctica, no dejó estrategia, sólo dejó el horizonte. Después otros fueron elaborando ese horizonte, y empezaron a corporizarlo en distintas metas, pero Perón es el primero que indica un camino a seguir estableciendo prioridades, el primero que transforma aquel ideal en una política sudamericana. Porque si no hay discernimiento de lo principal y lo secundario, es decir, si no se descubre y propone el camino principal de acceso a lo que se busca, distinguiéndolo de los caminos secundarios –que puedan auxiliar al camino principal pero que no conducen a realizar lo que se propone– entonces se marcha a ciegas. El camino constituye el alma de la realización de un objetivo. Ese es el salto que logra dar Perón. Él dice: el camino fundamental para los Estados Unidos de América del Sur –el usa simbólicamente «América Latina» y políticamente «América del Sur»– es el entendimiento de la Argentina con Brasil y con Chile, para generar un poder bioceánico.

² Sobre la estrategia que pone en marcha Perón a comienzos de la década de 1950 puede encontrarse una explicación más detallada en «La integración de América en el pensamiento de Perón», en este mismo volumen.

Perón apela a Getulio Vargas, entonces presidente de Brasil, y a Carlos Ibáñez del Campo, entonces presidente de Chile, para avanzar en una unión económica a principios de la década de 1950. Y permítanme una breve digresión: Ibáñez, en su primera presidencia, en 1928, había convocado a un economista argentino, Alejandro Bunge, uno de los primeros que batalló por la industrialización desde la *Revista de Economía Argentina*, fundada por él en 1918. Bunge se había convertido en el vocero de la industrialización y el primero en proclamar la necesidad de unificar el cono sur hispanoamericano a través de un pacto regional que diera lugar a la construcción de una unión aduanera. Ibáñez lo había convocado ya en 1928 porque estaba interesado en explorar esa posibilidad con Argentina, Bolivia, Paraguay y Uruguay (no con Brasil), de modo que era el interlocutor ideal para Perón.

Porque la unificación tiene reglas y procedimientos. La Unión Europea no surge de la alianza entre Italia, Suecia y España, por poner un ejemplo. Eso podría ser una aventura simpática o un antecedente, pero la Unión se produce sólo cuando se unen Alemania y Francia, que son los países que destruyen dos veces a Europa entera. Esos sí pueden generarla, éstos son los únicos que la pueden unificar. Y eso lo percibieron los franceses Jean Monnet y Robert Schuman, el alemán Konrad Adenauer, el italiano Alcide De Gasperi. Todos ellos dijeron: se avanza en la unidad por el camino de la alianza francoalemana, y sólo por ahí, porque ése es el camino principal. Y Perón descubrió que el camino de la unidad necesaria de América del Sur —no de la Argentina y Brasil, de América del Sur— era ése, y planteó ese camino.

Digamos entonces que ése es el «cortocircuito» básico de América del Sur. Y aunque con una demora de cuarenta años, finalmente sucedió. Comenzó con los presidentes de Argentina y Brasil, Raúl Alfonsín y José Sarney. Porque así es la historia: alguien que había estado en los comandos antiperonistas en 1955, en 1985 inicia lo que el otro anunció, pero no pudo hacer. Porque la cuestión es que se diera el «cortocircuito». Y luego vinieron Carlos Menem y Fernando Collor de Mello, y lo continuaron.

En mi opinión, se está produciendo el *impasse* definitivo del conjunto de primigenios países que nacen en el ciclo de la independencia de 1808 a 1830. Dentro de seis años vamos a empezar a recordar los doscientos años del proceso de la Independencia, iniciado por los Cabildos a partir de las Juntas de 1808. Fue un proceso que unificó todo. Ahora bien, esta recordación será, una vez más, la evocación de unos héroes que fueron, todos, perdedores. Resulta que nuestros héroes son... ¡los que perdieron! Porque de lo que San Martín se propuso no sólo no salió nada, sino que él mismo se tuvo que ir al exilio en Europa. Fracasó. Le tuvo que dejar la posta a Simón Bolívar, y Bolívar termina en Santa Marta, enfermo, diciendo «Hemos perdido todo menos la Independencia». O sea, el celebrado Libertador de América del Sur termina con el reconocimiento de la pérdida de las condiciones de la Independencia. La independencia es entonces una pseudo independencia.

Mi opinión, insisto, es que estamos asistiendo al comienzo de una nueva fase en la historia de América del Sur. Es decir ¿en qué momento estamos? En el que se aprecia que no hay solución para ninguno de los países sudamericanos como solución solitaria. O sea, después de un largo periplo, volvemos a la situación en que se generó la Independencia. Los países hispano-sudamericanos no se independizaron por sí mismos. O debieron ser auxiliados desde más allá de sí, o tuvieron que ir más allá de sí para poder asegurar su independencia. Ninguno se quedó solo en su casa y dijo «soy independiente», y se terminó el partido. Eso sólo ocurrió en México y en Brasil. Bolívar perdió la primera insurrección de Venezuela, recomenzó la batalla en Colombia, y desde Colombia liberó Venezuela. Y desde el sur pasa lo mismo. Argentina es el fragmento mayor de la descomposición que resulta de la Independencia hispanoamericana, pero en el proceso independentista fue parte de la unidad sudamericana. Cuando Sucre culmina la campaña libertadora del Alto Perú, se dirige al entonces presidente argentino Bernardino Rivadavia para hacerle entrega del territorio, como parte integrante del antiguo Virreinato, pero Rivadavia le dice que no, y Bolívar queda atónito. Era la oligarquía de Buenos Aires, el alto comercio porteño, que quería que su moneda desplazara y dominara a la moneda de todas las provincias del norte, que era la moneda de plata del Potosí.

Entonces para ser independientes, como el núcleo militar de España en Sudamérica estaba en el Alto Perú y en el Perú, había que derrotarlos allí, y ése es el sentido de la campaña de San Martín. Y el Congreso de Tucumán no declara la Independencia de la Argentina, sino la Independencia de las «Provincias Unidas de América del Sur». Y San Martín libera a Chile, y O'Higgins apoya la campaña a Lima, y argentinos y chilenos van al Perú. En el manifiesto que San Martín dirige a los peruanos, les dice: queremos la independencia del Perú como hemos querido la independencia de Chile, para que la República de Chile y la República del Perú se unan con las Provincias Unidas del Río de la Plata, para formar una sola Confederación hasta Lima.

Ahora bien, ¿en qué terminó todo eso? Cuando yo aún era niño, en un festejo de la Independencia del Uruguay, el 25 de agosto, leí la declaración de la independencia uruguaya, la Declaración de la Florida, y le digo a mi padre: «¿Cómo se festeja la Independencia si en realidad la Declaración de la Florida resuelve la aneación a las Provincias Unidas de América del Sur?». Y mi padre, muy sorprendido, me dice «¿Qué estás diciendo?». Y yo le contesto, «¡Pero si es así! La Declaración dice: «Artículo 1: Declara írritos, nulos, y de ningún valor para siempre, todos los actos de incorporación, etc. Artículo 2: En consecuencia... se declara de hecho y de derecho libre e independiente del Rey de Portugal, del Emperador del Brasil y de cualquier otro del Universo, etc.». Y a continuación de esta Declaración, el primer Decreto que produce el Congreso, afirma: «Queda la Provincia Oriental del Río de la Plata unida a las demás de este nombre en el Territorio de Sudamérica, por

ser la libre y espontánea voluntad de los pueblos que la componen...». Entonces, concluía yo, no es la «Independencia» del Uruguay lo que declaró el Congreso de la Florida, ¡es la unidad con las Provincias Unidas! Mi padre se enojó y concluyó: «Sos muy chico, no entendés nada». Yo quedé tan perplejo que creo que ahí decidí hacerme historiador... Porque me decía, ¡aquí hay «gato encerrado»! Y así era. Cuando se resolvió emplazar el monumento a Artigas, en la Plaza Independencia de Montevideo, en 1882, en el Senado del Uruguay hubo un fuerte debate acerca de cuál era el papel que había jugado Artigas en nuestra historia, y no hubo acuerdo ¿Era el «fundador» de la nacionalidad? ¿Era el «precursor»? Unos decían que sí, otros decían que no. Bueno, allí está el resultado: en los monumentos es usual colocar una placa que alude al carácter y a la razón del homenaje: fundador de tal cosa, descubridor de tal otra, triunfador en tal batalla. Pero el monumento en la Plaza Independencia dice: «Artigas». ¡Que cada cual interprete lo que quiera! Porque cuando el Gobierno de la República Oriental del Uruguay envió una delegación al Paraguay para solicitarle que regresara, Artigas respondió: «Yo ya no tengo Patria». Porque su Patria eran las Provincias Unidas del Río de la Plata; ésa era su lucha, él había fundado el Partido Federal de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Él no quería una provincia que dijera «soy una República sola».

Vuelvo entonces a la idea central: el rasgo común de nuestra Independencia en Sudamérica, en ese proceso que va de 1810 a 1830, es que se produce todo en conjunto, todos tuvieron que ir más allá de sí, o recibir desde más allá de sí, para alcanzar el poder para ser independientes. Y esto es lo que se repite ahora. Ahora se está sintiendo la impotencia de los fragmentos que resultaron. Ése es el nudo de la cuestión. De allí la necesidad de acertar el camino de la respuesta. Yo creo que está en esta alianza que emerge desde 1991, que es la alianza argentino-brasileña. Porque es el «cortocircuito» fundamental de la unidad de la América del Sur. Si eso se interrumpe, adiós Unión Sudamericana. Del mismo modo que interrumpir el «cortocircuito» francoalemán sería el adiós a la Unión Europea. Porque ¿con quién se puede aliar Brasil? Si se alía con Ecuador, ¿qué significa? ¿O con Uruguay? El asunto es la alianza de lo fundamental, y la alianza del Brasil con la Argentina es la alianza entre lo más importante del mundo sudamericano. El único centro de poder serio en Sudamérica lo puede constituir una alianza argentino-brasileña, porque nos arrastra a todos irremediabilmente.

IV. II. EL MERCOSUR: UN ACONTECIMIENTO FUNDAMENTAL PARA AMÉRICA LATINA³

NACIMIENTO DE UNA NUEVA FRONTERA

LA PRINCIPAL FRONTERA viva de Argentina, desde la independencia, ha sido el puerto de Buenos Aires, que convirtió a todo el interior del país en un embudo hacia Buenos Aires. Uno de los significados del Mercosur, en principio, es que implica la mayor ruptura histórica con ese embudo, porque el nacimiento de una frontera interior americana viva implicará un fuerte incremento de relaciones directas con Brasil de las provincias argentinas de Chaco, Misiones, Corrientes y Entre Ríos. Entonces, Argentina se enfrenta por primera vez al cambio de su eje, de la frontera oceánica dominante —o sea, Buenos Aires—, al nacimiento de la frontera americana, que implica una relación no hacia el embudo, sino transversal, que no tiene que pasar por el centro bonaerense. En ese sentido, para Argentina implica un giro tremendo. Argentina se va a comunicar siempre oceánicamente, no es que sea eliminado el centro oceánico, sino que no va a ser el único centro, como hasta ahora. Entonces me parece importante, para alguien que vive en la frontera —porque Uruguay, como Paraguay y Bolivia, es la frontera entre Brasil y Argentina— ubicar al Mercosur en el contexto general de América Latina; de modo de percibir su alcance mucho más allá de Argentina. Es decir, qué implica lo que Argentina ha decidido hacer junto con Brasil.

³ El texto corresponde a una conferencia dictada en la ciudad de Santa Fe, capital de la provincia homónima, Argentina, el 27 de marzo de 1992. Por eso su enfoque atiende a la perspectiva de esa provincia, y de otras del llamado «litoral argentino», sobre el Mercosur, puesto en marcha el año anterior a través del Tratado de Asunción. Publicado en *Cuadernos Aurora* N° 7, 1992, Santa Fe.

LA ESTRUCTURA GEOPOLÍTICA FUNDAMENTAL DE AMÉRICA LATINA

América Latina se divide en dos partes: México, las Antillas y Centro América es la frontera de América Latina con el mayor imperio mundial contemporáneo, Estados Unidos. La otra parte es el conjunto macizo y fundamental del continente sudamericano. Sólo puede gestarse alguna forma de unidad en América Latina comenzando desde su parte maciza, que es América del Sur. América del Sur es el bloque fundamental; ese bloque está articulado en forma nítida, tiene un centro que es Brasil. No hay unidad de América del Sur sin Brasil.

Luego, la Comunidad Andina⁴: Bolivia, Colombia, Ecuador y Perú. Ese núcleo es el más difícil de unificar, porque está hecho fundamentalmente sobre los Andes, sobre la incomunicación feroz de la montaña. En Perú se tiene esa experiencia: es común que un pueblo que vive en una montaña tiene enfrente otro pueblo, hace siglos, y no se comunicaron nunca porque el itinerario de bajar de un pueblo y subir al otro es enorme, tan accidentado, que, a pesar de que se divisen, no se comunican. La montaña es destructora de la comunicación. El Pacto Andino es la empresa unificadora más difícil de América del Sur. Pero el ensamble entre el Pacto Andino y el centro, o sea Brasil, es una zona geopolíticamente neutral, porque es una zona vacía, el inmenso mundo amazónico, sólo gigantescos espacios semivacíos, no es una frontera viva. Para que sea una frontera viva es posible que tenga que transcurrir un siglo más.

La otra frontera de Brasil es la de la Cuenca del Río de la Plata; en rigor, su única frontera viva, también por eso la única zona conflictiva entre Brasil y el mundo hispanoamericano, porque es el único sitio de relación posible y real. Como la articulación de Brasil con la Comunidad Andina es una cosa muy a largo plazo, el único centro de articulación sudamericana real está al sur, y en consecuencia la unidad de América del Sur sólo puede comenzar por allí; en ningún otro sitio están dadas las condiciones mínimas para que ese mundo se pueda articular.

En realidad, cuando pensamos en América Latina solemos hacerlo como si fuera un bulto amorfo, sin articulaciones, donde todo parece posible: que algo empiece por Ecuador o por Honduras parece ser de la misma importancia que si empieza por Venezuela o Argentina. Pero no es así en la realidad, y es necesario saber distinguir dónde están los centros decisivos y dónde no lo están. Y el único lugar posible de articulación entre Brasil y el resto sudamericano es por el

⁴ La Comunidad Andina fue constituida por el Acuerdo de Cartagena el 26 de mayo de 1969. Lo integran Bolivia, Colombia, Ecuador y Perú, <https://www.comunidadandina.org/quienes-somos/>. (Consultado: 01/03/2024)

sur; históricamente, ha sido el lugar de las grandes tensiones, desde el origen de los actuales países sudamericanos. Uruguay, por ejemplo, nació como frontera de conflicto. Como toda frontera, une y separa. A grandes trazos, ése es el mapa en el que debe entenderse el significado potencial del Mercosur, porque es la estructura geopolítica fundamental.

EL DESMEMBRAMIENTO DE LA AMÉRICA HISPÁNICA

Cabe la pregunta de por qué Brasil mantuvo su continuidad, y por qué los hispanoparlantes nos dividimos: América del Sur en nueve países y en el conjunto de América Latina en veinte. Para responder conviene comenzar con Simón Bolívar, que en la *Carta de Jamaica* (1815) ya plantea el acontecimiento que permite comprender por qué nos hemos dividido tan intensamente. Bolívar afirma allí que a la independencia se llegó por el derrumbe y colapso del centro metropolitano español, y que la América española no estaba madura para su independencia. Del contexto de la Carta se entiende que para Bolívar no «estar maduro» significaba la imposibilidad de gestar poderes «metropolitanos» internos. Es decir, que si América Latina, en el criterio de Bolívar, hubiera estado madura para la independencia, hubiera mantenido su unidad interna sustitutiva de la metrópoli, que era la que había construido América Latina.

En Estados Unidos el proceso es inverso. Se da contra un poder ascendente y no descendente como el poder español. Las colonias norteamericanas se rebelan, ayudados por otros poderes como España y Francia, contra un poder ascendente, pero son capaces de gestar un poder intrínseco, propio, que hace que las trece colonias, que no tenían administración común, la construyan a partir de la independencia. O sea, la independencia las madura, porque les genera un centro intrínseco unificador que sustituye al centro unificador externo de Londres. Ellos inventan su propio centro de maduración.

Bolívar sostiene en esa carta que el único poder intrínseco hispanoamericano capaz de unificar sería México. El virreinato de México era el más rico y más fuerte, pero era excéntrico con relación al conjunto. No tenía capacidad, por su ubicación excéntrica, de unificar. Pero sin esa capacidad de generar un centro metropolitano interno, los magnates de cada región, de cada ciudad, van a tender a engendrar su república. Ése es el pensamiento de Bolívar en 1815. El poder de los magnates de cada ciudad va a ser incontrastable, porque no va a haber centro unificador que los ordene; entonces cada ciudad, con su oligarquía, cada *polis* oli-

gárquica⁵, se constituye con su territorio de influencia. Los magnates de cada centro van a hacer su región, y va a surgir un conjunto de *polis* oligárquicas dominantes, en pequeñas regiones, porque son poderes que no tienen capacidad de mantener la articulación del conjunto. Esto fue visto perfectamente por España antes de la independencia; el poder español empezó a sentir, a fines del siglo XVIII, que la metrópoli era incapaz de sostener al mundo de las Indias. Según decía Bolívar, España no podía ser poder metropolitano porque carecía de fábricas, de ciencia, de producciones; le faltaban requisitos mínimos para ser un poder unificador, entonces se iba a romper y disgregar. Y hubo varios intentos de salvar la unidad. En 1803, Manuel Godoy hace la propuesta de que cada virreinato americano tuviera como regente a infantes de la monarquía, a los efectos de establecer una especie de confederación. La corte española, en conflicto con el imperio inglés, acepta el plan: decide hacer varias regencias, mucho más autónomas. Pero no puede concretarlo porque la flota española es destruida en Trafalgar, y la corte no se anima a enviar los infantes por el riesgo de que fueran capturados por Inglaterra en alta mar. El proyecto se interrumpe y a los pocos años sobreviene la invasión napoleónica, el derrumbe y el estallido del imperio.

Hubo dos intentos más de mantener esa línea de Godoy, son los de José de San Martín y Bolívar. La propuesta sanmartiniana era formar varias monarquías independientes, con príncipes de la casa de Borbón española, y hacer un pacto de confederación común; el intento de mantener ciertas pautas de unidad. Derrotados ya los españoles en 1821, le propone a España hacer una confederación con la monarquía y la república para salvar la unidad, mantener grandes núcleos unitarios para evitar el desmembramiento; no lo pudieron hacer y ocurrió la atomización.

LOS INTERESES DE BRASIL Y ARGENTINA POR EL MERCOSUR

Hay en Brasil una contradicción radical entre democratización y modernización. El primer país latinoamericano en democratizarse a través del sufragio universal fue Argentina. Estados Unidos es el primer país del mundo en donde se practicó, con las limitaciones conocidas, en 1828. Y en Brasil, la primera elección con sufragio universal fue en 1988. Una consecuencia de la muy tardía supresión de la esclavitud, en 1888. Brasil se encuentra todavía hoy con un muy alto porcentaje de su población fuera del mercado o en los límites del mismo, y solamente alrededor

⁵ El concepto «polis oligárquica» fue tomado por Methol Ferré del sociólogo chileno Pedro Morandé, quien lo presentó en su libro *Ritual y palabra. Aproximación a la religiosidad popular latinoamericana*. Lima: Centro Andino de Historia, 1980. También puede ampliarse el sentido del término en Morandé, P. (1984). Romanticismo y desarrollismo. Crisis de la polis oligárquica. *Nexo*, 2, marzo, pp. 29-40.

de la mitad de su población tiene la dinámica de un mercado moderno, científico, industrializado. La realidad del mercado brasileño actual es ésta; para incorporar al resto al mundo moderno se necesita una gigantesca inversión de capital, viviendas, saneamiento, salud, hospitales, escuelas, alfabetización. Y la burguesía industrial brasileña, la única consistente e importante de América del Sur, se da cuenta de que el Mercosur es el gran negocio y su única salida.

El mayor capital humano está en San Pablo, y junto con Río de Janeiro, Minas Gerais, Porto Alegre, Asunción, Montevideo, Buenos Aires, Rosario, Santa Fe, Córdoba, Mendoza y Santiago de Chile, constituye la franja con mayor capacidad de un desarrollo moderno, con capacidad de acceder a la segunda gran revolución de la tecnología y la electrónica. Por su parte, la industria argentina carece de un mercado interno suficiente para un verdadero desarrollo, sólo podrá desarrollar su gran potencial de capital humano si tiene el gran horizonte de más de la mitad de América del Sur.

Es decir, las condiciones reales nos ponen ante el desafío de un nuevo horizonte histórico, que hace obsoletas todas las suposiciones anteriores. Pero es necesario que nos enfrentemos a un nuevo revisionismo⁶ histórico, mucho más amplio. Si hace cuatro siglos que somos adversarios con el Brasil se hace muy difícil generar un mercado común, porque el mercado común supone una revolución cultural que involucra a la gente. No es sólo problema de pueblos, es el resultado de una situación histórica singular, que está ligada al fracaso histórico de América Latina.

EL CAMBIO DE HORIZONTE HISTÓRICO EN LOS AÑOS 50

1945 marca la iniciación del tiempo que hemos vivido, el mundo bipolar terminado en 1989; todo se tenía que comprender dentro de esto. Pero ese marco se ha roto, y estamos en un cambio de horizonte histórico mundial; no se sabe bien cuáles van a ser las reglas del mundo que emergerá de la descomposición del antiguo marco. Cuando ese marco se formó, en 1945 –que es también el año del surgimiento del liderazgo de Juan Domingo Perón en Argentina, de la creación de las Naciones Unidas, de la bomba atómica– tanto Argentina como Uruguay estaban insertos en la órbita del imperio inglés. El Río de la Plata, a partir de la

⁶ Más allá del sentido de «revisionismo», y en particular de «revisionismo histórico», el autor alude a una corriente historiográfica de fuerte arraigo en Argentina, que floreció hacia mediados del siglo xx, y que impugnaba la historiografía inspirada en Bartolomé Mitre (1821-1906), líder del Partido Unitario durante las guerras civiles del siglo xix. El «revisionismo» reivindicó al Partido Federal y a su líder máximo, Juan Manuel de Rosas. El revisionismo histórico tuvo también expresiones uruguayas, como Luis Alberto de Herrera.

independencia, se había configurado en su órbita, como toda América Latina. La independencia, en una de sus dimensiones básicas, es la ligazón general de cada república, por separado, con el imperio inglés. Uruguay fue uno de los inventos del imperio inglés. Uruguay había nacido por los intereses de la oligarquía comercial porteña, para convertir todo el interior en el embudo que tenía que desembocar en las aduanas controladas por Buenos Aires. Para eso necesitaba expulsar hacia el exterior el puerto competidor de Montevideo. Y eso se unió con los intereses del imperio británico, que para el control del Atlántico Sur le servía introducir una cuña entre Argentina y Brasil. En el fondo, la ocupación de las Islas Malvinas en 1833 es la operación complementaria del nacimiento de Uruguay en 1828. La independencia de Uruguay y la ocupación de las Islas Malvinas son parte de un mismo proceso para el control británico del Atlántico Sur.

UNIDAD Y DISPERSIÓN DE AMÉRICA LATINA

América nació de unificar la enorme dispersión del mundo indígena, pues no había ninguna unidad americana antes de España. O sea, entre el siglo XVI y XVIII se forma la unidad de América Latina, nace América Latina como tal a la historia. Antes del siglo XVI no existía como tal. Desde el siglo XVI al siglo XVIII va surgiendo un nuevo mundo, un nuevo pueblo, en el conjunto de lo que hoy se llama América Latina, que es hijo de la primera unificación mundial encabezada por el primer imperio mundial. Fue el imperio hispánico, con dos rostros: el de España y el de Portugal, que configuran la primera gran potencia mundial en la historia. Y en ese proceso gestan América Latina: los portugueses y los castellanos.

Entonces surge una unidad cuya culminación se da entre 1580 (cuando se funda por segunda vez la ciudad de Buenos Aires) y 1640. Hay más de medio siglo para que este proceso de unidad llegue a su apogeo, con la unidad en la corona de los Felipes, de los Habsburgos, Felipe II, III y IV que son reyes de Castilla y de Portugal. Y es el momento histórico en que América Latina políticamente fue una sola. Hubo un momento en la historia en que estuvimos unificados totalmente.

Con la independencia se genera un nuevo tipo de dispersión, que es el nacimiento de nuestros países. La incapacidad de América Latina de constituir un poder intrínseco unificador, produce la disgregación en múltiples pequeños centros de poder. La dispersión, o sea, la formación de Uruguay, Argentina, Chile, Perú, etc., los veinte países, se hace bajo el poder del imperio inglés. Ahora estamos intentando superar la dispersión iniciada en la independencia, reconstituyendo la unidad desde el punto de arranque.

LOS AÑOS 1950, CULMINACIÓN DE UNA ETAPA HISTÓRICA

El cambio de horizonte histórico fue una experiencia concreta de mi vida. Diría que mi experiencia personal se inicia a partir del año 1945, cuando tenía 16-17 años. Y es en los años del «45 al «50 que se produce la retirada del imperio británico, que había fundado a mi país. Para entender el hecho en todos sus significados, debe tenerse en cuenta que el Uruguay se auto-interpretó, a partir de la generación de 1879, como que toda la historia anterior había conducido necesariamente a la existencia del Uruguay. Porque todo país es naturalmente egocéntrico. También los argentinos hicieron una historia en función de ellos solos, no de todo el conjunto. Por supuesto que esta perspectiva tiene un fundamento, porque la historia universal se resuelve siempre en la vida concreta de cada pueblo, y cada pueblo es el centro de sí mismo, generando ese supuesto de que todo pasó para que yo sea. Esto también acontece a nivel individual, también uno es un microcosmos de toda la historia universal, que se manifiesta en forma muy singular, a través incluso de cada persona. Lo que interesa para el análisis que estoy haciendo es que la perspectiva histórica dominante suponía que todo se había dado para que el Uruguay existiera, para que la Argentina existiera, para que Chile existiera; no para que existiera el conjunto, no, en absoluto. El conjunto era una etapa amorfa y primitiva, infantil, de la madurez que éramos cada uno, solos y aparte. Entonces aparecía la argentinidad, la mexicanidad, la peruanidad, todas esas cosas que hoy no tomamos tan en serio, pero que para generaciones anteriores eran sus horizontes fundamentales.

Pero en los años 50 se termina el imperio británico, que para nosotros no fue opresivo; fuimos una factoría privilegiada, como también lo habían sido Australia y Nueva Zelanda. A tal punto que el Uruguay de hoy, en el fondo, añora la buena época de los ingleses, como sospecho que muchos argentinos hoy añoran oscuramente la época de las vacas gordas, o de los cereales opulentos de la Pampa.

El Uruguay en que me había formado había sido inventado, en sus mitos, por la generación de 1879; es la generación que inventa todos los mitos fundamentales del Uruguay: hace la historia, los poetas hacen las canciones líricas y épicas, los pintores hacen las imágenes fundamentales. Eduardo Acevedo hace las novelas que configuran la épica de gestación del país, José Pedro Varela hace la reforma educativa, etc. Todo eso es el fundamento de que la persona más sencilla del Uruguay, aún sin saber tal vez el nombre de Varela, ni de Juan Zorrilla de San Martín, ni de Francisco Bauzá, ni de ninguno de ellos, repita todo lo que ellos inventaron con una naturalidad absoluta, porque es el sustrato de lo que aprendió en la escuela. Todo lo aprendió de acuerdo con lo que gestó esa gran generación inventora, la que le dio viabilidad a un invento histórico que sin embargo se fue transformando en la comunidad uruguaya.

Nosotros habíamos nacido, en el sur de América, como frontera entre la parte hispánica y la parte portuguesa. Y habíamos sido Banda Oriental⁷, o sea, argentinos, y habíamos sido Provincia Cisplatina⁸, a sea brasileños, pero vino el imperio inglés y dijo: ni argentinos, ni brasileños. Entonces Uruguay nace por el mar, no por la tierra americana; vuelve a nacer del mar inglés, porque el mar tenía su dueño, que era el poder inglés. Sin embargo, esa comunidad logró un buen vivir y quedó contenta consigo misma, porque tuvo viabilidad y riquezas.

Pero en los años 1950 el imperio inglés se retira, y con algunos amigos nuestra percepción fue: si la matriz del Uruguay, que es Inglaterra, se retira, quedamos en el aire, ¿hacia dónde ir? Sentimos como inminente el fin de la prosperidad uruguaya. Las bases de la vieja prosperidad uruguaya era su inserción en el mercado inglés, y eso había terminado, arrojándonos a una gran incertidumbre histórica, que nos iba a deteriorar profundamente la vida interna y cotidiana del país, exigiendo replantear el país.

Entonces ahí empieza la búsqueda de un nuevo horizonte histórico para que el Uruguay sobreviviera, no para matarlo. Lo que pasa es que la sobrevivencia implicaba una transformación, una nueva metamorfosis. No íbamos a renegar de lo que habíamos sido, pero no podíamos repetir lo que habíamos sido. Teníamos que reinventarnos otra vez, en ruptura y continuidad con nuestra antigua historia.

UN DISCURSO VISIONARIO EN 1953⁹

En 1953 el general Juan Domingo Perón explicó a los altos mandos del Ejército argentino, en una conferencia en el Colegio Militar, los entretelones de su proyecto frustrado de hacer un nuevo ABC¹⁰, entre Argentina, Brasil y Chile. Ese discurso se filtró y fue publicado en la prensa uruguaya a instancias del dirigente argentino, exiliado en Uruguay, Raúl Damonte Taborda; su propósito fue sostener la existen-

⁷ Nombre usual, durante los siglos XVIII y XIX, para hacer referencia al territorio que se extiende entre el río Uruguay y el océano Atlántico, y que como tal integrara el Virreinato del Río de la Plata.

⁸ Nombre que se aplica al territorio uruguayo durante la ocupación del Imperio portugués, entre 1817 y 1828.

⁹ Otro detenido análisis de este discurso y de su contexto pueden leerse en el artículo «La integración en el pensamiento de Perón», en este mismo volumen.

¹⁰ Se refiere al *Pacto de No Agresión, Consulta y Arbitraje*, más conocido como «Pacto ABC» por las iniciales de sus signatarios (Argentina-Brasil-Chile) que se firmó en Buenos Aires el 25 de mayo de 1915 y fue el marco de desenvolvimiento de la política exterior de los tres países durante varios lustros, además de promover iniciativas diplomáticas de conjunto. El propósito de Perón, junto con el presidente de Brasil Getulio Vargas y el presidente de Chile Carlos Ibáñez, fue firmar un nuevo tratado tripartito, que renovara y actualizara el primer ABC. A diferencia del primero, que fue más político y diplomático, el segundo se proponía una unión económica.

cia de un «imperialismo» argentino que amenazaba a América Latina. Pero yo leí el discurso y lo interpreté de otro modo, como la llave de comprensión del futuro al que nos íbamos a ver abocados. Pensamos, con los amigos que fundamos por entonces la revista *Nexo*, que la necesidad de acuerdos que Perón expresaba significaba que también la Argentina había terminado su «ciclo inglés» y tenía que reinsertarse en una nueva lógica histórica.

Su problema era el mismo que el nuestro. Y la vacilación y el caos de estos últimos 40 años es que hemos perdido la antigua inserción y no hemos logrado reestablecernos en una nueva inserción. Esta es la gran perturbación del Uruguay, y en una escala mayor, de la Argentina contemporánea. Perdió su antigua inserción, que la formó como Argentina –como nos formó como Uruguay o como Chile– y no atina a reinventarse en una nueva inserción para viabilizar la vida del país. Entonces ahí comprendimos, por ese discurso, que nos sorprendió por su audacia. Porque en dos oportunidades dice a los generales, especialistas en fronteras –que piensan que todos los líos de la soberanía nacional están en las fronteras–: con Getulio Vargas hemos conversado, y si tenemos que borrar las fronteras, las borramos. Me causó gran impresión que el presidente de la Argentina le dijera a los mandos que, conversando con Vargas, habían llegado a la decisión común que si tenían que borrar las fronteras, las borran. Para mí, la imagen era que argentinos y brasileños eran enemigos tradicionales. ¿Cómo debía entenderse eso, qué significaba? Y no solamente decía eso. Me llamó la atención que incluyendo a la Argentina –que en mi percepción uruguaya era un país gigantesco– hablar de «nosotros, los pequeños países».

Entonces, percibí allí que el destino de América del Sur se iniciaba en el entendimiento de la Argentina y Brasil, y empecé a pensar que todo lo que no fuera la unidad de Argentina y Brasil iba a ser, no cosas superfluas, pero batallas perdidas y no profundamente significativas. También que la vida de mi país iba a estar pendiente de la unidad argentino-brasileña. Y esa sensación me llevó, con Washington Reyes Abadie¹¹, Héctor Gros Espiell¹² y otros amigos, a sacar una revista que a la que

¹¹ Washington Rafael Reyes Abadie (1919-2002) fue un historiador, catedrático y uno de los organizadores del Archivo Artigas. Entre sus obras se destacan *El ciclo artiguista* (cuatro tomos, 1965, en colaboración con O. Bruschera y T. Melogno) y *Crónica General del Uruguay* (cuatro tomos, 1979-1995, en colaboración con A. Vázquez Romero y T. Melogno). *La Banda Oriental: pradera, frontera, puerto* (1965) es una interpretación del origen del Uruguay que se ha convertido en un clásico.

¹² Héctor Gros Espiell (1926-2009) fue un jurista, catedrático y diplomático de vasta actuación en el Uruguay y en el exterior, con una amplia producción distribuida en libros, artículos, dictámenes profesionales y participación en la elaboración de tratados. Como ministro de Relaciones Exteriores del Uruguay fue el principal promotor de la participación de Uruguay en el proceso de integración que a fines de la década de 1980 iniciaron Argentina y Brasil. Le corresponde, por lo tanto, un papel destacado en la gestación del Tratado de Asunción (1991) que creó el Mercosur.

llamamos *Nexo*¹³, en el año 1955. La idea era que el destino de Uruguay ya no era ni «Banda Oriental» ni «Provincia Cisplatina», ni Argentina ni Brasil, sino era *con Argentina y con Brasil*. Teníamos que ser Banda Oriental y Provincia Cisplatina a la vez.

No se trataba de negar lo que habíamos sido como el Uruguay inglés, porque al fin y al cabo nos habíamos formado allí; pero eso tenía que transfigurarse en un nexo. O sea, del Uruguay frontera oceánica al Uruguay frontera americana. Nexo, no cuña, como había nacido. No Estado-tapón. Había que reconvertirlo en un nuevo nexo de la alianza argentino-brasileña. Y ese fue el rumbo que tomó entonces una parte de mi generación, una parte minoritaria, por cierto.

Nos ha costado una espera de cuarenta años, durante la cual el Uruguay se ha ido deteriorando inexorablemente. En una impotencia histórica absoluta, porque como país pequeño no podíamos determinar a la Argentina y al Brasil para que hicieran lo que sentíamos que era necesario hacer. Teníamos que esperar a que los argentinos y brasileños por sí mismos lo hicieran.

Si no lo hacían los argentinos y los brasileños por sí mismos, por más que algunos uruguayos imagináramos ese futuro posible, estábamos condenados a la pura contemplación histórica. No teníamos más remedio que esperar a que los argentinos y los brasileños llegaran a las conclusiones que habíamos sacado. La Argentina también se ha tenido que deteriorar mucho para comprender que tenía que hacerlo. Porque si hubiéramos estado bien, no lo hubiéramos hecho nunca, hubiéramos seguido tranquilamente uruguayos como antes, o argentinos como antes. Irrumpió el nuevo horizonte porque el viejo no permitía ya alcanzar las condiciones mínimas de la vida buena, parafraseando a Aristóteles. El Estado en la forma en que estaba ya no nos permitía la vida buena para el conjunto de sus habitantes.

El Estado uruguayo solo no está en condiciones de proveer para la vida buena de los uruguayos. En consecuencia, como los uruguayos son más importantes que el Estado del Uruguay, los uruguayos tendremos que inventar nuevas formas de organización del Estado. Porque el Estado es para la gente y no la gente para el Estado.

NECESIDAD DE UN NUEVO REVISIONISMO HISTÓRICO. UNA HISTORIA UNIFICADA

Desde esa experiencia empezó un largo itinerario marcado por el esfuerzo de conocer y comprender mejor a Brasil y a la Argentina; era necesario reentendernos

¹³ Se publicaron cuatro números, entre 1955 y 1958. Se encuentran disponibles en: <https://anaforas.fic.edu.uy/jspui/handle/123456789/6046>. (Consultado: 01/03/2024). Methol fundó una segunda revista *Nexo*, de alcance latinoamericano en sus asuntos y en sus colaboradores, que se publicó entre 1983 y 1989. Ver nota (1) en «¿Por qué Geopolítica?», en este mismo volumen.

los uruguayos y repensar la historia del Uruguay. No sólo en el revisionismo de federales y unitarios, que eso fue un lío doméstico argentino-uruguayo. Había que pensar la historia unificada de Argentina y Brasil. Pero Argentina sola no era comprensible sin comprender a Uruguay, Paraguay, Bolivia. Había que comprender al conjunto para replanteamos el horizonte nuevo. Y eso se aprecia de modo especial en las zonas sensibles de las fronteras. Los uruguayos teníamos la sensibilidad de la frontera, pero era una frontera sin país; y los argentinos eran un país que no tenía la sensibilidad de la frontera; había que ver entonces cómo se reunificaba todo.

Esto explica por qué el nuevo horizonte necesita también volver a pensar las raíces. Por ejemplo, el proyecto del Nuevo ABC, a principios de la década de 1950, surgió no sólo por la crisis que implicaba la desinserción del imperio inglés, sino porque se percibía también el comienzo del proceso de la unidad europea, que arrojaba muchas enseñanzas. Robert Schuman, un católico alsaciano, francés, percibió que Europa salía de la segunda guerra mundial dependiente de Estados Unidos, comprimida entre EUA y la URSS, y que Francia por sí sola no tenía destino. Y pensó que el punto de partida de la reconstitución de Francia pasaba por la unidad de Francia y Alemania, los dos enemigos que en su rivalidad habían estado en el desencadenamiento de las dos guerras mundiales. La unidad europea sería el camino para que Francia y Alemania siguieran existiendo con importancia histórica. Pero esa unidad no podía empezar por Dinamarca, o por España, o por cualesquiera de los países europeos. O empezaba por Alemania y Francia o no empezaba de ninguna manera. Y ése fue efectivamente el camino que empezaba a tomar Europa en esos primeros años de la década de 1950.

Pero para afrontar ese proceso, Francia y Alemania debieron repensarse a partir de los elementos de unidad que habían tenido, y no en los elementos de conflicto. Tenían que revalorizar con otros ojos toda su historia, y recuperar todo lo que les era común, que era innumerable. «Descubrieron» los historiadores, entre otras cosas, que lo que parecía una eterna enemistad entre Alemania y Francia –contemplado desde 1945, o desde 1914– nació en realidad en la guerra de 1870. Antes no era así. Todo había sido interpretado por los contemporáneos de la derrota del 70, que a partir de ella pensaron y elaboraron una historia desde la oposición. Pero la generación de la segunda posguerra mundial no podía pensarse desde la oposición francoalemana; para ello tenía que releer la historia.

REPENSAR AMÉRICA LATINA DESDE SU UNIDAD ORIGINAL

Es posible que esta situación, en países acostumbrados a mirarse en el espejo europeo, haya influido en el proyecto del Nuevo ABC de Juan Domingo Perón, Getulio Vargas y Carlos Ibáñez del Campo. Ya antes, a partir del final del proceso

de balcanización, que fue la Guerra del Paraguay¹⁴, Buenos Aires estuvo aliada con los brasileños; pero eso no inició un proceso de acercamiento e integración, sino al contrario, cerrando el proceso de división y de consolidación de los diferentes países de la región por separado. En ese sentido, la Guerra de la Triple Alianza, representó el final del ciclo de disgregación de los nuevos países surgidos del colapso del Imperio Español en América, en este caso, del antiguo virreinato del Río de la Plata.

La historia que aprendimos del Uruguay, de la Argentina, nació de los que la pensaron para justificar cada país por separado. Y esa es la historia que hoy necesitamos romper. ¿A dónde nos lleva esto? Nos lleva a la historia de España y Portugal. Estamos inquietos por el futuro del Uruguay, pero para ello es necesario intentar entender el nacimiento de España y Portugal, en la Edad Media. Nos importa entender a Brasil, pero es imposible entender a Brasil sin Portugal, y es imposible entender a la Argentina sin España. Por ejemplo: la enemistad entre España y Portugal era una verdad consabida. Pero ¿por qué pensábamos eso? Y descubrimos que el asunto era totalmente distinto a cómo lo habíamos aprendido, que en realidad esa imagen es posterior a la derrota de España y Portugal en la mitad del siglo xvii, cuando Portugal entra en la órbita inglesa. Allí comienza la dependencia de Portugal del imperio inglés, y también su papel en la lucha inglesa contra el imperio español.

Pero el condado de Portugal nació como una separación de Castilla. Fue la dote de Teresa de León, hija del rey Alfonso VI de Castilla, en su matrimonio con el conde Enrique de Borgoña, por la ayuda que éste había dado a los castellanos en su guerra contra los árabes. Era en realidad una parte de Castilla que se separa cuando el hijo de Enrique y Teresa, el segundo Conde de Portugal, se proclama primer rey, convirtiendo al condado en uno de los reinos de España. A partir de allí se inicia un itinerario que permite comprender la profunda unidad de la historia de España y Portugal. Un itinerario muy bien explicado por el mayor historiador de esa unidad, Joaquim Pedro de Oliveira Martins, un gran historiador portugués del siglo xix. En 1877 se publicó su *Historia de la civilización Ibérica*, una historia unificada de España y Portugal. La tesis de Oliveira Martins consiste en que Portugal no se puede entender sin la historia de España, así como la historia de España no se puede entender sin la historia de Portugal. Esta idea fue la base del *Iberismo*, un intento, pensado desde la proximidad del cuarto centenario en 1892, y desde la crisis de los países ibéricos durante el siglo xix, de volver a unificar a Portugal y Castilla como dos polos de un mismo mundo.

¹⁴ Ocurrida entre 1864 y 1870, involucró por un lado la Triple Alianza (Brasil, Argentina y Uruguay), y por el otro al Paraguay, cuyo ejército resultó aniquilado. Los efectos sobre la sociedad y la economía paraguayas fueron devastadores.

Porque son dos polos de una misma cultura, no son dos culturas, sino una cultura con dos polos. Entonces hay que comprender la tensión y la dinámica de los dos polos, hay que comprender cómo esos polos buscaron unificarse, cómo el fracaso de la unidad de esos dos polos llevó a la dependencia de Castilla y Portugal, del nuevo polo inglés. De modo que la historia de Portugal es la oscilación entre Castilla e Inglaterra. Si se acerca a Castilla, se separa de Inglaterra; si se aleja de Castilla, se une a Inglaterra. Ese es el secreto de toda la historia de Portugal y de España.

Recordando Unamuno una frase de Cervantes, «el portugués es un castellano sin huesos», agregaba: «retrucándole, cabría decir que el castellano es el portugués osificado»¹⁵. Pero eso era la diferencia, el portugués era la lengua lírica de Castilla; cuando se quería ser poeta se escribía en portugués; la lengua castellana era una lengua dura, de guerreros, de castillos, y era para la prosa.

Oliveira Martins piensa la historia de Portugal desde la unidad. El hizo en la Península la operación que necesitamos hacer en América; por eso, intentando entender al Uruguay, a la Argentina, se termina yendo hasta la Edad Media. Oliveira Martins traza ese itinerario para fundar el nuevo horizonte, para recrear el nuevo horizonte con fundamento, con verdad, porque un horizonte puramente inventado no sirve, tiene que ser un horizonte con raíces reales.

Entonces se descubre que el nacimiento del poder hispánico que inventa lo que hoy es América Latina, en el siglo XVI, se inicia con Isabel I de Castilla y Fernando II de Aragón, pero involucra decisivamente a Portugal. Porque el ascenso al trono de Isabel implicó una gran guerra civil entre los partidarios de Isabel, hermana del agónico rey Enrique IV, y la hija de éste, Juana, la *Beltraneja*, llamada así porque se decía que no era hija del rey sino de su consejero Beltrán de la Cueva. Más allá de la anécdota, lo que nos importa aquí es que Isabel hace la alianza con Aragón —o sea, inclina a Castilla hacia el Mediterráneo— mientras Juana hace la alianza con Portugal —o sea, el destino Atlántico. Ése es el desgarramiento de Castilla, apenas unos lustros antes de 1492. Hay una guerra civil terrible, cinco años, donde estuvo en juego la unidad de Castilla, o con Portugal, o con Aragón. Finalmente se llega a la paz, y éste es el fundamento de toda la empresa del descubrimiento de América. Porque en épocas de las políticas dinásticas, la geopolítica tomaba forma en los casamientos. La decisión fue que Alfonso, hijo del rey de Portugal, se casara con la hija de Isabel y Fernando, para que el nieto de Isabel, el hijo del rey de Portugal, fuera el heredero unificador de Castilla y Portugal. En el plan de la Paz de Alcazobas, de 1478, está el designio histórico de realizar la unidad nacional Ibérica. Las dos monarquías deciden eso, y acuerdan la entrega de las Islas Canarias, por parte de Portugal, que significa el reconocimiento de la presencia atlántica de Castilla.

¹⁵ Unamuno, M. de (1911). *Por tierras de Portugal y de España*. Madrid: Renacimiento, p. 27.

Pero las Islas Canarias serían el trampolín para el cruce del Atlántico. Para comienzos del siglo XVI estaba encaminada la unidad ibérica, pero tras la muerte de Isabel, su hija Juana, casada con un flamenco, iba a llevar la política de España, sorprendentemente, hacia el centro de Europa. España se ve arrojada a la política mundial europea, en el mismo instante que se lanza sobre el Atlántico. Pero el empeño de unidad con Portugal nunca fue abandonado: Carlos V se casó con la hermana del rey Juan III de Portugal, Isabel, así como su padre, Manuel I de Portugal, se había casado con Isabel de Aragón, y a la muerte de ésta, con su hermana María.

La política era la misma, aunque alcanza el éxito recién en 1580, cuando la corona de Portugal es heredada por Felipe II, que era hijo de Isabel de Portugal no por el azar de una serie de matrimonios, sino por la esencia de la política de Castilla y Portugal. Esta búsqueda de la unidad nacional ibérica se mantiene durante el ciclo de los tres Felipes, y va a ser destruida en la guerra europea que termina en la paz de 1648, que termina con la ruptura definitiva entre España y Portugal. Y Portugal entra en la órbita inglesa. Comienza la política hostil del Portugal convertido.

El conocimiento de este largo proceso castellano-portugués cobra hoy otro valor, puestos a considerar la significación del entendimiento y el comienzo de una era en común entre argentinos y brasileños. Es una historia importante para recrear un horizonte común. La contemporaneidad nos lleva a revisar la versión que hemos recibido del pasado. No a inventarlo, sino a descubrir en el pasado las raíces de nuestro futuro.

Y a recomponer algo que había sido pensado y visto desde otra necesidad, rompiendo el viejo molde para recrear un nuevo horizonte general que nos permita pensarnos no como dos mundos separados y hostiles, como aparentemente hemos hecho hasta ahora, sino todo lo contrario. Pensarnos como dos polos de un solo mundo. Dos polos generadores de un solo mundo, en que la Argentina ya no se puede pensar sólo en sus fronteras, sino que se tiene que pensar en la escala de América del Sur. Porque si no se piensa a escala de América del Sur, no podrá ser un interlocutor capaz de transformar su relación con Brasil. El desafío que nos plantea el Mercosur es que nos tenemos que «abrasileñar» hasta las raíces, para que también los brasileños se «hispanoamericanicen» hasta las raíces.

Si no se hace eso, se continuará en una exterioridad mutua. Es imposible, por otra parte, que haya una relación estrecha y creciente en la economía, sin que ello no estimule una unificación a nivel de la gente en general. Es un fenómeno natural. Viajando, hace unos años, en un ferrocarril en Alemania, me puse a conversar con una joven alemana que viajaba a Francia porque iba a casarse con un francés que había conocido en vacaciones; y me contó que la hermana también se casaba con otro amigo del francés. Ante mi sorpresa, me comentó que era algo bastante común. Son las transformaciones que acarrearán los procesos de unificación. Y tendría que ser, con el tiempo, un resultado natural del Mercosur, en tanto empiezan

a ponerse en común las cosas de la vida cotidiana por la gente; empieza la lenta metamorfosis de un pueblo nuevo.

Éste es el cambio de horizonte del que tenemos que ser conscientes para fundar una nueva historia, que no es ruptura y abandono total de lo que hemos sido, sino un realismo profundo de saber que la mejor economía va más allá de la economía. Los economistas que sólo se quedan en la economía son malos economistas. Decía Perón en ese discurso del 53, que en mi vida fue decisivo, que la política internacional que no se funda en la vida de los pueblos no sirve para nada. Si no sabemos arraigar –decía– la política del Nuevo ABC en la necesidad de los pueblos, esta política queda en la superestructura de las cancillerías, en el intercambio de notas y de cosas que no llegan a las raíces del mundo real que es la vida cotidiana. Hay que insertarlo en el pueblo. Para superar el desenganche del mundo inglés, y regenerar una nueva posibilidad, que ya no es solamente oceánica, sino que es americana y oceánica. Entonces, me parece que el Mercosur nos exige una nueva gran política de la cultura, una nueva imagen.

ENSEÑAR CON UN NUEVO MAPA PARA REFUNDAR LAS IMÁGENES DE LA NUEVA GENERACIÓN

El año pasado me visitaron unos geógrafos, para pedirme opinión acerca de si los profesionales de la geografía podrían aportar algo al desarrollo del Mercosur. Mi respuesta, ante la sorpresa de mis interlocutores, fue que los geógrafos debían ser la vanguardia de una nueva conciencia. Mi argumento fue que lo que tiene en su inconsciente todo uruguayo es el Uruguay, con sus 19 departamentos; lo que haya en Santa Fe, en Córdoba, en Río Grande, en Porto Alegre, es un gran misterio. Tal vez sabemos más de París, de Nueva York, de Miami, que las provincias argentinas o los estados brasileños. Es un exotismo, pero coherente con aquel país cuya frontera viva era la frontera oceánica y no la frontera americana. Era el Uruguay con sus 19 departamentos y el resto un mundo amorfo.

Pienso que la comprensión intelectual no empieza nunca por el concepto, empieza por la imagen. El concepto es una abstracción de la experiencia de la imagen. Si queremos hacer el Mercosur, tenemos que enseñar a los niños un mapa que va desde el Amazonas a los Andes y al Plata. De modo tal que al mirar el mapa vea que su mundo no acaba en el Uruguay y sus 19 departamentos: es un mundo que va desde Venezuela hasta Chile y Uruguay. Hay que inculcar ese mapa, porque si seguimos enseñando una geografía donde lo único fundamental es Uruguay, engendramos personas de perspectiva muy limitada, incapaces de pensarse en y desde su situación real. Es necesario conocer la geografía industrial y productiva de Brasil, Argentina, Paraguay, etc. Lo mismo, por supuesto, vale para los niños argentinos, paraguayos y brasileños. Es el mapa primordial del nuevo horizonte. Y si tiene éxito, se ampliará ese mapa, porque hoy es el mapa del punto de partida.

Esto implica que el Mercosur sea una gigantesca revolución cultural. Les decía a los geógrafos: puedo hablar de historia en todo el Uruguay y son palabras, mientras que ustedes pueden hacer mapas, los mapas del Mercosur, mapas agrícolas, del transporte, de la energía, etc. Y se verán en la TV, en las aulas, y eso va a influir mucho más que lo que hablemos todos nosotros. Es la obra de refundar las imágenes primordiales de la nueva generación. Para mí ese mapa del Mercosur es algo que no voy a terminar de entender nunca, pero mis hijos tienen que partir de ahí. Tengo un hijo de 5 años, al que no le voy a enseñar el mapa uruguayo como fundamental, y voy a sabotear a la maestra que le enseñe que ése es el mapa fundamental. Me voy a ir a quejar, a decirle que no eduque a un muchacho como si estuviera en el siglo XIX, lo tiene que educar para el siglo XXI, que está a pocos años de nosotros.

Eso supone también convertir a la literatura brasileña en nuestra literatura, así como ellos tienen que convertir a nuestra literatura en su literatura. Y en las universidades debemos crear institutos de historia de Brasil. ¿Qué mercado común van a hacer los empresarios si ingresan a un mundo del que no saben el ABC? Tendremos que aprender la geografía, la economía y la historia de Brasil, y los brasileños tendrán que aprender nuestra geografía, nuestra economía, nuestra historia.

No como *una* historia, sino como *su* historia. Todo lo que estoy afirmando es solamente una incitación. Es un marco para pensar, no son respuestas. Para ubicar nuevos horizontes es necesario repensar las raíces. Sin raíces amplias no generamos un horizonte amplio. El mercado común implica la más gigantesca revolución cultural desde la independencia: intentar retomar el fracaso de la unidad Ibérica, —que tuvo su apogeo de un instante en que todos fuimos uno—, para recrear eso en una nueva circunstancia, para posibilitarnos ser una sociedad industrial moderna. Porque es lo único que nos va a permitir ser una sociedad industrial moderna, y no una mera periferia llena de retórica.

El núcleo de la Tierra está en el hemisferio norte. En el hemisferio sur, allá perdido, está Australia, por un lado, y nosotros, a la misma altura de Australia, allá lejos. Para superar esta situación es necesario recrear una constelación de centros de poder intrínsecos, que sólo la unidad argentino-brasileña puede poner en movimiento para una modernización. Las exportaciones totales del Mercosur equivalen a las de España, que es un país secundario. Sólo las de Italia multiplican varias veces al Mercosur: Italia exporta 140 mil millones en promedio, en los últimos años. Y el Mercosur entero no llega a los 42 o 45 mil millones. Italia sola es cuatro veces el mastodonte aparente del Mercosur; sin embargo, el Mercosur, potencialmente, es muchísimo más como posibilidad histórica que España e Italia. Claro que separados somos la cuarta parte de España. Haber pensado la «Argentina potencia», fue una especie de paranoia del último porteño.

Lo que he intentado exponer son algunas líneas nítidas, en un instante de confusión irremediable entre un horizonte antiguo, que ya no sirve más, pero que

nos aprisiona, y un horizonte nuevo que tenemos que construir, que tenemos que inventar, pero con conocimiento, con estudio, con pensamiento. Entonces sí, el Mercosur, a pesar de contar con un arranque humilde, encierra posibilidades de generar la dinámica de un nuevo mundo. Una nueva cultura bipolar, íntimamente unificada, que nos formará, nos sacará de la atomización, de la dispersión, para recrear una nueva forma de unidad, que yo no me voy a imaginar, porque eso será asunto de las nuevas generaciones, y hay mil formas históricas de alcanzar formas viables de unidad.

IV. III. GEOPOLÍTICA DEL MERCOSUR¹⁶

TODOS PENSAMOS desde un ángulo y una perspectiva, la del sitio donde se vive; en un sentido, ese sitio es el centro del mundo. Aunque en realidad no lo sea, sí lo es para quienes están comprometidos con ese ámbito.

Lo que voy a intentar es un salto al mundo; para ubicar a la provincia de Mendoza, a toda Argentina, a Uruguay. Este salto es indispensable porque todos estamos incluidos en un sistema mundial; hace ya décadas que se habla de una aldea mundial. Hoy ningún hecho que ocurre en el mundo afecta sólo al pequeño círculo en el que ese hecho acontece. Si hay un conflicto en Irán, sube o baja el precio del petróleo en el mundo, y eso impacta rápidamente en el precio del ómnibus. Ningún acontecimiento del mundo contemporáneo deja de repercutir en el conjunto del sistema. Nuestro punto de partida, entonces, es ¿cuándo y cómo el mundo se transformó en un sistema?

LA PRIMERA GLOBALIZACIÓN

El proceso del que somos parte comenzó en el siglo XVI. El mundo había sido hasta entonces un conjunto de sistemas separados. El imperio Inca era un sistema cultural y político que no sabía que existía otro imperio, el Azteca, en el norte, y tampoco que existía Europa, ni África, ni Asia. Y cuando existían vínculos entre diferentes sistemas, eran laxos. Comienza entonces un proceso de unificación mundial a partir de las navegaciones de Cristóbal Colón y Vasco Da Gama. Europa Occidental comienza la mundialización, la globalización, a través de Castilla y Portugal.

¹⁶ Conferencia pronunciada en el Colegio de Abogados de la Provincia de Mendoza, Argentina, el 21 de junio de 1996. Archivo Methol Ferré 2.1.1.1.C5.CA1.4.

Y el primer efecto de la globalización es el nacimiento histórico de América Latina. Somos el primer ente histórico que fue transformado totalmente en tres siglos, a través de un proceso que hoy es mucho más intenso naturalmente.

La historia no ocurre ni pasa por cualquier sitio. Siempre ha habido y hay escenarios principales y escenarios secundarios. La historia tuvo un escenario principal, por ejemplo, con el ingreso de Alejandro Magno en el imperio persa; fue un acontecimiento que repercutió en el proceso mundial de la historia. Otros escenarios no tuvieron ninguna importancia en el rol y en el anudamiento de la historia universal. Un conflicto entre etnias en la pampa argentina, ha sido real pero no determinante de la marcha general del proceso histórico. Por eso es indispensable discernir y ubicar los escenarios donde se va realizando la historia universal. Porque naturalmente la historia universal no se realiza universalmente sino a través de escenarios particulares. Voy a proponer algunos esquemas que orienten e ilustren lo que quiero decir.

LA GLOBALIZACIÓN CONTEMPORÁNEA

En un primer esquema muy simple, podemos señalar la existencia en la actualidad de tres mega mercados mundiales, de diferente índole. El que hoy ocupa el centro es el NAFTA (North America Free Trade Treaty), el Tratado de Libre comercio de América del Norte, que depende esencialmente de Estados Unidos, el máximo poder mundial económico y militar. Ese mega mercado, podemos decir, está en el centro de la aldea mundial, en la «isla» de Norte América.

Otro mega mercado es la Unión Europea, con una renta per cápita y un producto bruto interno más alto que el del NAFTA. Pero, aunque en números quizás sea el más importante, no lo es políticamente, porque está dividido en muchas voluntades estatales: ha sido la Europa de los Seis, de los Doce, de los Quince; y es posible que continúe ampliándose, con lo cual no se sabe si la unidad europea se va a reafirmar, si va a una Europa más unitaria, o si se va a ir resquebrajando, en la medida en que aumente su heterogeneidad política.

El otro mega mercado es el ámbito emergente del mundo asiático. El país de más espectacular desarrollo desde los años 60 hasta hace una década fue Japón. A partir de la irradiación de Japón, toda el Asia Oriental se comenzó a remover históricamente en una escala sin igual y fueron apareciendo los «tigres» asiáticos: Corea, Formosa, Hong Kong, Singapur. Surgió entonces el primer proyecto de institucionalizar una región en el sudeste asiático entre Malasia, Singapur, Tailandia, Indonesia y Filipinas, la Asociación de Naciones de Asia Sudoriental (conocida por su sigla en inglés, ASEAN), fundada en 1967. Un núcleo en plena emergencia económica, que se empieza a organizar institucionalmente en forma laxa, en com-

paración a Europa; una zona de libre comercio con objetivos muy inferiores en cuanto a unificación.

La última irrupción en Asia es la de China, iniciada en 1978 con la reforma económica de Deng Xiaoping. China exportaba 20 mil millones de dólares al año, no mucho más que Argentina y Chile, y hoy está exportando 280 mil millones de dólares al año. En 17 años multiplicó sus exportaciones más de diez veces, convirtiéndose en una de las regiones de más alta tasa de crecimiento mundial. Hace cinco años su tasa de crecimiento no bajaba del 11% anual; hay regiones chinas que cada tres años duplican su renta per cápita. Se supone que en el sur de China va a haber, en 2010, dentro de quince años, 400 millones de personas que van a tener la misma renta que Estados Unidos.

Otro esquema proviene de la geopolítica. La mayoría de los que estamos acá nos formamos en el mundo bipolar constituido por los Estados Unidos y la Unión Soviética. En cierto sentido, todas nuestras opciones, y también nuestras percepciones del mundo real, se conformaron en función de la diarquía EUA-URSS. A favor, en contra, como tercera posición, cuarta o quinta, pero el referente era la diarquía mundial. Que no existía sólo objetivamente; existía en la intimidad de cada persona, determinaba las opciones más íntimas de cada persona. Cuando esa diarquía mundial se derrumba, porque la URSS se derrumba, no es sólo la URSS, es el sistema de la diarquía mundial el que se derrumba. Y nos arroja, en muy pocos años, a un cambio increíble de la lógica mundial, no pensable para ninguno de nosotros hace apenas seis años.

Pero me interesa destacar que los cambios objetivos nunca son exclusivamente objetivos. Afectan la intimidad en que uno se ha formado. Yo nací a la vida pública en el año 1945; o sea, nací con la constitución de la bipolaridad EUA-URSS. Viví cincuenta años en esa bipolaridad, y me la tuve que sacar de mis esquemas mentales, la tuve que romper. He visto amigos míos comunistas que no pudieron soportar la explosión de todos sus esquemas de sentido de la vida y de interpretación del mundo real, y ya no tenían edad para repensarlo todo otra vez. Los marcos del mundo objetivo se transforman en marcos de nuestra intimidad y no se pueden separar totalmente de ella.

Este marco macro tiene, entonces, un centro, Estados Unidos, como un centro geopolítico mundial. Hasta hace relativamente poco, Europa Occidental fue el centro mundial. Lo fue durante cuatro siglos y medio, hasta el año 1945. En ese año se terminó la centralidad europea, aquello que iniciaron Cristóbal Colón y Vasco Da Gama, y el centro se repartió entre Estados Unidos y la URSS, surgiendo una bipolaridad mundial.

Y ésta, a su vez, se acaba de romper, y se reorganiza toda la estructura del escenario mundial. Todavía estamos en la reorganización del nuevo escenario. Todavía

nadie sabe exactamente cuáles van a ser los conflictos fundamentales del siglo XXI. El escenario se está preparando para nuevas contradicciones y nuevos desenlaces, porque es imposible pensar en una historia idílica y sin contradicciones. La historia es un sitio de amores excluyentes y muy duros, que normalmente terminan con violencias últimas. Ha sido así hasta hoy y no hay ninguna razón para suponer que no continúe del mismo modo.

Uniendo ambos esquemas, hay que advertir que en los tres mega mercados se está produciendo un desplazamiento fundamental.

La empresa de salida al océano, que fue un invento portugués y castellano, fue hecha en asociación con los banqueros y marinos italianos que dominaban el Mediterráneo. El Mediterráneo había sido, entre el siglo XI y el siglo XVI, el epicentro económico e intelectual de Europa Occidental. Venecia, Génova, Florencia, eran el epicentro, la punta tecnológica e intelectual de Europa, y la aventura hacia el océano desconocido se realizó entre italianos y portugueses y entre italianos y castellanos. Colón era un genovés vinculado a la banca genovesa, que actuó primero en Portugal y luego en Castilla. El nombre de América proviene de Américo Vesputio, un comerciante y cosmógrafo florentino que estuvo al servicio de Portugal y luego pasó a ser el piloto mayor de Castilla, el que tenía el mando de todas las navegaciones mundiales de Castilla, durante años. Pero en realidad era representante de la banca Médici florentina, la más grande de Europa por entonces.

O sea que la primera salida globalizadora a los océanos se hace desde el Mediterráneo con una Génova y una Florencia asociadas a Castilla y Portugal. A partir de ese proceso el océano Atlántico Norte se va a convertir en el escenario principal de la historia mundial. No va a ser más el Mediterráneo el protagonista. Quienes dominaban el Mediterráneo van a acompañar su desaparición, van a pasarle la posta a otros.

Desde hace cinco siglos, las potencias que controlan el Atlántico Norte han sido las potencias que controlaron la historia mundial. Las primeras potencias que dominaron el Atlántico Norte fueron Castilla y Portugal. Luego van a ser Holanda, Inglaterra y Francia, también lo intentará Alemania infructuosamente, y finalmente Estados Unidos. En cierto sentido, el Atlántico Norte fue el *mar universal*, porque ahí desembocaban todos los mares. Quien controlaba el Atlántico Norte controlaba el planeta.

EMERGENCIA DE ORIENTE

Sin embargo, en estos años ha ocurrido un acontecimiento sorprendente. Por debajo de la crisis de la URSS, en el instante en que Gorbachov comienza la *perestroika* y el *glasnost*, ya la historia mundial había salido del Atlántico Norte. El

centro mundial de intercambio económico comercial ya era, por primera vez, el océano Pacífico. Desde la década de 1980, el Atlántico Norte comienza a convertirse en una especie de Mediterráneo en relación al océano Pacífico. En el momento en que el conflicto con la URSS se dirime, con la OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte), como su epicentro –porque la batalla fundamental era por Europa– el escenario, subterráneamente, ya se había ido trasladando a otro espacio, el océano Pacífico, que es el lugar donde se va a jugar el destino de la historia universal en el siglo XXI. Estamos viviendo el aperitivo del siglo XXI; el nuevo esquema emergente es el aperitivo del siglo XXI, que se irá desplegando a lo largo de los años.

NACE EL MERCOSUR

En este marco aparece sorpresivamente, en 1991, en la «isla» de América del Sur, el Mercosur. Nadie le otorgó mucha importancia, porque Argentina estaba en una gran crisis económica, Brasil tenía una altísima inflación, y aunque seguía exportando mucho, estaba relativamente estancado con relación a la dinámica del «milagro» de años anteriores. Uruguay estaba estancado también, y Paraguay, aunque en forma ínfima, era el que se movía más.

Tan poca importancia se le adjudicó, que en estos cinco años vinieron economistas de Chile a decirnos que no pusiéramos ninguna esperanza en el Mercosur. Y el propio ministro de Relaciones Exteriores de Chile, José Miguel Insulza, afirmó hace poco que Chile no creyó inicialmente en el Mercosur. Hubo unos años de escepticismo natural. Pero sin embargo comenzó a generar una dinámica que, dentro de dimensiones muy inferiores a la eclosión asiática, al poder europeo y al NAFTA, se ha constituido en el cuarto grupo mundial emergente, con un proceso que, a pesar de sus contradicciones, ha hecho que, por ejemplo, las exportaciones de Argentina hacia Brasil, que antes de 1991 no llegaban a mil millones de dólares, este año se las estima que van a alcanzar los siete mil millones. O sea, en cinco años se han multiplicado siete veces, y el ritmo es posible que continúe. Y aquí, en la provincia de Mendoza, no sé cuántas veces han multiplicado sus exportaciones en estos últimos años, creo que más que el promedio de la Argentina hacia Brasil, según me han informado. O sea, que se están produciendo acontecimientos sin igual en nuestra historia anterior. Nunca hubo una situación semejante.

Porque además el proceso en que estamos inmersos es mucho más que la construcción de un gran mercado, es una confluencia de pueblos dentro de un mismo círculo cultural. De manera que cuando se dice, con aparente inocencia, se trata de «intercambio de bienes, servicios y personas», significa en realidad una enorme fusión de pueblos. Porque caen las paredes, y brasileños, argentinos, uruguayos, chilenos, bolivianos, vamos a circular como por nuestra casa. Y nuestros títulos profesionales van a servir en cualquier sitio del ámbito. Se está gestando una gi-

gantesca revolución cultural, algo que tantos pensadores de América —como los argentinos Manuel Ugarte, Alfredo Palacios, José Ingenieros— una pléyade múltiple, desde diferentes ángulos y posiciones, soñaron como una Patria Grande. Se está generando, en mi opinión, el tercer gran momento de América Latina, para mí, más importante que el de la independencia.

Ubicado el esquema de los tres megamercados y el *outsider* del Mercosur, vamos a intentar entender cómo es la estructura de América Latina, porque América Latina no es un bulto, es una estructura. Entonces, vamos a intentar dibujarla en forma bien simple para que se perciba nítidamente.

Brasil está en el centro de América del Sur. Si está en el centro de América del Sur, para pensarse a sí mismo necesita pensar su relación con toda su frontera. Si yo me pienso, me tengo que pensar desde mi relación inmediata con mis otros, mi prójimo; si no, no sé qué soy. Por eso, para Brasil, pensarse equivale a pensar el conjunto de América del Sur. Mientras que, si yo, por ejemplo, me pienso desde Chile, pensarme como chileno implica pensar mi relación con la Argentina, con Bolivia, con Perú. Pero no con toda América Latina, es demasiado lejano, se me va evaporando, no lo puedo pensar con claridad. Desde Argentina tampoco, es muy difícil pensar el conjunto. Pero un geopolítico brasileño mira necesariamente el conjunto de América del Sur. No de América Latina, de América del Sur.

Yo aprendí a partir de este análisis bien sencillo a través de uno de los fundadores de la geopolítica brasileña, el capitán Mario Travassos, quien publicó un libro en 1930, cuando comenzaba la revolución nacional y popular de Getulio Vargas —él integró el varguismo—, *Proyección continental de Brasil*¹⁷. En los términos en que lo decía recién, Travassos hizo aquí el intento de *ubicarse*, de *ubicar* a Brasil. No voy a seguir a ese libro en la breve explicación que voy a presentarles; solo asumo como punto de partida de nuestro propio esfuerzo de ubicación un análisis simple, lo más simple posible; las cosas, finalmente, son siempre simples, aunque llegar a ellas no sea una simplicidad.

Hay dos partes fundamentales de América Latina: el norte, que linda con Estados Unidos, constituido por México, Centroamérica y las Antillas. Ese es el primer «mundo» que se formó en América Latina. La otra parte es la isla continental de América del Sur. Vamos a ocuparnos de esta parte, nuestra ubicación básica.

¿Cuál es la estructura física fundamental de América del Sur? Porque somos animales terrestres, espaciotemporales, y la historia acaece en ámbitos espaciales, no sólo en la temporalidad. América del Sur es una masa continental isleña divi-

¹⁷ Travassos, M. (1935). *Projeção Continental do Brasil*. 2a ed. São Paulo: Companhia Editora Nacional. La primera edición, a la que alude Methol Ferré, apareció en 1930, bajo el nombre *Aspectos Geográficos Sul-Americanos*.

didada por la cordillera de los Andes, su gran divisoria de aguas. Sobre el Pacífico cae abruptamente, mientras que sobre el Atlántico cae a través de vastas planicies, dentro de las cuales existen dos grandes cuencas fluviales fundamentales, la del río Amazonas y la del río de la Plata (esta última constituida por la unión de los ríos Paraná, Paraguay y Uruguay). Están también la cuenca del río Orinoco en Venezuela, la del río San Francisco en el litoral brasileño, y la del río Magdalena en Colombia, pero no tienen la extensión ni la importancia de las dos fundamentales¹⁸. En el centro y este de la masa continental sudamericana se encuentra el Macizo de Brasilia, que determina si las aguas que descienden de los Andes terminan desembocando por la cuenca del Amazonas o por la cuenca del Plata.

Esta es la estructura física fundamental de América del Sur. Es importante agregar a esta descripción básica que el punto central de América del Sur es el desierto verde, una especie de Sahara verde, la zona ecuatorial dominada por el bosque tropical, en vastas áreas intransitable, que desarticula a América del Sur y en consecuencia desarticula también a América Latina.

No tomar como punto de partida a estos datos obvios ha llevado a innumerable gente a un complejo de inferioridad múltiple acerca de cómo otros se pueden unir y nosotros no. En fin, los vencidos suelen acumular muchas tonterías sobre sí mismos. La verdad es que mientras en Estados Unidos la mayor extensión de sus espacios continentales se ubica en la zona templada equivalente a la Europa occidental, la parte más ancha continental de América del Sur, todavía hoy, no es fluidamente transitable. Aunque el Amazonas es ampliamente navegable, y existan ya ciudades de gran tamaño como Manaus, y algunas más, todavía no hay tecnología suficiente como para emprender una ocupación en la escala que permita la intercomunicación a través de la Amazonia. La «Marcha al Oeste»¹⁹ brasileña se realiza en condiciones infinitamente más difíciles que su equivalente del norte.

Esto desarticula a América del Sur, y hace que su río fundamental, el río más navegable del mundo (el conquistador español Francisco de Orellana ya lo navegó en 1542, desde sus fuentes hasta su desembocadura), sirva para muy poco todavía. Por eso, el gran sistema de la zona templada de América del Sur es el sistema de la cuenca del Plata. Es el lugar donde se estrecha el continente, ya en zona subtropical y zona templada. Pero la cuenca del Amazonas, mucho mayor en extensión,

¹⁸ Poniendo en números la comparación propuesta por Methol Ferré, la extensión (en Km²) de cada una es la siguiente: Amazonas, 7.413.827; Plata, 3.100.000; Orinoco, 989.000; San Francisco, 640.000; Magdalena, 257.000.

¹⁹ Alusión al programa de ese nombre, lanzado por el presidente Getulio Vargas en 1939, y cuya inspiración y fundamentos fueron explicitados en el libro del poeta, ensayista y pensador brasileño Cassiano Ricardo: *Marcha para Oeste. A influência da bandeira na formação social e política do Brasil*, publicado en 1940.

es todavía la zona más deshabitada de América del Sur. Apenas está germinando. Es una zona del mundo todavía en desuso. Los grandes ríos articulan a las grandes zonas de un país. El Misisipi ha sido el corazón del desarrollo de Estados Unidos, y en un sólo día el Misisipi es recorrido por más barcos que en un año toda la cuenca del Plata. Porque hasta que no se desarrolle en gran escala el Mato Grosso, el departamento de Santa Cruz en Bolivia, y el Paraguay crezca, eso no va a cambiar.

Es importante, entonces, ubicar sobre estos esquemas iniciales, otro sobre la estructura básica del Imperio Español y del Imperio Lusitano. La estructura básica del Imperio Español en América tuvo dos centros, Lima en el Sur, epicentro de América del Sur, y México, el virreinato de México en el norte. Ambos centros contruidos sobre las altas culturas indígenas inca y azteca. En el siglo XVIII América del Sur se reorganiza en tres virreinos, con la creación de Nueva Granada al norte y del Río de la Plata al sur. Los cuatro núcleos del imperio español americano alcanzaron en conjunto una enorme extensión geográfica longitudinal.

Esta estructura hace que el lugar que articula el sur y el norte de América del Sur, en el ámbito hispano, sea Lima. Y el Imperio Portugués, que comenzó con el Tratado de Tordesillas, extendiéndose hasta un poco al sur de San Pablo, San Vicente, se fue expandiendo hacia el oeste. Mientras el Brasil portugués avanzó atravesando meridianos, la América castellana lo hizo atravesando paralelos.

Esta articulación del imperio español, si se analiza a la luz desde la división que estableció el Tratado de Tordesillas, resulta extraña. Porque era una articulación que tenía su principal puerto y nudo de comunicaciones (Lima) sobre el océano Pacífico, de modo que para alcanzar el centro metropolitano debía atravesar el Istmo y salir por el Caribe. La razón es que cuando se negoció el Tratado de Tordesillas, en 1494, entre castellanos y portugueses, se estableció una división abstracta. Nadie sabía muy bien en qué consistían los territorios que se estaban dividiendo, ni siquiera se sabía qué partes eran oceánicas y qué partes terrestres, o insulares, etc. El tratado precedente entre portugueses y castellanos, el Tratado de Alcabobas de 1479, había negociado una división cuya dirección era norte-sur, sobre las islas del atlántico y la costa atlántica africana. Sobre el oeste no se pactó nada porque todavía la navegación oceánica, la internación profunda en el Océano, no existía. El problema se suscita cuando Colón regresó de su primer viaje, generando de inmediato una disputa entre castellanos y portugueses, porque los portugueses interpretaban que todo lo que estuviera al sur de las Canarias, hacia el oeste, les pertenecía. Ante la dificultad de acordar recurrieron al arbitraje papal, y finalmente se resolvió la división en la dirección este-oeste, a través del meridiano que pasa 370 millas al oeste de las islas de Cabo Verde.

Este es el punto de partida de la ocupación gradual del Brasil. De modo que cuando Buenos Aires es refundada, en 1580, ya la costa brasileña estaba en plena expansión, a partir de la explotación de la caña y la producción de azúcar. Mientras

las costas brasileñas se poblaban de haciendas azucareras y convertían a Brasil en un gran exportador de azúcar, Buenos Aires era una pequeña aldea que no exportaba nada. Buenos Aires y su región era sólo la espalda del núcleo castellano en América, sobre el océano Pacífico. Los brasileños pudieron empujar la frontera de Tordesillas porque su posición, sobre la costa sudamericana del Atlántico, le daba una neta superioridad sobre la posición castellana, sobre la costa sudamericana del Pacífico. Por eso ganó sin dificultades la marcha hacia el centro de América del Sur. Desde Perú, la expansión castellana posible era hacia el sur y hacia el norte, siguiendo las mismas direcciones que había tenido la expansión incaica. Hacia el oeste los detenía la selva amazónica.

Esto explica por qué, así como desde el centro hispano americano de América del sur, Lima, se generó a Buenos Aires y a Bogotá, tres siglos más tarde la independencia, en América del Sur, se va a realizar a través de la marcha desde Caracas y Bogotá, desde el norte, sobre Lima, y de la marcha desde Argentina y Chile, desde el sur, sobre Lima. O sea, la convergencia de Simón Bolívar y José de San Martín termina en Lima, lo que había comenzado tres siglos antes desde Lima.

América Latina tiene dos rostros básicos: un rostro hispanoamericano, resultado del mestizaje original español con los pueblos indígenas americanos, de lengua castellana, y un rostro lusitano, Brasil. Esos son los dos rostros de América Latina. La distinción es importante para apreciar los alcances y profundidad de los distintos acuerdos que se vienen estableciendo en la región. En este sentido, el Pacto Andino es un pacto hispanoamericano, no latinoamericano; acontece en América Latina, pero no integra los dos elementos capitales que forman América Latina, que son Brasil e Hispanoamérica.

El Mercosur es latinoamericano porque integra los dos rostros básicos de América Latina. Por eso, me parece muy importante percibir la lógica en que se empieza a desarrollar el Mercosur. En la cuenca del Plata está la única frontera real, ya sea de acuerdos como de tensiones, en América del Sur. Porque en la cuenca del Plata ha estado la frontera histórica verdadera entre Portugal y Castilla, luego entre Brasil y Argentina, Paraguay y Uruguay. Allí han ocurrido, desde fines del siglo XVI, todos los acuerdos y todos los conflictos, entre las dos Coronas primero y entre sus estados sucesores después. Porque el resto de la frontera de Brasil con los otros sudamericanos (Bolivia, Perú, Colombia y Venezuela, porque ni con Chile ni con Ecuador tiene frontera) son fronteras abstractas, no históricas, corren sobre selvas y pantanos, aún hoy de complejísima transitabilidad. En todo caso, esa frontera va a convertirse en frontera histórica, real, de comunicación de pueblos y de economías, en los próximos cincuenta años. Hoy es apenas incipiente; es la frontera de la Amazonia, que no es la frontera fundamental de América Latina hoy. La única frontera «latinoamericana», en el sentido en el que lo estamos afirmando, es la frontera de Uruguay, las provincias argentinas de Corrientes y Misiones, Paraguay

y el departamento boliviano de Santa Cruz, con Brasil. Esa es la verdadera frontera «latinoamericana».

Todas estas precisiones son en un sentido obvias, pero me parece importante tenerlas explícita y conceptualmente claras. Porque lo obvio a veces se hace muy difícil de asumir y comprender porque se saltea su análisis, se lo da por innecesario. Entonces todo el mundo se confunde después. Nada más importante que enunciar con claridad y precisión las cosas verdaderamente obvias. Entonces, esa frontera viviente, desde el comienzo, tuvo dos polos básicos: la Argentina y Brasil. De hecho, cuando la Corona española decide constituir el virreinato del Río de la Plata, lo integra con la totalidad de los territorios que formaban la frontera viviente con Brasil.

LA FRONTERA DEL RÍO DE LA PLATA

Pero esos territorios no abarcaban sólo lo que es actualmente Argentina. El Virreinato del Río de la Plata comprendía también a Uruguay, Paraguay y Bolivia. La formación de Argentina como ente aparte, distinto de Uruguay, Paraguay, Bolivia, fue el resultado de la expulsión de las provincias del Uruguay, Paraguay y Bolivia por la política de Buenos Aires. Para decirlo estrictamente, una combinación de quienes dominaban el comercio de Buenos Aires, porteños e ingleses, para quitar del medio a Montevideo, el puerto alternativo a Buenos Aires, y por el que las provincias podían salir al Atlántico para su comercio. Los de Buenos Aires necesitaban convertir a la Argentina naciente en un embudo: todo lo que entrara y saliera estuviera obligado a pasar por el puerto de Buenos Aires. Por eso el Director Supremo Gervasio de Posadas le ofrece la independencia a José Artigas en 1814, pero éste la rechaza. Porque él estaba formando la Liga Federal, con las provincias argentinas del litoral, y con Córdoba. Artigas fue el primer jefe del Partido Federal, y era justamente el caudillo del territorio que estaba en posesión del puerto alternativo al de Buenos Aires. Por eso el interés porteño en la independencia uruguaya. Al año siguiente, el sucesor de Posadas en el Directorio, Carlos María de Alvear, vuelve a proponerle a Artigas la independencia sin éxito. El paso siguiente del partido porteño es coaligarse con los portugueses, que invaden el Uruguay creando la Provincia Cisplatina del Imperio portugués. Finalmente, todo culmina en la independencia, el arreglo anglo-porteño. Fue Uruguay aparte, porque ése era el objetivo central de Buenos Aires.

Entonces, la hegemonía y la formación de Argentina se hace expulsando a Uruguay, Paraguay y Bolivia. La frontera del Virreinato es expulsada por el Partido Unitario, por Bernardino Rivadavia y otros. Ese es el origen de una historia que reaparece hoy, porque resulta que el Mercosur nos reintegra, y hace que uruguayos, paraguayos y bolivianos tengamos que volver a recorrer el camino de nuestros

ancestros. De algún modo, el Mercosur empieza a reinventar una historia, vieja y añeja, que regresa, pero no de la misma forma, la historia nunca se repite igual.

El Mercosur pone punto final al divorcio metropolitano, transoceánico, de España y Portugal. Porque el Mercosur es el regreso de la frontera americana. Nuestros países han vivido en la tensión entre la *frontera oceánica*, que nos vinculó con los centros metropolitanos, y la *frontera interior*, americana. El Mercosur comienza a generar acontecimientos importantes en Uruguay, en el sur de Brasil, en Argentina, los va a producir en Chile; no podemos saber hoy hasta dónde van a llegar esos acontecimientos, pero que ya están en marcha. La mayor parte de la producción de la provincia de Mendoza –me han dicho que en pocos años pasaron de exportar 70 millones a exportar alrededor de 800 millones– va a Brasil, y casi nada pasa por Buenos Aires, va en camiones que ingresan a Brasil a través de los puentes sobre el río Uruguay, ya sea por Gualaguaychú, en la Provincia de Entre Ríos, o por Paso de los Libres, en la Provincia de Corrientes, o por Iguazú, el Provincia de Misiones. Es decir, no pasan más por Buenos Aires. Los cordobeses que quieren ir a Porto Alegre, en el sur de Brasil, tampoco pasan por Buenos Aires; los de la Provincia del Chaco tampoco pasan por Buenos Aires en su transporte con Brasil. Estando aquí en la ciudad de Mendoza, leía ayer que se van a abrir doce pasos a Chile a través de la cordillera de los Andes. Y un funcionario me decía, «Vamos a agujerear la Cordillera para que entren las inversiones extranjeras». Yo pensé, «Todo esto le hace perder fundamento económico al puerto de Buenos Aires». Porque todo lo que salga por los puentes sobre el río Uruguay, todo lo que salga por los pasos transandinos, está rompiendo, por fin, el antiguo embudo. Es decir, la Argentina está viviendo, con el Mercosur, una revolución interna.

En realidad, es la primera vez, en mi opinión, que se dan las condiciones objetivas para la victoria del federalismo sobre el unitarismo, que no había sido posible nunca, y que sólo empieza a ser posible por el Mercosur. Sin el Mercosur era imposible. Ya no son cosas retóricas. Son cosas reales: Las producciones y mercaderías de las provincias –como el ajo mendocino– ya no pasan por los vampiros del puerto de Buenos Aires; pasan por otros lados.

¿Qué le va a pasar a una gigantesca urbe que ya no va a cumplir las funciones que la condujeron a su maravilloso desarrollo? Es un sitio donde se concentra un país. Por supuesto Argentina no puede permitirse el lujo de perder un lugar de concentración de capital, de saber, de gente, tan intenso como Buenos Aires. Sería un lujo excesivo. Por eso en mi opinión es fundamental que se haga la carretera que conecte a Buenos Aires con San Pablo.

Se atribuye a André Malraux, luego de su visita a la Argentina en 1964 –como parte de la comitiva del Presidente De Gaulle– haber dicho de Buenos Aires que era la capital de un imperio imaginario. Muchas veces he pensado que ese es el secreto de Buenos Aires, es una urbe fantástica. Las primeras veces que recorrí Europa no

encontraba ninguna ciudad equivalente a Buenos Aires, ni París. Es una ciudad como hay pocas en el mundo. Pero cuando uno aprecia una ciudad semejante, París, por ejemplo, piensa que para que fuera lo que es tuvieron que pasar Juana de Arco, Luis XIV, Napoleón, Racine, Corneille... hubo sangre, historia, dos mil años de historia, desde la aldea inicial. En cambio, en Buenos Aires hubo el aberdeen-angus y algún compadrito, buen gusto para contratar arquitectos italianos, franceses, etc. Quiero decir, Buenos Aires no es hija de una historia impresionante, el fondo de su carácter maravilloso ha sido la riqueza ganadera.

EL ROL DE LA ARGENTINA

Me parece que otro elemento de este ejercicio de ubicación es el análisis de los ritmos de la historia argentina. Yo, como argentino oriental²⁰, he ido entendiendo a mi país en la medida en que he ido entendiendo la historia de la Argentina en su conjunto. Me parece que hay tres etapas básicas de la historia argentina. Hay una primera fase que es la Argentina liberal, agroexportadora y de la inmigración; la Argentina de la Constitución de 1853. Allí se empieza a formar lo que hoy se llama Argentina, y que tiene su apogeo durante los fastos del Centenario, en torno a 1910.

Argentina sufre una crisis radical con la crisis mundial de 1929, que inicia una segunda etapa. La crisis del 29 va a suscitar, entre tantas cosas, el inicio de la retracción del imperio inglés. En la Conferencia Económica del Imperio Británico, conocida como Conferencia de Ottawa, de 1932, se creó un sistema proteccionista de preferencias comerciales entre Gran Bretaña y los miembros de la *Commonwealth*, que afectó directamente a Argentina y Uruguay. Es la época del pacto Roca-Runciman, y también del intento de trascender la economía agroexportadora y comenzar un proceso de industrialización por sustitución de exportaciones. Este proceso se acelera hacia fines de la década con la ausencia de los centros metropolitanos durante la Segunda Guerra Mundial. Se cortan los abastecimientos de productos industriales, y ello estimula aún más la industrialización. Los hombres más representativos de ese intento fueron Juan Domingo Perón y Arturo Frondizi. Ese intento, en mi opinión, ha terminado fracasando radicalmente. Aún pervive

²⁰ La expresión «argentino oriental» fue usada por Methol Ferré, aludiendo no sólo al origen común de ambos Estados, Uruguay y Argentina, en el Virreinato del Río de la Plata, sino a que la proclama que hizo imprimir y distribuir José Antonio Lavalleja, al ingresar al Uruguay desde Argentina para el inicio de la campaña para recuperarlo de la dominación brasileña, en 1825, está dirigida a los «argentinos orientales».

en el sueño de personas como Rogelio Frigerio²¹, que es el «último mohicano» de la Argentina potencia. Yo lo conocí a Frigerio hace años, y le tengo estima, pero él cree que la Argentina se puede industrializar sola, para luego integrarse al mundo; y este último medio siglo ha demostrado que eso no es un camino viable, fracasaron todos. Y Argentina terminó destruida en los últimos 45 años. Terminó con un ejército destruido, con una generación liquidada, media generación de muchachos liquidada. Ya no se podía repetir el éxito de «mi hijo el doctor»²², de 60 años antes, y muchísimos jóvenes ya no tenían futuro sino el de empleados de un Estado benefactor, cada vez más ineficiente. Proceso que terminó con la desindustrialización completa con Martínez de Hoz²³, al segundo año de cuya gestión la Argentina dejó de ser el principal exportador industrial latinoamericano, para ser sustituido por Brasil. El desmonte industrial, la gigantesca deuda externa y la hiperinflación final liquidó toda la estructura del Estado benefactor.

Argentina se encontraba, al fin de la dictadura militar, en 1983, a fojas cero. En ese contexto se inicia una tercera etapa de la historia argentina. Acontece el encuentro de los presidentes Raúl Alfonsín y José Sarney, en 1985, en Foz de Iguazú, que inicia un diálogo que culminó tres años después en el Tratado de Integración, Cooperación y Desarrollo, firmado en Buenos Aires el 29 de noviembre de 1988. El objetivo del Tratado fue la creación de un espacio económico común entre los dos países. Así comenzó la nueva etapa de integración argentino-brasileña, que los presidentes Carlos Menem y Alberto Collor de Melo, en julio de 1990, decidieron acelerar, planteando llegar, en cinco años, al mercado común, a través de un proceso de reducción y eliminación de las tarifas aduaneras automático, semestral y continuo.

A partir de esos acuerdos se genera el Mercosur, a través del Tratado de Asunción, en 1991, por el que Paraguay y Uruguay se unen al proceso de construcción del espacio económico común argentino-brasileño.

En este proceso estamos. Pero es importante prestar atención a que Argentina está abocada no sólo a transformaciones en su relación con Brasil, sino a la transformación de toda su estructura interna. Porque la dirección de esta transformación no se agota en la nueva relación con Brasil, que como hemos visto, ya de por sí está modificando esa estructura histórica y geográfica de la Argentina como «embudo» con salida por Buenos Aires. Hay otra dirección fundamental, que es hacia

²¹ Rogelio Frigerio (1914-2006) fue empresario, político y periodista, y uno de los principales promotores (desde su rol durante el gobierno de Arturo Frondizi, (1958-1962) y voceros (a través del semanario *Qué*), del desarrollismo en Argentina.

²² Alusión a la obra del dramaturgo uruguayo Florencio Sánchez *M'hijo el doctor* (1903), que describe el ascenso social dentro de familias de inmigrantes.

²³ Ministro de Economía argentino durante la dictadura cívico-militar de 1976-1983.

el océano Pacífico. Porque Brasil contó con la superioridad, dentro de América del Sur, de tener el control de la costa del Atlántico sur, al estar sus puertos mucho más cerca de Europa.

Esta situación varía ahora, porque el escenario fundamental de la historia que se abre, que ya está abierto, como decíamos, no es más el océano Atlántico Norte sino el océano Pacífico. Eso hace que Argentina tenga que vivir una oscilación, entre Brasil por un lado y el océano Pacífico por el otro. Y desde esta perspectiva, la ubicación de la provincia de Mendoza significa mucho. Ahí está el rol de renacimiento de la frontera viviente con Chile, que no es sólo con Chile, sino con el océano Pacífico. Es por lo tanto con Hong Kong, con Filipinas, con Corea, con Japón, con China, el sitio de más alta tasa de crecimiento mundial en el próximo medio siglo.

Hoy, casi el 90% de las inversiones de Chile en el exterior vienen para Argentina; es un proceso que a largo plazo significa «chilenizar» Argentina y «argentinar» Chile. Bienvenido que sea así. Y la provincia de Mendoza, que en la Argentina «embudo» a Buenos Aires estaba en el fondo de la frontera, ahora está en la primera línea hacia el Pacífico. O sea, Mendoza se encuentra obligada a repensarse en el mundo del Mercosur, ubicando al Mercosur en la lógica de la aldea global, mirando con un ojo hacia Brasil y con otro ojo al océano Pacífico. Inusitadamente, la historia pone tareas y perspectivas que no teníamos desde hacía muchas décadas.

Y este proceso no es sólo económico. Porque están de por medio un sinfín de cuestiones educativas y culturales. En este campo se ha empezado a conversar de las cosas más urgentes, inmediatas. Por ejemplo, la validación de los títulos profesionales en toda el área, hacer distintos tipos de ensamble en los módulos básicos de los estudios primarios y secundarios, cómo hacer textos en los que la presencia del resto de la región esté desde el comienzo en la educación de los niños. No es posible que un niño uruguayo sea educado hoy como lo fui yo, cuando el horizonte era el Uruguay, y más allá todo eran espacios en blanco, de los que no sabíamos absolutamente nada. Sabíamos más de París que de aquellos lugares a donde podíamos ir en ómnibus. Hay ya esfuerzos múltiples, a todos los niveles educativos. Empieza a ver encuentros de universidades, encuentros de ciudades fronterizas, encuentros empresariales. Sé que acaba de terminar una reunión del sector vitivinícola mendocino con empresarios brasileños: eso hace cinco años no se lo hubiera imaginado nadie. En Argentina se han instalado unas 170 empresas brasileñas, que han formado el Grupo Brasil, y es interesante ver cómo está presente dentro del Grupo la inquietud por el mayor y mejor conocimiento recíproco, que incluye necesariamente asuntos educativos y culturales.

Otra dimensión de este cambio son las nuevas perspectivas, para el Mercosur y para toda América del Sur, que tienen las relaciones con Europa. Estamos ante la primera ruptura orgánica del panamericanismo. El apogeo del panamericanismo comenzó en los años 40, con la Segunda Guerra Mundial y la correlativa retirada

y ausencia de Europa en América del Sur. Eso permitió la expansión de Estados Unidos y el afianzamiento de su hegemonía a través del panamericanismo, que culminó en el Pacto de Bogotá y la fundación de la Organización de Estados Americanos en 1948 y en un acuerdo militar, el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca, en 1947. Una de las cosas que se cayó con el Muro de Berlín fue el panamericanismo, que fue más un instrumento de control geopolítico, en la lucha mundial con la URSS, que de integración económica con Estados Unidos.

El hecho de que Europa, sin consultar a Estados Unidos, y antes de que Estados Unidos propusiera una zona de libre comercio común, impulsara el Acuerdo-Marco de Cooperación Mercosur-UE, en diciembre de 1995, señala la ruptura más radical con los esquemas del panamericanismo. Esquemas desde los cuales la historia de América Latina ha tenido que interpretarse durante 50 años, entre 1940 y 1989/90. Ese ciclo de 50 años, en mi opinión, se ha terminado.

IV. IV. EL MERCOSUR EN ALTAMAR²⁴

ANTE TODO, el Mercosur es hijo de la decisión política de Brasil y Argentina. Decisión que comienza a desencadenar, a gran velocidad, nuevas series de decisiones, antes imprevisibles, que exigen a la vez nueva inventiva y nueva reafirmación de la decisión política originaria, en nuevas dimensiones de profundidad. El Mercosur, a cada paso, requiere proseguir en la espiral de su profundización, cada vez más y de modo inédito, es decir, sorprendente. ¿Hasta dónde llegaremos?

O crece, o muere. Y ya estamos en altamar, ingresando a la política mundial. Siempre es así. Al dirimirse una contienda mundial, se genera enseguida la exigencia de una reorganización del escenario, pues se precipitan, surgen y se manifiestan nuevas relaciones, que antes caminaban por las márgenes. Y se necesitan nuevas institucionalizaciones a nivel mundial. El primer escenario virtualmente ecuménico se organizó desde Europa: fue el Congreso de Viena en 1815. En nuestro siglo xx, la Primera Guerra Mundial desembocó en la Sociedad de las Naciones (1919) encabezada aún por los imperios en decadencia de Gran Bretaña y Francia. Luego de la Segunda Guerra Mundial, se crearon las Naciones Unidas, en 1945. Ahora, tras el término de la tercera guerra mundial, que hemos llamado la Guerra Fría, en 1989, las Naciones Unidas deben comenzar a reestructurarse, para reflejar con realismo el nuevo escenario emergente. Ya hubo una reorganización trascendente, pues el GATT se transformó, en la posguerra fría, en la Organización Mundial del Comercio. El Mercosur es también una reorganización, es parte del proceso desencadenado por el fin de la Guerra Fría. Un nuevo fruto, reciente, pero de bases antiguas; en rigor, las más antiguas de América Latina.

Altamar es la reorganización del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Desde hace por lo menos dos años, Estados Unidos promueve la redefinición del

²⁴ Publicado en *Cuadernos de Marcha*, Segunda época, 131, septiembre de 1997. Archivo Methol Ferré, 2.1.1.1.C5.CA2.5. Edición en base a dos copias con notas manuscritas de AMF en tinta negra.

actual sistema de seguridad mundial, que se expresa en el Consejo de Seguridad. Asunto importante y delicado. Requiere realismo y flexibilidad, pues estamos al comienzo de la configuración del nuevo escenario mundial que dará sus perfiles a la primera mitad del siglo XXI. Quizá decir «primera mitad» del siglo XXI sea demasiado. En el Consejo de Seguridad actual, la Unión Europea tiene a Gran Bretaña y Francia. Ahora se quiere abrir paso a Alemania. El poderoso continente asiático, tiene a China, ahora se abriría la puerta a Japón y a la India, ésta última como representante de la región emergente. Además, ingresarían dos nuevas regiones de modo permanente: África y América Latina. En África la representación oscila entre Nigeria y Sudáfrica. En América Latina, Brasil aspira a ese cargo hace tiempo, y aunque no ha formalizado su candidatura, la insinuó en 1994, en la Asamblea General de la ONU.

Y aquí surgió el problema. El problema fue un escándalo, una aparente piedra en el camino, que se planteó en ocasión de la XI Cumbre de Jefes de Estado y de gobierno del Grupo de Río, realizada en Asunción del Paraguay el 22 y 23 de agosto de 1996, a raíz de una declaración del presidente argentino Carlos Menem, cinco días antes, al diario *O Estado de São Paulo*. La declaración levantó una gran polvareda y pareció estallar la mayor crisis política del Mercosur, justamente en su ingreso a la política mundial. ¿Inmadurez? Subir escalones agrava los peligros y las responsabilidades. Ahora que el primer ruido pasó, y el Mercosur fue reafirmado conjuntamente por los presidentes Fernando Henrique Cardoso y Carlos Menem, conviene una recapitulación que permita un tranquilo esclarecimiento de la cuestión, que aún no ha terminado ni mucho menos, y que sólo una verdadera maduración pública en nuestros pueblos latinoamericanos puede resolver bien.

Conviene también deslindar otro asunto que se mezcló con el escándalo, multiplicando sus ecos: el reconocimiento que Estados Unidos, país-eje del actual sistema mundial, hizo de la Argentina como «aliado extra-OTAN». Esto abrió otro frente, que involucró a Chile, y complicó las interpretaciones acerca de la política norteamericana en América Latina. Aunque pueda tener conexiones con la cuestión del Consejo de Seguridad, es útil separarlos metodológicamente, para tratarlos más limpiamente y ver mejor, incluso, esas conexiones posibles. Pero no lo consideraremos. Requiere un replanteo de la cuestión militar en América del Sur. Y además, ahora, es asunto secundario.

Vamos entonces al análisis. Dijo Menem textualmente: «Sé que el tema (la ampliación del Consejo de Seguridad) va a ser discutido en Asunción porque habría intención de Brasil de candidatearse como miembro permanente, y eso quebraría el equilibrio que tenemos hoy en la región». La declaración suscitó un alud de malos entendidos y actitudes diversas. Por ejemplo, el presidente del senado brasileño, el oficialista Carlos Magalhaes, sostuvo: «Hay que trabajar más para forzar a la Argentina a reconocer a Brasil ese lugar en el Consejo de Seguridad de la ONU».

El ex presidente José Sarney afirmó, por su parte, que Menem era un «inocente útil», utilizado por Estados Unidos para desestabilizar el Mercosur. En cambio, el diputado federal y ex ministro de Hacienda Antônio Delfim Netto declaró: «Tener o no tener un asiento en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas es algo muy menor para crear problemas entre los países del Cono Sur».

DIVERGENCIA Y CAMINO DE SALIDA

¿Cuál es el fondo de la divergencia? Hay dos enfoques posibles.

1. Brasil puede verse como «candidato natural», por sí mismo, por su importancia en el mundo. La posición de Brasil se expresó así en su más alta autoridad: «El Consejo de Seguridad no es un tema del Grupo de Río, ni del Mercosur, ni de Latinoamérica. Es un tema global». Con lo que aparecía como la hipótesis máxima de Itamaratí: ir a la votación de la Asamblea General de la ONU, pero sin pasar por el consenso de América Latina. Era Brasil y el Mundo, no Brasil y América Latina. Sería la tesis de un nacionalismo exclusivamente brasileño. No sería la tesis de un nacionalismo brasileño latinoamericanista. Y, desde el ángulo de América Latina, sería efectivamente «desequilibrante».
2. La otra tesis es que el candidato lo es por la región; en este caso, por América Latina. Al hablarse de «representación regional», surgió lógicamente la idea de una posible rotatividad, en los casos de Asia, África y América Latina. Puede haber un cargo permanente, pero ocupado de modo rotativo, a través de un consenso renovado de cada región. Podría haber una reelección continua, si así lo fueran queriendo.

A esa idea de rotatividad adhirió Argentina, y se lo había comunicado al Brasil de modo reservado. La idea de la rotatividad abre espacio para una rotación entre Brasil, México y Argentina. Es la tesis de México. Este segundo enfoque es más complejo que el primero; América Latina es más compleja que Brasil solo. De hecho, hay dos rostros en América Latina: el castellano-mestizo y el luso-mestizo. El Brasil es la mayor potencia de América Latina, pero el rostro hispanoamericano es más extenso, más poblado y con más recursos, tomado en el conjunto. Y de modo apreciable. ¿Brasil puede representar a toda Hispanoamérica? Sin duda, en la medida que Brasil se *latinoamericanice*, se identifique con el otro rostro. ¿Puede México o Argentina representar el Brasil? Sin duda, en la medida que ellos se *latinoamericanicen*. Hace muchos años escribí que nuestro destino era abrasileñarnos, y el de ellos hispanoamericanizarse. ¿Hemos madurado lo suficiente? Estamos en camino, pero aún en transición. Una rotación, en una perspectiva latinoamericanista, es una solución más flexible y más justa, más representativa. Por ejemplo, pueden ser

representativos de América Latina sus dos mitades básicas, respectivamente. Por ejemplo, dos años Brasil, un año México, otro año Argentina.

Creo que este segundo enfoque es el más latinoamericano. Ir mitad y mitad cada uno de los dos rostros de América Latina, hasta que el movimiento mismo de la historia, el proceso integrativo que vivimos haga lo mismo ser de una mitad o de la otra. La declaración de Cardoso y Menem, en el seno del Grupo de Río, fue altamente significativa y reconfortante. América Latina somos dos en uno. Pedimos, así juntos, dos cargos permanentes. Luego se negociará y se verá. Pero se asienta el principio fraterno de dos en uno. Las dos mitades de uno. Brasil admitió el consenso «latinoamericano», Brasil y Argentina reafirmaron que el Mercosur es lo principal, y por ende América Latina en el Mercosur.

Todos tenemos que superar los nacionalismos exclusivos en que nos hemos formado, para pasar a los nacionalismos inclusivos de América Latina en América del Sur. En la misma cumbre de Asunción se dio el paso, en reunión de cancilleres de la Comunidad Andina y el Mercosur, de esforzarse en poder lanzar, en enero de 1998, la zona de libre comercio entre la Comunidad Andina y el Mercosur. América Latina se profundiza en América del Sur.

De tal modo, las declaraciones públicas de Menem, tan controvertidas, hicieron un gran bien. Descartaron el primer enfoque, reubicaron a Brasil a la cabeza (o las tres cabezas) del cuerpo latinoamericano. Impidieron que el país principal se encerrara en sí mismo, sin contar con los demás. No asustarse, pues es una tentación, que, de diferentes formas, todavía tenemos todos. Que nadie tire la primera piedra, y que sea lección de hermandad común del destino. Ingresamos juntos en la política mundial, no separados. Es la gran lección del Grupo de Río en Asunción, de Brasil y Argentina.

MERCOSUR POLÍTICO

El Mercosur nació con el objetivo de un mercado común. Su columna vertebral es la alianza estratégica que ha ido creciendo entre Brasil y Argentina. Aunque el Mercosur aparece como un acontecimiento primordialmente económico, es hijo ante todo de decisiones políticas. De decisiones políticas para la economía. En realidad, todos sabemos que implica mucho más. La economía es política y ambas son cultura. Y es así que ahora el Mercosur revierte sobre la política, y pasa a ser Mercosur político. Una circularidad necesaria, pero que conviene se exprese y desarrolle abiertamente. Si la política genera al Mercosur, éste a su vez genera nueva conjugación política.

De tal modo, siguiendo la Declaración de los Presidentes del Mercosur en San Luis (1996) sobre el Diálogo Político, en la última cumbre del Mercosur en Asun-

ción, el 17 de junio de 1997, los cuatro países miembros dieron un nuevo paso de gran importancia, cualitativamente más hondo²⁵. En efecto: «decididos a fortalecer la identidad del Mercosur en el ámbito internacional» y «convencidos de que el desarrollo del proceso de integración y de su profundización tiene una dimensión política creciente, que requiere acciones coordinadas y sistematizadas de las instituciones involucradas en este proceso» resolvieron que «el Mecanismo de Consulta y Concertación Política del Mercosur buscará articular, en el ámbito de sus propósitos, las acciones necesarias para ampliar y sistematizar la cooperación política entre las partes, entendida como aquella cooperación referida a todos los campos que no formen parte de la agenda económica y comercial de la integración». Además, se decidió incorporar a Chile y Bolivia al Mecanismo de Consulta y Concertación Política del Mercosur, que ya empezó a funcionar. La alianza estratégica Argentina-Brasil se hace más abarcadora.

Y fue en tales circunstancias que estalló la primera crisis política importante entre Argentina y Brasil, por las antes mencionadas declaraciones de Carlos Menem, referidas a la participación de América Latina y el Caribe en la elección de un representante regional en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. A lo que se sumó la declaración estadounidense de Argentina como aliado de la OTAN, lo que conmovió a Chile. El Mercosur Político nació con la negociación en bloque en torno a la iniciativa estadounidense del ALCA (Alianza de Libre Comercio de las Américas), pero se formalizó más tarde. Luego de la inauguración formal del Mercosur político, su primer paso parecía su primer tropezón. Pero Menem supo encauzar las cosas a su escenario natural, el Grupo de Río. Aunque no era necesario que el Grupo de Río se pronunciara sobre el caso. El Mercosur Político se liga íntimamente a la América Latina «política», que es justamente el Grupo de Río.

El Mercosur Político aparece como subregión de la Concertación Política Latinoamericana, que es el Grupo de Río, que se reunía también en la ciudad de Asunción el 23 y 24 de agosto. Esa crisis de Mercosur político involucraba esencialmente al Grupo de Río. Era también una crisis del Grupo de Río. Es que los dos entran en altamar. Y esto no se hace sin la educación de las tormentas. Para mostrar eso, basta un solo indicio. El embajador estadounidense ante las Naciones Unidas expresó la posición de su país ante la cuestión de la ampliación del Consejo de Seguridad: «Los nuevos miembros serán cinco y no más de cinco: Japón, Alemania y un país de África, Asia y Latinoamérica». «Deberán ser tres los países que

²⁵ El proceso de conformación del Mecanismo de Consulta y Concertación Política del Mercosur tuvo varias instancias en el tiempo, involucrando distintos niveles de decisión, ya sean reuniones del Consejo del Mercosur, cumbres presidenciales, etc. La documentación correspondiente, incluyendo naturalmente la citada por Methol Ferré, puede consultarse en el sitio del Mercosur, <https://www.mercosur.int/documentos-y-normativa/tratados/>. (Consultado: 01/03/2024).

representen a África, Asia y Latinoamérica, y no vamos a ser nosotros los que los designemos, ni siquiera nos importa si los nombrados van a ser miembros permanentes o representantes bajo un sistema rotativo, porque esas decisiones deben ser tomadas en cada región». Estados Unidos sostiene así que las características y modo de elección de los representantes de Asia, África y América Latina, son exclusividad de cada región. Y esto implicaría que el escenario natural de tales decisiones, entre nosotros, sea finalmente el Grupo de Río.

Se hace indispensable detenernos un poco a examinar el significado del Grupo de Río, pues nuestra opinión pública, peloteada por tantas siglas internacionales, y saltando de Cumbre en Cumbre de las más variadas índoles, no atina a percibir claramente qué es el Grupo de Río. No entiende todavía su extraordinaria verdad.

SIGNIFICADO DEL GRUPO DE RÍO²⁶

El Grupo de Río nació paulatinamente, como aparente derivación secundaria de un gran conflicto en América Central, y se fue gestando un poco informalmente, como en las márgenes. Su itinerario ha sido modesto, poco ruidoso, pero creciente y representativo del conjunto de América Latina y el Caribe desde 1990. Es en esta década que alcanza la estatura requerida. No es casualidad. Diría Lester Thurow²⁷ que, con el fin de la tercera guerra mundial se manifiestan desplazamientos, antes invisibles, de placas continentales; se trata de una nueva situación histórica de «equilibrio interrumpido», con nuevas fluctuaciones y emergencias antes inesperadas. Está naciendo un nuevo juego mundial, con nuevas reglas que exigen nuevas estrategias para prosperar. Y al Grupo de Río le espera un nuevo protagonismo. El nuevo protagonismo de América Latina. Y, dentro de aquel, al Mercosur Político.

Veamos someramente el itinerario. Los orígenes del Grupo de Río se remontan a la última década de la Guerra Fría, los años 80. En 1982, en la guerra de las Malvinas contra los restos del colonialismo inglés, América Latina fue solidaria con los derechos de Argentina. Los Estados Unidos, a las finales, dio apoyo logístico e informativo a las fuerzas armadas inglesas. La sociedad con la OTAN ahogó a la Doctrina Monroe y al TIAR (Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca) tratado militar hemisférico, en el Atlántico Sur. Por eso Estados Unidos no pudo contar con América Latina para intervenir en los conflictos de Nicaragua y El Salvador. Quedó solo. Así, apareció en 1983 el grupo de Contadora (isla panameña donde se

²⁶ En la XXI Reunión del Grupo de Río, celebrada en México en febrero de 2010, se resolvió la creación de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC) como entidad sucesora del Grupo de Río.

²⁷ Thurow, L. (1996). *El futuro del capitalismo*. Buenos Aires: Javier Vergara. (AMF)

realizó la reunión) donde los Estados latinoamericanos vecinos trataron de mediar, ante la polarización del conflicto, de profundas raíces sociales y económicas, en el contexto de la guerra fría. Eran los países limítrofes (México, Venezuela, Colombia y Panamá). Poco tiempo después, Brasil y Argentina (ya en pleno proceso de democratización), con Perú y Uruguay, formaron el «Grupo de Apoyo a Contadora». Más tarde, en la ciudad de Río de Janeiro, el 18 de diciembre de 1986 se fusionaron los dos grupos y se hizo la «Declaración de Río de Janeiro», donde se instaura entre esos países un mecanismo permanente de consulta y concertación política.

Es una organización sin funcionarios permanentes, ni estatutos, ni reglamentos. Sólo tiene una secretaría *pro tempore* (coordinación anual) que presiden tres cancilleres: uno del país que ocupa la secretaría, otro del saliente, y otro del que será el año siguiente. De tal modo, se mantiene la continuidad. Esta levedad no le impidió una intensa actividad. Se efectuaron once Cumbres Presidenciales: México (1987), Uruguay (1988), Venezuela (1990), Colombia (1991), Argentina (1992), Chile (1993), Brasil (1994), Ecuador (1995), Bolivia (1996) y en Paraguay (1997). Dijimos que en 1990 alcanzó su estatura: el Grupo de Río quedó configurado por 14 países latinoamericanos (los de América del Sur con Panamá y México, más dos países que representan rotativamente a los grupos regionales de Centroamérica y el Caribe: para 1997 fueron Honduras y Guyana).

En su última reunión de Asunción, el Grupo de Río reiteró sus objetivos de «defender la democracia representativa y de construir un proyecto conjunto, fundado en la cooperación y la integración». Los presidentes hicieron el reconocimiento «al valioso aporte del Grupo de Río como mecanismo más representativo de consulta y concertación política de la Región, así como un interlocutor privilegiado de América Latina y el Caribe frente a otras regiones y países». El grupo tiene ya perfiles definidos. Entró un poco por la puerta trasera de la historia, pero ya navega a plena luz. No hay otro lugar para dirimir la cuestión regional del Consejo de Seguridad de la ONU que el Grupo de Río. Este ya es el interlocutor propiamente latinoamericano ante Naciones Unidas, la OEA, la Unión Europea, Japón, China, Rusia, etc. Comienza, poco a poco, a reunir, en conexión con su eje político, instituciones latinoamericanas dispersas, al requerir la asesoría de la ALADI y del SELA, y en relación con el Parlamento Latinoamericano, que quiere una Comunidad de Naciones latinoamericana. Una breve acotación paralela. Poco antes de la mencionada reunión de Asunción hubo una declaración conjunta en San Antonio de los Altos (Venezuela), el 30 de julio de 1997, en la que representantes del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM), del Parlamento Latinoamericano (PARLATINO) y la Central Latinoamericana de Trabajadores (CLAT), hacia la concreción de una Comunidad Latinoamericana de Naciones. Se dirigen a la VII Cumbre Iberoamericana a realizarse en noviembre en Margarita (Venezuela). Podrían hacerlo también con el Grupo de Río.

Creemos que el Mercosur Político será el mayor dinamizador del Grupo de Río, órgano de América Latina y el Caribe. Decimos «mayor», no por cierto el único, pues está la Comunidad Andina, también en América del Sur, y, además, México, Centroamérica y el Caribe; tal es la composición básica de América Latina y el Caribe.

¿Y por qué sostuvimos que el Grupo de Río era una novedad extraordinaria? Una novedad todavía no percibida claramente. El Grupo de Río reinicia una tradición latinoamericana interrumpida. En 1826 hubo el primer Congreso hispanoamericano en Panamá, convocado por Bolívar. Brasil no fue invitado por Bolívar, aunque sí por Francisco de Paula Santander, por entonces vicepresidente de Colombia, pero Brasil no concurrió. Bolívar no quiso invitarlo porque era el tiempo de la guerra de Brasil con las Provincias Unidas del Río de la Plata, que culminaría en la independencia del Uruguay. Luego hubo otros Congresos latinoamericanos en el siglo XIX: el de Lima de 1847, el de Santiago de Chile de 1856 y el de Lima de 1864. Desde entonces quedaron en suspenso. Y en 1889-90 se iniciaron las conferencias hemisféricas panamericanas, que ocupan casi todo el siglo XX, con su culminación en la OEA (Organización de Estados Americanos). Ahora, con el Grupo de Río, resurge la tradición política latinoamericanista iniciada por Bolívar. Un renacimiento que comienza en las márgenes de una OEA cada vez más parálitica y exangüe. Ésta sólo podrá revivir con un ALCA exitoso. El latinoamericanismo había recommenzado su articulación integrativa en el orden económico, desde los años 60. Pero con el Grupo de Río la integración empieza a profundizarse, incluyendo la dimensión política. Bienvenido este nuevo tiempo latinoamericano emergente. ¿Asomamos realmente, por nosotros mismos, a altamar?

IV. V. LA INTEGRACIÓN DE AMÉRICA EN EL PENSAMIENTO DE PERÓN²⁸

ESTE HA SIDO, para mí, uno de los temas esenciales, si no el esencial, de mi vida intelectual y personal. Tengo un vínculo personal con un discurso de Perón, del año 1953, que definió todas mis perspectivas político-intelectuales²⁹. Por eso el tema de la integración no es para mí una mera reflexión académica, sino que involucra la percepción y la comprensión de mi propio país. En el fondo, uno es hijo de sus primeros amores. Los primeros amores no se dejan nunca, y en la vida política ocurre lo mismo. Mis primeros amores en la vida política, allá por el año 1945, cuando me empezaba a asomar a la vida pública, fueron dos: el doctor Luis Alberto Herrera en Uruguay y el coronel Juan Domingo Perón en Argentina. Y fue allí donde comencé el aprendizaje de la historia rioplatense, más que del Uruguay solo, o de la Argentina sola. En octubre de 1995, en el cincuenta aniversario del 17 de octubre de 1945, tuve el honor de ser invitado a dar una conferencia sobre ese discurso de Perón de 1953, donde él definió las ideas fundamentales de su política exterior, y de su comprensión de los vínculos entre Argentina y Brasil, y su importancia con relación a América Latina³⁰.

Aquella conferencia fue hecha por un Perón con una enorme angustia; está atravesada por una sensación de fracaso en la tarea esencial que se había propuesto, que

²⁸ Conferencia pronunciada en el Archivo General de la Nación, Buenos Aires, el 22 de agosto de 1996. Publicado en *Desmemoria. Revista de Historia*, Año 4, 13/14, diciembre de 1996/mayo de 1997.

²⁹ Se trata de la conferencia pronunciada por Perón en la Escuela Superior de Guerra, Buenos Aires, el 11 de noviembre de 1953. En el texto se alude a diferentes ediciones, cuyas referencias se indican en cada caso. Hay más información sobre este discurso en el subtítulo *Un discurso visionario de 1953*, del artículo «El Mercosur, acontecimiento fundamental para América Latina», en este mismo volumen.

³⁰ Methol Ferré, A. (1995). Perón y la novedad de la alianza argentino-brasileña. Primera parte. *Cuadernos de Marcha*, Tercera época, diciembre, pp. 23-26 (segunda parte, enero de 1996). Archivo Methol Ferré 2.1.1.1.C4.CA5.14. También en: Methol Ferré, A. (2000). *Perón y la alianza argentino-brasileña*. Córdoba (Arg.): Ediciones del Corredor Austral, pp. 7-26.

era la unidad argentino-brasileña, como condición de una dinámica unificadora de América del Sur. Esta ha sido, para mí, la originalidad fundamental de Perón, al punto que he afirmado que con Perón se ha iniciado la política latinoamericana³¹. Es decir, es el primer creador y formulador de lo que se podría llamar una política *latinoamericana*. Porque pocas veces hubo una política latinoamericana propiamente dicha.

América Latina está dividida en dos grandes espacios. El primero es su extremo norte: México, el Caribe y América Central. Allí está la potencia hispanoamericana más importante: México, con una población actual de casi cien millones de habitantes³². Y era ya lo más importante en el comienzo de la conquista española y en la génesis de América Latina.

El segundo es el núcleo básico de América Latina, la Isla Sudamericana, lo más importante de América Latina. México, en consecuencia, está relativamente excéntrico con relación a la zona de decisión de América Latina. La unidad de América Latina se juega en América del Sur, no en el conjunto como tal. Sólo en América del Sur están sus dos componentes básicos, el lusoamericano y el hispanoamericano. Cuando hablo de «América Latina» me refiero al conjunto integrado de esos dos componentes, que son sus constituyentes principales.

Hubo intentos de política *hispanoamericana*, como los de José de San Martín y Simón Bolívar, pero que no podemos considerar política *latinoamericana*, porque justamente no incluyeron en sus perspectivas unificadoras a Brasil. Ello por circunstancias históricas a las que no podría referirme ahora, porque extenderíamos excesivamente esta explicación.

El único antecedente de política «latinoamericana», en el sentido que le estoy dando, de una política que abarque a sus dos componentes básicos y principales, aconteció entre 1580 y 1640, cuando bajo la monarquía de los Habsburgo estuvieron unificadas las Coronas de Castilla y Portugal, y por lo tanto también estuvieron unificados sus territorios americanos. Durante sesenta años hubo un solo rey para toda la América hispano-lusitana, lo que hoy llamamos América Latina. Felipe II de España fue Felipe I de Portugal. Hubo tres Felipes que gobernaron, en las coronas de Portugal y de Castilla, a las Indias Occidentales en conjunto. Fue un momento fugaz, de sesenta años, pero en el cual existió una política «latinoamericana».

³¹ Methol Ferré, A. (1996). Juan Domingo Perón, creador de la política latinoamericana. *Sucesos de la Integración*, 171. Archivo Methol Ferré 2.1.1.1.C5.CA1.1.

³² Dato de 1996. De acuerdo con información de 2023, la población actual de México es de 129 millones de personas, y hay casi 12 millones más que residen en el exterior (el 98% de ellos en Estados Unidos). Instituto Nacional de Estadística y Geografía (2023). *Estadísticas a propósito del Día Mundial de la Población*. México: INEGI, 6 de julio.

El eje del Imperio español en América del Sur fue el virreinato peruano, sobre el océano Pacífico, cuya conexión con el Atlántico Norte se daba a través de Panamá y el mar Caribe, mientras el Imperio portugués se asentó sobre la costa sudamericana del Atlántico Sur³³.

La «puerta atlántica» española en América del Sur, Buenos Aires, se fundó en 1580, el mismo año de la unidad castellano-lusitana. De hecho, Buenos Aires nació con una alta proporción de portugueses; en su origen fue una ciudad casi portuguesa, porque el Atlántico Sur estaba dominado desde el asentamiento litoral de los portugueses en Brasil.

La línea divisoria de Tordesillas, acordada en 1494, fue una línea astronómica, abstracta, establecida antes de que se conociera lo que dividía. Existió primero la frontera ideal que la frontera real. Al norte, esa línea abstracta no alcanzaba las bocas del Amazonas, y al sur apenas llegaba poco más allá de Santos, el puerto de San Pablo. Pero para defender las bocas del Amazonas de los franceses y los holandeses, la monarquía unificada le dio la jurisdicción a Portugal. Era imposible defender la Amazonia, que pertenecía a Castilla, desde Quito, desde Lima o desde Potosí; muchos menos desde Asunción o Buenos Aires. Era infinitamente más accesible hacerlo desde los puertos portugueses, y así se generó la expansión, desde los puertos atlánticos portugueses, hacia los espacios vacíos del interior. Esta expansión inicial de Brasil, que atraviesa el meridiano de Tordesillas hacia el centro sudamericano, se hizo con el consentimiento de la monarquía unificada, que actuó simplemente con sentido común. Fue una expansión geopolíticamente necesaria e inevitable, dentro de un territorio unificado. Del mismo modo, la recuperación, en 1625, de la ciudad y puerto de Bahía de Todos los Santos, en el nordeste brasileño, tomada por los holandeses, fue obra de una flota española; la victoria sobre los holandeses fue celebrada luego por Lope de Vega con una obra de teatro, *El Brasil restituído*. Todo el imperio festejó la recuperación de Bahía, como parte de la gran unidad imperial. Esa unidad se rompió en 1640, y comenzó una era conflictiva, a lo largo de la cual, de alguna forma, España y Portugal se fueron convirtiendo en potencias secundarias: Portugal se ajustó a la política inglesa, y España, a través del Pacto de Familia, a la política borbónica francesa. Pero hubo antes una alianza peninsular que fue la gestora de la América Latina inicial, que culminó en esa unidad de las monarquías ibéricas que tanto hemos olvidado.

La segunda instancia de una política latinoamericana, en la que se empieza a recuperar esta política de unidad, acontece en el siglo xx, con Perón. De alguna forma, se retoma la vieja alianza peninsular de los Trastámara y los Habsburgo,

³³ Sobre la estructura territorial sudamericana, ver también el subtítulo *Nace el Mercosur*, en «Geopolítica del Mercosur», en este mismo volumen.

entre Portugal y Castilla, recreada en una alianza continental sudamericana, entre Argentina y Brasil. Es el verdadero recomenzar de una política *latinoamericana*. En el intermedio hubo hostilidad, indiferencia, acercamientos. También hubo idealidades latinoamericanas, nostalgias, recuperaciones históricas y culturales, pero no políticas. Políticas reales, que pudieran discernir lo principal de lo secundario, que pudieran señalar cuál era el camino efectivo de una unidad de América Latina, no la hubo hasta los planteos de Perón, que se dan a conocer, en forma pública y oficial, a comienzos de la década de 1950.

Habría que interrogarse cómo y por qué llega Perón a esta posición. Porque no era un intelectual, era un político; pero un político intelectual. Los políticos de épocas difíciles son siempre políticos intelectuales, como Lenin, Napoleón, Haya de la Torre. Tienen que ser intelectuales y políticos para poder inventar grandes novedades. Los políticos del *statu quo*, conformados por lo habitual, no tienen necesidad de invención intelectual.

Para entender el origen de esta idea de Perón, repasemos brevemente la historia argentina desde su organización institucional, con la Constitución de 1853. Al iniciarse la última mitad del siglo pasado, nació la primera Argentina, liberal agroexportadora y de gran recepción migratoria. Es la Argentina contemporánea de la revolución terrestre del ferrocarril y la revolución marítima del barco a vapor, que permitieron por primera vez que países transoceánicos pudieran enviar alimentos, en gran escala, a los centros industriales metropolitanos europeos, en especial Inglaterra.

Jamás había existido un comercio de alimentación en masa. Durante siglos, el comercio a grandes distancias fue en su mayoría suntuario; transportaba poco y sólo podía hacerlo con mercancías de alto valor. Solamente la revolución del transporte, que representaron el ferrocarril y el barco a vapor, permitió el surgimiento de los grandes exportadores oceánicos de cereales y de carne. Es el enriquecimiento agroexportador de Canadá, Estados Unidos, Australia, Nueva Zelanda, Argentina y Uruguay. Un gran ciclo que va a terminar poco después de la Segunda Guerra Mundial. Luego sobrevienen cuarenta años de precios deprimidos de las materias primas, salvo el petróleo, cuya revolución de los precios sucede a mediados de la década de 1970. Pero los precios de las materias primas de alimentación recién empiezan un repunte general en esta década, con la irrupción de los grandes mercados asiáticos.

Muchos aseguran que vendrá otra onda de expansión de las exportaciones de alimentos. Canadá, exportador de maderas y trigo, en los años 20 aplicaba un gravamen del 25% a las importaciones, para estimular las industrias internas, mientras que la Argentina agroexportadora, sin ninguna política industrial, ponía un gravamen del 6%. No había preocupación de amparo al desarrollo industrial. Solamente la crisis de 1929/30 va a obligar al mundo liberal agroexportador argentino

a cambiar abruptamente sus perspectivas. También comienza a detenerse la fase de las emigraciones a la Argentina, hecho muy importante, ya que su mercado interno no será ampliado por un flujo poblacional creciente.

Es allí donde los pensadores liberales, los economistas liberales, empiezan a ser, a pesar suyo, proteccionistas. No tienen más remedio, porque no pueden colocar los cuatro o cinco productos que la Argentina exportaba. Bajan las exportaciones, no hay divisas, y eso estimula la generación de la industria de sustitución de importaciones.

La Argentina tuvo la originalidad de haber inventado en la historia un socialismo libremercantilista³⁴. Pero su inspirador, Federico Pinedo, ante la parálisis de las exportaciones a los mercados tradicionales, tanto de Inglaterra y Europa como de Estados Unidos, pensó una unión aduanera con otros países de América Latina y así lo formuló en una conferencia durante el año 1931.

La necesidad inicial de un desarrollo industrial al amparo del mercado ampliado de una unión aduanera que comprendiera los países vecinos de América Latina, era todavía una visión de emergencia y economicista. Este pensamiento se va a re-tomar en otra forma a través del Plan Pinedo de los años cuarenta³⁵, con la Segunda Guerra Mundial, cuando las dificultades de importar de los centros metropolitanos en conflicto obligan a una mayor expansión industrial.

En esas circunstancias va a nacer el peronismo. Una serie de autores competentes y contemporáneos argentinos, como Juan José Llach, sostienen que el rasgo característico del peronismo fue llevar a sus límites el modelo de sustitución de importaciones, sacrificando las exportaciones. Un «mercado-internismo». Ese reproche que se ha ido gestando en los últimos años no toma en cuenta en absoluto, de modo sorprendente, la política exterior de Perón relacionada con este punto. El desarrollo social interno y el boicot de Estados Unidos, subsidiando producciones

³⁴ Referencia al Partido Socialista Independiente, fundado por el abogado y político Federico Pinedo en 1927.

³⁵ Sobre las ideas de Pinedo en torno a la creación de una unión aduanera entre Argentina y Brasil, ver: Tirre, E. (1997). Estados Unidos, la Argentina y la unión aduanera con el Brasil, 1935-1942, *Ciclos*, VII, 13, pp. 135-170. Especialmente «La Argentina y el Brasil hacia la unión aduanera» (pp. 152-165), donde se detalla el proceso de negociación entre los dos países que culmina en el *Tratado Argentino-Brasileño sobre Libre Cambio Progresivo*, firmado en Buenos Aires el 21 de noviembre de 1941. Este tratado fue firmado «con el propósito de llegar a establecer en forma progresiva un régimen de intercambio libre que permita llegar a una unión aduanera entre la República Argentina y los Estados Unidos del Brasil, abierta a la adhesión de los países limítrofes, lo que no sería obstáculo a cualquier amplio programa de reconstrucción económica que, sobre la base de la reducción o eliminación de aranceles y otras preferencias comerciales, [tendiera] al propósito de desarrollar el comercio internacional sobre el principio multilateral e incondicional de la nación más favorecida».

de exportación agropecuaria competitivas con la Argentina para abatir los precios, hizo que fuera necesaria, ante la disminución del precio de las exportaciones argentinas, una expansión del mercado interno que sostuviera el incipiente desarrollo industrial. Esto está ligado además a la política de justicia social y redistribución de ingresos internos que el peronismo emprendió.

La verdad es que la Argentina en 1946 era un pequeño país, de dieciséis millones de habitantes, con un último impacto inmigratorio, especialmente de italianos, después de la segunda guerra mundial. La ampliación del mercado interno no fue alimentada aquí con una masiva e incesante inmigración, como en el proceso industrial norteamericano. Uno de los rasgos del desarrollo norteamericano, además del proteccionismo industrial —que nace con los Padres Fundadores, con Alexander Hamilton— fue el flujo de millones de inmigrantes, en una escala sin igual en la historia mundial, durante todo el siglo XIX. Eso generó una ampliación incesante del mercado interno, que fue acompañada por una también gigantesca expansión espacial, la marcha hacia el oeste. Fue esa expansión humana y espacial del mercado interno la que permitió generar industrias de escala.

Al comienzo, esas industrias fueron también financiadas por las exportaciones agropecuarias. En Estados Unidos, el conflicto entre el norte y el sur no fue solo el de la esclavitud, sino, fundamentalmente, el de las tarifas proteccionistas. El sur era librecambista porque su economía se basaba en la exportación de algodón a las fábricas inglesas y en la importación de todo lo demás, mientras que los fabricantes del norte querían la protección. La gran batalla del norte y del sur fue entre los librecambistas agroexportadores del sur contra los proteccionistas industriales del norte. Un aspecto generalmente ocultado, pero que está en la esencia de esa lucha, de la que los negros no se beneficiaron demasiado. Recién en los años 60 del siglo XX se produjo la gran reivindicación de la igualdad de los derechos de las minorías negras en los Estados Unidos, simbolizada por Martin Luther King.

Pero Perón nunca creyó en un mercado-internismo puro. Era consciente que había que estimular a las industrias, para que pudieran ser competitivas, con mayores escalas de mercado. A poco de asumir la presidencia, en 1947, ya intentó una unión aduanera con el presidente de Chile Gabriel González Videla. Pensaba la protección a la industria con salarios altos y gran número de empleados, y con el uso de la materia prima nacional. El despliegue industrial argentino estaba condenado a toparse con límites muy estrechos, porque no surge ninguna potencia industrial sobre una sustitución de importaciones apoyándose en un mercado de 16 o 20 millones de habitantes.

Tempranamente se le planteó este dilema. Tenía una expresión que repitió continuamente «No somos una economía completa». Argentina no disponía de toda

la gama de recursos necesarios para fundar una sustitución de importaciones total. Por esto nace el planteo del Nuevo ABC³⁶ en el año 1951.

Perón plantea en forma pública el Nuevo ABC el 22 de septiembre de 1951³⁷, fecha del aniversario de la Independencia del Brasil, en oportunidad de un banquete en honor del Embajador de Brasil João Batista Lusardo, que era su amigo y su enlace permanente con el presidente Getulio Vargas. Lusardo, amigo y compañero de Vargas, provenía, como éste, de la política de Rio Grande do Sul.

Nada influyó más en Perón que su percepción de la experiencia varguista de los años 30. Muchos piensan que se fijó en modelos transoceánicos; yo creo que Perón tuvo su modelo en Vargas, quien introdujo un nacional-populismo industrializador en Brasil. Cuando Perón funda el Ministerio de Trabajo, por ejemplo, se inspira en Vargas, y para llevarlo a cabo vienen asesores brasileños, pedidos especialmente por Perón a Vargas. Así como más tarde la política de planificación y de metas que inicia Perón va a repercutir en el Vargas de la Presidencia de 1951. Hay una interacción mutua, primero de Vargas sobre Perón, luego de Perón sobre Vargas, y es allí, en el aniversario del Grito de Ipiranga, que Perón propone, y así lo registra la prensa, la unión argentino-brasileña.

Realmente un salto audaz, impresionante, porque la conciencia histórica de la Argentina y la conciencia histórica del Brasil no tenían aún ninguna preparación³⁸.

³⁶ Sobre los Pactos del ABC (Argentina-Brasil-Chile, 1915) y el Nuevo ABC, ver nota (6) en «El Mercosur, acontecimiento fundamental para América Latina», en este mismo volumen.

³⁷ Un cable de United Press difundió así la noticia: «El Presidente Perón dijo hoy en un discurso que la unión entre Argentina y Brasil deberá ser el punto de apoyo para una proyectada unidad de todos los países del continente americano. Perón habló en una comida ofrecida en honor del nuevo embajador de Brasil, João Batista Lusardo... Luego declaró que «con nuestra unión en esta parte del mundo no solo seremos ejemplo de unidad sino también el punto de apoyo que habrá de servir para lograr la unión del resto de los países americanos». Buenos Aires, 22SEP, UP. En: Carneiro, G. (1978). *Lusardo, o último caudilho. 2. Entre Vargas e Perón*. Rio de Janeiro: Nova Fronteira, p. 400.

³⁸ Methol Ferré pasa por alto aquí los acuerdos firmados entre Getulio Vargas y Agustín P. Justo (1933-1935). El presidente Justo realizó una visita de Estado a Brasil en 1933 (en cuya preparación jugó un papel clave el general José María Sarobe, que era jefe de la Casa Militar de la Presidencia. El dato es relevante, porque Sarobe fue el mentor de Perón dentro del Ejército argentino). La visita duró una semana, y Justo firmó con Getulio Vargas doce tratados. En 1935 Getulio devolvió la visita, durante la cual se firmaron otros trece convenios bilaterales. Los acuerdos cubrieron cuestiones comerciales, de infraestructura (el primer puente, entre Paso de los Libres y Uruguayana, que se sigue llamando Justo-Vargas), sanitarias, de turismo, hasta cosas que muestran el alcance estratégico que se buscaba: canje de publicaciones, fomento del intercambio entre profesores y estudiantes, intercambio artístico, intercambio intelectual (éste es absolutamente avanzado para la época). Se hizo un tratado específico para la revisión de los textos de enseñanza de Historia y Geografía. En sus fundamentos, se afirma: «convencidos de que la amistad entre ambos estados se consolidará más por el perfecto conocimiento que tengan las nuevas generaciones, tanto de la geografía como de la historia de sus

Estaban predispuestas para lo contrario. Esa fue una de las enormes dificultades que tuvo Perón. El mismo peronismo no comprendió bien en su época, esta dimensión de Perón. Pensó que era algo lateral, cuando en realidad era central; estaba jugándose el destino de la industrialización argentina, de la posibilidad de no quedar atrapado y sin salida en un país agroexportador sin mercados. El fracaso del nuevo ABC va a dejar a la Argentina, durante cuarenta años, en una noria incesante, que se va a romper con el derrumbe de la Argentina en los años 80. Martínez de Hoz, viendo que todo el aparato industrial argentino, en su conjunto, no era competitivo, supuso que podía revertir tal situación bajando los aranceles y poniéndolo a la intemperie de una competencia con industrias mucho más desarrolladas. Sólo podía pasar lo que sucedió: un arrasamiento de la industria argentina, sin ninguna posibilidad de afrontar esa competencia. Distinta es la rebaja de aranceles cuando se abre simultáneamente un mercado preferencial interno mucho más amplio, como es el caso del Mercosur.

Con el Mercosur se abre la posibilidad de un mercado gigantesco, que la Argentina no tuvo nunca; con relativa seguridad, pero mucho más competitivo. Ahora, si Argentina no compite ni con Chile ni con Brasil es porque no compite con nadie, entonces que se jubile. Me parece que el sueño de una Argentina Industrial sola, por sí misma, el sueño que se derrumbó, no era el de Perón, pero el sueño de la Argentina sola se conservó, y lo conservaron en parte sectores del peronismo.

En los años 80 se liquidó. Una Argentina con deuda externa creciente, una Argentina que cae en la hiperinflación, en la liquidación y el desfonde definitivo de una estructura relativamente cerrada, constituida sobre la sustitución de importaciones, es un círculo cada vez más incompetente. En Brasil también se produjo el derrumbe del modelo de sustitución de importaciones, pero bajo otras modalidades.

respectivas patrias, depurando los textos de enseñanza de aquellos tópicos que recuerden pasiones de épocas pretéritas, cuando aún no se habían perfectamente consolidado los cimientos de sus nacionalidades», y se resuelve encarar *conjuntamente* la revisión de los textos de enseñanza. O sea, los acuerdos Justo-Vargas buscaron sellar una alianza estratégica. Durante los dos largos años en los que se negociaron (1933-1935) Perón era un destacado oficial de Estado Mayor, docente de la Escuela Superior de Guerra, ya estaba muy activo entre los oficiales «políticos» del Ejército, y giraba en el entorno de Sarobe, de modo que debió seguir muy de cerca los entretelones del intercambio de visitas de Estado entre Justo y Vargas. Al año siguiente Perón se fue de agregado militar a Chile, donde estuvo muy activo (y cometió alguna imprudencia), en una misión que naturalmente seguía en sintonía con el ABC. De modo que cuando Perón toma su primer contacto, en 1945, con João Batista Lusardo, como embajador de Vargas, y se empieza a tramar el Nuevo ABC, la alianza argentino-brasileña estaba completamente activa: más allá de importantes iniciativas anteriores de los presidentes argentinos Julio Argentino Roca y Roque Sáenz Peña, había alcanzado su mayor desarrollo a través del entendimiento entre Agustín Justo y Getulio Vargas en 1933-1935 y estaba también presente en iniciativas como el tratado argentino-brasileño de 1941.

También debe decirse claramente: si no hubiera existido el modelo de sustitución de importaciones hubiera sido mucho peor. Nuestras sociedades alcanzaron una multiplicidad de capacidades y posibilidades muy superior al del modelo liberal agroexportador. La sustitución de importaciones produjo una diversificación interna de grandes dimensiones, que no era la normal en una sociedad agraria de gran simplicidad. Aparecieron ingenieros, técnicos de toda índole, empresarios nuevos; es decir, hubo un enriquecimiento extraordinario de los recursos humanos, tanto en la Argentina como en Brasil. Hubo una cualificación del capital humano y oportunidades que la sociedad agroexportadora no proporcionaba.

En 1951 Perón respondió inequívocamente a la cuestión clave: el modelo de sustitución de importaciones necesitaba una ampliación gigantesca del mercado interno, relativamente amparada por una unión aduanera, para que, logrando economías de escala, pudiera alcanzarse una verdadera competitividad. Esa respuesta fue el Nuevo ABC.

El que lo expone públicamente es Perón, mientras Vargas lo mantiene en muy bajo perfil, porque no estaba tan urgido como Perón. Brasil todavía no había llegado al agotamiento de ese camino, pues tenía justamente un mercado interno potencialmente mucho más amplio. Perón sí estaba acorralado, aunque la paradoja va a ser que, ante el fracaso, el que se suicida es Vargas. Porque en Brasil se desató una campaña feroz contra Vargas, impulsada por el político y periodista Carlos Lacerda y por el ex canciller de Vargas, Joao Neves da Fontoura, en la que se empleó como arma principal la alianza con la Argentina de Perón. En la caída y suicidio de Vargas el mayor énfasis fue ése, se quería evitar la alianza Argentina-Brasil.

Volviendo a la idea de Perón: él no piensa en «América Latina», sino en «América del Sur». En su concepto y percepción, ese es el horizonte principal. Yo creo que de alguna forma reflejaba la influencia del gran geopolítico brasileño Mario Travassos, que fue editado por el Ejército Argentino allá por el 40³⁹. Hubo dos ediciones en la época. Perón conoció seguramente muy bien a Mario Travassos.

A Mario Travassos, como brasileño, le era fácil ver y hacer lo que era difícil a un hispanoamericano. En su obra *Proyección Continental de Brasil*, breve libro que es una joya de inteligencia y de sobriedad, sostiene que Brasil debe pensar y ordenar su acción en función de América del Sur; más al norte empieza el área de influencia de Estados Unidos. Para un hispanoamericano esto era más difícil, porque había una solidaridad histórica con todo el conjunto, que no sentía el Brasil de la época

³⁹ Travassos, M. (1941). *Proyección continental del Brasil*. Buenos Aires: Taller gráfico de Luis Bernard. Una explicación del esquema básico de la estructura territorial de América del Sur que presentó Mario Travassos en esta obra se encuentra en el artículo «¿Por qué geopolítica?», en este mismo volumen.

de Mario Travassos. Creo que Perón se da cuenta que lo primero es plantear la posibilidad de unificar América del Sur, no América Latina. América del Sur, si lo logra, quizá sea América Latina. Pero sin América del Sur unificada, nada puede hacerse. Por eso continuamente emplea «Sudamérica», «Conferencia Sudamericana», «unidad sudamericana». Comparte o asume la idea de Travassos: es mejor acotar el espacio. Su pensamiento eje es que hay sólo un camino principal para la unidad sudamericana, que es la alianza argentino-brasileña. Brasil solo, no puede generar la unidad de América del Sur, por su diferencia con el resto. No tendría soportes históricos suficientes para llevar al resto, sino imperialmente, como un extraño. Argentina sola tampoco, no tiene capacidad de generar la unidad. Entonces solo la alianza del poder central hispanoamericano en América del Sur, que es Argentina, permitiría una alianza creíble y confiable para todos los sudamericanos. No debía haber exclusión hegemónica de ninguna de las dos dimensiones principales de América Latina. En cambio, la alianza de Brasil con Uruguay, o con Paraguay, o con Bolivia, sería como anexión, no alianza. La alianza de Brasil con países pequeños sudamericanos, de suyo no tiene significación sino imperial. «Alianza» sólo podía empezar y ser con Argentina, que tenía una entidad suficiente como para asumir una representación de lo más fuerte y poderoso de lo hispanoamericano.

Perón intentó igualmente comenzar antes su alianza con Chile. La intentó con González Videla y la hizo con Ibáñez; o sea, él la buscaba con los radicales y con los no radicales, con prescindencia del partido gobernante. Porque la alianza Argentina-Chile representaba un interlocutor más válido, más importante, ante Brasil. El entendimiento con Chile fue una constante de Perón, tan constante como el entendimiento con Brasil. Lo que pasó es que Perón no tenía el respaldo de una conciencia histórica colectiva, ni en la Argentina ni en Brasil. La acción y pensamiento de Perón contribuyó a formarla, pero en su tiempo era más fuerte la herencia de rivalidad que la del ensamble común.

Tenía dos preocupaciones, cuenta Lusardo⁴⁰, los dos obstáculos básicos para su proyecto de unidad argentino-brasileña: uno, la hegemonía norteamericana sobre el continente; el otro, la herencia de la rivalidad entre España y Portugal. El segundo es el más importante, el más esencial; el otro puede ser coyuntural. Era tal el obstáculo, que un historiador muy ecuánime y muy nacional, pero no enemigo del Brasil, como Miguel Ángel Scenna, publicó en 1975 *Argentina-Brasil: Cuatro siglos de rivalidad* (Buenos Aires: La Bastilla). Es decir, elaboró una historia completa de las relaciones entre Argentina y Brasil desde la rivalidad. Pero el asunto no es así; es mucho más complejo que eso. Hay vaivenes, tanto en la historia de Castilla y Portugal como en la historia sudamericana; un vaivén incesante de acuerdos y

⁴⁰ En Carneiro, *Lusardo...*, op. cit. p. 368.

conflictos, no un conflicto uniformemente acelerado. No podemos hacer aquí la historia de las relaciones con Portugal y Brasil. Pero pueden sintetizarse así:

1. La alianza peninsular de Portugal y Castilla, que culmina en la unidad entre 1580 y 1640. Luego viene la decadencia común.
2. Ciclo de la rivalidad: desde 1640 a 1870, el fin de la guerra de la Triple Alianza.
3. *Statu quo* pacífico: desde 1870 hasta 1985, que va preparando la nueva alianza.
4. Nueva alianza: Desde 1986 al presente. Las raíces y el futuro de Brasil y Argentina se reencuentran.

En síntesis, sólo hay política latinoamericana real a partir de la alianza argentino-brasileña. Esta comprensión hizo de Perón el refundador de la política *latinoamericana*, en el siglo xx. Planteó el único camino real, con modernización e industrialización a partir de una dinámica autogenerada.

Esta percepción está en su discurso de 1953 ante los altos mandos del ejército, para explicar las razones y la importancia del nuevo ABC. Llegó a decir que concordaba con Vargas en que si hacía falta borrar las fronteras, las borrarían. Llegó a decir que no había nada más importante que esta unidad, y que el éxito de su política sólo se produciría cuando lograra el empalme con Brasil. Brasil, sostiene, es una «unidad económica incompleta», y la Argentina también. Hay momentos del discurso en los que se muestra verdaderamente angustiado, pues presente el fracaso. En un momento llega a decir «Yo quería contarles esto... porque no quiero pasar a la historia como un cretino que ha podido realizar esta unión y no la ha realizado. Por lo menos quiero que la gente piense en el futuro que si aquí ha habido cretinos, no he sido yo solo; hay otros cretinos también como yo, y todos juntos iremos al baile del cretinismo»⁴¹.

Este discurso fundamental fue publicado en Uruguay en enero de 1954, tergiversando su sentido a través del provocativo título *El imperialismo argentino*. Fue entonces cuando lo conocí. Cuando lo leí, vi de inmediato que era todo lo contrario de ese título infame.

Este discurso de Perón me llegó en un momento crucial. En el Uruguay asomaban también los síntomas de la crisis de la retirada del Imperio Británico; nuestras bases transoceánicas tambaleaban. ¿Dónde y cómo reinsertarse, para tener un nuevo camino viable?

⁴¹ Perón, J. D. *La hora de los pueblos* (1968); *Latinoamérica: Ahora o nunca* (1967). Buenos Aires: Biblioteca del Congreso de la Nación, p. 218.

El fundamento histórico de Uruguay había sido Inglaterra, y los ingleses se nos estaban yendo, Uruguay ¿en qué se iba a sostener? ¿Hacia dónde debía encaminarse? Entonces el conocimiento de estas ideas de Perón me hizo percibir que el destino de Argentina era su alianza con Brasil, que el destino de Brasil era su alianza con Argentina, que el destino del pequeño Uruguay era no intentar ser ni Banda Oriental –la solución argentina–, ni Provincia Cisplatina –la solución brasileña–, ni el Uruguay solo –la solución inglesa–, sino asumir la doble condición de la frontera: ser simultáneamente Banda Oriental y Provincia Cisplatina. Eso que aprendí de Perón, en 1954, fue el impulso para fundar, con unos amigos, la revista *Nexo*⁴², a comienzos de 1955. El nuevo destino uruguayo era ser «nexo» argentino-brasileño.

Ese discurso de Perón no circuló en la Argentina pues se trataba de un documento secreto, y fue publicado en Uruguay por iniciativa de un argentino antiperonista exiliado. La publicación en Montevideo ocurrió en enero de 1954, y fue recogida de inmediato por la oposición brasileña. El estallido de la campaña contra Vargas obligó a la Argentina a desmentir la autenticidad del discurso. Yo no lo supe, ya que el desmentido fue en Brasil y no trascendió en Uruguay, de modo que mantuve siempre mi convicción de que era el discurso fundamental de Perón en cuanto a los lineamientos estratégicos de su gobierno. Pero el discurso no circuló en Argentina porque había sido desautorizado. A tal punto, que en mis vínculos con don Arturo Jauretche⁴³, a partir de su exilio en el Uruguay, en 1956, descubrí con gran sorpresa que no lo conocía. En esa época fui aprendiz incesante de don Arturo. Pero cuando leí *Ejército y política*⁴⁴, que es un libro con enfoque geopolítico que publicó en 1958, me asombró que, al analizar el Brasil, no considerara el enfoque de Perón. Lo interrogué al respecto, y él también quedó sorprendido. Para mí era obvio que los peronistas lo tenían que conocer, pero fui descubriendo que no lo conocían, a tal punto que, al hacérselo a conocer a Jorge Abelardo Ramos, él decidió realizar la primera publicación argentina, fuera de la publicación secreta de 1953, en 1966⁴⁵. Al año siguiente se incorporó en la recopilación de textos de Perón que

⁴² Sobre esta revista, ver nota (9) en «El Mercosur, acontecimiento fundamental para América Latina», en este mismo volumen.

⁴³ Arturo Jauretche (1901-1974) fue un ensayista, polemista y político iniciado en el radicalismo y volcado al peronismo a partir de 1945.

⁴⁴ Jauretche, A. (1958). *Ejército y política. La patria grande y la patria chica*. Buenos Aires: Qué. Suplemento mensual 6-7.

⁴⁵ Las relaciones del gobierno argentino con el general Ibáñez y el presidente Vargas. Discurso del 11 de noviembre de 1953 en la Escuela Nacional de Guerra. Revista *Izquierda Nacional*, 3, octubre de 1966, pp. 63-73. Después de publicada la revista, Ramos le envió un ejemplar a Perón, excusándose de no haberlo consultado. Perón le respondió en una extensa carta, en la que afirma lo siguiente: «Sobre el asunto de mi conferencia reservada del 11 de noviembre de 1953, que aparece publicada en el N° 3 de *Izquierda Nacional*, es absolutamente real. Nuestra política internacional estaba orientada hacia la integración geopolítica y hacia una integración histórica. La primera con

se publicó en Montevideo, bajo el título *Latinoamérica, ahora o nunca*, en donde se incluyó una presentación en la que Perón reconoció su autoría⁴⁶. Textualmente: «Lo damos a conocer por primera vez, a quince años de haberse pronunciado, por cuanto consideramos que mi situación actual, el fallecimiento del Gral. Ibáñez y

los siguientes objetivos: suprimir los límites para un mejor aprovechamiento económico y técnico de América Latina; para formar luego un núcleo de países en condiciones de tratar sin desventajas con las grandes potencias (EEUU y Rusia); para impedir que nos siguieran dividiendo en provecho de esos intereses; para elevar el standard de vida de nuestros habitantes y para echar las bases de los futuros Estados Unidos de Sudamérica. La integración histórica en un Tercer Mundo, para consolidar nuestras liberaciones por una unidad y solidaridad continental latinoamericana. Cuando se firmó el tratado de Santiago de Chile, parecía que todos nuestros países lo firmarían, y así lo hicieron en su mayoría, hasta que intervinieron fuerzas extracontinentales y metieron el palo en la rueda, a través de la acción de Brasil y de Perú. Los norteamericanos formaron luego, por manos cipayas, la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio, con la finalidad de enterrar nuestro intento de integración, lo mismo que hizo Inglaterra cuando se formó la Comunidad Económica Europea. Ahora son los yanquis los que en Punta del Este propugnan la integración, pero esta vez se trata de una integración sometida, es decir, un estatuto colonial, bajo la presión y al servicio de nuestros "hermanos del Norte". Es que la ALALC estaba destinada al mismo fracaso de la Comunidad Europea de Libre Comercio, creada por Inglaterra bajo la dirección norteamericana, que acaba de derrumbarse ante las efectividades económicas del Mercado Común Europeo; hasta el extremo de que Inglaterra y sus seis acompañantes, mendigan ahora el permiso para ser admitidos en la Comunidad Económica Europea. En 1953, pese al cipayismo dominante, estuvimos a un paso de realizarlo. Desde entonces hasta ahora, se ha perdido terreno. Espero que la juventud sudamericana tomará nuestro testimonio y lo llevará a su destino. Si no es así, pasarán muy malos ratos». Citada en: Pulfer, D. (2018). *Latinoamérica: Ahora o nunca*. Génesis e itinerario de un escrito. San Martín: Centro de documentación e información acerca del peronismo, pp. 9-10. En este trabajo, Pulfer destaca el papel de Methol Ferré en la iniciativa de incluir el discurso de Perón de 1953 en *Latinoamérica: Ahora o nunca*, iniciada por haberle hecho conocer a Jorge Abelardo Ramos su edición montevideana clandestina de 1954, y porque Paulo Schilling habría insistido, ante el Mayor Alberte y Carlos Enrique Erro, en su inclusión, a instancias de Methol Ferré. Disponible en: <https://www.cedinpe.unsam.edu.ar/content/pulfer-dario-latinoamerica-ahora-o-nunca-genesis-e-itinerario-de-un-escrito>. (Consultado: 01/03/2024).

⁴⁶ La historia de este libro, que fue una iniciativa del Mayor (RE) Bernardo Alberte, por entonces delegado de Perón y residente en Montevideo, está narrada en Castellucci, O. (2017). *Latinoamérica: Ahora o nunca* y *La hora de los pueblos*. La historia de cómo se gestaron y se publicaron estas dos obras de Perón, que son casi una. En: Perón, J. D. *La hora de los pueblos* (1968); *Latinoamérica: Ahora o nunca* (1967). Buenos Aires: Biblioteca del Congreso de la Nación, pp. 15-80. En la iniciativa estuvo involucrado el diputado del Partido Nacional Enrique Erro, con quien Methol Ferré tuvo en esos años una activa relación, y que era el dueño del sello editorial Diálogo, bajo el cual se publicó *Latinoamérica: Ahora o nunca*, y que el mismo año había albergado el libro de Methol Ferré *El Uruguay como problema. En la Cuenca del Plata, entre Argentina y Brasil*. Ambos libros fueron los volúmenes 3 y 4 de la colección «Despertar de América Latina», y tuvieron la misma portada. Dos brasileños fueron parte, también, de la discusión acerca de los contenidos de la recopilación. Ambos estaban exiliados en Montevideo, y eran amigos de Methol Ferré: Paulo Schilling y Neiva Moreira. Ambos estaban ligados al líder político *trabajista* Leonel Brizzola, también exiliado en Montevideo, y al que Alberte atribuyó asimismo un rol en la iniciativa de publicar el libro (art. cit., p. 27).

del ex Presidente Vargas, permiten darlo a publicidad en calidad de documento histórico y como testimonio de un momento de la historia diplomática latinoamericana»⁴⁷. Había sido un discurso secreto ante los altos mandos, pero lo más secreto es lo que los enemigos hacen más rápidamente público.

La etapa actual de Argentina no es más la Argentina sola. Es la Argentina en el Mercosur. La Argentina sola ya no tiene destino. Perón lo sabía perfectamente y lo explicó hace cuarenta y cinco años. En diciembre de 1951, luego del discurso donde proclama la necesidad de una unión entre Argentina y Brasil, sostuvo que esa unión no era sólo por y para sí misma, sino porque era el punto de apoyo para el conjunto de América Latina. Lo reitera poco después, en un artículo firmado por Descartes, su seudónimo para las columnas que publicaba en el diario *Democracia*, titulado «Confederaciones Continentales», donde plantea en esencia todo su enfoque y resume en una sola frase el camino para realizarlo: «La unidad comienza por la unión y ésta por la unificación de un núcleo básico de aglutinación»⁴⁸.

Para él la alianza argentino-brasileña no era una unidad en sí misma; era sólo el *núcleo básico de aglutinación*. Así constituida, era el único «centro» que haría posible que Chile, Uruguay, Bolivia, Perú, en definitiva, todo el resto de América del Sur, pudiera integrarse. Y hoy continúa siendo así, no hay otra alternativa. Esa es la única realidad de y para una *política latinoamericana*. Otra cosa sólo será literatura.

A esta perspectiva llega la Argentina cuarenta años después, con muchas más dificultades, con más deuda externa. Por eso reafirmo: Perón es el inventor de la política latinoamericana en el sentido que, antes de él, hubo un romanticismo latinoamericano, un ansia difusa de unidad. Pero *política* es cuando se señalan los caminos reales, se distingue lo principal de lo secundario; porque si no se diferencia lo principal de lo secundario, cualquier cosa sirve para cualquier cosa. Tanto da empezar por Panamá, por Nicaragua, por Paraguay, por cualquier lado; pero el camino no es donde no se puede caminar; a lo sumo, pueden ser prolegómenos del camino principal. Prolegómenos que sólo adquieren valor cuando se emprende el

⁴⁷ Perón, *La hora...*, op. cit., pp. 205-206.

⁴⁸ Descartes (1952). Confederaciones continentales. En: *Política y estrategia*. Buenos Aires: sin sello editor, p. 246. Corresponde a la columna publicada en *Democracia* el 20 de diciembre de 1951. Methol Ferré ha dejado en esta conferencia el más fuerte y claro testimonio del impacto que le produjo conocer las ideas geopolíticas y estratégicas de Perón. Al mes siguiente de esta columna, apareció una continuación, bajo el título «Algo más sobre Confederaciones continentales» (*Democracia*, 24 de enero de 1952). Allí sostuvo, dando una muestra de su perspicacia estratégica: «La tercera guerra mundial es un hecho en marcha. Su decisión, un asunto largo y penoso, porque tanto Rusia como Estados Unidos son «huesos duros de pelar». A pesar de los tremendos medios, la decisión no es fácil de lograr... Es más probable que esta guerra se decida por la destrucción progresiva y agotamiento que por una acción militar operativa y violenta. Ello indicaría una larga duración y un resultado indeciso hasta el derrumbe de una de las partes». Descartes, *Política y estrategia*, ob. cit., pp. 272-273.

camino principal. La gran lección fue retomada por José Sarney y Raúl Alfonsín en la Declaración de Foz de Iguazú, ratificada y puesta en el gozne más realista por Fernando Collor de Mello y Carlos Menem, y comenzó esta aventura extraordinaria para todos los sudamericanos. La de que ya no hay más Argentina sola, hay Argentina en el Mercosur; no hay más Uruguay solo, ni Brasil solo, ni Paraguay solo, todos están juntos en Mercosur, que es la piedra angular de la Confederación Sudamericana, como decía Perón. En el motivo de esta reflexión es que se nos ha ido, aunque no parezca, la vida.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Adenauer, Konrad, 144
Aguilera, José, 49
Agustín de Hipona, 30
Alamán, Lucas, 52, 57, 121
Alberdi, Juan Bautista, 40, 55
Alejandro Magno, 166
Alfonsín, Raúl, 144, 177, 203
Alfonso VI de Castilla, 158
Altamirano, Carlos, 23
Alvear, Carlos María de, 174
Anderson, Benedict, 22, 24
Arbuet, Heber, 29, 39
Ardao, Arturo, 28, 39, 40, 55
Ares Pons, Roberto, 51
Aristóteles, 72, 156
Aron, Raymond, 53
Arrighi, Giovanni, 20, 24
Artigas, José de, 119, 121, 125, 146, 155, 174.
Backheuser, E., 59
Badía Malagrida, C., 58
Batlle y Ordóñez, J. 27
Baumont, Maurice, 83
Bauzá, Francisco, 153
Beatles, 65
Béguin, Albert, 105,
Belgrano, Manuel, 92
Benito de Nursia, 94
Berdiaev, Nicolás, 68
Berra, Ángel, 51
Berthelot, Yves, 26
Betancourt, Rómulo, 142
Bismarck, Otto von, 54, 56, 136
Blanco Fombona, Rufino, 127, 139, 140
Bogarín, Ramón, 49
Bolívar, Simón, 47, 52, 57, 58, 118, 119, 121, 123, 130, 140, 144, 145, 149, 150, 173, 188, 190
Bonifacio, José, 59
Borghesi, Massimo, 30, 39
Braudel, Fernand, 24, 33
Brown, Matthew, 24, 25
Brown, Seyom, 60
Brzezinski, Z., 33, 36
Buber, Martin, 68
Bultmann, R. K., 68
Bunge, A., 144
Cabot Lodge, H., 138
Cárdenas, L., 142, 143
Carlos V, 160
Carmagnani, M., 29
Cassirer, Ernst, 53
Catalina II de Rusia, 94
Cervantes, M. de, 159
Chakrabarty, D., 38
Chardin, T. de, 76
Chaunu, Pierre, 33
Chesterton, G. K., 30
Chevalier, Michel, 54
Collor de Mello, F., 144, 177, 203
Colón, Cristóbal, 165
Comblin, José, 36
Comte, Augusto, 50
Cortés, Donoso, 76

- Cortés, Hernán, 131
 Cuéllar, Rubén, 48
 Da Gama, Vasco, 165, 167
 Damonte Taborda, Raúl, 154
 Dawson, Chr., 33
 De Castro, Josué, 47
 De Coulanges, F., 141
 De Couto e Silva, G., 51, 59
 De Gásperi, Alcide, 144
 De Gaulle, Ch., 94, 175
 De Maistre, Joseph, 76
 De Posadas, G., 174
 Del Noce, A., 30, 33
 Dempf, Alois, 33
 Deng Xiaoping, 167
 Dix, Arthur, 48
 Drucker, Peter, 36
 Durán, Carlos, 49
 Einstein, Albert, 53
 Engels, Federico, 94
 Evelyn, John, 55
 Fernando II de Aragón, 159
 Ferry, Jules, 83
 Fessard, Gastón, 30, 31, 39, 68, 75
 Fletcher, William, 52
 Frigerio, Rogelio, 177
 Frondizi, Arturo, 176, 177
 Fukuyama, Francis, 33, 36
 Gaitán, Jorge Eliécer, 142
 García Calderón, F., 127, 139, 140
 García, Juan Agustín, 141
 Gaston, Erika, 29, 39
 Gellner, Ernst, 36
 Godoy, Manuel, 150
 González Videla, Gabriel, 194, 198
 González, Marina, 39
 Gorbachov, Mijail, 94, 95, 96, 101, 103, 168
 Gorelik, Adrián, 23
 Gorostidi, Eloy, 105
 Gracia, Manuel, 25
 Gros Espiell, Héctor, 155
 Guang Xia, 23, 26
 Haedo, Eduardo Víctor, 28
 Hamilton, Alexander, 36, 194
 Hannerz, Ulf, 35, 39, 40
 Harvey, David, 20, 25
 Haushofer, Karl, 48, 52, 56, 57, 84
 Haya de la Torre, Víctor Raúl, 52, 53, 141, 142, 192
 Hayes, Carlton, 36
 Hegel, Georg W. F., 37, 52
 Herrera, Felipe, 22, 25, 119
 Herrera, Luis Alberto, 27, 28, 29, 95, 151, 189
 Hess, Rudolf, 58
 Hitler, Adolf, 57, 128
 Hobsbawm, Eric, 36
 Humboldt, Alejandro de, 36
 Huntington, Samuel, 23, 25, 32, 33, 36, 85, 86, 87, 88
 Ianni, Octavio, 22, 25
 Ibáñez del Campo, Carlos, 120, 142, 144, 154, 157, 198, 200, 201
 Insulza, José Miguel, 169
 Isabel I de Castilla, 159, 160
 Isola, Emilio, 51
 Jaguaribe, Helio, 32, 33, 39
 Jauretche, Arturo, 36, 51, 52, 200
 Jesucristo, 97
 Jiménez de Aréchaga, Eduardo, 29
 Jolif, Jean-Yves OP, 68, 78
 Juan Pablo II, 16, 94, 95, 96, 98
 Juan XXIII, 98
 Kamen, Henry, 24, 25
 Kaplan, Robert D., 24, 25
 Khon, Hans, 36
 King, Martin Luther, 194
 Kissinger, Henry, 36, 87, 128, 129
 Kjellén, Rudolf, 19, 20, 22, 25, 26, 52, 57
 Klaiber, Jeffrey, 53
 Kluckhohn, Clyde, 34
 Koselleck, Reinhart, 37, 40
 Kroeber, Alfred, 34, 35
 Kurth, James, 36
 Lagos, José Gabriel, 39
 Laín Entralgo, Pedro, 23
 Lao-Tsé, 75

- Laviosa, Pía, 32, 33, 34
 Lenin, Vladimir I., 94, 128, 192
 López Raffo, Elbio, 49
 Löwith, Karl, 68
 Lusardo, Joao Batista, 195, 196, 198
 Mackinder, Halford, 52, 56, 57, 81, 82, 84
 Macron, Emmanuel, 29, 39
 Magalhaes, Carlos, 182
 Magnet, Alejandro, 51
 Mahan, Alfred, 36, 51, 55, 56, 57, 58, 137, 138
 Malraux, André, 175
 Maritain, Jacques, 109
 Martínez de Hoz, José, 177, 196
 Marx, Karl, 52, 94
 Massuh, Víctor, 68, 69
 Maximiliano I, 54
 Mazzone, Daniel, 13, 125
 McNamara, Rafael E., 39
 Menem, Carlos Saúl, 182, 184, 203
 Metalli, Alver, 23, 25
 Meyer, Luis, 49
 Mitre, Bartolomé, 151
 Mitterrand, François, 94
 Monnet, Jean, 144
 Moraga, Jorge, 40
 Morandé, Pedro, 32, 40, 150
 Napoleón Bonaparte, 54, 176, 192
 Nariño, Antonio, 121
 Navarrete, Gonzalo, 105
 Netto, Antonio Delfim, 183
 Neves de Fontoura, Joao, 197
 Nota, John H. SI, 21
 Nuno Rodríguez, Luis, 25
 Ohmae, Kenichi, 36
 Oliveira Martins, Joaquim Pedro de, 158, 159
 Olivieé, Ileana, 25
 Olstein, Diego, 27, 40
 Orellana, Francisco de, 171
 Ortega y Gasset, José, 53
 Pablo VI, 98
 Palacios, Alfredo, 170
 Paz, Octavio, 125
 Pereira, Carlos, 56
 Perón, Juan Domingo, 21, 120, 121, 127, 143, 154, 157, 189, 190, 192, 195, 196, 197, 198, 199, 200, 201, 202
 Piepper, Josef, 68
 Polanyi, Karl, 19, 25
 Prebisch, Raúl, 143
 Przywara, Erich, 33
 Quagliotti de Bellis, Bernardo, 47
 Quijano, Carlos, 28, 117, 119
 Quinet, Edgar, 97
 Ramos, Jorge Abelardo, 49, 200, 201
 Rao, Nirupama, 29, 40
 Ratzel, Friedrich, 18, 19, 20, 25, 34, 35, 40, 51, 52, 56, 57, 58, 126, 127, 128, 129, 137, 138, 139, 142
 Real de Azúa, Carlos, 28, 39, 40
 Recasens Siches, Luis, 32
 Reyes Abadie, Washington, 49, 51, 155
 Ribeiro, Darcy, 23, 50
 Ricardo, David, 37, 136
 Rio Branco, Barón de, 59
 Ritter, Carl, 58
 Rivadavia, Bernardino, 145, 174
 Rodó, José Enrique, 28, 56, 121, 125, 127, 139, 140, 141, 143
 Rodríguez, Lisias, 59
 Rodríguez, Octavio, 21, 26
 Romein, Jan, 67
 Ronco, Dante, 105
 Rondón, Candido da Silva, 59
 Roosevelt, Teodoro, 56, 137, 138
 Rosas, Juan Manuel de, 151
 Rosenthal, Gert, 20, 26
 Rouquié, Alain, 29
 Saint-Simon, Henri de, 37, 136
 San Martín, José de, 52, 57, 119, 121, 144, 145, 150, 173, 190
 Santander, Francisco de Paula, 188
 Sarney, José, 144, 177, 183, 203
 Sartre, Jean-Paul, 96
 Scenna, Miguel Ángel, 198
 Schilling, Paulo, 51, 201
 Schmidt, Wilhelm, 32, 33, 34

- Schmitt, Carl, 36, 55, 56
Schulz-Forberg, Hagen, 37, 40
Schuman, Robert, 144, 157
Seabra, Pedro, 25
Silver, Beverly J., 20, 24
Soliño, Jorge, 105
Spengler, Oswald, 31, 32, 33, 52
Spykman, Nicolás, 57
Stalin, José, 128
Storni, Segundo, 51
Subrahmanyam, Sanjay, 38, 40
Sulik, Tibor, 49
Terra, Juan Pablo, 28, 41, 105
Thurow, Lester, 186
Tomás de Aquino, 37, 78
Topik, Steven, 24, 24
Torres Caicedo, José María, 55
Torres, Carlos Arturo, 139
Toynbee, Arnold, 24, 26, 31, 32, 33, 35,
41, 52, 60, 118
Travassos, Mario, 50, 51, 53, 59, 170, 197,
198
Trías, Vivian, 51
Tunander, Ola, 22, 26
Turner, Frederick J., 55
Ugarte, Manuel, 52, 121, 127, 139, 140,
141, 170
Unamuno, Miguel de, 159
Varela, José Pedro, 153
Vargas, Getulio, 39, 59, 120, 127, 142,
143, 144, 154, 155, 157, 170, 171,
195, 196, 197, 199, 200, 202
Vasconcelos, José, 139
Vico, Giambattista, 30, 76
Vidal de la Blache, Paul, 54
Vignolo, Luis Horacio, 47, 49
Villar, Germán, 105
Voltaire, 37
Von Balthasar, Urs, 68
Wallerstein, Immanuel, 17, 26
Wang, Gungwu, 23, 26
Weber, Alfred, 32
Whitehead, Alfred, 71
Zorrilla de San Martín, Juan, 153

ALBERTO METHOL FERRÉ (1929-2009) fue un pensador que ha dejado una obra multifacética, en la que combinó historia, filosofía y geopolítica. Autor de dos clásicos del ensayo uruguayo, *La crisis del Uruguay y el Imperio británico* (Buenos Aires, 1959) y *El Uruguay como problema* (Montevideo, 1967), a partir de su conversión al catolicismo trabajó también sobre historia y actualidad de la Iglesia en América Latina, en obras como *Las corrientes religiosas en el Uruguay* (Montevideo, 1969), *Puebla: proceso y tensiones* (1979), *Il Risorgimento Cattolico Latinoamericano* (Bologna, 1983), *La Iglesia en la historia de Latinoamérica* (1987). Si bien estos libros expresan tempranamente su interés en encuadrar cualquier asunto en una perspectiva global, ésta va a expresarse más ampliamente en *Los Estados Continentales y el Mercosur* (Montevideo, 2013, aunque su elaboración data de 1999), *Perón y la alianza argentino-brasileña* (Córdoba, Arg., 2000) y *La América Latina del siglo XXI* (Buenos Aires, 2006).

En su juventud adhirió al Partido Nacional, más tarde participó en la fundación del Frente Amplio y retornó al Partido de su juventud en la década de 1990. Tuvo a su cargo distintas responsabilidades en el Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM), con sede en Bogotá, durante casi veinticinco años y fue asesor del Pontificio Consejo para los Laicos del Vaticano. Integró el Consejo de Redacción de la revista *Víspera*, fundó y dirigió la revista *Nexo* y colaboró en otras revistas de América y Europa. Ejerció la docencia en el Instituto Artigas del Servicio Exterior, el Centro Latinoamericano de Economía Humana, la Universidad Católica del Uruguay y la Universidad de Montevideo, donde se encuentra su Biblioteca y Archivo.



Ediciones Universidad
Salamanca

ISBN: 978-84-1091-103-1



9 788410 911031